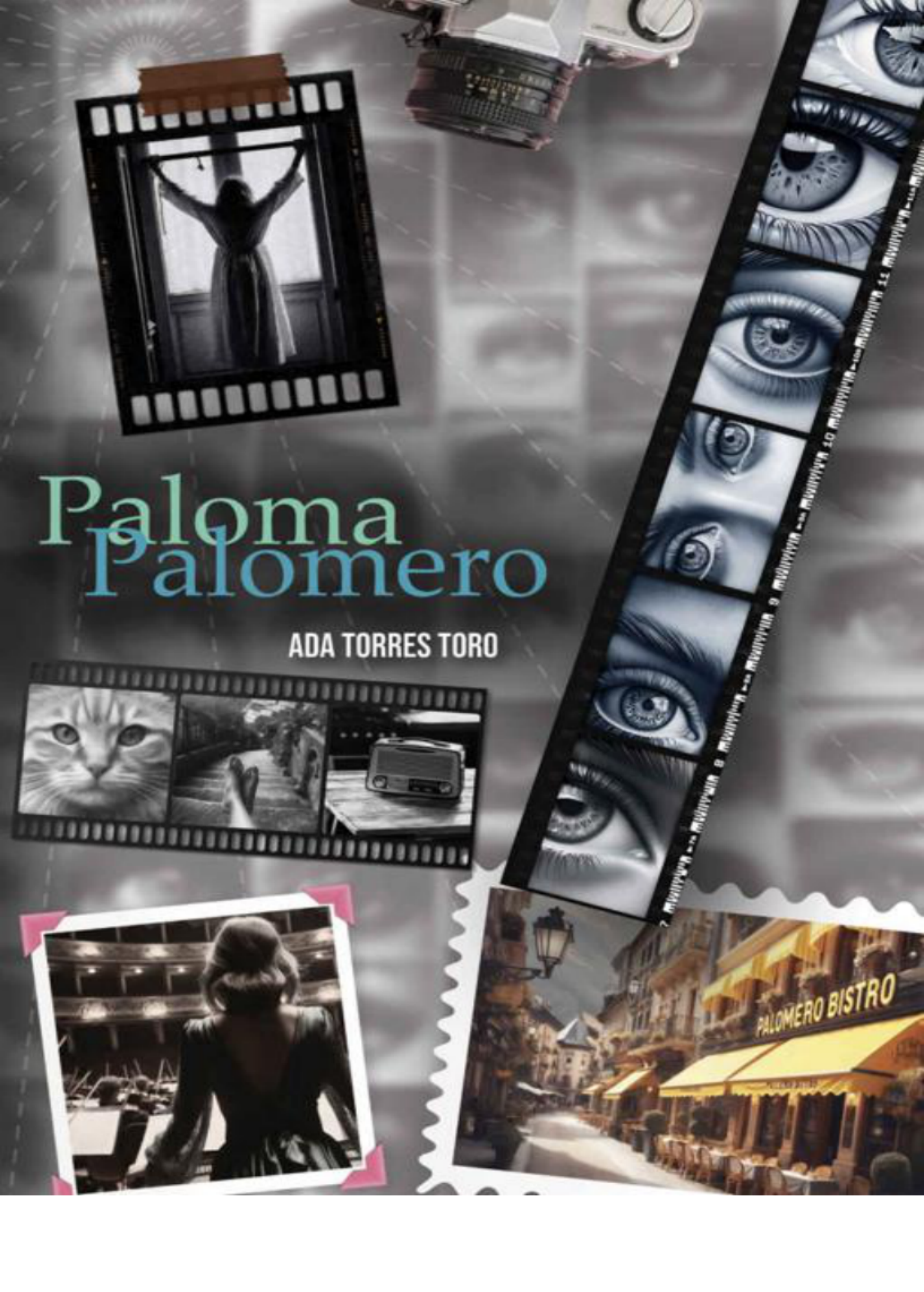

Paloma
Palomero
ADA TORRES TORO
PALOMERO BISTRO



Paloma Palomero

ISBN: ePUB
Consultor en edición: Emilio del Carril
Diseño de portada: Radamés Rosado
Fotomontaje con elementos propios y de Inteligencia Artificial
San Juan, Puerto Rico
Diagramación: Mariel González y Radamés Rosado

Contacto: Amores@iFullCircle.com

Paloma Palomero

Ada Torres Toro

Sobre la autora

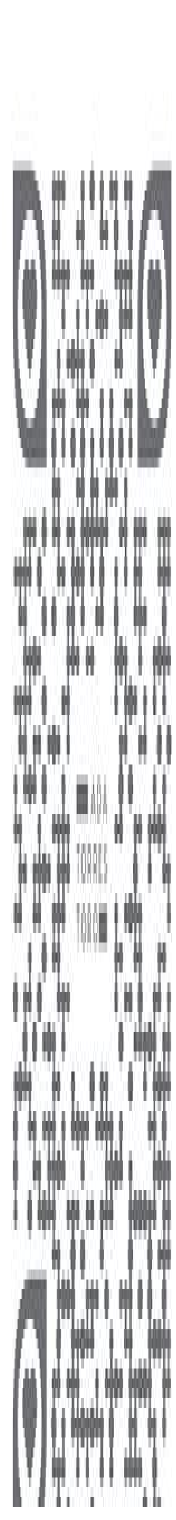


Ada Torres Toro es periodista investigativa y escritora.
Comenzó su carrera como corresponsal de conflictos bélicos en Nicaragua, El Salvador, Panamá, Israel, Palestina y Haití.
Ganó sus primeros premios literarios del periódico El Mundo y el Ateneo cuando apenas estaba en escuela secundaria.
Fue presentadora de noticias televisivas durante 18 años y posteriormente, fundó una agencia publicitaria. Ha sido galardonada por su trabajo de periodismo investigativo en múltiples ocasiones. Desde adolescente, comenzó a viajar extensamente y nunca ha detenido su deseo de descubrir cada rincón del mundo.
Al día de hoy ha viajado a 65 países, y el impacto de haber experimentado y estudiado diversas culturas es una influencia contundente y universal que permea en su obra. Torres Toro está casada con el artista plástico Radamés Rosado con quien vive entre aviones y la isla que la vio nacer, Puerto Rico.

Otras obras de la autora:

Amores innecesarios, 2021 (novela)
Absenta dulce, 2022 (novela histórica)
Cuerpos desechables (novela a publicarse en 2024)
Las participantes de Budapest (cuento corto)
Sabor a fado (cuento corto)
El beso de Venus (cuento corto)

Para leer los cuentos cortos y blog, acceda a: AdaTorresToro.com



Para Nilda Soto

“Yo no hablo de venganzas ni perdones, el olvido es la única venganza y el único perdón”.

Jorge Luis Borges

Paloma Palomero

Parte 1

Capítulo 1
Cenizas

Positano, Italia

Septiembre de 2015

Un nudo de angustia se disuelve en mi cuerpo y me torno liviana. Ingrávida. Una pequeña, pero palpable metamorfosis ha transmutado mi abatimiento en un limbo silencioso y agradable, luego de unos pocos meses acariciada por esta soledad que necesitaba como el oxígeno.

Llevo horas tumbada boca abajo en una silla de playa bajo una sombrilla roja y amarilla, observando los detalles de la arena pedregosa y volcánica de Positano. Me recuerda al color del rescoldo de ceniza de cigarrillo. Hay cafés y barras aquí y allá, muchos ya cerrados. Los negocios que permanecen abiertos son atendidos por jóvenes con ganas de despachar a los pocos turistas que quedan a finales de septiembre. Pero eso no me atañe; no me siento turista, aunque aquí estoy, con pinta de forastera y sin sentido de rumbo. En la playa está el muelle donde atracan los barcos que conectan con otros pueblos que adornan la costa Amalfitana como joyas iridiscentes en un collar. Durante el verano las filas de turistas son interminables pero ahora, finalizada la temporada alta, apenas una que otra pareja en luna de miel sube o baja de las embarcaciones, para tomar las mismas fotos, en los mismos paisajes y en las mismas poses predecibles de tantos otros visitantes antes que ellos.

Podría quedarme dormida aquí, con el arrullo del mar que actúa sobre mí como un soporífero, pero el viento se torna más fiero según pasan los minutos, así que venzo el inmovilismo y me incorporo. Mi

estómago, adornado con un ramillete imprudente de estrías, está marcado por los cintos de la silla. Observo el imponente acantilado de Positano, un pueblo monolítico bordado de laberintos y pasadizos, algunos construidos para acortar el trecho para llegar arriba, casi hasta el cielo. Son mil setecientos escalones desde Positano hasta Nocelle, y mi cuerpo, bajito y rotundo, se tensa de imaginar el esfuerzo. Calculo el tiempo que me tomará recorrer el camino hasta la *piazza* dei Mulini, donde comienza un camino peatonal que atraviesa el centro del pueblo. Viajeros, *nonnas* sin tiempo que perder, perros, gatos, Vespas y hasta autos compactos convergen por estas estrechísimas calles remojadas en olor a mar.

Guardo en mi bolso de playa mi toalla, el móvil, los auriculares y mi copia de los relatos de *El Decamerón*, la obra de Giovanni Boccaccio que traje como lectura para este viaje sin regreso a la vista. Fue una buena selección: los cuentos de los malabares eróticos de peones y aristócratas medievales son una distracción perfecta con este paisaje de fondo. De entre las páginas del libro se asoman dos fotografías. La primera es de mis tres hijos: Olivia, Cecilia y Enric. La segunda es la imagen de una novia menuda y rubia que flota en un mar de pétalos y arroz en un jardín que me es muy familiar. La novia, hermosa a pesar de su palidez, muestra una sonrisa difícil de descifrar. Suavemente, oculto ambas fotografías entre las páginas del libro.

Hace seis meses abandoné a mi familia y aún no la extraño. Al despertar en las mañanas me quedo en la cama contando exhalaciones, esperando un golpe seco de culpabilidad que no llega. ¿No debería sentir espanto? Pero mi serenidad se mantiene inmutable, a pesar de mí misma. Esa serenidad tiene voluntad propia y se ha tornado despiadada defendiéndose de lo que la perturba. Esa serenidad testaruda es mi única compañera de viaje, y así, los días pasan gentilmente sin la carga del pasado ni la incertidumbre del futuro.

Me cubro con un caftán de lilaila amarillo y un sombrero de playa, y enfilo hacia la plaza. Atrás queda la playa fría, como atrás quedó la existencia que había conocido hasta ahora.

Capítulo 2

Hija de la nieve

Andorra La Vella

Los Pirineos

Una mañana gris y ventosa de 1971, en la iglesia medieval de San Esteban en Andorra la Vieja, Anselmo y Amparo Palomero protagonizaron un cuestionable momento de ingenio cuando decidieron bautizar a su primogénita con el nombre Paloma. La existencia de los Palomero no estuvo particularmente salpicada de chispa, pero cuando la pareja presentaba a su hija y detectaba un gesto de humor en el interlocutor, ambos reían a coro con el clásico chiste familiar. Así nació y se crió Paloma Palomero: con la responsabilidad de suplir un desahogo cómico, y eventualmente práctico, a una familia con pocos desahogos.

La niña vino al mundo rodeada de los Pirineos por las cuatro esquinas. Su patria yacía entre montañas blancas que por mucho tiempo la definieron con el lenguaje flotante de la nieve. Paloma siempre se entendió bien con la nieve, y a veces se sentía como ella: fría y pasajera. La nieve habla, susurra, y a veces grita, como lo hace el mar con los seres que nacen cerca de las playas. Los fineses tienen cuarenta palabras para describir la nieve en sus distintas circunstancias, y son necesarias, igual que se echa mano de innumerables símiles y metáforas para describir los temperamentos cambiantes del mar. Paloma aprendió en su niñez que la nieve habla de ciclos nuevos cuando cae prístina por primera vez en el año, como escarcha que asemeja rocío *(viti)*. Puede tornarse inhóspita y poderosa cuando la acompaña un viento de tormenta *(myräkkä),* o nostálgica y gris cuando invita a la lluvia y se convierte en aguanieve *(räntä)*. De esas cuarenta palabras en finés, su favorita siempre fue *hyhmä:* nieve que flota delicadamente sobre el agua.

Pero la nieve y el frío, el discurrir de los días sin aparente propósito, y la monotonía de sus horas húmedas e insatisfechas habían quedado momentáneamente atrás. Todo eso fue antes; antes de escapar de su muerte de antesala. Paloma tenía la teoría de que muchas personas se despiden de la vida en la antesala, antes de la llamada final. No se dan cuenta de ello hasta que les sobreviene el momento de despedirse, y

descubren que hacía tiempo se habían enterrado en un cementerio de rutinas mustias, sueños maltrechos y existencias en las que pesaron más los errores del pasado que el milagro del presente. Es muy fácil caer en ese estado de muerte de antesala; la misma Paloma podía dar fe de ello.

En Andorra no pasa mucho, a excepción de eventos deportivos invernales y un consumismo de lujo desenfrenado, tratándose de una zona libre de impuestos perfecta para vacacionar, disfrutar de un paraíso fiscal, o comprar artículos por los que se paga más por la marca que por el valor del producto. La peor noticia en su historia moderna ocurrió en 1982, cuando unas inmisericordes inundaciones dejaron una estela de muertos y heridos. Pero eso difícilmente puede compararse con las tragedias incesantes que viven otros países. En general, Andorra es un lugar privilegiado en este pequeño planeta, perfecto para vivir en un metrónomo existencial cómodo y predecible que comparten las setenta mil almas en ese enclave surcado por las venas del río Valira. En el movimiento continuo de la puerta giratoria de visitantes que es la frontera, Andorra no se molesta por revisar el pasaporte a nadie. Los agentes de control aduanero se ocupan del flujo de productos agrícolas o industriales, pero los turistas van y vienen a su antojo. El padre cubano de Paloma era agente de aduanas, y el trabajo le venía de perilla a su vocación de hacer lo menos posible.

En el principado casi todos viven razonablemente bien; la gente gana más que el europeo promedio y ciertamente más que los españoles, los catalanes o los franceses. Los Palomero eran una buena muestra de una familia modesta e inconsecuente, y de paso, un excelente ejemplo de cómo se llega a la muerte de antesala. El rol de Paloma en esa compacta comunidad había sido correr el Palomero Bistró localizado en el corazón del *barri antic*. El establecimiento familiar, el piso donde creció, y una robusta colección de libros de psicología y filosofía fueron la herencia que le dejó Amparo Ruz Palomero, su madre. Ninguna de las tres cosas despertó el interés en su hermano, Sebastián, quien abandonó Andorra en cuanto ingresó a la universidad de Barcelona para nunca regresar a vivir en el principado, así que Paloma heredó lo que dejaron sus padres. En ese

bistró familiar iba dejando a depósito sus días cuadrando cuentas, pagando a suplidores, limpiando mesas, sacando la basura y cubriendo las tareas de quien faltara a trabajar.

Antes de su “gran escape”, Paloma vivía con Xavi Alcina, con quien nunca se casó. Xavi y sus gemelos, Enric y Cecilia, compartían el piso de Paloma, quien los crió desde pequeños. Allí también vivía su hermana Olivia, fruto de un embarazo tardío de su madre a los cuarenta y cinco años, cuando Paloma tenía diecinueve. La pobre Amparo murió en el parto y le dejó a la niña como responsabilidad vitalicia. Para aquel entonces, Anselmo ya estaba demasiado alcoholizado como para encargarse de una recién nacida. La única actividad consistente de su padre, además de su trabajo en la frontera, era reunirse con Ignasi, el cura de la parroquia donde bautizó a su hija, a beber ron un día sí y otro también, en la barra Juventus del pueblo. Juventus, posiblemente el establecimiento menos distinguido de la refinada ciudad, era el oasis donde su padre, apodado irremediablemente *El cubano*, podía beber hasta la inconsciencia fuera de la vista reprobatoria de la familia. Paloma nunca había visitado Cuba, pero la asociaba con el sonido de las viejas grabaciones de la Orquesta de Aire dirigida por el fenecido Enrique González Mántici con las que creció en su hogar. La imaginaba como una tierra fecunda acariciada por el sol y la brisa cálida (en vez de la nieve), habitada por gente que insistía en el bullicio y la música a pesar de sus muchos pesares. Siempre se preguntó privadamente por qué le tocó por padre el único cubano alicaído y soso que había conocido.

Para sorpresa de nadie, Anselmo Palomero murió de cirrosis antes de que Olivia cumpliera un año. La pobre Olivia no conoció a otra madre que Paloma, quien, a pesar de sus muchas estrías y pechos generosos, no había probado el sabor de otra maternidad que la de sustitución. Nunca supo si pudo haber dado a luz. Tres hijos ya eran suficientes, y mientras la vida le colocó en los brazos a un crío ajeno tras otro, la andorrana depositó en ellos cualquier instinto maternal que pudo albergar. Paloma, quien solía elucubrar numerosas teorías para explicar los muchos absurdos de la condición humana, también tenía una sobre el instinto maternal, que veía como la mecha de una

vela. En algunas mujeres esa mecha se enciende explosiva, imponente, definitoria. Sin esa llama de luz no existen. Su éxtasis lo encuentran en la evidencia de otro ser humano como un sello indeleble de sucesión de vida. En otras, la mecha viene programada. Se enciende cuando su sociedad y cultura les indica que es hora, y viven el proceso con mayores o menores dramas. Muchas encuentran plena felicidad allí. Unas pocas logran que esa llama se encienda con la llegada inefable de la vida, pero sin permitir que ello les anule otras pasiones.

En el caso de Paloma, ese instinto despertó, tímido pero prístino, la tarde de junio cuando regresó a la casa luego del entierro de Anselmo Palomero, cargando a Olivia en una cadera. Buscaba en su bolso las llaves del piso al que entrarían solas por primera vez, cuando Olivia puso una manita regordeta en su mejilla y dijo: “Ma-ma” con una sonrisa llena de baba. Ese día, Paloma le regaló sus estrías y su maternidad, y esa hermana dejó de serlo para convertirse en su hija.

Capítulo 3

El himen incólume

Andorra La Vella

En el nuevo milenio, Olivia cumplió nueve años, mientras Paloma se acercaba a los treinta con su himen incólume. Más que deseo o curiosidad sexual, sentía exasperación por el patético peso psicológico de tenerlo. Intelectualmente, biológicamente, sabía que el ‘mítico’ himen realmente no significa nada, pero hay algunas cadenas psicológicas que amarran desde tan temprana edad, que ni la más aguzada se las puede exorcizar del todo.

Antes de Xavi, un par de amigos casuales entraron y salieron de su vida pero, en general, su estampa nunca había enloquecido a nadie. Paloma apenas alcanzaba los 1.6 metros de estatura. A diferencia del resto de su familia, nació regordeta, y ningún régimen o rutina de ejercicios había logrado inmutar la voluntad férrea de su cuerpo de mantener sus formas rubenescas, con las que ya había hecho las paces. Su rostro era redondo con mejillas como manzanas, y desde que tenía memoria llevaba su cabello marrón muy corto, idéntico al estilo que hizo famoso Mia Farrow a finales de los 60. Sus labios eran tan delgados que si no los pintaba, casi no se notaban. Había llegado a

pensar que estaban subdesarrollados porque nunca los usó lo suficiente para besar (Dicen que los músculos se atrofian si no se utilizan). El rasgo que contrastaba con el resto de su físico era el color de sus ojos, de un gris casi transparente. Cuando nació con ese peculiar color, nadie le dio mucha importancia; es común que los bebés nazcan con ojos grises que luego cambian a su tono permanente. Pero los de Paloma se fueron aclarando, sin esa corona dorada alrededor del iris que tienen muchos ojos de ese color. No transmutaban hacia el azul o el verde; se mantenían inalterados en su diáfana zona gris. A sus padres, ambos de ojos pardos, les llenaba de curiosidad esa rareza genética que comparte sólo el tres por ciento de la población mundial, según investigó Amparo en su inagotable biblioteca mágica. Su madre decidió atribuir el incidente genético a su linaje europeo, donde ese color era más probable que en el código genético caribeño de Anselmo.

Una mañana de febrero por aquellos días, Mercè, la gerente de la Terraza Veuve Clicquot en la pista de esquí de Grandvalira, llamó a Paloma para que le diera la mano por un día. Un grupo de veinte turistas portugueses había reservado parte de la exclusiva terraza que anida en la nieve, y uno de sus *sous* chefs se había ausentado. En ese preciso momento Guiu, el mentado *sous* chef, intentaba aliviar una resaca a base de patatas bravas con huevos rotos en su bistró, pero Paloma se guardó la información. Le encantaba trabajar en ese lugar ostentoso por donde desfilaba la gente más bella de Europa y del mundo.

—Mercè, me gustaría ayudarte, pero no sé cómo. Mi menú de hoy de patatas bravas, paella y cocas no es lo que busca tu clientela, ¿eh?. Se aupó para observar el estado calamitoso de Guiu, sentado al fondo del salón comedor. Se había tragado las patatas y ahora atacaba sin compasión a una crostada.

Guiu comenzaba casi todos sus días con resacas de mayor o menor intensidad, dependiendo de cuántas botellas de champaña sin terminar hubieran quedado en las mesas de los comensales al final de cada jornada.

—Tengo dos palabras para ti: pato con pera—dijo triunfante su

amiga de escuela secundaria.

—Esas son tres palabras, Mercè, y esa receta requiere de mucha preparación, ingredientes que no tengo a la mano…— Desde adolescentes, Mercè siempre echaba mano de su amiga cuando necesitaba que le completara una tarea, y el patrón continuaba inalterado en la adultez.

—Lo tengo todo aquí, menos quién lo prepare. El pato con pera es tu especialidad y me harías un enorme favor, amiga. Además, como servimos menú de degustación, las porciones son reducidas.

Paloma se hizo de rogar más de lo necesario mientras resolvía en su mente en quién delegar el trabajo del bistró y el recogido de Olivia en la escuela. Media hora más tarde, se encaminó en su apaleado Renault hacia las pistas de Grandvalira. El trayecto era de apenas veinticinco minutos; nada es lejos en Andorra, pero llegar a la Terraza Veuve Clicquot era un proceso de múltiples pasos. Comenzó por buscar espacio en el enorme estacionamiento de Tarter, atestado con el turismo de nieve que ocupa a Andorra de noviembre a marzo. Luego abordó el Funicamp de seis kilómetros, uno de los más largos de Europa. El funitel tardó otros veinticinco minutos en llegar a la parte superior de Solanelles, a 2,500 metros de altitud. Paloma se bajó en el *snowpark*, y vio que Mercè le había enviado un chofer en un vehículo de nieve. Caminó en su parka como una muñeca Michelin y se acomodó a su lado, observando aquel perfil de revista. Parecía un requisito que hasta el chofer de la Terraza de la Viuda debía ser hermoso. Otros cinco minutos de trayecto discurrieron por aquellos empinados caminos blancos, hasta que el chofer la depositó a la entrada de la Terraza donde su amiga la recibió con un abrazo que era tanto de alivio como de alegría por verla.

La Terraza era uno de los espacios más pretenciosos de los Pirineos y quizás, de Europa, que de por sí alberga una competencia excesiva de lugares como aquel. Se trataba de un enclave de cristal, madera y metal con acentos de color yema de huevo distintivo de la famosa etiqueta de la marca, con largos sofás blancos rectilíneos tipo *lounge* y música a juego. Fue creado para que los comensales degusten champaña mientras observan desde su olimpo las incidencias de los

mortales en la pista de esquí. Pero en la realidad, era una pecera fascinante ideada, no para ver nadie, sino para que la vieran a una. Paloma detestaba y envidiaba en igual medida aquel lugar al que no pertenecía, como no fuera en la cocina. La tarea fue más fácil de lo que calculó, ya que las porciones eran diminutas, como prometió Mercè. Cuando terminó de platear el último *hors d'oeuvre* de pato a la pera, salió por la parte trasera de la cocina, y se sentó en uno de los bancos de la entrada, donde los comensales se detenían por unos segundos al llegar a sacudirse la nieve de las botas. Cerró los ojos y escuchó el papiamento exquisito de voces hablando portugués, francés, alemán, italiano… Su cansada existencia deseaba irse con cualquiera de ellos que accediera a llevarla lejos de allí con Olivia. Mercè salió a su encuentro, y le entregó un sobre con su paga y propina. Con un gesto, pidió dos copas a un mozo.

—Eres un sol, Palomita. Siempre me sacas las castañas del fuego.

—Sí, desde niñas, si la memoria no me hace quedar mal.

—Pero sabes que te quiero un mundo—dijo su amiga, dándole un leve codazo cariñoso y pasándole una copa.

—Sabes que casi no bebo.

—Celebra un poco, mujer, que esto fue un exitazo. Los portugueses han sido los campeones del día descorchando botellas, y mira que para ganarle a los franceses y alemanes hay que meterle ganas.

—Mi padre se llevó a la tumba mis ganas de beber, pero haré una excepción—, y chocó su copa con la de Mercè.

Una copa se convirtió en dos, y la gente fue abandonando poco a poco la terraza mientras el frío y el viento arreciaban. Entró con Mercè al salón a buscar su bolso. Solo quedaban empleados uniformados con gruesos parkas del mismo color yema de huevo. Allí se encontró con una tercera copa en la mano que apuró de un golpe (en retrospectiva, una pésima idea), y se despidió de Mercè para comenzar la travesía de regreso.

Oscurecía cuando llegó a su Renault. El estacionamiento estaba notablemente más vacío que a la llegada, y se apresuró a abordarlo con la cena de Olivia, que llevaba empacada. Con ambas manos en el volante, cerró los ojos por un instante, disfrutando de la ligereza que

le había dejado la champaña. Temió quedarse dormida, así que se incorporó para arrancar el coche, que por respuesta profirió el sonido triste de los autos cuando exhalan sus últimos suspiros mecánicos. En lo que llamaba a Brigitte, la vecina que le ayudaba con Olivia, una grúa se alineó a su lado y el chofer le hizo señas. Dudó por un momento. Quizás ni valía la pena llevarse aquella masa comatosa de metal, pero al final asintió.

El gruero se presentó como Xavi Alcina y mientras elevaba su coche a la plataforma, la entretuvo con la historia del accidente de unos turistas de Puerto Rico que chocaron en la carretera con un enorme jabalí. Los cuatro boricuas, muertos del susto, pensaron que habían matado al animal, y se bajaron del coche azorados. Se acercaron con cautela al animal, y de pronto, el jabalí brincó como si lo hubieran electrificado y los corrió bosque arriba, gruñendo enloquecido antes de sucumbir por segunda ocasión. Nadie se acercó a cerciorarse si estaba muerto esta vez. Los turistas corrieron hasta el próximo pueblo sin mirar atrás. Paloma río a carcajadas con los sonidos onomatopéyicos que acompañaron el absurdo relato. Cuando terminó de subir el Renault a la plataforma, Xavi la invitó galantemente a sentarse a su lado en el vehículo de remolque con un gesto cómico y exagerado al abrir la puerta, como un chofer que convida a entrar a una limusina. Esa noche, en el asiento de la grúa de Xavi, Paloma se deshizo finalmente de su viejo himen.

La transacción le costó acoger a un marido sin papeles y a dos hijos ajenos.

Capítulo 4
Los Gabrieles

Positano

Septiembre de 2015

Decidió tomar su tiempo subiendo las escaleras. Fue haciendo paradas en las galerías de arte que adornan el camino centenario labrado en cemento, piedra e historias. El sendero estaba perfumado con el aroma de limones rebosantes que se asomaban por cada

esquina. El aroma frutoso le despertó las ganas por un *limoncello*, y se detuvo en una pequeña barra con vista al acantilado. Paloma se asomó por la ventana para ver cuánto había avanzado, y la brisa fría del atardecer le acarició el rostro. Olía a exceso de belleza.

Del bar emanaba la voz de algún tenor cantando *Una furtiva lágrim*a, de Donizetti. La nostálgica y lánguida melodía de la romanza la obligó a sentarse, y casi de inmediato entabló conversación con una pareja de colombianos en su luna de miel. Ella se llamaba Gabriela y él Gabriel. Paloma sonrió, y les preguntó si tenían apodos distintos, y respondieron que sus amistades los llamaban Gaby y Gabo. Los Gabrieles eran hermosos; le recordaron a los actores y actrices de las series que veía por *streaming* en Andorra. Gabo le ofreció un Aperol *spritz*, y aceptó encantada con tal de conversar con ellos un rato más. Gaby era la jefa editorial de un periódico de Medellín y aquella era su primera vacación en tres años. Tuvo que aprovechar para casarse en este receso. Gabo era diseñador de alta costura, y los Gabrieles se conocieron cuando él acudió a la sede del periódico para una sesión de fotos que acompañaría un reportaje sobre una de sus colecciones.

—No es que sea adicta al trabajo; es la naturaleza de este oficio. Estos no son tiempos fáciles para el periodismo. Por cierto, tengo varios buenos colegas del *Diari d’Andorra*—comentó Gaby, tocándole la mejilla a su marido con un gesto tan entrañable, que un nudo de deseo por sentir una caricia así se le asentó en el estómago a la andorrana.

—Tienes unos ojos hermosísimos, Paloma—le dijo Gabo—. No es solo por ese color gris tan puro; es su iridiscencia. Me inspiran a diseñar un vestido vaporoso, fluido, de un solo hombro, con un aire griego. Veo a la modelo posando en estos acantilados con un traje del color de tus ojos.

Paloma lo escuchó embelesada.

—Nunca me han dicho algo tan hermoso. Gracias, Gabo.

—Es imposible que nadie te haya comentado antes sobre el color de tus ojos.

—Alguna que otra vez. Pero cuando lo comentan, suena más a lamento que a piropo. Como si mis ojos se desperdiciaran en el resto

de mi físico. Realmente, no me importa. Ya he hecho las paces con esas bobadas, y estoy en las primeras vacaciones de mi vida, así que brindemos.

—¿La primera vacación de tu vida?—Gaby la miró sorprendida. Paloma se acercó al sorbeto de la copa de Aperol y tomó un sorbo antes de ofrecerles la versión cuidadosamente editada que ya había repetido varias veces desde que abandonó Andorra.

—Bueno, visito con frecuencia a mi tía en Barcelona y alguna vez he pasado unos días en Carcassonne, Valencia, Burdeos y un par de lugares más, pero esta es mi primera vacación para hacer lo que desee, sin fecha definitiva de regreso. Estoy en una especie de sabática.

—¡Qué maravilloso! ¿Y tu familia? ¿Dónde trabajas?

—Tengo un bistró en la parte vieja de la capital que dejé encargado a mi hija, Olivia. Tiene veinticuatro años y es muy responsable. Se graduó del Liceo de Tecnología y Artes de la ciudad, y también estudió empresarismo. Cuando me fui, estaba diseñando una campaña de promoción digital para el bistró. Confío mucho en su juicio—. No hizo mención de Xavi, ni de Cecilia y Enric. Ese resumen de una vida sin hitos memorables era suficiente para encuentros melifluos, pero casuales.

—¡Pues bravo por ti, Paloma! La primera vacación de una vida merece una celebración. Nos estamos hospedando en *Le Sirenuse*. Nos encantaría que nos acompañaras a cenar esta noche—dijo con ilusión Gabo, por quien ya Paloma estaba desarrollando una infatuación ridícula. Por supuesto que los Gabrieles no podían estar hospedados en otro lugar que no fuera el hotel más venerado de Positano.

—No saben qué gusto me daría, pero quedé con mi casero esta noche para ayudarlo con un proyecto que se trae entre manos.

—¿Tienes un casero? ¿Dónde te hospedas?

—En Massa Lubrense.

Le contó a los Gabrieles que se trataba de un pueblito a unos cuarenta minutos de Positano, más adentrado hacia la punta de la península que termina mirando hacia la isla de Capri. Allí, escondida en una montaña, estaba la Villa Rosato de Gaetano Parisi, embajador de la bonhomía napolitana, septuagenario de ojos cálidos y

empresario inminente de licores de hierbas. Gracias a Lorenza, la hija de Gaetano, Paloma se hospedaba en una casona en la parte trasera de la villa por una renta irrisoria. Desde el ventanal de su habitación se veía la imponente costa del empeine de la bota italiana. La rutina de antaño de Paloma (despertar a las cinco de la madrugada, atender a sus cuatro inquilinos permanentes, preparar los abastos para el bistró, trabajar hasta la noche y caer de bruces en la cama para comenzar el mismo itinerario al día siguiente), se había visto sustituida por vastos espacios de tiempo que no demandaban nada de ella. Cada mañana se levantaba a la hora que su cuerpo decidiera, fueran las seis de la mañana o las diez. Sin mirar el reloj, preparaba un café y observaba por un rato la acuarela del Mediterráneo que se desplegaba para su deleite privado desde el ventanal. Sus ojos grises saludaban al azul inconmensurable donde se juntan mar y cielo, sin poder distinguirse donde termina uno y comienza el otro. La villa, pintada por dentro y por fuera de un rosado melocotón que armonizaba con los viejos ladrillos, estaba rodeada de árboles de limón, flores que competían por cuál era la más coqueta, y un sustancial huerto de hierbas que Gaetano usaba para dar sabor a sus licores. Los Gabrieles escucharon todo esto embelesados, como niños disfrutando de una fábula fascinante de cotidianidad italiana. Los tres se tomaron fotos e intercambiaron contactos. Antes de despedirse, Gabo buscó el ícono de Instagram en el móvil de Paloma, y sin encomendarse a nadie, pulsó el botón para seguir el perfil de su *atelier*.

—Así nos mantenemos al corriente de nuestras vidas, nos enviamos mensajes, y cuando diseñe ese vestido del color de tus ojos, lo podrás ver y recordar que fuiste mi musa.

La pareja se ofreció a llevarla hasta la villa, pero Paloma les dijo que tenía la Vespa del nieto de Gaetano estacionada un poco más arriba. Les dio dos besos sonoros a cada uno y se abrazaron a trío. Paloma los observó tomarse de las manos y seguir escaleras abajo, mientras ella empezó a ascender. Aquel había sido un día memorable. Se le hacía difícil creer que alguien la había llamado su *musa*, así que anotó esa memoria en la colección de días candidatos a ser las veinticuatro horas más perfectas de su vida. Todavía pretendía

coleccionar muchos candidatos más. Quería pensar que por eso estaba allí, impulsada por el reto ridículo de un programa radial, aún sabiendo que el susodicho programa no fue más que un bizarro acelerador.

Respiró el aire saturado de limón y sal, y se imaginó en el acantilado, pirueteando al viento en un vestido vaporoso, inspirado en el color de sus ojos.

Capítulo 5

Hazme el humor

Andorra la Vella

En la plaza de la Rotonda de Andorra La Vella hay una escultura del periodo de los relojes derretidos de Salvador Dalí llamada *Noblesse du temps* o Nobleza de los tiempos. Todos en la ciudad acudieron a su develación en el 2010 para aplaudir la obra donada por un amigo de Dalí llamado Enric Sabater, residente del principado. A Paloma le gustaba pensar que Sabater tuvo algún sentido del humor oculto, aunque no hubiera apostado a ello.

Dalí pensaba que el tiempo es relativo, que transcurre y se siente distinto para cada persona, y tenía razón, a juicio de Paloma. En Andorra el paso de los días caía a cuentagotas, y aquel reloj colapsado en la parte vieja de la ciudad se burlaba a diario de sus monótonas idas y venidas del Palomero Bistró. Todas las noches, Paloma se detenía ante la obra de bronce por un minuto cronometrado, y le juraba a Dalí (y a Sabater, por si acaso) que aquella vida predecible e insípida, su vida, no sería así eternamente.

Con excepción de alguna salida al Cinemes Illa Carlemany, una noche con Mercé, o alguna actividad en la escuela de Olivia, los hábitos sociales de Paloma no variaron antes de conocer a Xavi. Se levantaba temprano y llevaba a la niña a casa de la vecina, doña Brigitte, quien la dejaba más tarde en la escuela. Cuando Olivia empezaba sus clases en las mañanas, ya Paloma había acumulado un par de horas sirviendo desayunos. Llegaba a la casa de noche a revisar las tareas de su niña y charlar sobre su día, para repetir la misma rutina al día siguiente. Todo esto cambió con la llegada de los Alcina. Su existencia se vio alterada por algo tan pueril como la muerte de su

viejo coche (y de su viejo himen, dicho sea de paso).

El catalán irrumpió en la vida de Paloma con gemelos incluidos: Cecilia y Enric, un par de años menores que Olivia. En la segunda cita, Xavi le contó que un año antes, la madre biológica de los niños salió de fin de semana a Madrid a encontrarse con unas amigas, y desapareció sin dejar rastro. Cambió su número de contacto, canceló sus tarjetas de crédito y dejó de usar la cuenta bancaria que compartía con su marido. Xavi estaba seguro de que Lea Amaya se había cambiado el nombre, y por un tiempo, se debatió sobre si debía reportarla como desaparecida pero no lo hizo, pensaba Paloma, porque nunca perdió la esperanza velada de que su esposa regresara. Ingenuamente, cuando Xavi le contó este triste episodio de su pasado, a Paloma le pareció inimaginable que una mujer fuese capaz de salir por la puerta y dejar atrás a una familia con niños pequeños incluidos, así, sin más. En retrospectiva, Paloma no supo porqué el incidente le pareció tan extraordinario: los hombres lo hacen todo el tiempo.

Según su pareja, Lea dejó las habitaciones de los niños puntillosamente ordenadas, el refrigerador repleto, las cuentas al día, la vecina contratada para el cuido de los chicos y la doble matrícula del colegio pagada por adelantado. Dejó otros rastros pedestres que daban fe de su cotidianidad en aquel piso familiar, como la ropa que decidió abandonar en su nueva vida, su pez Betta (que Xavi lanzó prontamente por el inodoro) y por supuesto, los gemelos que luego Paloma heredó y crió. En una mesita del recibidor quedó la única foto que Lea enmarcó de su boda y que capturó la hermana de Xavi, Lucía Alcina. En la imagen, la pareja corre por un jardín en medio de una lluvia de arroz y pétalos lanzada por los invitados. Un día, Paloma encontró la fotografía en un reguero de ropa de Cecilia, cuando intentaba poner orden en el caos que siempre imperaba en su pieza. Miró largamente aquel rostro hermoso, aquella chica menuda y etérea que parecía flotar en un mar de pétalos y que era la madre biológica de sus hijos... la madre de la chica cuya habitación ella limpiaba y recogía en ese instante.

Xavi había sido el jefe del departamento de adiestramiento y capacitación de una cadena de talleres de mecánica. Le iba bien en

Barcelona, pero luego de la desaparición de Lea, se encontró desesperado por huir de la ciudad donde sus familiares y amistades nunca le dejarían olvidar lo ocurrido. Un amigo del taller le contó que Andorra, un principado a menos de tres horas de allí, era un paraíso turístico y fiscal al que todo el mundo llega en auto o algún tipo de transporte terrestre ya que carece de aeropuerto. Luego de un par de averiguaciones sobre el permiso de residencia, Xavi convenció al dueño de la cadena de talleres de mecánica de que le financiara una grúa de segunda mano, que fue capaz de repagar en tres años. Adquirió una segunda nueva, y contrató a un joven mecánico para operarla.

Inicialmente, Cecilia y Enric quedaron al cuidado de la escuela elemental y de una ayudante de maestra que los llevaba por las tardes al pequeño piso de los Alcina y velaba por ellos. Xavi se acomodó rápidamente en aquel nido de nieve en los Pirineos, y de no haber sido por las preguntas y demandas incesantes de los niños, quizás hubiera podido conformarse con el *estatus quo*. Pero los gemelos estaban de por medio, y aquel arreglo irregular no podía durar para siempre. Hacía falta una mujer en su vida, concluyó. Paloma ignoraba todo eso, y por lo tanto, se alegró cuando tres días después de aniquilar su himen, Xavi llamó al bistró para invitarla a un café. Hubiera pensado que el revolcón en la grúa ameritaba al menos un almuerzo, pero aceptó. Un café dio paso a una mención casual de quedar para unas cervezas. Desafortunadamente, la citó al Juventus, el bar que había sido el favorito de Anselmo. Paloma le dijo que no frecuentaba el lugar, y en vez lo invitó a su bistró para tomarse las cañas allí. Las cervezas dieron paso a unas tapas, todo bajo la mirada impertinente de los empleados.

Llevaban un par de meses saliendo, cuando Xavi apareció por el bistró ya al cierre, y la acompañó al piso de las Palomero sin esperar invitación. Esa noche, el gruero conoció a Olivia, quien no pareció entusiasmada, aunque sí curiosa con la novedad de una presencia masculina en la casa. Un mes después, Xavi celebró el cumpleaños de Cecilia y Enric en el área de pícnic de La Comella. Paloma y Olivia fueron invitadas, y los niños se conocieron. Xavi comenzó a visitarla

dos o tres veces por semana al bistró o al piso y se insertó en su vida como una pieza que cae en un rompecabezas existencial. Paloma nunca tomó la decisión consciente de pasar el resto de su vida con Xavi Alcina, pero pronto esa rutina compartida con él y con los niños comenzó a sentirse lógica… incluso prudencial.

Al principio, Xavi fue un amante interesante a juicio de Paloma quien, sin embargo, no perdía de vista el hecho de que carecía de referentes comparativos en esos menesteres. Su nueva pareja tenía sentido del humor, trataba a Olivia igual que a sus gemelos, y le aliviaba el sentimiento insondable de soledad que había llegado a aceptar como un acompañante inevitable. Del brazo de Xavi, su círculo social se expandió, como ocurre cuando la gente se empareja y comienza a atraer a otros en las mismas circunstancias. Con el pasar del tiempo, les pareció razonable mudarse todos al piso de Paloma, que tenía cuatro habitaciones, y rentar el de Xavi para contar con una entrada adicional de dinero. Coordinaron los itinerarios de los niños alrededor de sus trabajos, y contrataron por más horas a Brigitte. Hicieron todas las cosas mundanas de cualquier pareja con tres críos: reuniones con los maestros, vacación anual para cinco, la unión de las cosas de ambos en un solo espacio buscando una armonía de estilo imposible de alcanzar, la visita navideña anual a la familia materna de Paloma en Barcelona, citas con el pediatra, y las celebraciones de cumpleaños. Con suerte, había sexo una vez a la semana. Al año, disminuyó a dos veces al mes, y a los cinco años de convivencia se encontraron teniendo sexo en sus respectivos cumpleaños y fechas especiales. Siempre había sexo el día de la Constitución de Andorra, los 14 de marzo, más que nada porque no hay nada que hacer en el principado ese día. Paloma se encontró descendiendo de a poco en una muerte de antesala de dónde no sabía cómo escapar. No encontraba con quién desahogarse; después de todo, nadie la obligó a acoger a los Alcina en su vida.

Sin darse cuenta, cumplió quince años con Xavi. Ambos obviaron la fecha por desgano, y por desconocer qué día exacto debían celebrar, en ausencia de una boda o compromiso que hubiera marcado el momento oficial en el calendario.

Paloma trabajaba en el bistró seis días a la semana y llegaba tarde en la noche al hogar, luego de haber limpiado la última mesa y botado la última bolsa de basura por la parte trasera del local. Empujaba los contenedores hasta el lugar de recogido, se sentaba en el escalón de la puerta trasera y encendía su único cigarrillo del día. La culpabilidad de aquel hábito sucio en ese callejón maloliente era su único placer perverso. Exhalando plumachos grises de humo, dedicaba unos minutos a escuchar los sonidos mortecinos de las noches glaciales… pasos crujientes de botas aplanando la nieve mojada… voces y risas lejanas… el susurro del viento helado… gomas de autos cuyos cláxones nunca suenan en Andorra. Así fue como una noche de marzo se encontró cavilando en su solitario callejón sobre su patético aniversario sin fecha, y recordó que en un año alcanzaría la edad de su madre al morir. Observó la nieve a medio derretir que se convertía en viruta sucia (*loska* en finés; en castellano no existe una palabra para describir esa sopa gris de nieve y fango tan común por esas montañas). En el apartamento de arriba del bistró alguien encendió la radio, y le llegaron las voces vivarachas de los anfitriones de radio *Hazme el humor*. En su segmento *Bendita casualidad*, la pregunta a la mano era “el día más perfecto de tu vida”.

Paloma encendió un atípico segundo cigarrillo, y se quedó escuchando las benditas casualidades de los demás.

Capítulo 6

Predictora de impulsos

Andorra la Vella

Puesto que la existencia de Paloma Palomero provocaba escasa curiosidad en la gente, se le daba fácil ser buena observadora y predictora de impulsos humanos. Si no se entiende qué significa eso, es porque no existen muchas predictoras de impulsos, y de haberlas, Paloma no había conocido a otra entre personas de todo el mundo que llegan a Andorra dispuestas a hacer el ridículo en las pistas de esquí.

El observador casual podría argumentar que ese *talento* no era más que la acumulación de datos absorbidos de docenas de libros sobre el comportamiento y las emociones humanas que contenía la biblioteca de los Palomero, y que Amparo había usado para intentar descifrar el

desgano y la flacidez generalizada de su marido. Pero la intuición casi mágica de la niña iba mucho más allá. Paloma inició sus lecturas en la materia para entenderse a sí misma luego de predecir a los diez años que Ignasi, el cura de su parroquia que se confesaba con su padre todos los lunes en la barra de Juventus, tendría el irremediable impulso de abandonar los hábitos por la mujer que confeccionaba los postres del bistró. Le dijo a su madre que los impulsos del cura serían reciprocados, y cuando sucedió, Amparo ya tenía un reemplazo para suplir postres a su negocio.

Con los años entendió que los libros no ayudaban demasiado, porque su habilidad no nacía de análisis psicológicos, sino de la capacidad de captar impulsos sinápticos abocados a manifestar lo absurdo del ser humano, y predecir cuándo se iba a manifestar. Básicamente, Paloma tenía la extraña habilidad de predecir picos de emociones e irracionalidad. Se trataba de un don curioso cuyos orígenes Paloma desconocía porque, a su mejor conocimiento, nadie más en la familia lo compartía. Fue ese predictor el que la llevó a intuir que su madre escogería por impulso de amor a primera vista el local equivocado para su negocio, justo al lado del hotel Plaza Andorra, aún sabiendo que el bistró del hotel le haría competencia directa. Así fue, y al tiempo lo mudó con más éxito en otro lugar que su hija le indicó en la zona del *barri antic.* Otras veces, mucho más bizarras, Paloma podía predecir los impulsos de la gente sin contexto alguno. Una vez entró al bistró un hombre engabanado, maletín en mano, cuarentón, y atractivo, y la chica supo que antes de que saliera de allí, él sentiría el impulso de llorar. Se lo dijo a su madre, quien nunca dudaba de sus predicciones, y ya tenían servilletas a la mano cuando el hombre empezó a sollozar mientras escuchaba a alguien en su móvil. También supo que el impulso de su amiga Mercè de estudiar periodismo resultaría en un error, aunque en ese caso en particular no se trató de una predicción de irracionalidad sino de una deducción lógica: Mercè detestaba leer y a Paloma le resultaba inimaginable cómo hubiera abordado una carrera que demanda lectura continua, recopilación de información, investigación y escritura de alto calibre. Mercè le hizo caso y desvió sus aspiraciones hacia convertirse en una

exitosa *Youtuber* especializada en tutoriales de temas "indispensables" como trucos para lograr el maquillaje perfecto resistente a una avalancha de nieve. Cuando se convirtió en una celebridad menor en Andorra, saltó a su segundo trabajo como gerente de la Terraza.

Tristemente, Paloma no siempre podía usar ese talento sobre sus propios impulsos irracionales, quizás porque había tenido tan pocos en su vida. De hecho, en más de cuatro décadas de existencia, su único impulso irracional contundente sucedió aquella noche de marzo cuando escuchó el programa de radio *Hazme el humor*. Los locutores, un hombre y una mujer, abrieron los micrófonos para que los radioescuchas narraran las veinticuatro horas más perfectas de sus vidas en aquel segmento con el lastimoso nombre de *Bendita casualidad*. Sentada en el escalón y recostada de la puerta de su callejón nocturno, Paloma encendió un raro segundo cigarrillo, y se dispuso a escuchar bobadas. En efecto, las primeras personas que llamaron ofrecieron historias predecibles: una boda, el nacimiento de un hijo, la recuperación improbable de una enfermedad grave, una promoción importante en el trabajo, la hija que ahora va a estudiar medicina, la llegada del ansiado retiro, un nuevo amor… Eran voces de seres de otro plano donde existían trajes de novia, el rapto que provoca encontrar el amor, y niños que salen del propio cuerpo y justifican las estrías. Su existencia, pequeña y usada a medias, se había circunscrito a observar a los demás vivir esos hitos que sostienen al ser humano. Quizá, meditó exhalando humo del color de sus ojos, era porque su vida había sido en exceso práctica y utilitaria; una vida inadvertidamente diseñada para servir del modo más eficiente.

En eso, entró la llamada de una mujer de voz ligeramente ronca e interesante, y devolvió su atención al programa.

—Hola… Pues ahora que os escucho con tantas historias bonitas, no sé si la mía les ilusione—dijo la mujer buscando ser alentada a continuar.

—Venga, que todas las historias son bonitas si te dan felicidad. A ver, dinos tu nombre y cuál fue tu día perfecto—. El locutor soltó una risa a propósito de nada.

—Pues… hace años tuve una especie de… digamos de revelación.

Era un día como todos y luego de despedirme de mi pareja y enviar a los niños a la escuela, regresé a mi casa a terminar de empacar para pasar el fin de semana en Madrid… para la despedida de soltera de una amiga—narró la mujer.

Un amago de alarma acompañado de bilis se asomó en la boca del estómago de Paloma, y siguió escuchando.

—Oye, en esa despedida de soltera lo debéis haber pasado bomba—comentó la locutora riendo también. Las risas sonaban como leídas de un libreto.

—Bueno, no se trató de eso. Poco antes tuve una visión de lo que podría ser mi vida lejos de las decisiones que había tomado hasta la fecha. Me pregunté cómo sería empezar otra existencia… con borrón y cuenta nueva. El caso es que partí y no regresé.

Un silencio de unos segundos, que en la radio se sienten como horas, le siguió a la descabellada historia, mientras los locutores, entrenados para manejar lo liviano pero no lo sustancial, buscaban qué comentar ante tamaña confesión, totalmente incongruente con el ánimo del programa. Sobre Paloma descendió la certeza de que era la voz de Lea Amaya la que escuchaba por la radio.

—A ver, ¿y cuál fue el día feliz? ¿El recibimiento de tu familia al regreso?

Paloma supo al instante que ese comentario torpe y cargado de juicio por parte del locutor terminaría con la intervención de Lea. En efecto, de inmediato se escuchó el clic que terminó con la llamada. La inesperada y frágil línea de comunicación con la madre biológica de Cecilia y Enric se esfumó como su aliento cuando exhaló. No escuchó qué comentaron después los locutores. Una ola de náuseas la sorprendió y vomitó en el callejón. Se incorporó, con sabor agrio en la boca. Los rostros de Xavi, Cecilia y Enric desfilaron uno a uno por su mente aturdida, y así mismo se desvanecieron. De inmediato quiso recordar sus imágenes, pero se habían escondido ante su estupor.

Entonces, en su primer arranque formal de impulsividad irracional, Paloma procedió a hacer exactamente lo que años antes había hecho Lea.

Capítulo 7

Gaetano y Elizabeta

Massa Lubrense

Septiembre de 2015

¡Sono arrivato!, anunció en voz alta mientras aparcaba la Vespa a la entrada de la Villa Rosato. Su casero salió a recibirla con una sonrisa generosa, otorgada sin reservas, como siempre que la veía. Gaetano hablaba algo de castellano, y Paloma se las arreglaba con un italiano muy básico que no se molestaba demasiado con conjugaciones. Gaetano era viudo hacía más de una década y tenía dos hijas; Lorenza, una profesora universitaria, y Cianna, empleada del gobierno napolitano. Ambas hijas, junto a sus nietos y yernos, lo visitaban a menudo. La familia Parisi vacacionaba en Sicilia o Malta una vez al año, y en una ocasión visitaron Barcelona, en una memorable serendipia que llevó a Paloma hasta allí.

—*Ciao, cara. E il tuo giorno? Hai cenato?*

Gaetano siempre abordaba a Paloma preguntando si había comido. Le dijo que no, que no había olvidado que quedaron de cenar juntos. Paloma estaba aletargada por el largo día en la playa, pero arreciaba el hambre y además, tenía asuntos de negocios que tratar con su casero.

—Gaetano—prosiguió en su italiano anodino—, me voy a bañar y nos encontramos en veinte minutos.

El *nonno* entró a la villa a preparar la mesa de la terraza para recibir la exquisitez culinaria que salía a diario de la cocina de Elizabeta, la dama croata que limpiaba y cocinaba en Villa Rosato. Gaetano moría por ella con poco disimulo. Elizabeta había nacido en Split y, como muchas de sus compatriotas, cruzó el breve trecho del mar Adriático que separa la costa este de Italia del archipiélago croata, y desembarcó en Puglia. Poco a poco, fue moviéndose hacia el oeste buscándose la vida, hasta que llegó a la costa Amalfitana y ya no buscó nada más. Nunca había visto el resto de Italia, ni siquiera Roma, pero insistía en que nada podía ser más hermoso que aquella costa. Elizabeta era alta, con una gloriosa melena blanca. Su porte era

elegante; viéndola desplegarse por la villa, parecía una dama burguesa que se había dignado a realizar las tareas domésticas de los mortales de la casa. Uno de los entretenimientos favoritos de Paloma en su nueva rutina era refugiarse bajo la pérgola del patio, resguardada bajo un gran pino de sombrilla y rodeada de glicinas, petunias y rosas. Allí Gaetano se había esmerado sembrado Silene di Elisabetta, una flor color rosa intenso, en honor a nuestra Elizabeta croata. La mezcla de aromas le evocaba a Paloma una nostalgia que carecía de brújula. Allí se acomodaba con frecuencia a leer, escribir pensamientos inconexos, dibujar, pero más que nada, a observar a Gaetano cuando Elizabeta llegaba a trabajar. El rostro de su casero se suavizaba y se le disolvía la mitad de las arrugas. Sus ojos color cacao se tornaban más cálidos de lo usual y si Elizabeta preguntaba algo, brincaba presto a responder y a ayudar si hacía falta. La andorrana se embelesaba mirándolos.

Del amplio recibidor de la villa de Gaetano emanaba el sonido crujiente del vinilo del disco *La dolce vita* en la versión original de Nino Rota para el filme de Federico Fellini en 1959. La melodía nostálgica y ligera sonaba a Gaetano, y Paloma lo imaginó joven, como Marcello, el guapo *paparazzi* del filme, persiguiendo a su diva Sylvia, quien en su versión, era Elizabeta. Soñaba con verlos vivir un romance, disfrutando en una gran cena familiar sobre manteles rojos.

Desafortunadamente, en el caso de Gaetano y Elizabeta el predictor de impulsos de la andorrana se sentía horizontal; ninguno de los dos iba a dar el primer paso, pero para eso ya tenía planes concretos. Poco después de su llegada a la villa, Gaetano le contó que se entretenía destilando licores de diversos sabores con hierbas que cosechaba en su propio huerto. Todos los días, cuando llegaba de sus andadas por la costa, Gaetano convidaba a Paloma a un chupito de uno de sus licores que, en honor a la verdad, sabían a jarabe para catarro de pecho. En el salón había una planta borracha donde Paloma vertía el licor en cuanto su casero desviaba la vista. Sin embargo, la andorrana tenía planes para esos jarabes, porque entendía bien el impulso irracional de la gente de comprar lo que no necesita cuando está de vacaciones, con la esperanza de preservar en esos objetos un poco de la esencia del viaje. El *souvenir* obligado de muchos de los sesenta millones de

turistas que pasan cada año por Italia es la inevitable botellita de cristal con el licor oficial de esta zona, el ubicuo *limoncello*. Puesto que ese brebaje de alcohol, limón y cantidades industriales de azúcar, no tiene otra competencia turística que la *grappa*, Paloma había decidido que los licores de hierbas con sabor a jarabe de pecho de Gaetano serían la próxima sensación en la industria de venta de recuerdos a turistas en la costa, en cuanto comenzara la temporada alta en la siguiente primavera.

Esa mañana le había pedido a Gaetano que invitara a Elizabeta a cenar con ellos, y le adelantó que tenía una proposición para ambos. El risueño napolitano no precisaba de razones; agradeció la excusa para convidar a Elizabeta, quien se retiró a cambiarse y regresó en un vestido largo de hilo, y su maranta suelta en la suave brisa. Gaetano se afanó colocando flores en la mesa de la terraza, que ofrecía una vista tranquila a la península que termina en el acantilado de Punta Campanella. Gaetano-Marcello y Elizabeta-Sylvia, los enamorados septuagenarios en la versión de *La dolce vita* de Paloma, ejecutaron un fluido baile colocando en la mesa aceite de oliva verdoso, sal, pan humeante con romero hecho en casa, *gnocchi alla sorrentina,* vino tinto y otros platillos que salieron de la cocina. Mientras comían, Paloma los entretuvo con la historia de su encuentro con la pareja de Gabrieles. Cuando Gaetano sirvió el café, Paloma fue al grano.

—Gaetano, tengo una idea para la venta de tus licores de hierbas.

—Te conté que he tratado, pero nadie se ha interesado, *cara.*

—Es porque estás usando la estrategia equivocada. A los turistas tienes que atraerlos con la vista, tanto o más que con el sabor. Muchos viajeros compran licores de recuerdo y nunca los abren. Los conservan porque realmente están pagando por llevarse un pedacito de nostalgia.

Tanto Gaetano como Elizabeta dejaron a un lado sus *espressos* y le prestaron atención. Paloma sacó dos botellitas de su bolso de rafia. Una era de cerámica típica de las baldosas amalfitanas de fondo blanco, pintada de azules, amarillos y verdes. La segunda era más elegante, con cuello alargado y hecha en cristal de Murano. Entonces, colocó sobre la mesa una de las rudimentarias botellas de cristal transparente de Gaetano, que asemejaba, en efecto, un envase de

jarabe. Vertió un poco de licor en las botellas que trajo consigo, dejando un poco en la original. Paloma las presentó las tres, una al lado de la otra.

—¿Si fueran turistas, cuál comprarían?—Gaetano y Elizabeta se echaron a reír comprendiendo la sencillez lógica del concepto. Las cigarras de montaña se unieron para opinar y en la villa de Gaetano, en esa noche, en ese momento, sólo cabía la algarabía. Paloma se reafirmó en que este era un buen candidato para su lista de días perfectos.

Arriba, en las montañas que no terminaban en el enclave de acantilados, el brevísimo recuerdo de su vida anterior se asomó como un carcelero buscando a una prófuga, pero se desvaneció en la noche adornada de guiños cósmicos.

Capítulo 8
El herbolario

Costa Amalfitana

Octubre de 2015

Ya era el fin de octubre y la temperatura iba en picada. En la costa, los locales comenzaban a abrigarse para el otoño mientras Paloma, que nació de la nieve, se sentía en pleno verano y trabajaba de sol a sol en una camiseta y pantalones de carpintero.

La Villa Rosato se había transformado en el centro de operaciones de *Gaetano's liquore alle erbe* o el Licor de hierbas de Caetano. El casero de Paloma se rehusaba a aceptar el pago de la renta, e insistía en llamar 'socias' a Elizabeta y a su inquilina. La encantadora croata renunció a sus demás clientes para trabajar a tiempo completo en el proyecto que unió a los enamorados casi sin ellos darse cuenta. Gaetano estaba a cargo de aumentar la producción de los licores y del mantenimiento de los huertos, que ya no daban a basto. Elizabeta buscaba establecimientos en Positano, Capri, Atrani, Amalfi y Ravello que aceptaran los licores a consignación, mientras Paloma coordinaba el empaque y la producción de los envases que fueron comisionados a una ceramista de Amalfi. A base de los bocetos de Paloma, los licores

se ofrecerían en un empaque que incluía tres vistosas botellas de cerámica de distintos colores colocadas en una tablita de madera artesanal. Los colores en las botellas se suponía que correspondieran al sabor de la hierba predominante en cada mezcla, pero en realidad todos sabían casi igual: a jarabe viscoso. Eso ya no importaba; cualquier turista hubiera comprado uno de los llamativos empaques.

Mientras el proyecto se apoderó de ese pequeño núcleo familiar improvisado, creado por conducto de una pasión compartida, los días de Paloma fueron tomando una nueva forma. Ya no dormía hasta tarde, ni se regodeaba en la cama esperando un ataque de angustia. Sus salidas a la playa también habían disminuido. La ribera se había tornado desierta y silenciosa, muy propicia para darle la bienvenida a musarañas mentales que no deseaba alimentar. Comenzaba sus días a las ocho para desayunar con Gaetano y Elizabeta, momento que aprovechaban para ir sobre los pendientes del día. La tarea favorita de Paloma era conseguir hierbas de calidad en otros huertos cercanos para aumentar la producción que se estaba almacenando. Esa asignación la había llevado a recorrer la región encontrando lugares que no están en mapas turísticos y que la hacían sentir que Andorra descansaba en otro planeta lejos, muy lejos de aquel esplendor.

Aquella mañana, condujo el Opel de Gaetano por el trayecto de menos de una hora hasta el estudio de Raffaella a las afueras de la ciudad vecina de Amalfi. Raffaella era una ceramista local que podía remontar la historia de su oficio a su tatarabuela. Era más o menos de la misma edad que Paloma, y en el proceso de trabajar en las botellas y la presentación de los licores, se habían hecho buenas amigas. Cuando Paloma llegó esa mañana, Raffaella la recibió con *espresso* y *cannoli,* y se enfrascaron a hablar del proyecto y de la vida en general. Ese día, luego de trabajar un rato en los modelos de las bandejas de madera con hendiduras para asegurar las botellas, le anunció que almorzarían en Ravello.

—*Andiamo subito!*—Paloma brincó de su silla, presta a salir. A sus ojos, Ravello era la joya de la corona de la costa.

—Me encanta tu entusiasmo, pero no vamos de paseo, sino a conocer a un herborista. Me comentaste que Gaetano necesita más hierbas, y

tengo a la persona.

—¡Qué maravilla! Pero también vamos a comer, ¿sí?—Raffaella se echó a reír, y buscó su bolso y su sombrero borsalino de paja.

—Me gusta la gente con sus prioridades claras, *cara*. Te voy a llevar al mejor restaurante de comida casera en la costa.

Ravello es un espejismo que anida en lo más alto de las montañas acantiladas de la costa, con la ciudad de Amalfi a sus pies. Es posible subir los interminables escalones en un trayecto de tres horas que, a ratos, induce al vértigo a pesar de su belleza, y que Paloma intentó en una sola ocasión. Esta vez, abordaron el bus que conecta a los dos pueblos. A ese vehículo se subía con el mismo nivel de fe con el que se entra a un templo: sin evidencia ni garantías pero esperando lo mejor. El bus gargantúa comenzó a ascender por la estrechísima carretera de solo un carril en cada dirección y cada vez que se retorcía como una serpiente metálica para dar una nueva vuelta a la montaña, Paloma juraba que se irían en picada por el acantilado. En poco minutos, se desplegó ante ellas el mural de entrada a la ciudad que anunciaba: Ravello *città della musica*. A lo largo de la historia, ese lugar inspiró a Richard Wagner, Paul von Joukowski, D. H. Lawrence, Virginia Woolf, Gore Vidal, Greta Garbo, Joan Miró… la lista era un *quién es quién* de intelectuales y artistas. Bastaba una mirada a la minúscula ciudad de dos mil quinientas almas para entender la inspiración universal que provocaba. El corazón del pueblo, la *piazza Duomo,* se demarcaba por dos hileras de bistrós y cafés que culminaban en los escalones de la iglesia. Paloma estaba segura de que esa pequeña parroquia veía más acción matrimonial que cualquiera otra de la región. Siempre que visitaba el pueblo, a distintas horas y días de la semana, había un casamiento en progreso bajo la vigilancia resignada de una *nonna* canosa y vestida de negro que vivía por allí. La *nonna,* a quien Paloma nunca había visto dispensar una sonrisa, se pasaba la vida mirando hacia abajo desde su balcón con cara de haber sido testigo de demasiadas bodas con sus cuestionables resultados.

En la *piazza* siempre había actividad. Si no era una boda, era el mercado de venta de pasta fresca cortada al momento, las festividades de Navidad, o la paralización total del pueblo todos los veranos,

cuando la ciudad celebra su festival de música y artes entre finales de junio y principios de septiembre. Cuando Paloma llegó inicialmente a Massa Lubrense, acudió a un concierto de atardecer. La orquesta descansaba sobre un escenario que parecía flotar en el horizonte, tocándose con el mar Mediterráneo a lo lejos.

—Por aquí—le instruyó Raffaella. Rebasaron la plaza y continuaron hacia un callejón hasta llegar a la Trattoria Cumpa Cosimo. Al entrar, Paloma vio a otra *nonna* enfundada en un delantal rojo y blanco de grandes volantes, también bajita y canosa, pero adorable, que mostraba una hendidura entre sus dos dientes superiores frontales. Las abrazó a ambas y las condujo hasta una mesa al fondo. El local estaba a tope, anegado en un bullicio de voces mezcladas con el sonido de los cubiertos y las copas. Estaba el alcalde del pueblo y su séquito, parejas con niños, elegantes abuelas que brindaban, una mesa con cuatro obreros de la municipalidad, y alguno que otro turista que tuvo la suerte de descubrir el lugar. Esa trattoria unía a todo el universo amalfitano en su espacio de aromas caseros. *Signora* Letta, la dueña del local, hizo señas a un mozo para que trajera una botella del vino de la casa y le dijo a Raffaella que en breve nos enviaría dos platos del día.

—*Prego. Grazie mille, signora* Letta—. Raffaella sonaba inusualmente dócil.

—¿Cómo? ¿No vamos a ver el menú?—dijo Paloma en cuanto *signora* Letta se alejó.

—*Madre di Dio!* ¿Cómo se te ocurre? Aquí comes lo que Letta te sirva, que casi siempre es el plato mixto del día. Un poco de todo. No preguntes. Solo come y luego me cuentas.

Letta no se fue por las ramas. En un santiamén, descendieron sobre la mesa dos platos de cerámica amalfitana (con la firma del estudio de Raffaella) con divisiones, como para entremeses. En cada uno de los cuatro compartimentos había una porción rebosante de una delicia distinta: *coniglio alla cacciatora, scaloppine al limone, linguine bolognese*… Paloma comenzó a probar cada platillo y se preguntó cómo pudo sobrevivir más de cuarenta años a base de cocas y patatas bravas. Los platos de Letta tenían ese sabor distintivo de la comida

hecha en casa, como cuando Anselmo sentía nostalgia por Cuba y la aplacaba cocinando arroz congrí y ropa vieja. Sabor a hogar. Sabor a punto de partida.

Paloma iba por el tercer plato, cuando un hombre de rostro amable y de una edad indeterminable se acercó a la mesa, las saludó, y tomó asiento en una de las dos sillas desocupadas. Su piel estaba curtida al sol, pero entre las hendiduras de sus arrugas, se asomaba una tez más pálida. Tenía una sonrisa sincera, y ojos redondos color *espresso*, que le daban un aspecto de calidez. A la andorrana le encantó al instante.

—Niccoló, esta es mi amiga, Paloma Palomero—. Niccoló le tomó la mano derecha y la besó, como Paloma había visto en películas.

—*Piacere mio.*

En eso, Letta irrumpió en la mesa, besó sonoramente a Niccoló, y le preguntó si había comido. Niccoló asintió y Letta se marchó a buscarle postre y café. Raffaella y Niccoló hablaron de banalidades por unos minutos en un italiano vertiginosamente rápido, pero Paloma captó que entre ellos hubo un encuentro malogrado el viernes anterior. Alguien se quedó esperando a alguien en la *festa di un amico*, aparentemente Niccoló a Raffaella.

—Me cuenta Raffaella que estás trabajando en un nuevo licor de hierbas. Me mostró los bocetos de presentación del producto. Muy buenos. ¿Los hiciste tú?

—Sí, para mi amigo Gaetano Parisi, de Villa Rosato en Massa Lubrense. Ya tenemos aseguradas doce tiendas que venderán el licor a consignación al inicio de la próxima temporada turística. A base de mi cálculo, necesitamos el doble de la producción de hierbas que cosechamos.

Niccoló le obsequió ese raro regalo de la atención total. Raro porque, en la experiencia de Paloma, la mayoría de la gente sencillamente se prepara para el impulso común de interrumpir y contestar sin escuchar. Pero Niccoló era de esas personas que escucha con los ojos, con las manos, con cada gesto. Paloma le explicó que Gaetano destilaba mezclas variadas de licores usando ajenjo, menta, anís estrellado, canela, cardamomo, eneldo, romero y tomillo.

—O sea, algo parecido a Cynar que tiene trece hierbas—Niccoló le

hizo un gesto a un mozo y pidió tres copas del licor. La diferencia entre el Cynar y el de Gaetano era notable, y sólo se parecían en su color marrón oscuro. Cynar tenía un sabor agridulce que bajaba suavemente con hielo.

—Este licor es mucho más sofisticado que el nuestro. No pretendemos algo tan fino, pero quizás, no sé, ¿que baje más *delicatamente*?

—Déjame ver que traes—. Niccoló se frotó las manos como un niño que se prepara para abrir un regalo. Paloma sacó de su bolso una botella del licor y lo vertió en tres copas de chupitos. Raffaella y ella lo pasaron de un trago, como si fuera tequila, porque ya lo conocían. Raffaella hizo una mueca y echó mano de su vaso de agua, pero Niccoló comenzó a mover su bien delineada quijada degustando el brebaje.

—Gaetano debe simplificar. Está tratando de abarcar demasiados ingredientes para una producción artesanal, y no todos se complementan. Por el sabor y los residuos, deduzco que están usando el método de maceración en vez de destilación. Consideren montar un alambique pequeño. Por el momento te puedo recomendar algunas mezclas más sencillas, pero mejor balanceadas, ¿te parece?

Raffaella y Paloma escucharon embelesadas. Paloma se encontró deseando que su amiga reconsiderara a aquel hombre encantador. Se apresuró a asentir y media hora más tarde se despidieron de Letta y enfilaron hacia el herbolario de Niccoló. La ruta era la misma que llevaba a los famosos jardines de Villa Cimbrone. Poco antes de llegar a Cimbrone, doblaron a la derecha y entraron en un jardín híbrido que desafiaba una sola definición. Estaba, por supuesto, el herbolario, pero también había árboles frutales pequeños, cipreses y por cualquier esquina brotaban valientes, en medio del frío, flores de Primula di Palinuro y Zafferano etrusco en un diseño orgánico que Paloma sospechó, había sido cuidadosamente planificado. Había un techo bordado de hojas de enredaderas de calabacines de donde brotaban los larguísimos brazos colgantes de la fruta que parecían rebasar a Paloma en longitud. El techo de hojas otoñales cobijaba una larga mesa de madera repleta de calabazas y calabacines. Niccoló les mostró

las hierbas que recomendaba para la receta que procedió a escribir en una libreta de papel sin líneas, mientras le recitaba a Paloma con paciencia las instrucciones que debía transmitir a Gaetano. Cuando el herborista se entretuvo preparando las cajas y los materiales de empaque, Raffaella se le acercó y comenzó a susurrarle al oído. Paloma decidió darles privacidad, aunque su predictor de impulsos le indicó que Niccoló no se inclinaba por los despliegues de afecto en público y además, aún estaba cabreado con su amiga. Se alejó absorta por aquellos vericuetos clorofílicos con aroma a petricor. Había un par de personas husmeando o conversando con alguna de las dependientas del jardín. Siguió de largo para asomarme a la parte del herbolario que daba hacia el acantilado, cuando sus ojos se detuvieron sobre una mujer de espaldas, mirando hacia las montañas. Estaba vestida con un suéter negro, unas imprácticas aunque hermosas botas de tacón alto, y una exquisita gabardina color rojo borgoña. Tenía una gloriosa melena de ondas suaves y lustrosas color café que capturaba los menguantes rayos de sol y despedía chispas de cobre. Sus manos estaban escondidas en los bolsillos de la gabardina y mantenía su cabeza altiva, como desafiando al paisaje. Sin siquiera ver su rostro, Paloma supo que la mujer intentaba dominar el impulso de llorar de rabia, una rabia que ponía a prueba sus vastos repositorios internos de autocontrol. No supo porqué quiso distraerla, aplacarla. Paloma se acercó en paralelo, brazos descansando en la barandilla, ojos grises encontrando el océano índigo de octubre, labios rojos sonrientes.

—Parece una cremallera bajando por la espalda de un vestido—dijo en italiano, mirando el paisaje que ofrecía un pedazo de mar al oeste.

—¿Cómo? No hablo italiano, lo siento.

Con su vista periférica, Paloma la vio voltearse a mirar su perfil.

—Abajo, en el mar. Las dos estelas de espuma blanca que va dejando ese yate forman una V que se asemeja a la cremallera de un vestido mientras desciende—le repitió en castellano.

La mujer devolvió la vista al horizonte y asintió.

—Tienes razón—. Sonrió levemente.

—¡Hola! Me llamo Paloma Palomero y este es el herbolario de un amigo. ¿No es precioso?—La mujer miró a su alrededor, como

evaluando un espacio en el que no había reparado antes.

—Lo es. Se respira… tranquilidad. Encantada, Paloma. ¿De dónde eres? Detecto más de un acento en tu español.

—Soy de Andorra, de padre cubano—. La mujer se incorporó, ahora con más interés. En efecto, Paloma le había disipado las ganas de rabiar.

—¡Qué casualidad tan bonita! Soy cubana—dijo sonriendo generosamente. Tenía un rostro espectacular que le era muy familiar a Paloma.

—No lo vas a creer, pero justo hoy al mediodía recordaba el arroz congrí con ropa vieja que preparaba mi padre cuando sentía nostalgia por su isla.

—¡Ropa vieja y congrí! No recuerdo la última vez que los probé. De pronto me apetecen.

—Ese es el truco de la nostalgia; es contagiosa. ¿Por qué no los comes?

—Porque viajo mucho y casi siempre como en hoteles o salas de ensayo.

—¿Salas de ensayo?—Paloma la tenía bajo interrogatorio, pero no lo podía evitar. Sabía de quién se trataba, aunque se negaba a creerlo.

—Sí, salas de ensayo o de conciertos. Soy Yaima Mántici, la directora de la Orquesta Sinfónica Nacional de Cuba. Estoy en Ravello negociando los particulares de mi invitación al próximo festival de música de la ciudad. Me han ofrecido ser la conductora del concierto inaugural del festival. Sería la primera vez que una mujer latinoamericana logra esa plaza. Todavía no lo creo, si te soy franca.

La reacción de Paloma las sorprendió a ambas, porque comenzó a reír de puro deleite, y sin encomendarse a nadie, la abrazó. Abrazó fuerte a aquella extraña que había divisado hacía solo unos minutos, pero cuya música conocía íntimamente. La abrazó con el cariño de la sangre cubana que encontró a otra en aquel jardín, y sintió los brazos de la mujer, que irradiaban música aún en el silencio. Yaima se echó a reír también, y Paloma intuyó que se permitía celebrar ese logro con abandono por primera vez. Así las encontraron Raffaella y Niccoló cuando llegaron a buscar a Paloma al barandal.

—¡Raffaella, Niccoló! Vengan a conocer a mi amiga, Yaima. ¡Va a dirigir el concierto inaugural del próximo festival de la ciudad!

Capítulo 9

El gran escape

Costa Amalfitana

Octubre de 2015

Paloma regresó a Villa Rosato cargada de hierbas y buenas noticias. Gaetano le plantó dos besos delirantes como si le hubiera multiplicado los panes. Aunque visto de algún modo, pues sí. Más hierbas, mejores recetas, mejor producto, nuevo suplidor. Casi sin creer lo que habían logrado juntos, Elizabeta y Gaetano se le unieron para brindar con un Sangiovese que Paloma había comprado en Amalfi. No perdieron tiempo en debatir la sugerencia de Niccoló de montar un pequeño alambique.

Se acomodaron en la sala de Gaetano, decorada con muebles de diversos estilos y periodos ahogados en montañas de libros y discos de vinilo cuyo orden de clasificación era un misterio que conocía sólo él. El *nonno* tenía encendida una chimenea un tanto innecesaria en opinión de Paloma, pero siendo una *yeti* de las nieves, sabía que no era la más indicada para opinar sobre la necesidad de calefacción de los demás. Como de costumbre, les contó de su día con Raffaella y del extraordinario encuentro con Yaima Mántici.

—¿De verdad que una mujer va a dirigir el concierto inaugural de Ravello?—preguntó Gaetano mientras se echaba una aceituna a la boca. Elizabeta y Paloma se voltearon a mirarlo sin rastro de humor—. Lo que por supuesto, me parece genial. ¡Ya era hora!—corrigió rápidamente.

—Que maravilloso encuentro, Paloma. ¿Cómo es ella?—indagó Elizabeta ignorando el comentario de Gaetano.

—Es interesantísima. Muy maja, ¿eh? Será la primera mujer hispana en dirigir la orquesta en el festival. No le pregunté, pero sospecho que en general no muchas mujeres lo han logrado. Me crié escuchando la música de su tío.

—Tienes que averiguar cuándo será su concierto para comprar

boletos desde temprano. Hasta podemos pasar la noche en Ravello.

—Me invitó a cenar mañana en el hotel donde se hospeda. ¡Pienso averiguarlo todo!

Paloma se despidió de su pareja de enamorados añorando caer en la nube del edredón de su cama. En el baño, bajo el agua tibia, se disolvió la evidencia del día en suaves virutas de jabón de aceite de rosas. En su antigua vida, nunca usó jabones de ninguna flor; compraba un jabón genérico para toda la familia. Tampoco usaba perfume, lo que también había comenzado a hacer en su pequeña nueva vida en Massa Lubrense. Salió del baño en una mullida bata de baño, y se subió a la cama con un té de limón y su móvil. Le dejó un largo mensaje de voz a Olivia narrándole las incidencias fortuitas del día, en el que había sumado tres nuevos amigos a su creciente lista: *signora* Letta, Niccoló y Yaima. Cometió el error de abrir la aplicación de una red social y buscar la cuenta de Cecilia, de los tres chicos, la más activa en esos menesteres digitales. En una foto de hacía seis meses posaba con cara de desesperación fingida, con el trasfondo de su habitación en casa de Xavi repleta de cajas de mudanza. La leyenda rezaba: "Aquí de regreso. ¿Dónde están mis *BFF's* cuando las necesito?". En otra foto aparecía en la mejor mesa del Palomero Bistró rodeada de un grupo de amistades que brindaban y reían con abandono. Parecían celebridades captadas por un *paparazzi* en un mar de extremidades enredadas en un abrazo de noche de juerga. Cecilia tenía por costumbre llegar regularmente al bistró con su séquito de amigos sin nunca sentir el impulso de pagar la cuenta. Paloma se echó a reír y tomó un sorbo del té. Cuando se hizo cargo del restaurante, Olivia le anunció a Cecilia que tenía una deuda acumulada de sobre cuatrocientos euros en el bistró y que no la atendería más hasta que la saldara en efectivo. La chica no había vuelto a asomar la cara por el establecimiento, según le informó Olivia. Paloma, que había criado a Cecilia desde los siete años, tenía claro que la chica era un repositorio sin paralelo de impulsos insustanciales que la guiarían irremediablemente toda su vida. Había luchado por guiarla, alentarla a leer y estudiar, inspirarla a buscar un propósito de vida, pero enfrentada con cualquier tarea o sugerencia que le disgustara, Cecilia

replicaba que ella no era su madre, y se negaba de plano. La primera vez que ocurrió, Paloma se sintió desolada, como si le hubieran propinado una bofetada, pero sin el apoyo de Xavi, que rara vez disciplinaba, aprendió con los años a dejar los asuntos medulares de los gemelos en las manos de su padre. Olivia, en contraste, era una chica tan cabal, con una capacidad inmensa para la compasión, pero también para la tomar decisiones cuando hacía falta. Pocas veces había tropezado en su corta vida y le había dado muy pocos malos ratos; muchos más dieron los gemelos. Apagó el móvil y caminó con la taza hasta su ventanal de cavilaciones. Sin Olivia, no tenía idea de cómo se hubiera desdoblado su historia luego de escuchar a Lea en el programa radial aquella noche de marzo. Inevitablemente, su mente regresó a ese momento en el que su vida dio un giro hacia una puerta de salida en la dirección opuesta.

Cuando terminó de vomitar su rabia y su pena en aquel callejón del bistró, su mente se cerró a todo pensamiento excepto uno: huir, partir hacia dónde fuera. El destino no era lo importante, sino la acción misma de moverse en cualquier dirección que pusiera distancia entre su cuerpo y aquella ciudad del reloj derretido, de no desperdiciar ni un instante más luego de tantos años en la antesala de su muerte. Con visión de túnel, cerró su mente desbocada y escuchó solo sus instintos. Entró al bistró, se enjuagó la boca y se echó agua en la cara. Luego, se arrastró hasta la pequeña oficina del fondo y sacó de la caja fuerte un sobre de piel tamaño papel de carta que guardó en su mochila. Se puso su abrigo, apagó las luces, y cerró las puertas del bistró por última vez. Afuera en la acera, Paloma se volteó a mirar el escaparate de arquitectura francesa una vez más, y le pareció verse con Amparo a través de la vitrina. Se vio de niña junto a su madre ayudando a atender el local, decorándolo con luces y pascuas en Navidad, celebrando con vítores los cumpleaños de comensales, riendo con ella en sus charlas íntimas en la pequeña oficina…Despedirse de aquel lugar era como decirle adiós una vez más a Amparo, pero no había otro rumbo. Su tiempo allí había llegado a su fin.

Llegó a su piso pasada la medianoche. Sabía que Xavi y los gemelos estarían fuera disfrutando de la noche del sábado. En efecto, el lugar

estaba oscuro cuando entró, iluminado solo por las luces que se asomaban por el balcón y el leve resplandor de la luna menguante. De la habitación de Olivia salían las notas del saxofón de Andrea Motis. Caminó hacia la barrita de la sala y se sirvió un trago de lo primero que encontró para eliminar el sabor agrio de su boca. Tocó suavemente la puerta de Olivia y escuchó el volumen de la música bajar hasta hacerse casi inaudible. Paloma nunca supo qué vio la chica en su rostro cuando abrió la puerta, pero sintió de inmediato sus brazos protectores, como pilares de fortaleza. Olivia era mucho más alta, así que Paloma colocó el rostro sobre el pecho de su hija. Le narró accidentadamente lo que había pasado, y al rato se encontró bajo la ducha mientras Olivia empacaba dos maletas y su mochila. Se sentaron en la cama tomadas de las manos en silencio, y Paloma le entregó el sobre de piel con todo lo necesario para la administración del bistró, pagar la nómina y cualquier otra transacción que hiciera falta. Olivia ya era firmante en todas sus cuentas bancarias, trabajaba a tiempo parcial en el bistró y conocía el negocio al dedillo.

—¿A dónde vas?—susurró como si no estuvieran a solas.

—Mientras me bañaba, pensé que igual comienzo por la casa de tía Sara, en lo que decido qué hacer—. Hablar le costaba un enorme esfuerzo físico.

Sara era la hermana menor de su madre y vivía en Barcelona en una casona con un hermoso jardín interior (que ella prefería llamar “jardín escondido”) a cinco minutos a pie del Park Güell. Ese había sido el refugio de la niñez de Paloma, y ahora sentía un deseo sediento por llegar allí.

—Sara está a tres horas. Xavi de seguro ni recuerda cómo llegar. No es que piense que saldrá corriendo a buscarme, pero me tranquiliza que solo tú sepas dónde estaré.

—¿Te vas ahora mismo, de madrugada?—Olivia absorbía lo que estaba pasando, y el impacto que ello supondría sobre su propia vida. Paloma le tomó un mechón de su cabello, y se lo colocó detrás de la oreja. Olivia aún usaba gafas púrpura de empollona, similares a las que prefirió de niña.

—No quiero estar aquí cuando llegue Xavi. Tampoco tengo el

estómago para ver a los gemelos, aunque sé que no tienen la culpa de nada. Lamento dejarte con este lío, Olivia, pero no puedo hacer más. Es paralizante este dolor que siento por el desperdicio de tanto tiempo que no podré recuperar, por darme cuenta de que he gastado la mejor parte de mi vida en ser la sirvienta de Xavi y la cuidadora de los hijos de Lea.

—No es cierto. También has sido una madre maravillosa para mí, y para ellos también.

Olivia la miró con una mezcla de ternura y lástima que Paloma aceptó sin sentir vergüenza, porque en aquel momento, que ahora desde Italia se sentía tan lejano, se provocaba pena a sí misma.

—Me encargo. Tú solo ocúpate de sentirte mejor, ¿vale? Pero déjame saber en todo momento dónde estarás. No te preocupes por Xavi que no sabrá de tu destino. Siempre tengo el móvil en un bolsillo, pero por si acaso, voy a cambiar el nombre de tu contacto.

—Buena idea—dijo Paloma apretándole las manos—. ¿Y cómo me vas a nombrar?

—Gala—. A Paloma le tomó un segundo registrar el nombre de la esposa de Dalí, quien se había mofado de ella a diario con su reloj derretido. Se echaron a reír sin mucho humor antes de retornar al páramo que desciende sobre el alma cuando las cosas que se tienen por seguras llegan a su fin.

—Toma las decisiones que entiendas necesarias con el piso, con el bistró, con todo. Estaré en comunicación contigo, pero con nadie más.

Bajaron juntas hasta el coche con el equipaje a cuestas y se abrazaron largamente en esa madrugada que dormía en la languidez de la niebla. Paloma partió, rebasando en pocos minutos la aduana donde trabajó su padre, y siguió de largo en dirección a Barcelona. No miró atrás. En un punto del trayecto sintió ganas de orinar, pero ni eso la detuvo. Con un dedo, empujó un viejo CD de la Orquesta de Aire por la hendidura del reproductor, una reliquia que poseía su coche. Con cada nota que escuchaba, con cada kilómetro que conquistaba, con cada trecho que la distanciaba de Andorra, sus latidos en las sienes y en el corazón se iban aquietando. Un par de horas más tarde, divisó los pináculos de las montañas de Montserrat, esos gigantescos

racimos de jengibre trenzados que se alzan hacia el cielo. La adrenalina de la caótica noche se disipó un poco y dio paso al agotamiento y al hambre. Se desvió por la carretera que asciende hacia el monasterio milenario incrustado en esas montañas enrevesadas de cimas ovaladas. Cuando llegó a la plazoleta central, usó un baño público, y luego caminó hasta el mirador para observar la majestuosidad del amanecer desde el barandal. A esa misma hora, cualquier día de la semana, hubiera estado despertando para retomar su implacable rutina de dieciséis horas de trabajo para mantener funcionando a una familia que no le pertenecía y que, acababa de darse cuenta, tampoco deseaba. Solo le importaba Olivia. El darse cuenta de que fue capaz de criar a Cecilia y a Erinc desde niños y no extrañarlos ahora, la estremeció. Pero el horror más aplastante que la consumía era haber escuchado la voz de Lea, una extraña que le había dejado el residuo de una vida que desechó, y que ella había aceptado como un relevo. Se acercó a un café que recién abría sus puertas, y ordenó un emparedado de queso de cabra y tomate, un pedazo generoso de tarta de queso fresco típico de Montserrat y una taza de chocolate caliente. Disfrutó de cada bocado como si probara esos sabores por primera vez. Luego condujo hasta el hostal Abat Cisneros y arrastró su equipaje hasta la recepción. Allí pidió una habitación a la encantadora monja que la atendió, y quien se presentó como la hermana Carmen Augusta. Entregó su pasaporte y una tarjeta de crédito, y la monja le preguntó si venía de lejos. Le contestó que condujo toda la noche desde Andorra y que estaba somnolienta. La hermana Carmen Augusta asintió y le entregó una llave.

—La llegada aquí es a las quince horas, pero el hostal está medio vacío. Anda, hija, que tienes cara de que necesitas tirar una cabezada.

Ese pequeño gesto de compasión de una extraña se sintió inmenso en su corazón menospreciado. Llegó como funámbula hasta a la habitación en el quinto piso y se acercó al ventanal desde donde se divisaba el valle del Llobregat. Abrió una de las maletas y sacó pijamas, pantuflas y su neceser, comprobando el puntilloso trabajo de empaque de Olivia. Había un tubo nuevo de dentífrico, cepillo de dientes, hilo dental, cremas para la cara y el cuerpo, además de

peinilla, champú, tampones y aspirina. Se dio un largo baño caliente hasta casi quedar dormida en la tina, un lujo que no podía darse en su piso que solo contaba con duchas. Después de embadurnarse de las cremas que empacó su hija, cerró las pesadas cortinas del cuarto y todo se tornó oscuro. Se metió en la cama y tuvo la sensación de haber rebobinado la noche anterior para darse la oportunidad de corregir los sucesos y comenzar nuevamente.

En aquella cama estrecha con una solitaria cruz velándola desde la pared, se quedó dormida en un instante y no despertó por doce horas.

Capítulo 10

El jardín escondido

Barcelona

La tía Sara vivía en una casona de arquitectura modernista llamada La Valenciana con tejas de cerámica que se asomaban por debajo de la hiedra y las trinitarias que la surcaban como capilares. Cuando Paloma llegó, las tejas azules brillaban bajo el sol del mediodía. La Valenciana fue adquirida por su abuelo, José María Ruz, cuando se mudó con la abuela Calista de Valencia a Barcelona. José María conoció a Calista cuando la (entonces) jovencita de veintiún años viajó de Buenos Aires a Madrid para unas vacaciones familiares. Luego de degustar las maravillas de la capital, la familia voló a Palma de Mallorca. Calista y José María se conocieron en las playas transparentes de las Islas Baleares, y no se separaron nunca más. A Paloma, esas historias de amor instantáneo como la de sus abuelos maternos siempre le provocaban suspicacia. Sabía que no tenía experiencia alguna en la materia, pero miraba a su alrededor, y tampoco le parecía el asunto tan sencillo para los demás. Quizás en la época de sus abuelos los impulsos estaban tan cuidadosamente reprimidos en esa generación silenciosa posguerra, que cuando narraban sus historias de amor a sus descendientes se hacía necesario salpicarlas con más romanticismo del que en realidad tuvieron.

El caso fue que el abuelo valenciano y la abuela porteña dieron la bienvenida a dos hijas: Amparo y Sara. Con el correr de los años, Amparo se casó con Anselmo *El Cubano* Palomero y Sara se enamoró

de Éphraïm, nacido en Burdeos y administrador el antiguo *château* de su padre en un viñedo de ensueño en Saint-Michel-de-Fronsac. El compacto castillo de dos niveles se llamaba Château Belloy y tenía una gran bodega para las barricas de vino, una sala de catas, innumerables piezas decorativas y muebles restaurados de los siglos XVII y XVIII, y una piscina climatizada bajo techo. Caminando por sus habitaciones, Sara se sentía transportada a una novela de Jane Austen con Burdeos como escenario, en lugar de Bath. Las siete habitaciones de huéspedes tenían techos altos, grandes ventanales que daban hacia los viñedos y toda comodidad contemporánea imaginable armonizada con un aire del Viejo Mundo. Sara y Éphraïm vivieron allí durante su matrimonio y ella se dedicó a cocinar los desayunos, y a veces las cenas, para los privilegiados huéspedes que pasaban por allí.

Sara desarrolló una profunda fascinación por el vino; pasaba largas horas observando sus etapas y pendiente al sombrero, aquella capa sólida de hollejos, pulpa y pepitas que flota sobre el mosto durante la fermentación, para romperse después de la vendimia. Con cada etapa de aquella materia viva, Sara se enamoraba más del arte de crearlo. Aprendió cómo parearlo con sabores gastronómicos y terminó organizando unos exitosos viernes de degustación en el patio en verano, o en el interior de la bodega en invierno. Cuando Paloma cumplió diez años, todos los Palomero se reunieron en el Château Belloy y pasaron las Navidades más hermosas que guardaba en su memoria, con la tía Sara y el tío Éphraïm bajo un gigantesco árbol decorado con cintas rojas, luces amarillas y botellitas de cristal en miniatura imitando las del vino de la casa. En aquel entonces, Sebastián era solo un niño de seis años que nunca había visto un paisaje como aquel, y echó a correr por los fríos viñedos. Cuando Paloma lo encontró, estaba encaramado en una silla en la bodega a punto de tomarse el vino de una escupidera que había quedado sin descartar luego de una cata. Aquel lugar siempre fue fascinante para la familia, hasta que dejó de serlo.

Con sus dos hijas casadas y sus vidas de retirados por disfrutar, Calista y José María regresaron a la tierra materna y se instalaron en Buenos Aires. Entonces, sin aviso, sin sentido, el feliz mundo diseñado

por Jane Austen para Sara, se vino abajo. Acababa de confirmar su primer embarazo, cuando su marido fue diagnosticado con un agresivo tumor que se lo llevó antes de darle la oportunidad de conocer a su unigénito, Alfonso José. Paloma recordaba haber entrado al velorio en aquel palacete donde el eco de las risas había desaparecido. El viñedo que tantos días de sol y belleza les había regalado, se sumió en el dolor inenarrable de los funerales en los que se despide a alguien que partió a destiempo. Amparo se concentró en atender a los dolientes y visitantes, mientras Sara se mantuvo inmóvil en el jardín, con la mirada perdida en los viñedos de Saint-Michel-de-Fronsac. La nueva viuda dio a luz en Barcelona y durante esa época Amparo y Paloma fueron a visitarla con frecuencia. Poco después, abandonó definitivamente Château Belloy, que legalmente pertenecía a la familia de su fenecido marido, y se mudó con Alfonso José a La Valenciana, que llevaba un par de años vacía en lo que sus padres decidían qué hacer con la propiedad. Alfonso José entró a la escuelita maternal unos años más tarde, y la tía Sara se encontró con más tiempo en las manos del que deseaba. Luego de rumiar, considerar y descartar varias ideas, decidió regresar a su punto de partida, a lo que sus manos sabían hacer. Comenzó a ofrecer paellas valencianas cocinadas a domicilio para diez personas o más, pareadas con vinos y una breve charla de degustación. Las paelladas de Sara, que eran genuinamente valencianas a diferencia de muchas, fueron un éxito y le abrieron la puerta de infinidad de hogares donde la vida discurría por su cauce inalterado. Sus paellas ayudaron a celebrar aniversarios, días de santo, y una vez hasta la invitaron a ser la chef de una pequeña boda. Ver la belleza de la simplicidad de esos ritos humanos fue sanando a Sara, y pronto no dio a basto con la demanda por sus servicios. Aunque medio mundo, incluyendo Amparo, le recomendó abrir un restaurante, Sara se miró en el espejo de su hermana que se rompía el espinazo trabajando en el bistró, y no quiso sacrificar su tiempo con Alfonso José.

Un día los Palomero llegaron de visita a La Valenciana y se toparon con un grupo de carpinteros y obreros trabajando en lo que Sara después bautizó como el *Cottage dans le jardin* o la Cabaña en el jardín.

Allí instaló una cocina abierta y una larguísima mesa capaz de sentar a veinte comensales. Decoró el lugar para emular una cabaña acogedora en las montañas catalanas que invitara a acurrucarse en un sofá con un buen libro. Afuera había mesitas y sillas para cuando el clima permitiera comer *al fresco*. Sara le dejó saber a sus clientes que ahora los recibiría en su nuevo establecimiento en el jardín, donde maridaría las paellas con vinos de su cava, platos de quesos de producción local artesanal, aceitunas manzanilla traídas de Sevilla, y el indispensable pan con ajo servido con tomates orgánicos. En cuestión de un par de años, para tener acceso al *Cottage dans le jardin* en La Valenciana era necesario reservar con meses de antelación.

Aquella mañana luego de su huida, Paloma estacionó frente a la casona con la urgencia de quien llega a pedir asilo político. Las dos puertas macizas de madera que daban acceso al jardín estaban abiertas de par en par, y un grupo de jóvenes entraba y salía con cajas de víveres y actitud de diligencia. Iban uniformados con delantales negros bordados con la caricatura de un pimiento sonriente con la frase “Me importa un pimiento”. Paloma se acercó a la entrada sin que nadie reparara en ella y caminó por el sendero familiar del jardín hasta que vio a su tía Sara, todo un epicentro de laboriosidad que despachaba instrucciones. Cuando divisó a su sobrina, lanzó un grito de sorpresa que sobresaltó a varios empleados, hasta que la vieron correr hacia Paloma y apretarla con tanta fuerza que casi cayeron al piso en aquel abrazo puro y postergado.

—¡La niña de mis ojos! ¡Mi querida Paloma! Qué alegría le das a tu tía. ¡Vengan chicos, que esto mola mucho! Les presento a mi única sobrina. En realidad es mi hija porque mi santa hermana me la dejó encargada.

Paloma dedicó unos minutos a saludar a media docena de personas. Su tía le sostuvo la cara en sus manos por unos instantes. Era una lince, esa tía tan querida. Sara no era una predictora de impulsos como Paloma, pero había vivido en carne propia las secuelas del dolor cuando la vida se ensaña con una.

—Chicos, os dejo con los preparativos. Ya sabéis, comenzamos con el *mise en place* a las dieciocho y una hora después ya estarán llegando

los invitados. Ramona, ve a recoger el pastel donde Anita, y averigua dónde están las flores, que yo me encargaré de hacer los arreglos para las mesas. ¿Traes maletas, Paloma? Ramona, manda a que lleven el equipaje al cuarto azul. Voy a la casa un rato.

Tía y sobrina se entrelazaron los brazos y entraron al recinto que guardó de la niñez de las Palomero. Paloma nunca se había sentido infeliz en La Valenciana. Cualquier problema o tristeza que experimentó en su juventud, quedaba suspendida temporalmente al llegar a aquel refugio. Ese recuerdo la llevó esa mañana hasta allí, con la esperanza de que las caricias de su tía le dieran dirección y consuelo. Sara le pidió a otra ayudante que les trajera dos cafés cortados y Paloma aprovechó para sacar de su mochila un pastel de queso de Montserrat sellado al vacío que había comprado antes de bajar de allí aquella mañana.

—¡Mira qué maravilla! Hace mucho que no pruebo esta delicia. ¿Vienes de Montserrat, hija?

—Sí, llegué ayer sábado al amanecer a un hostal de por allí. Me quedé dormida hasta las seis de la tarde. Nunca había dormido tanto de un tiro. Luego de despertar de ese maratón de horas de sueño, comí, leí un rato y me acosté a dormir nuevamente hasta hoy en la mañana—. Paloma aún sentía los efectos de su hipersomnia. Sara endulzó el café, y se relamió con la tarta de queso.

—Te lo creo perfectamente. Trabajas de sol a sol en el bistró y te ocupas de una familia de cinco, que no es poca cosa. ¿Cómo está mi adorada Olivia? ¿Y Xavi y los chicos? Entonces, ¿por fin te tomaste unas vacaciones sin la prole?—Sara quería saberlo todo a la vez. Paloma observó ese cabello rubio rebelde recogido en un moño precario por donde escapaban rizos aquí y allá, los ojos pardos cálidos, las manos rotundas y amables que tanto le recordaban a las de su madre, y de repente estalló en un llanto que casi echó a volar la taza de café. En un instante, sintió a Sara consolándola. Su tía la dejó llorar un rato sin interrumpir, sin presionar. Tomó varias servilletas, le secó la cara y se sentó frente a su sobrina, esperando.

—Escuché a la desaparecida esposa de Xavi contar cómo dejó a su familia.

—¿Conociste a la ex de Xavi? ¿Cómo?

—No la conocí personalmente—. Paloma procedió a narrarle lo que escuchó en el programa radial. Le contó cómo, en ese instante, algo sin posibilidad de arreglo se quebró en ella, y no pudo hacer más que imitar a la misma Lea.

—No has imitado a Lea, Paloma.

—He vivido juzgándola por abandonarse a un impulso egoísta y ahora aquí me tienes, haciendo lo mismo. No es fácil admitir las contradicciones que a veces caben en una.

—El ser humano está hecho de contradicciones, pero difícilmente se pueden equiparar ambas situaciones, querida.

—Predigo impulsos y los conozco íntimamente. Me da vergüenza admitirlo, pero este impulso mío de abandonarlo todo sin mirar atrás, ni me lo cuestioné.

Ramona llegó cargando una bandeja con más café y les refrescó las tazas. En la breve interrupción, Paloma se dio cuenta de que estaba tratando de racionalizar lo irracional. Tomó otro sorbo del café, y buscó ánimo para continuar.

—La primera vez que leí un libro de alguien que me entendió, aunque *post mortem*, fue de Viktor Frankl. Imaginé que un psiquiatra que sobrevivió Auschwitz de seguro debió saber un par de cosas sobre los impulsos humanos. *Entre el estímulo del impulso y la respuesta hay un espacio. En ese espacio lleno de posibilidades está el poder de elegir nuestra respuesta.* Imitar a Lea no era la respuesta que esperaba de mí, pero tampoco ví alternativa. No podía permanecer allí.

—El impulso más básico del ser humano es el de sobrevivir.

—¿No te parece reprochable lo que he hecho?

—Para nada. De Olivia no te tienes que preocupar, Enric trabaja con su padre, y Cecilia hace rato está en edad de hacer algo con su vida que no sea mirarse al espejo. En cuanto a Xavi…

—¿En cuanto a Xavi?

—Pues eso te pregunto yo. ¿Qué pinta en tu vida? ¿Una tarea autoimpuesta? Aclárame qué es lo que aporta, hija, porque en quince años no lo he captado. Y no se trata de lo que Xavi hace, sino de lo que no hace. Pocas veces he sentido tanta indiferencia en una persona,

y ese tipo de menosprecio a veces duele más que el desamor.

Paloma se sopló la nariz y miró hacia el jardín que en aquel momento era un hervidero de actividad. Un joven cargaba con un ramos de azaleas y otro se le acercó con una cuchara para invitarlo a gulusmear el guiso en progreso. A lo lejos, la música pegajosa de Rosalía acentuaba aquel instante hipnótico que se vivía afuera, totalmente incongruente con la conversación que discurría en el interior de la casa. De pronto, Xavi, Lea y todo el drama de esas vidas ajenas, le parecieron fuera de lugar en aquel sitio lleno de sol.

—Tienes razón. Este escape abrupto parecería indicar que Xavi no significa mucho.

—No es abrupto, si acaso un poco tardío. Pero ocurrió por fin y con eso me doy por servida. ¿Te quedas una temporada conmigo, Paloma? O para siempre. Me harías muy feliz, y ni hablar de Alfonso José que te adora. Sabes que ahora trabaja en Madrid, pero me visita a menudo. ¿Te animas?

—Claro, tía Sara. No sé qué es ‘para siempre’ en este momento, pero me quedo hasta que sepa mis próximos pasos. Ahora mismo no puedo pensar claramente, pero está bien, porque no quiero pensar. Solo quiero… no sé… existir sin estar obligada a nada… estar aquí contigo, en la casa de mis abuelos donde crecieron tú y mi madre.

—Ven, mi niña, que yo te curaré esas heridas. Amparo y tú me ayudaron tanto a sanar cuando perdí a mi Éphraïm. Cada vez que me visitaban sentía que la sangre se me tornaba tibia de nuevo—. Sara hizo una pausa, como vacilante sobre si debía abordar lo próximo—. Una vez me encontraste llorando sola, escondida en los viñedos de Château Belloy. Fue poco antes de regresarme a Barcelona. Pusiste tu manita en la mía y la apretaste muy fuerte. Luego me abrazaste e insististe en llevarme de vuelta a la casa, ¿lo recuerdas?

Paloma la miró a los ojos y asintió.

—¿Por qué? ¿Pudiste percibir algo esa tarde?—Toda ella se retrajo con el recuerdo de aquel dolor imperecedero. Paloma volvió a asentir en silencio. Sara se puso de pie, caminó hasta ella y la abrazó fuerte, como para tatuarla en su corazón.

Aquella tarde lejana, luego de la muerte de tío Éphraïm, Paloma

jugaba distraída en una de las habitaciones del *château* cuando el impulso que emanaba como lava del dolor desesperado de su tía la atravesó como una flecha. Bajó corriendo las escaleras, escuchando sólo su respiración acelerada, y continuó avanzando sin detenerse hasta llegar a los viñedos. Encontró a Sara escondida entre unos troncos de vid que dormían sobrellevando el desplome del termómetro, aguardando por la próxima primavera. El bulto de un arma de fuego era visible en el bolsillo de su falda. El impulso mortal de Sara se disolvió en el abrazo de su sobrina, y Paloma supo que nunca más regresaría a tentarla. Poco después, Sara se mudó a Barcelona, y Paloma y Amparo la visitaron con más frecuencia. Años más tarde, cuando Amparo murió, Paloma consideró abandonar Andorra e irse a vivir a La Valenciana con Olivia, su tía y su primo. Pero muy pronto la crianza de la niña requirió de la reorganización de su vida en torno a ella y al bistró. Aunque su madre había nacido en Valencia, era andorrana por adopción y había vivido muy orgullosa de su principado al que había llegado poco después de su luna de miel con Anselmo. Abandonar aquel lugar le dolía tanto como perder a Amparo nuevamente, y con el tiempo, olvidó la idea de mudarse de sus montañas rocosas de nieve. Pero ahora estaba allí, sin ningún otro lugar al que llamar hogar, y sin saber qué esperar a partir de aquel momento.

Esa noche bajó a ayudar a Sara a atender a los comensales de una fiesta de aniversario de bodas. El jardín estaba iluminado con quinqués antiguos, y un grupo musical interpretaba una melodía icónica de jazz cuyo título no supo identificar. La pareja homenajeada se desplazaba entre sus amistades, y se tocaba en todo momento, tomándose de las manos o rozándose casualmente. Esa interacción entre enamorados era tan ajena para Paloma… como leer los libros de viajes de su madre sobre destinos que nunca visitó. Les preguntó cuánto tiempo llevaban casados, pensando que dirían un año o dos, pero celebraban su décimo aniversario. Ayudó en lo que pudo, pero se dio cuenta de que el negocio de su tía había crecido y que tenía más que suficiente ayuda para atender a los comensales. Al filo de la medianoche se despidió de Sara y de la pareja, y se retiró al cuarto

azul añil en la segunda planta de la residencia principal, donde durmió de niña cuando visitaba a sus abuelos.

Hay algo sobre el acto de regresar a dormir en el espacio de la propia niñez, que es reminiscente a retornar a un útero protector y tibio. Se fue quedando dormida con el suave barullo de risas y copas que brindaban a lo lejos. Soñó que celebraba un aniversario de bodas con un enorme bizcocho relleno de nata. Al despertar, no recordó el rostro del novio.

Σ

Paloma permaneció seis semanas en casa de Sara y en ese tiempo, su tía le administró los primeros auxilios que su alma necesitaba. En los primeros días no ocurrió mucho. Pasaba casi todo el tiempo en la cama durmiendo, escribiendo o leyendo. Bajaba solo para comer con Sara o charlar un rato en el jardín.

Cuando se instaló en La Valenciana, aquel marzo lejano, le informó a Olivia que había llegado sin contratiempos, y que en lo sucesivo la llamara a la casa. Ni se le ocurrió preguntar por la reacción de Xavi. Apagó aquel móvil para nunca más encenderlo.

Una noche invitó a su tía a cenar en uno de los restaurantes del Port Olimpic (a ella le entusiasmó más el casino cercano que el restaurante), y aprovechó para lanzar el infortunado aparato a las aguas mediterráneas mientras Sara aplaudía. Aquel pequeño ritual de despojo le produjo un amortiguamiento momentáneo del dolor que cargaba. A la semana, decidió sacudirse la modorra y se aventuró a salir sola. Llegó hasta una tienda de electrónicos donde compró un móvil con un nuevo número. La lista de personas a quienes informó del mismo sumaron exactamente dos: Sara y Olivia. Luego procedió a cerrar las cuentas de redes sociales que mantenía para seguir a sus hijos. En su lugar, abrió un nuevo perfil con el alias de Victoria Frankl, en honor a Viktor, su amigo filósofo en cuyos libros encontró tanto consuelo y comprensión a través de su vida. Se sintió protegida, *bajo el radar*. Se sintió como se debió sentir Lea antes que ella: avergonzada por el inconmensurable alivio.

Un día la cabaña se preparó para recibir a una familia napolitana de

apellido Parisi que había reservado el espacio para el cumpleaños del abuelo. El *Cottage dans le jardin* de la tía Sara se transformó en una risueña *trattoria* con las risas de los niños que corrían por el jardín, y la familia que hablaba en un italiano-napolitano que a Paloma le resultó difícil de seguir. Desde su habitación atisbó a una mujer, quizás de cuarenta y tantos años, pasearse entre la familia dando instrucciones aquí y allá, ordenando a los niños bajar la voz. En un momento dado, le quitó de la mano al *nonno* un vaso con un líquido dorado y lo sustituyó por una copa de vino tinto. Fascinada, Paloma observó a aquella capitana familiar exquisitamente ataviada, fungir como el pegamento que mantenía unido y organizado al grupo. No pensó bajar, pero de pronto se encontró en el jardín jugando con los niños. Desempolvó su rudimentario italiano y perdió el sentido del tiempo mostrándoles los lugares recónditos del jardín donde jugó de pequeña. Al rato, una voz femenina la sacó del trance de regresión infantil en el que flotaba.

—*Grazie mille. Questi ragazzi sono terribili*—. Paloma se incorporó como si la hubieran pillado en una travesura con los chicos.

—*No, no, per niente. Piacere mio. Sono Paloma.*

—Hola, Paloma. ¡Qué nombre hermoso! Me llamo Lorenza Parisi—. La mujer se presentó en un excelente castellano.

—Encantada, Lorenza. Mi nombre no te parecería tan hermoso si supieras el apellido.

—¿Cuál es?

—Palomero—. Lorenza se echó a reír con gusto. Lanzó la cabeza hacia atrás con apreciación, y su lujosa melena negra brilló en el sol suave de la tarde. Se rió sin estridencia, más bien profundo y bajo.

—¿Así que vas por la vida con el nombre de Paloma Palomero? Lo debes encontrar divertido.

—A la verdad que en más de cuarenta años, aún no.

—Pues yo lo encuentro adorable, por si mi opinión cuenta. Este grupo ruidoso es mi familia—dijo como excusándolos, pero sonrió con orgullo—. Aquel señor tan majo es mi padre, *nonno* Gaetano. Es viudo y a estas alturas, que me perdone mi santa madre, estamos locas porque ligue con alguien. Es un hombre muy noble, de esos que no

sabe qué hacer con su vida sin una mujer al lado que lo guíe. En su regazo tiene a mi hija menor. El resto de mi prole y mis sobrinos han estado jugando contigo. *¡Amore! ¡Vieni, vieni!* Aquel es mi marido, Fabrizio. También están mi hermana Cinnia y mi cuñado. ¡Ya conoces al núcleo de los Parisi de Massa Lubrense!

Paloma sonrió ante la estampa familiar y sintió el impulso de llorar. Permitió que una lágrima corriera libre por su mejilla sin intentar ocultarla. Lorenza dejó de sonreír y le echó un brazo bronceado por los hombros.

—*¿Cuore spezzato?*

—Sí, corazón roto.

—Se rompen igual en todos los idiomas, *cara*. Si algún día quieres visitar Italia, tienes una amiga en Campania. Los italianos somos expertos remendando corazones rotos.

Paloma se echó a reír y se evaporó la leve tensión del momento.

—¿Trabajas aquí, Paloma?

—No, esta es la casa de mis abuelos maternos. Ahora es de mi tía Sara. Estoy de visita. Decidí tomarme una especie de sabática de mi vida, y comencé por aquí porque echaba en falta a mi tía.

—¡Qué maravilloso escuchar eso, Paloma! No hay más que hablar. Quedas invitada a la Costiera Amalfitana. Mi padre es el dueño de Villa Rosato, que está en un lugar bellísimo. Tiene una villa más pequeña en la parte trasera de la residencia principal y a veces la renta a turistas porque le agrada la sensación de tener gente cerca. Nosotras lo visitamos con frecuencia, pero no vivimos en Massa Lubrense y a veces el *nonno* se siente solo. Por eso queremos buscarle una *fidanzata*, una novia. Pero me estoy desviando del tema. ¡Eres más que bienvenida!

Las palabras de Lorenza le recordaron la noche de su escape, y su promesa de distanciarse de su muerte de antesala.

—¿Sabes qué, Lorenza? Eso es lo que necesito. ¿Estás segura de que no es una imposición? ¿Cuánto es la renta?

—Claro que no es una imposición. Ven, para que conozcas a *nonno* Gaetano. A ver si nos ayudas a conseguirle novia, *presto*?— Evidentemente el tema de la novia para su padre era de la más alta

prioridad para Lorenza.

—Iré a Villa Rosato y si la mujer ideal aparece, yo estaré ahí para ayudar a la *fidanzata*—le dijo Paloma con solemnidad.

Dos semanas después, se despidió de Sara, guardó su auto en la cochera de La Valenciana y abordó un breve vuelo que la dejó dos horas más tarde en Nápoles, donde Gaetano Parisi la recibió con algarabía en el aeropuerto.

Fue en ese momento cuando Paloma Palomero comenzó a salir de su propia muerte de antesala, tal y como le había jurado que lo haría al reloj derretido de Dalí en Andorra.

Capítulo 11
Olivia

Andorra la Vella

Octubre de 2015

Olivia nunca había sentido un impulso tan puro e inequívoco de despojarse de algo, como el día en que le pidió a Xavi Alcina que abandonara la casa de las Palomero. Habían pasado siete meses desde la desaparición de su madre y ni la misma Paloma tenía claro lo que traería su futuro. Lo único que le reiteraba a Olivia en sus frecuentes comunicaciones era que no tenía planes de regresar a Andorra “mientras el dinero me dure”. Su madre tenía ahorros de toda una vida y el salario que se pagaba por su trabajo en el bistró, y que Olivia siguió depositando electrónicamente todos los meses en su cuenta bancaria. Así las cosas, Paloma podía desaparecer indefinidamente y aunque Olivia la extrañaba a diario, su amor por ella no le permitía menos que apoyar su decisión. La noche del programa, cuando los caminos de Paloma y Lea se conectaron a través de las ondas radiales, Olivia fue la aliada que la ayudó a abandonar aquella existencia yerma.

Luego del escape de Paloma, la chica no perdió el tiempo en sacar a Xavi y a sus hijos del piso. En una llamada le explicó a su madre que se sentiría más cómoda si Xavi y sus hijos regresaban a su piso mientras ella estuviera ausente. Convencerla no supuso esfuerzo

alguno; Paloma le dijo que podía hacer lo que entendiera prudente. La chica entró a la plataforma de Airbnb, buscó el listado del piso de Xavi y miró la próxima fecha abierta para reservas. Ese sería el día en que los Alcina se regresarían a su propio departamento.

Olivia había añorado la llegada de esa fecha desde que tenía memoria. Luego de la breve novedad de una familia más numerosa con dos hermanos, se había dado cuenta (mucho antes que Paloma) que Xavi y sus hijos se beneficiaban de aquel arreglo sustancialmente más que ella y su madre. Cuando los Alcina se mudaron al piso de las Palomero, Xavi tuvo la desatinada idea de pedirle que lo llamara "papá". Olivia bajó el mentón, y lo miró por encima de sus espejuelos púrpura de empollona.

—Eso nunca va a pasar—. Lo dijo de una manera tan tajante, que nadie se atrevió a ripostar a la niña, y Xavi siguió siendo Xavi para ella.

A los catorce años ya se preguntaba con frecuencia qué valor le veía su madre a aquella relación. Ella, por su lado, tampoco encontraba afinidad con los gemelos por más que trataba, y su función en la vida de ambos era servirles de niñera para aliviar la carga a su madre. En esos primeros años, como la niña juiciosa que era, se repetía a sí misma que los gemelos eran más chicos, y que todo mejoraría con el tiempo. Y sin embargo ahora, en la adultez de los tres, Olivia no percibía cambios mayores, particularmente en su hermana de crianza. Cecilia era una seso hueca cuya personalidad casquivana había cesado de desarrollarse en la adolescencia, y en consecuencia, se comportaba aún como una niñata que solo era capaz de soñar con ser una *influencer*. Si su hermana guardaba alguna destreza con la cual pudiera influenciar a alguien, ello era un total misterio para Olivia. A menudo, sentía vergüenza ajena por ella, y solía aclarar que Cecilia era "su hermana de crianza, no biológica", para distanciarse de su frivolidad. Enric, en cambio, era un tipo sincero, gentil, un tanto simplón, pero muy trabajador. Era el segundo al mando en la pequeña empresa de su padre, que ya contaba con cuatro grúas. Su atributo más notable era su agraciado físico; ambos gemelos eran muy atractivos. Se parecían a su madre biológica, a juzgar por la única foto de ella que había visto

en la habitación de Cecilia.

La chica los soportó a nombre de Paloma, hasta el malogrado día de su primer beso con Josep. Luego de meses de un tímido flirteo en la biblioteca del instituto, ella disparando miradas por encima de sus gafas púrpura, y él devolviéndolas a través de las suyas redondas, por fin había quedado en una cita con Josep, un compañero del instituto que era tan estudioso como ella. Coincidían con frecuencia en la biblioteca, y los sonrojos y los papelitos con mensajes secretos eran un juego de pimpón que culminó cuando el chico la invitó una tarde a estudiar en el piso de su familia. Llegaron a pie, y una cuadra antes de llegar, Olivia se dio cuenta de que iban en dirección al edificio del antiguo piso donde Xavi había vivido con los gemelos antes de conocer a Paloma.

—Josep, ¿vives en ese edificio de la esquina?

—Si, ahí vivo con mis padres y mi hermano. No sé si mamá estará en casa, pero por si acaso… — Inesperadamente, Josep se detuvo, la tomó por los hombros y le dio uno de esos besos jóvenes en entrenamiento, cuando aún no se sabe cómo acomodar bien los labios. El muy anticipado beso la tomó por sorpresa, por lo que Olivia tenía los ojos bien abiertos cuando Xavi salió del edificio del brazo de una mujer rubia. Xavi le dijo algo al oído, y la mujer se echó a reír a carcajadas, con un molestoso sonido nasal. En un instante desaparecieron en la dirección opuesta. Olivia se alejó abruptamente de Josep y dio un paso atrás.

—¿Así de mal?—preguntó el joven, desolado.

—¿Qué? No, no, para nada, Josep. Es que acabo de ver a la pareja de mi madre salir de ahí acompañado.

—¿Quién?—Josep se volteó en la dirección hacia donde miraba Olivia.

—Xavi Alcina, ¿es vecino tuyo?

—Hay un piso de una familia Alcina, pero a tu padrastro no lo he visto.

—Xavi no es mi padrastro.

—Perdona. ¿Salió de aquí con quién?

—Con una mujer que no es mi madre.

—Lo siento, Olivia. Y lo siento también por…besarte sin preguntar.

—No te disculpes. El beso estuvo muy bien. Creo que debemos ensayar otra vez—. Josep sonrió, tomó su mochila y la de Olivia, y echaron a caminar hacia la entrada del edificio.

De ese día en adelante, Olivia acompañó a Josep a su piso a estudiar (y a ensayar el arte de besar) dos o tres veces en semana. Siempre estaba atenta de volver a pillar a Xavi acompañado, pero nunca lo volvió a ver por allí. Unos meses más tarde, el día de la constitución de Andorra, Paloma organizó un almuerzo familiar en el balcón del piso, con motivo de la rara visita del tío Sebastián, a quien los años en Barcelona le habían robado su apariencia juvenil y dejado a cambio una distintiva barriguita de cerveza y una sustancial papada. A la hora del café, Xavi, Sebastián y Enric se alejaron hacia el barandal a hablar del Fútbol Club Andorra y su ascenso a la segunda división del sistema de ligas español. Olivia notó que Xavi había dejado su móvil en la mesa del comedor. Miró a su alrededor: Cecilia estaba con su nariz adherida al móvil y pasaba de todo, Mérce chismeaba con Brigitte, y Paloma estaba ocupada en la cocina buscando el postre. La gata naranja de Brigitte, Maruca, era quien único la observaba fijamente, como leyéndole la mente. Se puso de pie, echó el móvil de Xavi en su bolsillo y se dirigió al baño, con la gata rozándole los tobillos. Abrió la llave del lavabo, por si alguien se acercaba, y marcó la contraseña (4-3-2-1, toda una genialidad). No tuvo que buscar mucho. El más reciente mensaje de voz, de esa misma mañana, era de "Inmaculada". *¿En serio?* Tuvo que suprimir una risa amarga. Escuchó el mensaje y reconoció la voz nasal e irritante de la rubia que había salido con Xavi de su antiguo piso. Inmaculada quería saber a qué hora llegaría a buscarla. Olivia cerró el móvil y se quedó mirando la alfombra, de un patrón de margaritas flotando en un fondo rosado; ese era el baño de las chicas y Paloma lo había seguido decorando como en la niñez de Olivia y Cecilia. Su madre era un ser noble que había dado tanto y recibido tan poco a cambio. Olivia sabía que Paloma no era exactamente feliz, pero tampoco hubiera podido decir con certeza que fuera infeliz. Conforme, era la palabra que le venía a la mente para describirla. Lo que la chica no podía saber en esos años de

adolescencia, era si destruir su hogar con la información de la infidelidad de Xavi era una alternativa mejor o peor que la realidad que vivían. Optó por evitarle el dolor a su madre. Salió del baño, caminó hasta donde Xavi en la terraza y le colocó el móvil en la mano.

—Tienes un mensaje de Inmaculada—. Xavi palideció levemente, y la chica le lanzó una mirada de advertencia.

Ahora, a sus veinticuatro años, hubiera querido regresar a ese momento de su adolescencia y decirle a Paloma lo que supo. A Olivia, quien conocía del don de su madre, se le hacía difícil imaginar cómo no había percibido el impulso de infidelidad de su pareja, pero con los años había llegado a entender que es difícil captar aquello que no se quiere ver.

Ahora, por fin, el anhelado día de despedirse de los Alcina estaba cerca. Marcó en su agenda personal la primera fecha disponible para reservas en la propiedad de Xavi, y la veló de cerca por dos semanas, cruzando los dedos para que no se rentara. Ya entrando en la temporada baja de turismo en Andorra, Olivia sabía que tenía buenas posibilidades de que su plan funcionara. Finalmente, coincidieron en el calendario dos eventos: el piso de Xavi desocupado, y su cantinela diaria preguntando por Paloma. El día glorioso por fin estaba a la mano.

—¡Maldita sea, Olivia, dime dónde está Paloma de una puñetera vez! Sabes dónde está. Ya ni te molestas en negarlo. La estás ayudando a destruir a esta familia. ¡Dime dónde está mi mujer!—había increpado Xavi de pie, plantando agresivamente las manos en el comedor, en un intento vano de intimidarla. Su madre debió estar sumida en una de sus crisis existenciales frente al reloj derretido de Dalí cuando se empató con semejante ejemplar, pensó Olivia.

—A ver, Xavi. Paloma no es 'tu mujer'. Primero, porque esa frase denota telarañas mentales de macho cabrío que no pretendo aclararte ahora, que ya vamos tarde para eso, y segundo porque nunca os habéis casado.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Que en ausencia de mi madre, yo soy la única dueña legal de este piso y deseo que os mudéis al tuyo en lo que Paloma regresa, si es que

regresa.

Xavi la observó atónito. Levantó las manos de la mesa y se las llevó al bolsillo, en un ademán menos amenazante.

—Pero, ¿qué decís, hija? Tu madre no estaría de acuerdo.

—Sí que lo estaría, Xavi. Puedes llamar a don Beto, nuestro viejo abogado, si tienes dudas. Mi madre nunca cambió su testamento durante su… convivencia contigo. Soy su heredera y desde que cumplí veintiún años, también su albacea—. Olivia observó a Xavi alejarse de la mesa y calculó que enfilaría a la barrita a servirse un trago. Bingo. Olivia miró su reloj de pulsera: 11:45 de la mañana. Palomeros 1, Alcinas 0.

—No nos podemos mudar así, de la noche a la mañana. Sabes que rento mi piso.

—Por supuesto, y también sé que ahora mismo está desocupado. Es cuestión de que os mudéis y luego cancelas las reservas futuras. Listo —. Palomeros 2, Alcinas 0.

—¿Cómo puedes echar a la calle a tu padre y a tus hermanos? *¡M'he fotut en un merder* con esta niñata!—Xavi siempre recurría al refranero catalán cuando estaba cabreado. Olivia, quien nunca había aprendido el idioma aunque se habla comúnmente en Andorra, sabía al menos lo que significaba *merder.*

—No hay que exagerar, Xavi, que la mierda no es tanta. Tienes tu propio piso a donde ir. Con mi madre compartías un techo conveniente, pero ella ya no está.

—Me decepcionas, Olivia. No te creo cuando dices que Paloma está de acuerdo con esto. Ya hablaremos cuando ella regrese—se rindió Xavi, aparentemente entendiendo su frágil estatus legal allí.

—Vale, vale, que sí. Pero, por el momento, hacen las maletas y se regresan a vuestro piso, que ustedes no se enteran de cuándo abusan de la hospitalidad. Anda, calabaza, cada uno a su casa…—dijo, robándole la frase que Xavi había usado cuando quería despachar a las amigas de Olivia del piso durante la adolescencia. Palomeros 3, Alcinas 0. Objetivo completado.

En cuanto el trío de los Alcina se marchó mascullando, Olivia trajo a la compañía de limpieza que le daba servicio al bistró, y le hizo

practicar un exorcismo sanitario al apartamento. Se mudó a la habitación matrimonial luego de voltear el colchón y limpiarlo con vapor, y montó una oficina casera en su antigua pieza. Allí trabajaba en las noches cuando llegaba del bistró acompañada de Maruca, quien roncaba tumbada en el marco de la ventana. Olivia dedicaba las noche a trabajar en los artes para las promociones del bistró, y los menús que había renovado contratando a Guiu, quien no se hizo de rogar. Guiu estaba harto del sube y baja a Grandvalira para llegar a la Terraza de la Viuda, además de que había ingresado a Alcohólicos Anónimos y le venía mejor estar lejos de la champaña. Olivia también mandó a cambiar los toldos de la fachada, descartó las desgastadas sillas y adquirió unas que armonizaban más con la arquitectura francesa de la fachada del edificio. Una vez encaminada la renovación del bistró, contempló las dos habitaciones vacías de su piso y consideró rentarlas pero no lo hizo, pensando un posible (aunque improbable) regreso de su madre. Por lo pronto, disfrutaría por un tiempo de su privacidad, un fenómeno nuevo para ella.

Se puso un poncho de alpaca y caminó hacia el balcón, que ofrecía una despejada vista nocturna hacia el horizonte de la ciudad. La chica había estudiado un año de arquitectura antes de decidirse por la tecnología digital, pero ese tiempo le resultó muy valioso para apreciar el entorno de su principado y añadir a su cartera de clientes a la oficina de Turismo de Andorra, que la contrataba para campañas puntuales en las que Olivia incorporaba la historia de un modo relevante para su generación. Si Andorra se sentía como un calabozo para Paloma, aquel principado era el hogar físico y espiritual de Olivia. La heterogénea arquitectura que podía verse desde su balcón, abarcaba desde iglesias del siglo IX, bordas rústicas de los siglos XVIII y XIX, muchas convertidas en restaurantes, hasta la arquitectura tradicional andorrana del siglo XX. Olivia adoraba aquel maridaje estilístico de diversos siglos que acentuaba el panorama montañoso de su tierra.

Cerró los ojos al horizonte y los abrió cuando Maruca brincó del balcón de Brigitte al suyo y se paseo entre sus pies, buscando atención. Maruca no hallaba diferencia entre el piso de su dueña y el

de las Palomero, y hacía mucho que todos se habían resignado a tener una mascota a tiempo parcial. Olivia la tomó en sus brazos, y le acarició el lomo naranja atigrado. Ambas atisbaron hacia abajo; la calle estaba tranquila. La chica y la gata habían tomado por costumbre mirar hacia la calle antes de dormir, por si divisaban a algún Alcina merodeando. Olivia decidió esperar a que las aguas se calmaran, o a que Xavi encontrara a la próxima mujer que le serviría de parapeto existencial, lo que ocurriera primero, para visitar a su madre en Italia o donde estuviese. La extrañaba muchísimo. Los primeros nueve años de su vida habían sido un íntimo binomio entre ellas, y era la primera vez que estaba lejos de su madre. El móvil de Olivia vibró. El mensaje de Paloma no la sorprendió, pero la exasperó. Era inútil intentar ocultarle algo porque intuía sus impulsos antes que ella misma. Las palabras de Paloma resplandecieron en la pantalla del móvil:

"Nunca te voy a abandonar. Te espero acá cuando estés lista."

Guardó el móvil bajo su poncho, y deseó haber podido gritar a todo pulmón. ¿Para qué servía un balcón si no era para desgañitarse de vez en cuando y liberar el pecho de los verdugones que le duelen? Desistió de la idea pensando en Maruca, que ya dormitaba en sus brazos, y en doña Brigitte, su antigua niñera ya entrada en años, y quien padecía del corazón. Solo quedaron la noche y la gata haciéndole compañía.

A la mañana siguiente, llamó a un cerrajero e hizo cambiar todas las cerraduras de la puerta del piso. Le pidió añadir un cerrojo adicional. Por si acaso.

Capítulo 12
Recordari

Costa Amalfitana

Octubre de 2015

Recordar viene del latín *recordari* que significa volver a pasar por el corazón. El recuerdo de Anselmo Palomero visitó el corazón de Paloma esa noche al encontrarse con Yaima. No se regodeó en los recuerdos dolorosos de su padre, como su suicido lento pero seguro, sino en los momentos alegres y abigarrados que vivieron antes de que se rindiera en la batalla contra su adicción.

Yaima la había invitado a comer en el restaurante del hotel donde se hospedaba, el Palazzo Avino, una fastuosa estructura del siglo XII ubicada en el borde de la cresta este de Ravello. La estadía era cortesía de la fundación de música de la ciudad, le comentó en la barra de la terraza iluminada de luz dorada. Paloma había leído que el restaurante del hotel tenía una estrella Michelin (un ítem en su lista de ingredientes para añadir a otro día perfecto) y era uno de los mejores de la costa. Aún así, propuso otro plan.

—¿Sabes qué, Yaima? Tengo una idea mejor.

Llegaron a pie a Cumpa Cosimo, que como de costumbre estaba encendido con la tertulia diaria. Yaima se gozó cada bocado como lo hizo Paloma cuando descubrió los platillos que salían de la cocina de Letta. Luego de compartir un tiramisú que avergonzaba a los que se servían en el Palomero Bistró, Yaima pidió dos copas de *grappa*.

—Todavía no puedo creer que estoy ante la sobrina nieta de Enrique González Mántici. ¡El mismísimo primer director de la Orquesta Sinfónica Nacional de Cuba y su sucesora! Estoy alucinando contigo, Yaima. Mi padre era admirador de tu tío abuelo y adoraba la Orquesta de Aire.

—Mi apellido me ha abierto muchas puertas, no lo niego, pero hasta ahí. Cada escalón que voy ascendiendo es una vaina, todo a base de sudor, peleas y a veces, gritos. Soy famosa en la industria de la música clásica por mi supuesto mal genio. Claro, los hombres no padecen de mal genio, ¡que va! Ellos son "perfeccionistas" o "excéntricos". Cuando nos conocimos estaba a punto de soltar una berreada...

—Lo sé—dijo Paloma sin planificarlo. Aquella novedad de dejar sus impulsos correr libres como cabras por el monte se lo tenía que pensar mejor.

—¿Cómo puedes saberlo? Estaba de espaldas a ti y luego se me pasó el coraje.

—Porque soy predictora de impulsos y sentí que ibas a llorar en ese momento, no de dolor, sino de rabia, y por eso me acerqué... para distraerte.

Yaima la observó sopesando si Paloma le tomaba el pelo.

—¿Y qué es una "predictora de impulsos" exactamente?—indagó

incrédula. Paloma ya había revelado más de lo que se permitía hablar del asunto, y la *grappa* había hecho su efecto, así que procedió a contarle.

—Es difícil de explicar, quizás porque nunca he conocido a otra predictora con quien hablarlo y buscar patrones o puntos de convergencia. No es lectura de lenguaje corporal, no es telepatía, no es magia, no soy vidente, no tiene sentido, pero es. A veces lo puedo conjurar, otras no. Por largos periodos me sucede solo con gente conocida, pero ese patrón se puede romper en cualquier momento, como me sucedió contigo. Entonces puedo saber el impulso que invadirá a un desconocido. A veces tengo días en los que percibo muy poco, como un *wifi* con una señal débil.

Su nueva amiga la miró con la boca medio abierta, cerrando un poco sus ojos como tratando de enfocar. Paloma sabía que aún no le creía, pero era cuestión de un par de segundos.

—¿Me estás jodiendo, Paloma?

—En lo absoluto. A ver…Cuando pediste dos copas de vino al llegar sentiste el impulso de ordenar la botella y no lo hiciste para parecer más moderada—le dijo con una sonrisa enorme, como si anunciara la respuesta a una adivinanza.

Yaima se echó a reír fascinada y se llevó las manos a las mejillas. Le hizo una señal a un mesero para otra ronda de *grappa*.

—¡Me dejas lela, Paloma! Serías una sensación en mi patria, donde nos encantan esas cosas esotéricas.

—Siempre he soñado con conocer la tierra de mi padre. Lo tengo en agenda para algún momento durante mi sabática. ¿Te puedo preguntar porqué tenías rabia cuando te conocí?

—Por las pendejadas de los hombres, Paloma. Tengo poca paciencia para hacerles el juego y eso es inversamente proporcional a mis posibilidades de avanzar en mi carrera. El mundo de la música clásica es despiadado con las mujeres. Como te conté ayer, tengo a cargo el concierto inaugural del próximo festival de Ravello, que será un homenaje a Beethoven, pero los mecenas y el Ravello Concert Society son conservadores, o racistas, o ambos, qué sé yo. El caso es que no ven con buenos ojos mis ideas para interpretación del *concerto*.

Paloma escuchó en un rapto a la sobrina nieta de Enrique González Mántici explicar las interioridades de sus asuntos en preparación a un concierto… *¡dirigido por ella en Ravello!* Presintió otro candidato para su lista de días perfectos porque de pronto, y a la luz de los eventos recientes, había decidido que buscar un solo día ideal no bastaba. Salieron de la *trattoria* y echaron a caminar hacia la plaza. Las estrellas lucían enormes, como si se hubieran acercado a la tierra a atisbar las idas y venidas de los mortales. Yaima dijo: "Sopla el mono", y porque escuchó a su padre pronunciar aquellas palabras miles de veces en las noches gélidas de Andorra, Paloma sabía que la frase indicaba que hacía frío. La noche se sentía glacial para Yaima que era hija del Caribe, pero solo fresca para Paloma que era hija de la nieve. Yaima, amiga de Yuja Wang y estudiante de Martha Argerich, fue narrando detalles de su vida entremezclados con otros que eran de dominio público, al menos para alguien que seguía las generalidades del mundo de la música clásica como Paloma. La andorrana la escuchó genuinamente asombrada, porque sabía que Yaima no caía fácilmente en el impulso de revelar detalles de su vida.

Yaima Mántici nació con las manos listas para deslizarse sobre un piano, y en su espíritu no habitó otro destino que no fuera el de la música. Llegó al mundo prematuramente a los ocho meses, el 29 de diciembre de 1974, la misma noche y a la hora exacta en que murió su famoso tío abuelo. La muerte inesperada de Enrique González Mántici, a los escasos sesenta y dos años, fue llorada por toda Cuba y selló el destino de Yaima. Todos en la familia decidieron que el espíritu don Enrique simplemente se había mudado a habitar en la cría que nació justo cuando él murió, y a través de ella seguiría creando música sin mayor perturbación. Yaima nunca lo resintió. Los mismos genes que le facilitaban fundirse fluidamente con la música hasta hacerse una con ella, le habían heredado también el amor por lo que hacía, aunque estuviese predicho por su familia y por el fantasma de su tío abuelo.

—Eso no significa que no tuviera mis momentos de rebeldía. La primera imposición *post mortem* de mi tío abuelo, por conducto de la familia, fue que me concentrara en el violín, tal y como él lo había hecho antes de convertirse en director.

Yaima mostró aptitudes tempranas para varios instrumentos, pero antes de los diez años sabía que el amor de su vida era el piano. El piano era su religión, su dios, su devoción y, por mucho tiempo, su única pareja. Todo lo demás estaba en un distante segundo lugar. A sus cuarenta y dos años nunca se había casado porque ya se considera casada con su carrera, "como una monja se casa con Jesús".

La vida de la pianista y las de los suyos siempre estuvieron vinculadas a la lucha revolucionaria; su tío abuelo militó en el Partido Socialista Popular y hasta fue líder sindical de los músicos. Pero las persecuciones durante el régimen de Fulgencio Batista terminaron por hacerlo temer por la seguridad de los suyos. Los González Mántici partieron hacia Rusia, vía México. En Moscú, don Enrique ingresó al Conservatorio Chaikovski y a su regreso a Cuba, fundó la Orquesta de Aire dedicada a la música sinfónica para la radio. En 1961 el tío abuelo de Yaima pasó a ser el primer director titular de la Orquesta Sinfónica Nacional sólo para morir tres años después.

Al nacer, Yaima Mántici Padrón fue bautizada con el apellido matriarcal antes que el paterno, algo irregular en aquel país de machismo enraizado. Pero los Mántici tenían sus prioridades claras: el patrimonio musical iba por encima de todo. El legado familiar había nacido con la bisabuela Mántici y ahora descansaba en las sublimes manos de aquella niña, nieta de la hermana de don Enrique. Los Mántici eran realeza musical, y Yaima no había decepcionado la memoria de su tío abuelo. Desde niña estudió con los mejores profesores de música y piano en Cuba, Rusia, Austria y la República Checa. Debutó a los dieciséis años con el Concierto para piano n.º 2 op.18 de Serguéi Rajmáninov y había sido conductora invitada a dirigir orquestas sinfónicas en Australia, Colombia, Costa Rica, Puerto Rico, Chile, España, Venezuela, Corea del Sur, Brasil y Hong Kong. Tenía su mirada infatigable enfocada en ser la primera conductora caribeña en dejar su marca en Europa. Ya estaba solo a un paso. Era por eso que ese concierto inaugural en Ravello era tan importante.

Llegaron a la plaza y se sentaron en una mesa en el interior del Bar al San Domingo donde Paloma ordenó dos chupitos adicionales para agradecer a Yaima su invitación a cenar y calentar los huesos.

—Como te decía, acordamos que voy a dirigir el concierto *Imperatore* de Beethoven, que es perfecto para la apertura del festival.

—Adoro la música clásica. ¿*Emperador*?

—Así es como se le conoce popularmente, y aunque no lo identifiques por el nombre, de aseguro lo debes haber escuchado. El caso es que además de tomarme unos días de asueto que necesitaba, vine a finalizar los detalles de visados y estadía para el grupo que me acompañará el próximo verano. Además de los miembros de la orquesta, siempre viene el ministro de Cultura, su esposa, además del segundo director, mis ayudantes y un par de invitados más. ¡Qué falta hace mi asistente! Nunca le perdonaré haberse preñado sin mi permiso y abandonarme para parir en este momento. Pues resulta que ayer, cuando pregunté con cuánto tiempo de antelación debía llegar en julio próximo para los ensayos, me dijeron que con un par de días basta, que todos conocemos bien el *concerto* y que no tenemos que ensayarlo completo, solo ir "por encima" para marcar *segnale* y énfasis, y familiarizarnos con el escenario. Ahí empecé a preocuparme, porque créeme, no he llegado hasta aquí para dirigir un concierto cualquiera. Esta es mi gran carta de presentación en Europa. Ya esta plaza le sirvió para lo mismo a una directora asiática.

—Y entonces, ¿qué les dijiste?

—Que llegaré una semana antes, que realizaré ensayos completos y que tengo en mente algunas innovaciones y libertades interpretativas en la dirección del *concerto*. No les cayó bien, te lo aseguro.

Paloma la miró de perfil y se maravilló de cómo la *maestro* acaparaba tanta belleza. La conductora lucía de una edad indeterminada; ciertamente se veía menor que Paloma. De ella emanaba una sensualidad que no intentaba disimular ni enfatizar, además de exhibir un estilo sartorial sofisticado y llamativo, nada común entre las mujeres a su nivel en el mundo de la música clásica, que suelen vestir conservadoramente.

—¿Y tú, Paloma? ¿Qué haces por estos lugares tan lejanos de Andorra?—Paloma le ofreció la versión usual de su sabática, tal y como se la contó a los Gabrieles. No había terminado de hablar, y ya los ojos de Yaima le decían que no se zafaría tan fácilmente esta vez.

Solo Lorenza, la hija de Gaetano, y Raffaella conocían los detalles de su historia. Pero sentía el impulso de decirle más a Yaima, de decirle todo, aunque no quisiera revivirlo porque si algo había aprendido en esos meses era que los capítulos dolorosos no se deben revisitar a mansalva, a riesgo de estancarse una allí. En un monólogo monotónico, le contó. Cuando terminó, una mano de Yaima descansaba sobre la suya, y había dos tazas de café en la mesa.

—Estoy aquí desde marzo. Tengo una gran deuda con los Parisi. Me siento como una paciente en rehabilitación; un día a la vez. A quien único extraño es a Olivia.

—Es fascinante lo que me cuentas, Paloma. Te admiro no sabes cuánto. Sí, no me mires así. Es muy raro encontrarse con alguien que se ha atrevido a darle borrón y cuenta nueva a una vida que no le hace sentido. En cuanto a tus hijos, no estoy en posición de opinar. Nunca los he tenido ni los he querido—dijo, encendiendo un *vape*. Exhaló y se lo ofreció a Paloma. La andorrana no lo había probado desde que encontró medio porro en la mesita de noche de Cecilia, poco antes de abandonar Andorra. Se lo guardó y esperó a estar sola en casa, lo que ocurrió un domingo en la tarde cuando todos en la familia tenían compromisos individuales. Salió al balcón, y puso música de Aitana. Las notas alegres de *Mon Amour* irrumpieron en su solitaria tarde, y se sirvió una cerveza. Encendió el porro y se dedicó a bailar en la terraza, sin ritmo pero con entusiasmo, y con la gata Maruca como única espectadora. Recordó lo terapéutico que es bailar con abandono, y nuevamente lamentó que sus genes cubanos no le hubieran dejado en herencia mejor movimiento de caderas.

Yaima y Paloma hicieron silencio por unos instantes, perdidas en la belleza sobrecogedora de la noche fría. Yaima rió suavemente, entretenida con sus propios pensamientos.

—Se me ocurre una idea genial, Paloma, sencillamente genial.

—¿A ver? Soy fanática de las ideas geniales.

—Te propongo que el próximo destino en tu sabática sea Cuba. Me dijiste que mueres por conocer la tierra de tu padre. Estaré allí una temporada antes de mis próximos compromisos fuera de la isla. Mi asistente, Áurea, acaba de parir y estará ausente no sé cuantos meses.

Puedes tomar su lugar, y vivir en mi casa. Es enorme, hay espacio de más, y me encantaría tener tu compañía. Eres muy buena compañía, Paloma Palomero, ¿lo sabías? ¿Qué dices? ¿Vienes conmigo a Cuba?

—¡Seguro que sí!—le dijo Paloma, sin más. Accedió sin condiciones, sin peros, sin requerir de mayores detalles, sin conocer a aquella mujer. No tenía dudas; sabía que eso era lo próximo que debía hacer.

—¡Qué alegría, Paloma! No pensé que sería tan fácil sacarte de este lugar que, a decir verdad, es un genuino paraíso. ¿Sabes qué impulso tengo ahora mismo?

—El de abrazarme—. Yaima saltó de la silla y la abrazó.

—Ya veras, mi hermanita. No serás la misma luego de conocer Cuba.

Paloma le creyó totalmente.

Capítulo 13
Xavi

Andorra La Vella

En el gran esquema de las cosas, la partida de Paloma Palomero no debió suponer un capítulo tan convulso en la vida de Xavi Alcina. La desaparición de su pareja debió decantarse como el fin natural de una relación desgastada que nunca destiló grandes pasiones, ni siquiera en sus inicios. En vez, la ausencia de Paloma se había convertido en una espina sin extirpar que le seguía molestando. No podía imaginar qué la había llevado a imitar las acciones de una mujer a quien por años criticó. Lo cierto era que esa ausencia pesaba dentro de la familia más de lo que Xavi hubiera admitido.

Paloma Palomero, pequeña y solícita, siempre tan presta a suplir cualquier necesidad del colectivo familiar, una noche decidió que su vida con él ya no le iba y se marchó sin explicaciones. ¿Cuáles eran las probabilidades de que esto le pasara a alguien dos veces corridas? Las únicas mujeres con quienes había tenido relaciones serias lo habían mandado al carajo de la noche a la mañana sin siquiera molestarse en dejar una nota. Xavi no les había inspirado ni el gesto mínimo de un mensaje de despedida. Pero en el caso de Paloma, el asunto era todavía más inverosímil. ¿A dónde podía desaparecer una mujer que

no había ido a casi ninguna parte y que no conocía a nadie fuera de Andorra y Barcelona? El gran escape de Paloma, como lo llamaba Olivia, no lo dejaba en paz. También estaba el tema de lo práctico. Su antiguo piso, que en el pasado le había provisto o bien una entrada de dinero adicional por los alquileres, o bien un refugio ocasional para tirar alguna cana al aire, ahora era nuevamente su residencia y lo que era peor, también la de Cecilia y Enric. Xavi nunca notó que sus gemelos ya estaban en edad de buscarse la vida, hasta ahora que los tenía en su piso y no en el de Paloma.

Llegó a su departamento, más pequeño que el de su expareja, y tiró su mochila en una esquina. En cuanto encendió la luz vio cajas de pizza vacías, zapatos, abrigos, bufandas, vasos, pilas de correspondencia sin abrir y otros artículos que ocupaban casi toda superficie en la sala. Hizo una nota mental para conseguir a alguien que limpiara el piso al menos una vez a la semana; era evidente que no podía contar con la ayuda de sus hijos. La poca disciplina que observaron en antaño, manteniendo su desorden confinado a sus habitaciones y ayudando a Paloma en algunas contadas tareas, se había ido por la borda luego de la mudanza de los tres cuando Olivia los sacó del piso de su madre.

Enric y Cecilia no estaban por allí, así que Xavi salió al balcón y encendió un cigarrillo. Había dejado de fumar en cuanto se mudó con Paloma, y retomado el hábito durante su abrupto regreso a la soltería. Exhaló intentando rescatar de su memoria algún argumento adicional que pudiera servirle para convencer a Olivia de que lo conectara con Paloma. Estaba seguro de que si pudiera hablarle, siquiera por unos minutos, de algún modo, todo regresaría a la normalidad. Xavi terminó por admitir a lo interno que se había acostumbrado a ella, a la estructura y a la rutina cómoda que aportaba a su vida; a los cumpleaños que nunca se olvidaban; a la alacena siempre llena y perfectamente organizada; a la comida siempre hecha o traída del bistró; a los elaborados árboles de Navidad y a la pequeña vida social que compartían. Xavi no esperó extrañar tantos intangibles, como la risa aniñada de Paloma durante los campeonatos de *backgammon*, o la competencia familiar anual de patinaje sobre hielo. Sabía que Paloma

no le hubiera creído, pero sentía mucho cariño por ella y pudo haber continuado con aquella apacible vida indefinidamente. Evidentemente Paloma no pensaba igual pero, ¿por qué? La idea de otro hombre era ridícula, y la había descartado. Xavi quería a Paloma tanto como le era posible querer a alguien luego de su relación con la madre biológica de sus hijos. Habían pasado tantos años, mas pensar en Lea aún lo paralizaba.

Xavi Alcina conoció a Lea Amaya justo siete meses antes del nacimiento de los gemelos, durante una salida con su hermana, Lucía, y sus amigos del taller de mecánica. Era un viernes y Lucía le preguntó si tenía planes, que quería irse de copas con una amiga y podían juntarse. Por lo general, Xavi no mezclaba a su hermana, una fotógrafa artística, con sus amigotes del curro, pero quedó con ella más que nada porque deseaba conocer a su compañera de piso. Desde su regreso a Barcelona, Lucía se había instalado en el departamento en Sant Martí de una tal Lea con quien colaboró en una colectiva en Madrid, y quien hasta la fecha, Xavi no había tenido la oportunidad de conocer.

Los mundos de los hermanos Alcina no podían discurrir por senderos más opuestos. Hijos de la dueña de una lavandería y de un mecánico, los chicos eran producto de los barrios de la periferia de Barcelona, aquellos suburbios que los turistas y hasta muchos locales nunca ven. En el parque fluvial de Santa Coloma de Gramenet, a los pies del río Besòs, se levantan grandes bloques genéricos de viviendas que atisban envidiosos a lo lejos a la hermosa Barcelona mientras que, río abajo, en su orilla, se acumula la basura, y los adoquines rotos de las aceras marcan la estética de entropía de esas barriadas humildes. Xavi nunca tuvo quejas. Era feliz aprendiendo en el taller de mecánica de su padre, jugando fútbol en la cancha del complejo residencial, o ligando con chicas en compañía de sus amigos, que eran los mismos desde la infancia. El joven pensó que heredaría el taller de su padre, pero cuando éste murió de un ataque cardíaco fulminante, la familia descubrió que el negocio no dejó más que deudas y hubo que liquidarlo todo. No tuvo problemas consiguiendo trabajo en una popular cadena de talleres de mecánica más cerca del centro, donde

ascendió rápidamente a supervisor. Pero mientras Xavi encontraba complacencia por aquellos barrios a orillas del río Besòs, Lucía se sentía asfixiada. En cuanto terminó la secundaria comenzó a trabajar a tiempo completo como asistente de un fotógrafo de bodas y eventos. No duró mucho con él; un día se despidió de su hermano y de su madre, y partió hacia Madrid.

Cuando Lucía regresó de la capital, Xavi quiso estrechar su relación con ella, sentir que le provocaba orgullo a su hermana mayor. Era el supervisor de entrenamiento y capacitación de la cadena de talleres, había rentado un apartamento cercano al centro, y sentía que todo marchaba en su vida. Lucía y Xavi se reencontraron en el viejo piso de su madre y pasaron la tarde comiendo y poniéndose al día sobre sus vidas.

—Mira como me he puesto con la comida de mamá. ¿Sabes qué, hermanito? Luego del curro me deberías acompañar a algún sitio con música en vivo y buena onda. Acabo de regresar y aún no me ubico, pero tengo que sacar a mi compañera del piso. Dejó al hijo de puta que tenía por pareja y está hecha un rollo—le dijo Lucía mientras se servía una segunda porción de *pa de pessic* que había preparado su madre.

—Que raro. Nunca me invitas a salir con tus amigas.

—Este caso tómalo con un servicio público. Tus amigos del taller son de lo más monos, sirven para entretenerse, y eso es lo que necesita Lea—. Lucía terminó el postre y el café, y comenzó a buscar con la vista su bolso de donde sacó un cigarrillo.

—Si la chica vive en Sant Martí, dudo mucho que tengamos algo de qué hablar.

—Pero qué dices, mi hermanito lindo, si eres todo un jefe de departamento en una importante cadena de talleres. No te subestimes, cariño—. Lucía lo jaló y le dio un beso en cada mejilla—. Luego me avisas dónde y a qué hora quedamos. ¡Adiós, mamá!

Siete horas más tarde, cuando vio a Lea por primera vez, Xavi le dio las gracias en silencio a su hermana, y a los pocos santos que pudo recordar de su breve roce con el catecismo. No sabía que una mujer podía ser tan luminosa. Una vez la escuchó reír, supo que por esa risa

lo hubiera dado todo. A la mañana siguiente, despertó en su piso junto a Lea, dormida y desnuda en su cama. Se incorporó para admirarla. La chica estaba boca abajo y roncaba suavemente. Tenía el rímel regado y había manchado la almohada con lápiz labial. Su cabello, rubio y cortísimo, estaba despeinado y despedía ese olor a nicotina que se impregna en la ropa y en la piel, como un *souvenir* nocturno. Tenía un tatuaje en la nuca que leía La Amaya. El sol entraba por la ventana y le iluminaba un área de la espalda salpicada de pecas. Aquel caos de mujer le pareció sublime. Sin despertarla, se dirigió a la cocina, que exhibía más de un traste sin fregar, y rescató dos tazas limpias. Por primera vez en su vida le llevó café a la cama a una mujer. Antes de despedirse, intercambiaron contactos.

La primera cita formal consistió en una noche de tapas por el *barri Gòtic*. Caminando por esos laberintos medievales, Lea le contó que entabló amistad con Lucía en una colectiva de artistas en Madrid y que antes de eso había sido fotógrafa en una revista de la que Xavi jamás había escuchado, llamada Espacio Utópico, especializada en decoración, arquitectura y estilos de vida.

—¿Qué significa eso de estilos de vida?—preguntó Xavi.

—Pues como un ¡Hola! con menos farándula y mucha más escena artística, siempre en grandes casas o espacios, mezclado con artículos para vender losetas de la Preysler, gabinetes de cocina y muebles que valen el depósito de una casa. La remodelación de la mansión de doña fulana, la fiesta de doña mengana que nos abre las puertas de su chalet de verano en ocasión del compromiso de su hija, bla, bla, bla… Ese tipo de mierda.

Xavi no era un tipo particularmente perceptivo, pero sabía que Lea estaba fuera de su liga. Según corrieron los días y continuaron viéndose, comenzó a preguntarse qué hacía una mujer como aquella pasando tiempo con él. La chica no requería nada más allá de su amistad y sexo a demanda (las veces que él lo había iniciado, ella había declinado y Xavi aprendió rápidamente a esperar por Lea). Luego de un par de semanas de estarse viendo, Lea le confirmó que la noche en que lo conoció, había salido con Lucía en un intento por distraerse, luego de haber roto con su pareja de un año.

—Estaba segura de que no me apetecería estar con nadie más por mucho tiempo, y ya me ves. Me siento cómoda contigo, y eso es inesperado—le dijo una tarde luego de hacer el amor en el apartamento de él. Nunca iban al de Lea a riesgo de encontrarse con Lucía; Lea le había dicho que no estaba lista todavía para dar explicaciones.

—¿Inesperado bueno o inesperado malo?

—Inesperado muy bueno.

—Que alivio. Pensé que era un tipo muy común para una chica tan pija como tú.

—¿Pija?

—Ya sabes; vienes de una familia con plata, educada, una artista, saliendo conmigo, que soy un mecánico de los suburbios a donde nunca te has asomado.

—Te equivocas, ¿eh? Luego del instituto, no pude ir a la uni, y mis inicios fueron en la escena *underground*, con bandas indies, y con otros artistas independientes o en colectivos. Así conocí a Lucía en Madrid. Acá sobrevivo rentando dos habitaciones en mi piso, que no es mío, por cierto, y más de una vez me he encontrado sin un duro encima.

Xavi sonrió y la besó, queriendo desesperadamente creer que con aquello quedaban zanjadas las vastas diferencias entre ambos y aclaradas las motivaciones de Lea. Entonces, al mes de haberla conocido, el mundo se detuvo en su eje cuando Lea le anunció que estaba embarazada. Sin esperar a que ella dijera otra palabra, la abrazó, y en ese momento estuvo seguro de que no existía otro hombre más dichoso que él. Xavi le propuso matrimonio al instante, y para su sorpresa, Lea accedió llorando. Cuando le dijo que su padre vendería del departamento donde vivía con Lucía, Xavi adquirió uno que apenas podía costear con el sello de aprobación de su prometida; ya se las arreglaría con turnos adicionales en el taller o trabajos independientes que abundaban. A partir de ese momento, Xavi comenzó a construir una vida, y luego una familia con Lea, esa criatura mágica que se había enamorado de él, no sabía cómo ni porqué. No importaba; no tenía en planes cuestionar su suerte. Hasta que un día, con la desaparición de su esposa, su buena fortuna se

esfumó.

Paloma se convirtió entonces en su refugio; le había devuelto la estabilidad de un hogar, la seguridad de que ella siempre estaría ahí… en fin, todo lo que se esfumó con Lea. Si le pudiera hablar con franqueza, hubiera intentado explicarle… «Te necesito para que me impidas salir corriendo a rebuscar en mi pasado, y sé que no somos el uno para el otro, pero eres lo que me ancla en la realidad de no tener a la mujer que quiero, y no soy lo suficientemente fuerte como para enfrentar solo esa horrible realidad. Por eso te necesito, Paloma. ¿Acaso necesitar no es una forma de amar?».

Si la volvía a ver, sabía que tenía que buscar otras palabras menos sinceras para decirle que la quería en su vida, que era su añorado Faro de Alejandría.

En su mente, Paloma había dejado de ser una compañera predecible para convertirse en una historia inconclusa en espera de resolución... o al menos de una fe de erratas.

Capítulo 14
Leche de coco

Cuba

Noviembre de 2015

Terminó de empacar una maleta pequeña y repasó su habitación en la villa, por si había olvidado algo. A Cuba llevaba sólo lo esencial; la mayor parte de su ropa no era apropiada para el Caribe, y por otra parte, estaría de vuelta en Massa Lubrense en unos meses para la temporada turística y el inicio de la venta de los licores de Gaetano.

Paloma había dejado cada detalle del proyecto de *Gaetano’s liquore alle erbe* cuidadosamente asignado y en excelentes manos. Organizó un calendario con fechas límite para cada tarea y abrió un grupo en Whatsapp para comunicarse durante su temporada en La Habana. Elizabeta se había convertido en la gerente *de facto* y tenía un talento natural para la administración de aquella pequeña operación. No había que explicarle nada dos veces, y con frecuencia respondía con una idea más eficiente. Raffaella ya había entregado el pedido inicial de las botellas necesarias para comenzar en marzo, y supliría más si la

demanda lo ameritaba. La parte más inesperada de aquel proyecto fue que Olivia, desde Andorra, se encargó de diseñar una hermosa campaña digital para el licor. Con las muchas fotos y vídeos que Paloma le había enviado del alambique, de la villa y del paisaje de la costa, Olivia había creado una marca preciosa con el mensaje de su próximo lanzamiento y los futuros puntos de venta en las redes sociales. Al notar que la marca de Gaetano venía respaldada de publicidad, los establecimientos que la rechazaron al principio, comenzaron a ordenar el producto. El nuevo empresario de licores estaba eufórico por haber encontrado un nuevo oficio que le apasionaba, junto a la ilusión de conquistar a Elizabeta. Estaba en el pleno segundo debut de su vida. Por aquellas fechas, Lorenza, Cianna y sus familias visitaban la villa con más frecuencia de lo usual para ayudar en el alambique, que era la novedad en la casa del *nonno*. Paloma se despidió de sus domingos en la campiña de Massa Lubrense, de los Parisi, a quienes ya sentía como familia, y de su querida Raffaella.

—No pongas esa cara— dijo Gaetano, acercándole un impecable pañuelo con sus iniciales bordadas en el color azul de esa costa que Paloma había llegado a amar tanto—. Estarás de vuelta en unas pocas semanas. Tu villa quedará cerrada con tus cosas, esperando por ti. Ve y disfruta de esta oportunidad de conocer la tierra de tu *papà*.

Finalmente echó a caminar por el camino de gravilla flanqueado de cipreses que iba desde la Villa Rosato hasta la rotonda donde se estacionaban los vehículos. Allí estaba esperando la lustrosa limusina de Yaima Mántici. Un chofer uniformado se hizo cargo del equipaje de Paloma, y en un santiamén, como si hubiera entrado por un túnel de ruta directa al lujo, se encontró en un mundo de piel, aire acondicionado y Yaima misma, luciendo como la diva que era. Estaba hablando por su móvil. Le lanzó un beso con la mano y le hizo un gesto para que se acercara. Eran las únicas en la limusina; el resto del séquito había partido en otro vehículo.

—Sí, cariño, ya voy de camino al aeropuerto de Roma. Hice una parada en un sitio que no sé cómo se llama para recoger a Paloma, de quien ya te hablé. Sí, va a reemplazar temporalmente a Áurea. Es un

sol, te va a encantar. Te veo pronto, amor.

Paloma miró a Yaima con una ceja arriba, sin comprender. Su nueva amiga no le había comentado de ningún “cariño” o “amor” en su vida. Vivir y trabajar con una extraña, por hechizante que fuera su talento, ya era un enorme salto de fe para Paloma. Mudarse con dos, se le antoja una situación de susto. Yaima llenó dos copas de champaña y le ofreció una.

—Por Cuba y por mi hermanita, mitad cubana, mitad andorrana.

—Por Cuba y por la memoria de Anselmo Palomero, que Dios lo tenga donde le haya tocado. Posiblemente tomando daiquiris con Hemingway en una réplica celestial de La Floridita, que por cierto es una parada obligada para mí.

—La Floridita es para turistas. Tengo sitios mucho mejores que mostrarte.

—Siempre he soñado con ir allí y fotografiarme junto a la estatua de Hemingway. ¡Ah, y la Bodeguita del medio también está en mi lista!

Yaima sonrió y Paloma captó su impulso de continuar hablando de nimiedades en vez de abordar el tema de la llamada telefónica, pero lo venció de inmediato, optando por sacar el asunto del medio. Aquella formidable mujer no se dejaba dominar por sus impulsos con facilidad.

—Esa era Elena.

—¿Elena…?

—Elena Morales-Wettig.

—¿*La* Elena Morales-Wettig? ¿La *prima ballerina* del Ballet Nacional de Cuba?

—La misma.

—¿Y Elena es tu cariño-amor?

—Elena es mi pareja, y no ha salido del clóset. Salir en Cuba no es cualquier cosa. En pleno 2015 todavía es ilegal el matrimonio gay, aunque al menos ya se está hablando del asunto. Sé que salir no es fácil en ninguna parte, pero en mi patria supondría un gran impacto en el mundo en el que se mueve Elena, que está muy ligado al gobierno y a su propia familia.

—¿Ese también es tu caso? Por favor, háblame con franqueza, que lo

último que quiero es empezar con el pie izquierdo en Cuba. Tienes mi total discreción.

Yaima le apretó una mano en agradecimiento y refrescó las copas, mientras Paloma observaba el acantilado desde la serpiente de carretera que conecta las ciudades de la costa con Nápoles.

—A mí me importa un bledo, a diferencia de ella. Medio mundo sospecha que soy gay y la otra mitad lo sabe. Pero no tienen opción; tienen que soportar a la heredera del maestro González Mántici. Ese no es el caso de Elena, que ha tenido que sudar y batallar para llegar a donde está. Hay que caminar pisando huevos a su alrededor. Algunos días se levanta muy decidida, entonces salimos, vamos a una fiesta o a comer fuera, siempre acompañadas de alguna amistad o de mi publicista. Otras veces se marcha y no regresa por días. Nunca se sabe cuándo le va a entrar la paranoia.

—Pensé que en mundo de las artes habría menos prejuicio.

—¡Qué va! El mundo de las artes en Cuba y en todo el mundo está infestado de mentes obtusas. Además, Elena tiene el peso adicional de su familia. Su padre es un alto funcionario del gobierno y son conservadores a nivel de época victoriana. Nuestra relación es difícil, y a menudo me pesa más de lo que deseo admitir, pero ambas preferimos manejar esa complejidad que vivir la una sin la otra.

—Entonces, ¿Elena vive contigo?

—Parcialmente. Tiene cosas en mi casa pero conserva intacta su habitación de soltera en la de sus padres, para guardar las apariencias.

—¿Cuántos años tiene Elena? Sé que es joven pero no recuerdo…

—En unos meses cumple veintisiete años. ¿Te mueres por juzgarme?

—¡Bah! Nadie levantaría una ceja si se tratara de una relación entre un hombre mayor y una mujer más joven, o incluso a la inversa. Serías un *cougar* sensacional. ¿Por qué debe ser distinto con vosotras?

—Cada vez me encantas más, Paloma. Estoy loca por mostrarte La Habana. No hay ciudad más sabrosa en el mundo.

El trayecto hasta el aeropuerto de Roma-Fiumicino tomó tres horas que se evaporaron entre conversaciones de Cuba e Italia. Cuando Paloma se bajó de la limusina, sintió una nostalgia prematura por Massa Lubrense, y por ese pequeño mundo donde se sentía protegida.

No se había ido, y ya extrañaba a los Parisi y a la campiña. A la vez, la llenaba de dicha conocer la tierra de su padre, algo que nunca se atrevió a soñar. Todos esos impulsos y emociones contradictorias cabían en ella en ese momento. Como experta en impulsos, sabía que esa ambivalencia era normal, y que los humanos se encuentran batallando entre más de un impulso buena parte del tiempo.

Al llegar al aeropuerto, fueron conducidas a una sala VIP donde Paloma pasó un rato conociendo a los funcionarios y ayudantes que acompañaban a Yaima. Todos eran encantadores, pero fue Soledad Pinedo, la esposa del ministro de Cultura, quien más le llamó la atención. Era una mujer bajita de estatura, como Paloma, con un paje pelirrojo, tacones altísimos y un elegante caftán con el que "disimulo toda la pasta que me tragué en este viaje. Ya sabes, *el pez muere por la boca*". Luego de hablar con ella por unos minutos, Paloma notó un patrón distintivo y fascinante: Soledad se comunicaba a base de dichos populares, e ilustraba la conversación a la mano con sus vastos archivos mentales de refranero popular. Paloma le agradeció haber tramitado tan rápidamente su visado cultural para poder ingresar a Cuba.

—No es nada, me tomó una llamada y un cumplido. Ya sabes, *gracias y buen trato, valen mucho y cuestan barato*. Me dijo Yaima que eres su nueva asistente en lo que Áurea está de maternidad. Mi amiga es un verdadero tesoro nacional. Concéntrate en apoyarla, Paloma, y recuerda que *en boca cerrada no entran moscas.*

La andorrana la miró con cara de no entender, porque en efecto, no estaba segura de comprender por dónde venía Soledad.

—Ay, negra, *se ve desde China y con neblina* que tú eres un *pan de Dios.* Yaima es intensa en su vida personal y en su carrera. Hay que mantenerla enfocada en sus próximas presentaciones antes de Ravello. En diciembre tenemos una importante que te va a encantar. Yaima es la directora invitada de la Orquesta Sinfónica de Puerto Rico para su concierto de Navidad. Puerto Rico, *la isla del encanto. ¡Cuba y Puerto Rico, de un pájaro, las dos alas!*

Paloma hizo un esfuerzo sobrehumano por mantener el semblante serio ante aquel inusual despliegue de talento para insertar tanto

refranero en tan breve parlamento.

—Descuide Soledad, que vengo a ayudar a Yaima en lo que necesite.

—Dime Sole, por favor. Es que nuestra Yaima tiene su carácter, ¿eh? Algunos días está encantadora como ahora y al próximo se levanta con el *moño vira'o*. Las genios son así, y nuestra directora es toda una diva. Seremos aliadas, Palomita, y nos cuidaremos las espaldas, mira que en Cuba *de cualquier malla sale un ratón.*

Sole y Paloma pactaron amistad solemne, y pronto la andorrana se encontró en un asiento en primera clase de Alitalia en ruta al aeropuerto José Martí en La Habana. Era la primera vez que ocupaba un asiento en primera clase, y exploró los botones y comodidades.

—¿Así que ya eres amiga de Sole?— Yaima apuró otra copa de champaña antes del despegue.

—Sí, y lo que no me enseñó mi padre sobre el refranero, lo acabo de aprender de ella.

Yaima soltó una carcajada, al tiempo que detuvo a un asistente de vuelo y ordenó más champaña.

—Trae otra copa para mi amiga.

—No, gracias, Yaima. Prefiero no beber.

—No seas aguafiestas que no me gusta beber sola. Además, no todos los días se cruza el Atlántico por primera vez. Brinda conmigo, y luego nos *cogemos un diez*, como diría Sole.

Para cuando despegaron, Yaima estaba roncando, y Paloma percibió que su intervención en la vida de la directora sería trascendental, aunque aún no tenía claro cómo ni por qué. Por lo pronto sabía, como hija de un alcohólico, que reconocía a otra cuando la veía.

Σ

Aterrizaron en La Habana de noche, en la segunda semana de noviembre. Paloma se asomó por la ventanilla mientras descendían, pero se veía poco en la oscuridad. Pasaron por aduanas sin contratiempos, como si el aeropuerto fuera del grupo. Paloma se despidió, y partió con Yaima hacia Miramar en el área de Playa en el coche que llegó a recogerlas. Playa es un histórico barrio adornado de mansiones que ahora sirven de embajadas, residencias de ejecutivos

de firmas extranjeras y la actual clase rica cubana, a la que decididamente pertenecía Yaima. La 5ta avenida, que las recibió con su Fuente de las Américas, atraviesa Miramar de un extremo a otro adornada con parques, hoteles, casas de moda, discotecas e iglesias. La arboleda de la avenida se despliega a lo largo de una confluencia de estilos arquitectónicos, y Paloma apenas podía contener las ansias de que amaneciera para verlo todo a la luz del día. Por el camino, el encantador chofer, don Romeo, le contó que la mayoría de las familias que vivían en ese lugar abandonaron Cuba a raíz de la revolución en 1959. Aprovechando la belleza de esas grandes mansiones, muchas embajadas escogieron plantar sede en las residencias de por allí. Pasaron por el Hotel Panorama, el Meliá Habana, y el Miramar Trade Center. Romeo identificó cada edificio y le ofreció a Paloma datos interesantes mientras Yaima seguía dormida a su lado con una máscara de ojos.

La residencia de la pianista estaba situada cerca de la embajada de los Países Bajos y la Casa de Puerto Rico, que hace las veces de embajada de la isla en Cuba. Cuando Romeo abrió la puerta del coche y Paloma vio la mansión, exhaló de puro deleite. Nada de lo que le había contado Yaima ni de lo que había leído la pudo preparar para aquello. Como describió un artículo cuyo enlace le pasó Olivia sobre las casas de los famosos en Miramar, la residencia de Yaima… «está construida en mampostería, paredes de ladrillos y pisos de mármol. La mansión de la conductora está compuesta por un portal con tres frentes en el primer piso con jardín, recibidor, sala, comedor, un salón biblioteca, un garaje en el sótano para cuatro autos y un cuarto de servicio con dormitorios para la servidumbre. Los altos tienen un recibidor, cinco cuartos y tres baños. Los niveles se unen en una escalera de forma helicoidal enchapada con piezas de mármol de Carrara y baranda de hierro con pasamanos de madera».

A esa hora de la noche, una pareja uniformada salió sonriente a recibirlas. Entre ambos se hicieron cargo del equipaje y de ayudar a Yaima a llegar hasta su habitación. Belén, la ama de llaves, condujo a Paloma a su pieza, que era un sueño. Tenía una cama doble, un amplio armario antiguo, un baño *en suite*, y un magnífico escritorio

antiguo de madera maciza con cajones y secreter. En el centro de una mesa descansaba un arreglo donde predominaba la Flor de Mariposa, que según leyó Paloma, era la nacional de Cuba. Entonces vio que por cada esquina de la habitación había arreglos de la típica flor en todas sus tonalidades: blancas, amarillas y salmón. Las paredes exhibían óleos cuyos artistas Paloma desconocía, pero que sospechaba debían ser de los mejores del país. Se dio una ducha y cuando salió, su ropa estaba guardada y organizada, y sus pijamas esperaban tendidas en la cama, junto a unas pantuflas que Belén le había dejado. Abrió las celosías del balcón para deleitarse con la luna que iluminaba los jardines de la casa. De algún modo, había logrado escapar de Andorra y llegar hasta Cuba, hasta sus raíces paternas en un país que estaba sedienta por conocer y hacer suyo.

Le dejó un mensaje a Olivia, y esa noche durmió feliz con las puertas del balcón abiertas mientras la suave brisa jugaba con las campanas de viento.

Σ

Ya eran pasadas las diez de la mañana cuando Paloma bajó al salón comedor, y Belén le informó que la señora Yaima aún estaba durmiendo y que no esperaba que saliera de su habitación antes del mediodía. Le sirvió un sabroso desayuno que incluyó una batida de papaya, algo que no había probado antes. Paloma le preguntó a don Romeo si la podía pasear por la ciudad, en lo que Yaima despertaba.

Romeo la llevó por el bloque del Museo de la Revolución y luego le señaló las afueras del Cementerio Nacional, donde tantas mujeres y hombres ilustres (o tristemente célebres) descansan. Desembocaron en el malecón, y Paloma le pidió que se detuviera en un negocio que anunciaba piñas coladas servidas directamente en la fruta. La entrada exhibía un rótulo que decía: “La realidad es una alucinación causada por la falta de alcohol”, y le hizo señas a don Romeo para que la acompañara. Tomaron asiento en la enorme barra rectangular y Paloma miró embelesada a los camareros que trabajaban frenéticamente procesando piñas y cocos fríos de neveras industriales. Usando machetes, abrían las piñas, aflojaban la pulpa, agregaban

leche de coco y quién sabía qué otras maravillas, para luego pasarlo todo por una licuadora y devolver el líquido al interior de la fruta que servía de recipiente. Sin preguntar, les colocaron al frente dos piñas con sus respectivos sorbetos y dos botellas de Havana Club, una para cada uno, de modo que agregaran la cantidad de ron a gusto. Paloma miró a don Romeo, quien echó a un lado su botella, pero la alentó a usar la suya.

—Disfrute, señora Paloma, que está a punto de probar el néctar de los dioses. Yo me tomo la mía sin ron, que estoy en horas de trabajo, pero usted se lo puede gozar.

—No es ni mediodía, y no suelo beber— le dijo con voz dudosa.

—Usted está en horario de Europa todavía y además, no todos los días se descubre la tierra de los ancestros. Si en Roma hay que hacer como los romanos, en Cuba esto es menester.

—Que persuasivo me ha salido usted, don Romeo. Tiene razón—. Agregó una generosa cantidad de Havana Club a la piña, lo mezcló con el sorbeto y lo probó. Su paladar despertó con una especie de leche dulce y melosa con un toque de ron al final, que bajaba como un biberón sabroso. Se lo acabó en tres grandes sorbos, y le pidió otro al mozo.

—Cuidado, señora Paloma, que estas piñas coladas parecen inocentes, pero luego el golpe es fuerte.

—Usted me alentó a probarla, don Romeo, y ahora no puedo parar. Necesito venir aquí todos los días.

Terminó engullendo tres piñas coladas bien sazonadas con Havana Club, y don Romero disfrutó vicariamente de cada momento. Al regreso, de la radio salió la melodía de *El cuarto de Tula* del Buena Vista Social Club. Paloma sintió su cuerpo moverse con voluntad propia en el asiento de la limo al ritmo de la música y del ron. *"El cuarto de Tula le cogió candela… se quedó dormida yyyyy no apagó la vela…",* iba cantando por el camino para la sorpresa y deleite de don Romeo. Su sangre cubana estaba alborozada.

Tal y como anticipó Belén, cuando Paloma regresó al mediodía, Yaima estaba despierta, enfundada en una elegante pijama de satén de manga larga. Llevaba sus enormes gafas de sol y la melena recogida en

un moño francés. Estaba tomando café y leyendo el periódico en una de las sillas de mimbre del comedor redondo del jardín exterior. No tenía rastro de maquillaje y lucía sensacional.

—¡Paloma! Que bueno verte, hermanita. ¿Descansaste? ¿Qué tal tu habitación? ¿Tuviste un buen paseo con don Romeo?

—La habitación es hermosa. Don Romeo me llevó a varios lugares históricos que pienso explorar luego con más calma, y a petición mía nos detuvimos en un negocio que hay por el malecón donde venden piñas coladas. Él intentó prevenirme pero una vez probé una, ya no pude parar. ¿Qué tenemos para hoy? ¿Empezamos por la oficina de Áurea y partimos de ahí? Necesito acceso a su computadora y a tu agenda.

—Sí, empecemos por ahí, pero no pretendas hacerlo todo hoy. Entre el *jetlag* que te va a pegar en algún momento y el cóctel de ron que tienes en el estómago, prefiero que descanses esta tarde. Tenemos un compromiso importante esta noche en la Casa de Puerto Rico.

—¡Qué emoción! Siempre he querido visitar Puerto Rico. ¿Y Elena? ¿Se nos une?

—Elena tiene uno de sus episodios de paranoia. Está invitada, pero no sé si hará acto de presencia. Ya se le pasará. Rara vez está de buen humor cuando regreso de viaje. Creo que es su manera pasiva-agresiva de castigarme. Por lo pronto vamos a la oficina de Áurea, que está en la biblioteca, y te digo dónde está todo. También tendrás que reunirte en algún momento con Joaquín Toledo, mi publicista.

A pesar de las piñas coladas, la novedad del trabajo mantuvo a Paloma despierta, y luego de almorzar un generoso plato de su ansiada ropa vieja con arroz congrí, invirtió un rato en la biblioteca revisando la logística de cada evento en calendario para las próximas semanas. Resultaba alucinante la cantidad de detalles que debían ser atendidos para mantener funcionando la carrera de Yaima. Se requería organizar transportación, ensayos y reuniones previas a cada concierto, el plan de publicidad con Joaquín Toledo, citas con Artemisio (el diseñador de sus ajuares) y coordinar el calendario social (esto ocupaba una reunión semanal con Yaima en la cual selecciona las invitaciones que aceptaba y las que descartaba). También había

sesiones con un entrenador personal y una cita dos veces en semana con su estilista. La manicurista venía cada nueve días y Paloma vio que estaba en el calendario para ese día, al igual que la estilista, para preparar a Yaima para la fiesta de esa noche.

Al rato, le cayó la pesadez de la comida (exquisita, pero no exactamente liviana) y durmió una larga siesta que hubiera continuado ininterrumpida de no ser por la alarma que programó. Observó el modesto contenido de su armario. No había muchas opciones y se dio cuenta, habiendo visto el calendario social de Yaima, que tendría que adquirir algunas piezas de cóctel. Por el momento, tenía un solitario vestido negro de estilo *wrap* y escote en V que con algún accesorio podía llevarla a casi cualquier lugar. Se maquilló acentuando ojos y labios, como de costumbre. Cuando Yaima la vio, asintió con aprobación, pero salió de la habitación y regresó con un collar de múltiples cadenas y delicada pedrería, y unas pantallas a juego. También trajo unos tacones de charol negro y un bolso de noche.

—A ver, creo que calzo más un poco grande que tú, pero mídete estos zapatos. Ahora las prendas. Listo. Mírate ahora, Palomita.

A Paloma le agradó esa versión de sí misma que reflejaba el espejo. Las líneas de su frente se habían suavizado. Sus ojos grises resplandecían como faroles, su piel estaba ligeramente bronceada por las andadas del día, y el vestido y los tacones le hacían muchos favores. Apenas llevaba un día en Cuba y ya se sentía en otra piel. O quizás siempre fue la suya, que estuvo esperando a que mudara su vieja piel para poder asomarse.

Capítulo 15
La Casa de Puerto Rico

La Habana

2015

Paloma no conocía mucho del archipiélago de Puerto Rico y los datos alojados en su memoria sobre la isla eran puros clichés: que son colectivamente gente muy hermosa (esto lo sabía por los boricuas famosos y porque la isla siempre andaba ganando esos concursos de belleza que en Andorra nadie veía, excepto ella); que son la meca de la salsa y de mucha buena música; que tienen playas bellísimas; y que son cuna de campeones deportistas. Esa noche se enteró de un nuevo dato más relevante: que es la colonia más antigua del mundo, habiendo sido invadida por Estados Unidos (segundo turno al bate luego de España) y que la metrópolis la gobierna sin tener ellos poder de representación ni derecho al voto. Esto último se lo informó Yaima a modo de curso rápido sobre Puerto Rico y a Paloma le provocó suspicacia. Estaban en el gran salón de la residencia, con una ópera de Verdi de fondo, mientras Belén servía dos daiquiris clásicos "para entonar" antes de partir a la Casa de Puerto Rico.

—¿Puerto Rico no se gobierna? ¿Estás segura, Yaima?

—¡Ay Madre de Dios, Paloma! ¡Cuánta inocencia, por no decir otra cosa! Mañana mismo me encargo de tu educación empezando por Nuestra América de José Martí, acompañada de un poco de Eduardo Galeano, y luego hablamos, ¿eh?, mira que el resto del mundo no es tu principado, que parece una fantasía en hielo. Te dejaré algunos libros en tu escritorio en la biblioteca. Mientras tanto, a los gringos no los menciones esta noche. Recuerda que vamos a la única embajada reconocida de Puerto Rico en el mundo, y está aquí, en Cuba, porque apoyamos la independencia de nuestra isla hermana. Todo el mundo allí es del ala separatista de Puerto Rico. No te voy a aburrir con una lección de geopolítica de la región, querida, es solo para que no le vayas a pisar un callo a nadie.

—Me puedes seguir contando. Lo encuentro fascinante. Los europeos vivimos hechizados por el Caribe. Soy una lectora voraz, así que

mañana mismo empiezo a leer todo lo que me asignes. Mira, ya llegó don Romeo.

Al divisarla, el chofer abrió los ojos y sonrió ante la transformación de Paloma de una turista traga piñas a toda una refinada dama enfundada en un vestido negro y labios rojos. Yaima, por supuesto, lucía de ensueño con un vestido amarillo mostaza y una lluvia de prendas de turquesas. El corto trayecto se hubiera podido caminar, de no haber sido por los tacones que llevaban. Pasaron a por la séptima avenida hasta acercarse a una casa estilo colonial con una gran bandera de Cuba ondeando orgullosa. A Paloma le tomó unos segundos darse cuenta de que no se trataba de la bandera de Cuba sino la de Puerto Rico: eran exactamente iguales con los colores azul y rojo invertidos. El anverso y el reverso de lo mismo. Comprendió entonces que cuando los cubanos hablaban de "nuestra isla hermana", lo decían de forma literal. Se contagió de ese cariño entre las islas, y su parte cubana abrazó a Puerto Rico para hacerlo suyo en ese instante.

Frente a la Casa de Puerto Rico esperaba una delegación y cuando don Romeo abrió la puerta del vehículo y Yaima emergió, un pequeño mar de gente la hizo desaparecer. Paloma se quedó atrás mientras el grupo avanzó a la entrada, y aprovechó para apreciar cada fotografía y objeto del recibidor-museo que mostraba momentos históricos y dolorosos de ambas islas. Observó fotografías de Fidel Castro, Ricardo Alarcón, Oscar López, Pedro Albizu Campos… y luego las mujeres, con sus rostros surcados de lucha: Lolita Lebrón, Blanca Canales, Isabel Rosado Morales… De esta última vio una imagen que le llamó la atención, porque la había visto antes: había sido publicada por alguna revista internacional. En la imagen, una mujer militar fornida dominaba con la rodilla izquierda a una diminuta anciana, cuyo rostro sereno y digno quedó hundido parcialmente en la arena de una playa. Con la mano derecha, la militar hacía un gesto para desenfundar su arma, mientras Isabel no ofrecía resistencia. La que arrestaba lucía enorme y un tanto ridícula en su despliegue de poderío castrense sobre la arrestada con su ademán apacible. En eso, sintió a alguien acercarse a sus espaldas.

—Es la líder nacionalista Isabelita Rosado Morales cuando fue arrestada por su lucha para sacar a la milicia de Estados Unidos de Vieques, una isla del archipiélago que usaban para sus maniobras bélicas. Murió a los 107 años de edad, totalmente lúcida y dictando cartas dirigidas a la Casa Blanca. Se carteaba rutinariamente con varios líderes mundiales.

Paloma se dio la vuelta y se encontró con un hombre de treinta y pico de años con una sonrisa encantadora que venía acompañada de hoyuelos, que eran su perdición desde que los detectó en Olivia cuando era una infante. Devolvió la vista a la dramática foto en blanco y negro.

—Reconozco esta fotografía.

—Un dato poco conocido de ese incidente es que tuvo un epílogo. Años más tarde, la mujer que la arrestó enfermó de cáncer y buscó a Isabelita para pedirle perdón. Isabel, como el ser iluminado que era, le respondió que no había nada que perdonar, por el contrario, que ella le estaba agradecida a la militar por hacerla besar la arena de Vieques.

—Qué historia tan hermosa. ¿Es real?

—Totalmente real. Certificada. Hola, soy Joaquín Toledo, el publicista de la señora directora Yaima Mántici.

—¿Dices todo ese título cada vez que invocas su nombre?

—No, solo cuando me voy a presentar formalmente a una colega. Y solo la primera vez —. Los hoyuelos hicieron su reaparición.

—Encantada de conocerte, Joaquín. Soy Paloma Palomero.

—¿Tu nombre es real?

—Totalmente real. Certificado.

—¡Ja! *Touché.* Ven Paloma, vamos a buscar algo de tomar. ¿Vino? ¿Cuba Libre?

—Mejor agua, por favor. Me topé hoy con una barra que sirve piñas coladas…

—No digas más. Conozco las crudas que vienen después.

Caminaron hacia el patio interior del recinto donde el cóctel estaba en su apogeo. En una pequeña tarima había cuatro jóvenes entonando una canción que repetía la frase “verde luz” una y otra vez. Paloma se prometió averiguar el origen de esa melodía que sonaba a himno. Un

mesero les ofreció canapés, otro les colocó copas de sangría en las manos antes de que Joaquín pudiera conseguir agua, y en cuestión de nada, apareció un desfile de conocidos a saludar. Con cada abrazo cálido, Paloma se preguntaba con más ahínco por qué su padre Anselmo no heredó en su sangre cubana estos sublimes genes caribeños que encuentran cómo sonreír la vida a pesar de protagonizar una de las historias más cruentas y conocidas en el mundo. A cada invitado que se les acercaba, Joaquín le informaba que Paloma recién había llegado a Cuba, y todos ofrecían su lista de lugares imperdibles a visitar. Se dio cuenta de que podía estar un año explorando la isla sin tocar todo el trabajo que tenía pendiente con Yaima. De pronto, la vida que había llevado hasta ese momento se le hizo diminuta. Tantas cosas fascinantes discurriendo en el mundo, tantos capítulos que cambian el curso de países enteros, y ella solo había visto la vida desde las gradas del Palomero Bistró. Buscó a Yaima con la vista entre el gentío y la vio rodeada de hombres, prendados de cada palabra que salía de sus labios. Puso una mano en el antebrazo de Joaquín y le hizo un gesto para acercarse a Yaima, a quien se suponía estuvieran asistiendo.

—¡Paloma Palomeeeeeero! *¡De donde menos se piensa, salta la liebre!* Pero qué guapa y chic estás, mi hermanita, y justo en la escena social de La Habana—. El refranero le anunció la llegada de Soledad Pinedo.

—Que gusto verte otra vez, Sole. En efecto, la patria de mi padre me sienta bien. Debí hacer este viaje hace mucho.

—Si lo hubieras hecho antes no habrías venido con Yaima, y te aseguro que la experiencia hubiera sido otra —comentó Joaquín, entregándole un vaso con agua que Paloma se bebió de un golpe.

—Cierto. Hubiera sido más insípida y con menos intrigas. ¿Ya te acomodaste en la mansión de Yaima? Qué espectáculo de casa. Ni nosotros, con el puesto de ministro de mi marido, tenemos algo igual. Pero no es posible imaginarla en otro lugar. Yaima es una mujer de grandes escenarios. *Algo tendrá el agua cuando la bendicen,* y en el caso de Yaima, es puro talento.

—Espero nunca tener que recibirla en mi antiguo piso en Andorra.

—*Al pobre y al feo todo se le va en deseo.* Descuida, que Andorra no es

una plaza que le llame la atención a Yaima.

—¿Y yo sería la pobre y fea en esta metáfora?—dijo riendo. Con Soledad era imposible ofenderse, porque todo lo decía con un dejo de gracia inocente.

—Que va Palomita, eres adorable. Me refiero a Andorra.

—Andorra dista mucho de ser fea, y mucho menos pobre.

—Pero es pequeña. Yaima busca ser una directora de renombre mundial, por eso el festival de música de Ravello es tan importante, porque será la antesala de Roma y Milán.

Soledad, Joaquín y Paloma se enfrascaron en una charla sobre los pormenores de los próximos conciertos de Yaima, incluyendo el evento navideño en Puerto Rico. Paloma intuyó que Soledad estaba más interesada en su rol en el séquito de Yaima que en el de esposa del ministro de Cultura.

—Paloma, la semana que viene iremos a La Maison para un desfile de moda, al que siempre le sigue una buena fiesta. *Aquí el hábito sí hace al monje.* Puedes aprovechar y comprar las piezas que necesites para los eventos de Yaima.

Estaba a punto de replicar que no sabía si su presupuesto era el adecuado para un establecimiento con el nombre de La Maison, cuando notó un runrún en el patio, una electricidad compartida, a la vez que Soledad y Joaquín miraron hacia la entrada y se susurraron algo. Paloma, más bajita que ellos, no veía nada.

—¿Qué pasa?— Entonces la vio. Estaba rodeada de admiradores que caminaban a su lado mientras ella hacía su lento avance hacia el patio interior. Se movía con ese porte innato de las bailarinas clásicas: cuello alargado, manos delicadas con dedos que parecían listos para volar, pasos bien medidos, espina dorsal estirada como si un hilo invisible jalara su cabeza para mantenerla erguida y ligera. Paloma había visto muchas fotos de Elena Morales-Wettig, pero no le hacían justicia a su imponente presencia. La mujer resplandecía.

—Entramos en modo de crisis—murmuró Joaquín. Por primera vez en la noche, su sonrisa de hoyuelos desapareció. Elena lucía un cremoso vestido azul pálido con un profundo escote que en ella no lucía provocativo, sino angelical sobre su busto plano. No lucía joyas;

hubieran resultado innecesarias. Su cabello, que en fotos siempre lucía recogido en un severo *chignon* de ballet, estaba suelto en todo su esplendor. Cada vez que saludaba a alguien, sus manos regresaban a recogerse frente a ella, como una infanta.

—*A fácil perdón, frecuente ladrón*—mascullÓ la esposa del ministro, y Paloma intuyó que Elena no era *santa de su devoción.* Ya se estaba contagiando con la manía de Soledad.

—No te metas en eso, Sole. Ya sabes cómo se cabrea a Yaima con 'la bola' sobre su relación—. Ambos continuaron comentando entre sí, olvidando momentáneamente a Paloma.

—¡Ay papi, alguien se tiene que meter! Elena entra y sale de la vida de nuestra amiga cuando le place, sin consecuencias y sin tomar en cuenta el desastre que nos deja.

—Puede que tengas razón, pero es el desastre de Yaima, no el nuestro. Y este no es lugar para hablar de eso, Sole.

—Asumo que no se han visto desde que llegamos de Italia, porque *brilló por su ausencia* en el aeropuerto. Espero que Yaima la ignore y la mande al carajo. *A buen culo, buen pedo,* y quedamos todos en paz.

Paloma no pudo evitar echarse a reír de cómo Soledad podía transmutarse de una dama de sociedad a una tía cunetera en cuestión de segundos. Se dedicó a observar cada interacción de esta puesta en escena y los impulsos irracionales que, sin duda, se desatarían en breve. Yaima hablaba con unos invitados dándoles la espalda, pero Paloma captó cuando sintió la llegada de Elena. En efecto, giró el cuello y la miró brevemente. Elena siguió avanzando y Paloma se sorprendió un poco al verla frente a sí, tan cerca que podría tocarla. Olía a gardenias y a vainilla.

—Buenas noches Joaquín, Soledad.

—¡Qué sorpresa agradable, Elena! No sabía que vendrías, o hubiera enviado por ti —le dijo Joaquín, besándole una mano con reverencia. Soledad se mantuvo inusualmente callada, de seguro porque no tendría a la mano un refrán que encajara con la situación, asumió Paloma. Se le antojó ofrecerle uno: *En boca cerrada, no entran moscas.*

—Fue una decisión de última hora y me trajo el chofer de papá, pero gracias, Joaquín.

—*Nos quedamos vestidas y alborotadas* esperándote en el aeropuerto. Pensé que te vería allí para recibir a... para recibirnos—. Soledad no pudo evitar intercalar su sutil crítica.

—Tenía que estar en el Gran Teatro muy temprano en la mañana. Ya comenzamos los ensayos de *El cascanueces*, que presentaremos en Navidad—contestó Elena, sin inmutarse. El Gran Teatro de La Habana, que también estaba en la lista de sitios a visitar de Paloma, es la sede permanente del Ballet Nacional de Cuba, el nombre que adoptó la escuela de Alicia Alonso luego de la revolución cubana. Toda esa información la había leído a través de los años que había seguido la carrera de Elena Morales-Wettig, y en general, de todo lo relacionado a la escena cultural cubana que su padre veneraba.

—Por supuesto, Elena —. Joaquín intervino rápidamente, intentando silenciar a Soledad—. Por cierto, estuviste exquisita en la función de cierre de *La casa de Bernarda Alba*. Elena, tengo el gusto de presentarte a una amiga que nos visita desde Andorra, vía Italia, aunque realmente es cubana, Paloma Palomero. Paloma, te tengo el gusto de presentarte a…

—Elena Morales-Wettig. ¡Qué honor! Vi por televisión tu *Giselle* y quedé hipnotizada—. Sintió la mirada oscura de Elena evaluarla en un instante. Su semblante no le permitió adivinar si pasó o no la prueba, y sus impulsos se sentían bizarramente neutrales.

—Encantada, Paloma Palomero. Tienes nombre de artista.

—Te aseguro que no es el caso. Pero soy la nueva ayudante de Yaima por los próximos meses, durante la licencia de maternidad de Áurea.

—Sí, me lo comentó. ¿Así que eres cubana, italiana o andorrana?

—Andorrana de nacimiento, cubana por herencia paterna y actual residente de Massa Lubrense en Italia. Nunca pensé que vería la tierra de mi padre.

—Bienvenida. ¿Y cómo conociste a Yaima?—En un despliegue de lenguaje corporal que hablaba un mundo, Joaquín y Soledad flanquearon a Paloma, como para protegerla en caso de emergencia. Pero ahora sí podía captar tenuemente los impulsos de Elena, y entre ellos no estaba el de antagonizar. Solo quería confirmar lo que su amante ya le había dicho.

—En Ravello. Ella salía de una reunión con los del festival y yo estaba en otra en un herbolario, y nos cruzamos. En cuanto salió a relucir el nombre de Cuba, ya te imaginarás. ¡Estoy tan feliz de poder ayudar a Yaima a hacer historia en el festival el año próximo!

—Yaima hará historia, sin duda, por tratarse del importante concierto inaugural, pero la primera cubana en plantar bandera allí fui yo. En la 64ª edición del festival se realizó la gala Cubanía, en la terraza de Villa Rufolo, como homenaje a la nuestra compañía de ballet. La función de la noche fue del Ballet Nacional—la corrigió Elena, sin mucha sutileza.

—No sabía. Yaima no lo mencionó.

—La señora directora no se concierne con otros asuntos que no sean los de su propia carrera, y es entendible. Ese talento no es común, ni aún entre los virtuosos—. El tono de Elena denotaba crítica, pero a la vez comprensión de los sacrificios que suponía llegar al nivel estelar de Yaima, cuya fama fuera de Cuba rebasaba por mucho la de la bailarina clásica.

En eso, el gentío dio paso a un hombre joven y alto, el único vestido de traje en un mar de guayaberas y camisas de manga larga sin chaquetas. Llevaba el cabello impecablemente engominado, y lucía zapatos tipo Oxford. De repente, Paloma captó un cruce de impulsos tan veloz, de tantas personas en distintas direcciones, que su mente se convirtió en una autopista de muchos carriles; Soledad quería abofetearlo, Joaquín quería buscar a Yaima y salir corriendo de allí, y el hombre que acababa de llegar ansiaba tocar a Elena, y dejó correr su impulso con malicia exhibicionista, pasando un brazo por su diminuta cintura. Pero lo que llamó la atención de Paloma fue que en ese momento, el canal de comunicación de impulsos de Elena se cerró para ella. Esta era una novedad. A veces no podía percibir esa vibración particular, pero aplicaba por igual a todos a su alrededor. Era la primera vez que una persona, selectivamente, se le escondía cuando estaba recibiendo sus impulsos.

—¡Tadeo! No pensé que vendrías.

—Logré salir temprano del banco. No podía dejar pasar la oportunidad de lucirme contigo en público. Nunca te dejas ver, Elena.

Soledad aguantó la respiración. Joaquín estaba paralizado e inservible. Elena devolvió su vista al grupo.

—Joaquín, Paloma, les presento a Tadeo Salazar, del Banco Central de Cuba. Soledad, creo que ustedes ya se conocen—. Paloma notó el impulso, más bien el deseo ferviente de Joaquín de taparle la boca a Soledad, que al ser nombrada, respondió con su genio y figura.

—Pues como no, Tadeo *junior.* ¿Cómo está don Tadeo, padre? ¿Y tu santa madre? Me dicen que has salido tan bueno en el banco como lo fue antes tu padre. Ya sabes, *hijo de gato, caza ratón.* ¿Así que vienes con Elena?

—A decir verdad, Elena no me avisó, pero sus padres me dejaron saber y decidí darle la sorpresa—. Tadeo se acercó a Elena y la besó en una mejilla. Parecía que besaba a un maniquí. Ni un músculo del cuerpo de la bailarina se alteró. En eso, Paloma percibió el impulso salvaje de Yaima de protagonizar la rabieta épica que venía alimentando a fuego lento desde Ravello. Se apartó del grupo, se acercó a ella y la agarró con firmeza del brazo impidiendo que se acercara a Elena y Tadeo. Yaima la miró sorprendida, interrumpiendo momentáneamente su estado de furia.

—Ven conmigo, Yaima. Confía en mí, por favor—. El bíceps de su brazo se relajó momentáneamente, y Paloma aprovechó para conducirla hacia la salida. Antes de llegar a la acera, don Romeo las divisó y en un santiamén estaban a salvo, en el aire acondicionado del interior del vehículo. Yaima volteó el rostro hacia la ventana, tapándose los labios con una mano, y no dijo una palabra durante el breve trayecto. Al llegar, don Romeo abrió la puerta, y Yaima salió erguida, pero Paloma sabía que estaba a punto de desplomarse. Dio un par de pasos, y se detuvo. Volteó la cabeza a medias y Paloma escuchó su susurro, lleno de pesar.

—Gracias, Paloma.

Y con eso, desapareció por los próximos siete días.

Capítulo 16

Cocotaxi

La Habana

2015

La primera amiga de Paloma en Cuba, fuera del círculo de Yaima, resultó ser una chofera de "cocotaxi", esos curiosos insectos amarillos de metal que parecen los retoños descocados de los taxis en La Habana. Dalia le contó de sus muchas penurias navegando la burocracia para hacerse de su licencia de chofera turística, venciendo los obstáculos de su género y sus inexistentes conexiones en el gobierno. Dalia era pícara y aguzada a más no poder. Paloma nunca la había visto sin una enorme sonrisa, acentuada con una rotura en uno de los incisivos frontales que le daba la apariencia de vampiresa a medias. Se describía como "sandunguera y sabrosa" y vivía muy orgullosa de sus curvas, según ella, "una de mis muchas cualidades de oro". Cuando Dalia conoció el nombre de Paloma Palomero, hizo un gesto desdeñoso y le aseguró que su caso era peor.

—A mí me crió mi abuela, y ve tú a saber en qué pensaba la vieja cuando me bautizó. Un día averigüé con una amiga que tiene *interné*, y resulta que Dalia significa mujer hermosa—y soltó una risa estridente y pegajosa que a ratos combinaba con un resoplido.

Eso fue durante la semana en que nadie vio a Yaima, a excepción de don Romeo, que la llevaba a sus ensayos y reuniones. Después del incidente de Elena en la Casa de Puerto Rico, Paloma dedicó las mañanas a trabajar en las muchas diligencias que requería el mundo de la pianista. Sin fallar, la primera llamada del día era de Joaquín, a quien Paloma repetía la misma mala noticia: ''Yaima tampoco bajó hoy a desayunar''. Pasado el mediodía se asomaba por el comedor y por el patio, pero en aquellos días su amiga no se dejaba ver. Entonces, le pasaba un mensaje a Dalia quien llegaba sonriente en su cocotaxi, lista para el recorrido del día

—¿Cuál es el itinerario de hoy, Dalia?

—Hoy vamos al paladar de un papi que cocina para chuparse los dedos, y luego al callejón de Hamel, a casa de una socia santera que lee el futuro. Es uña y carne, y nunca falla. También te voy a presentar a Úrsula. Le conté que soy la nueva chofera de la mano derecha de Yaima Mántici y por poco se revienta en el piso de la emoción.

Dalia le abrió a Paloma la puerta a un mundo fascinante de

personajes de incierta conexión con la chofera. De su mano conoció a los jóvenes artistas de una colectiva, a la dueña de un enorme espacio de concesionarios de artesanías, a una guía e historiadora del Museo de la Revolución, Mariana, y a un torcedor de cigarros, Tico, quien cada vez que la veía, insistía sin éxito en canjear el móvil de Paloma por varias cajas de puros. Ese día pasaron por la plaza de la Revolución, esa mole de planicie castigada al sol bajo las miradas de Che Guevara y Camilo Cienfuegos. Allí, Dalia le presentó a Úrsula, una maestra encantadora (y, en efecto, fanática de Yaima) que llegó hasta la plaza con sus ‘’pioneritos’’ para enseñarles a saludar la bandera. Charlaron brevemente, porque el inclemente sol y la impaciencia de los niños no dieron tiempo para más, pero quedaron en volverse a ver. Esa tarde Paloma cruzó por primera vez el umbral de La Floridita, uno de los lugares predilectos de Ernest Hemingway. La gran estatua de bronce del escritor, recostada a la izquierda de la barra en actitud haragana, observaba con sorna a turistas de todas partes llegar al recinto a disfrutar de los daiquiris frapeados y del aire acondicionado. Durante esa semana su amiga-chofera también accedió de buena gana a llevarla a la Bodeguita del medio y terminaron montando conversación con los miembros de un trío con el que cantaron *Mira que eres linda* de Antonio Machín, y otras canciones que Paloma aprendió de Anselmo.

Lo más que disfrutaba Olivia de sus frecuentes conversaciones con su madre era escuchar sobre sus andadas con Dalia, y siempre preguntaba por ella como si la conociera. El otro tema que le interesaba a la chica era el progreso de las gestiones para contactar a la tía paterna de Paloma, si es que estaba viva. Cuando Sara supo que Paloma viajaría a Cuba, le compartió la última dirección conocida de la hermana de Anselmo, que Amparo le confió antes de morir.

El abuelo Palomero murió cuando Anselmo tenía veintiún años y Atenea, su hermana, era una adolescente. Seis meses después de la muerte de Anselmo padre, la abuela de Paloma mandó a su hijo mayor a España de donde nunca regresó, aunque ayudó económicamente a la familia hasta la muerte de su madre. Poco después, Anselmo perdió contacto con Atenea Palomero, de cuya existencia Paloma se enteró

poco antes de llegar a Cuba, en una conversación telefónica con Olivia y Sara.

—¿Atenea? Parece que los Palomero han mantenido viva la tradición de seleccionar nombres peculiares a través de generaciones.

—Bueno, en este caso quizás hace sentido—intervino Sara, quien era la única que tenía retazos de información—. Resulta que Atenea representa a la diosa de la sabiduría. Cuando eras adolescente, nos reunimos en La Valenciana a celebrar una Nochebuena. Anselmo, ya entrado en tragos, que sabemos cómo le gustaba empinar el codo al pobre, se le quedó mirando a un óleo de la diosa Atenea que todavía cuelga en el salón de casa. Me dijo que tenía una hermana con ese nombre, con poderes para predecir impulsos y emociones. Según su versión ebria, justo al momento de nacer y proferir su primer grito de vida, tu abuela intuyó que la niña era especial, y de ahí el nombre—contó Sara a Paloma y Olivia, como si aquello hiciera sentido.

—¡Mamá, tienes que buscarla! ¡Imagínate si es como tú!

—Les confieso que me provoca curiosidad la diosa de la sabiduría de los Palomero. Solo que no se hagan de mucha ilusión; papá no era exactamente una fuente de información confiable, y esa historia de la epifanía de la abuela en medio de un pujo de parto me parece descabellada.

—¡Qué más da, Paloma! Ya que estás ahí, por lo menos pásate una tarde por el viejo barrio y pregunta— le imploró Sara, y Paloma accedió porque nunca podía negarles nada ni a ella ni a Olivia.

Con esta asignación familiar a cargo, Paloma había compartido con Dalia la dirección y el nombre de Atenea Palomero hacía unas semanas para que fuera haciendo averiguaciones. Cuando Paloma le preguntaba si se había enterado de algo, siempre contestaba que tuviera paciencia, que había progreso lento pero seguro.

—¿Pero podrías acelerar el paso, Dalia? Mira que me marcho pronto —le dijo una tarde al salir de la Bodeguita del medio. Echaron a andar hacia la catedral, a pocos pasos.

—No te apures, Palomita, que mis contactos están ayudando en la misión. La antigua dirección de tus abuelos en el barrio centro es ahora un pequeño edificio de apartamentos, pero en estas cosas, es

cuestión de seguir el rastro.

—¿El rastro?

—El rastro de pistas que deja la gente cuando se mueve de un lugar a otro. En Cuba nadie se pierde por mucho tiempo, hermanita.

Sus maravillosas tardes con la cocotaxista terminaban siempre una hora antes de la cena, cuando regresaba a bañarse y cambiarse, con la esperanza de ver a Yaima a la hora de comer. Esa noche, por fin, vio a su amiga bajar las escaleras. Paloma la recibió con un abrazo que Yaima respondió débilmente. Tomó asiento, casi a la vez que Belén le colocó un martini al frente. Paloma percibió los impulsos de su amiga; estaban anestesiados, intentando navegar el dolor que arrastraban.

—Que bueno verte. Me tenías preocupada.

—Repensaría el verbo en pasado. Deja tu preocupación en el presente—. Con una uña pintada de borgoña, bordeó la copa de martini hasta toparse con una delgada cáscara de lima.

—¿Qué pasa, Yaima?—Su amiga abrió la boca para contestar, pero se detuvo ante la llegada de Belén con la sopa. Comieron en silencio los tres cursos de la cena hasta llegar al brandy. Paloma esperó pacientemente por Yaima.

—La semana que viene, Elena anunciará su compromiso con Tadeo Salazar. Se casarán el próximo verano en lo que, me imagino, será la boda del año en Cuba—. Yaima habló con una voz afectada que no se parecía a la suya. Tosió y se aclaró la garganta.

—Pero… ¿cómo? ¿No son ustedes pareja? ¿Rompió contigo?

—Logré hablar con ella la mañana después del cóctel. Me dio la noticia del modo más impersonal. Dijo que ha llegado a entender que no puede darme el tipo de relación que merezco, y que no es justo que siga pretendiendo que yo la espere indefinidamente.

—Eso no me suena impersonal, sino muy sensato, incluso considerado, Yaima.

—Tienes razón. Elena no tiene la culpa. Nunca me prometió nada y yo aposté a que lo nuestro pesaría más que su necesidad de aparentar ante su familia y sus mecenas. No pensé que terminaría con el corazón hecho leña, y no lo encuentro una experiencia particularmente interesante. Apenas me puedo concentrar en el trabajo, y este no es

momento para distraerme—se lamentó, y caminó hacia el jardín para encender un cigarrillo. Le ofreció uno a Paloma, quien declinó. El recuerdo del último cigarrillo vomitado en el callejón del bistró luego de escuchar a Lea, le había curado cualquier deseo futuro de volver a fumar cigarrillos (aunque mientras estuviera en Cuba haría una excepción con los puros, que, según le había explicado Yaima, no son lo mismo, ni se fuman igual).

—Entonces no te distraigas, Yaima. Además, el trabajo siempre distrae de las penas.

—Eso mismo me repito, pero no sé cómo sobrevivir la boda y…la humillación.

—Sé un par de cosas sobre la humillación, y jode, pero no mata. Aquí me tienes como prueba. Además, ¿para qué vas a empezar a torturante desde ahora con una boda el próximo verano, cuando estarás en el festival de Ravello, en un momento glorioso?

Yaima apagó el cigarrillo y miró hacia el cielo, de un azul caribeño resplandeciente.

—No se me ocurre ningún buen argumento contra eso. Tú ganas, Paloma. Vamos a la biblioteca e intentemos organizar mi vida.

Σ

Las siguientes semanas fueron un ciclón de actividad. En videollamadas con los representantes de la Sinfónica de Puerto Rico se acordaron innumerables detalles, desde la estancia de Yaima con su grupo, el programa de ensayos, la campaña promocional, las entrevistas con periodistas, hasta las actividades con auspiciadores. Paloma estaba segura de que aprendía más de lo que ayudaba, pero Yaima parecía encantada con su trabajo y lo mencionaba con frecuencia. A pesar de la actividad diaria, Paloma sabía que su amiga sufría profundamente la pérdida de Elena, y que cada historia en la prensa, que no se cansaba de reseñar las minucias de las próximas nupcias, era sal en su herida. Pero también la sentía determinada a alcanzar la meta de dirigir en Ravello, y a eso se aferraba Paloma.

La aproximación de la fecha del viaje a Puerto Rico alargó sus horas en la biblioteca, y lo único que lamentaba era no poder ver a Dalia

con tanta frecuencia. Además, no había sabido nada definitivo de Atenea, excepto que ya no vivía en la antigua dirección de sus abuelos. Una semana antes de partir, Paloma le envío un mensaje a Dalia. Al concierto de Puerto Rico le seguían presentaciones en España, Portugal y México. Su acuerdo con Yaima era que al llegar a Madrid, ella regresaría a Massa Lubrense. Así las cosas, Paloma desconocía cuándo pisaría nuevamente Cuba, aunque se había prometido que volvería a la tierra de su padre con Olivia y Sara. Dalia respondió al mensaje llamándola.

—¿Tienes la tarde libre, Palomita?

—Claro que no, mujer. En estos días nunca tengo las tardes libres con tanto ajetreo de último momento.

—¿Y cuándo pensabas sacar tiempo para conocer a Atenea?

— ¡Dalia! ¡No me digas que la encontraste! Déjame sentarme…

—Sí, para que no te caigas de culete. Soy una genio, admítelo.

—¡Eres genial! Cuéntame. ¿Dónde está Atenea?

—Mejor te muestro. Te recojo en media hora.

Por suerte, Yaima estaba en el *atelier* de Artemisio. Por lo general, esas visitas le consumían no más de una hora de entalles y ajustes de los ajuares para los conciertos navideños, y otras dos o tres horas adicionales compartir los últimos chismes de la sociedad capitalina con su diseñador. Era una buena distracción para Yaima, y Paloma le envió un mensaje a Artemisio prohibiéndole traer a colación el tema de Elena, por si acaso.

No sabía a dónde la llevaría Dalia, pero sintió el impulso de cambiar sus vaqueros y su camiseta por un vestido, sandalias, los aretes de su madre, y un poco de maquillaje. En su mesita de noche había una foto enmarcada de Anselmo y Amparo, con Paloma y Sebastián de niños. La guardó en su bolso y salió a encontrarse con Dalia.

—¡Pero que elegancia, socia!—le dijo en cuanto detuvo el cocotaxi frente a la residencia de Yaima—. Para donde vamos, no tenías que emperifollarte tanto, pero igual funciona, así no te confunden.

—¿Me confunden con quién?

—Móntate, que te voy contando por el camino. Resulta que Mariana, que con su trabajo en el museo tiene más contactos de los que hubiera

imaginado, logró dar con el rastro.

—Me pierdes totalmente con la candileja del rastro, querida Dalia—. Paloma se agarró con todas sus fuerzas para no salir volando del cocotaxi con las maromas de su amiga.

—Las pistas más recientes de Atenea Palomero comienzan con la venta de la casa de tus abuelos. Muchas de esas casas viejas del barrio centro están abandonadas y no es sencillo conseguir el historial del justo título de dominio de una propiedad, pero Mariana lo logró. Luego de la muerte de tu abuela, Atenea vendió la casona y se fue a vivir al municipio Arroyo Naranjo. Entonces, vamos para allá y no quiero que te confundan con las chicas que trabajan por el área.

—¿Y en qué trabajan esas chicas?

—Pues verás, Atenea compró un edificio de dos niveles en el callejón del Reparto Eléctrico, al lado de un establecimiento llamado El matadero de Amapola. ¿Sabes lo que es un matadero aquí?

Paloma ya intuía por dónde iba el asunto, pero negó con la cabeza.

—Un lugar donde se congregan las trabajadoras del sexo—. Paloma la miró sin comprender cómo su tía septuagenaria encajaba en el escenario de un prostíbulo.

—No es lo que imaginas, Palomita. Atenea compró un edificio, lo remachó como pudo, hizo construir una gran cocina, y aparentemente vive allí con una muchachería.

—¿Una muchachería?

—A mí tampoco me queda muy claro el asunto, pero nos vamos a enterar en breve.

El insecto amarillo de metal de Dalia zizgagueó a toda velocidad por la ciudad, adentrándose en barrios lejos del centro que Paloma no había explorado. Al rato llegaron a una zona de edificios dilapidados con ropa colgando de los balcones, que por un instante le recordaron los tendederos de Nápoles. Dalia disminuyó la velocidad y comenzó a buscar con la visita, hasta detenerse frente a una casa de dos niveles.

—Todos estos edificios son para alquiler. Los dueños rentan las habitaciones a las chicas o a sus “perros”, que son los chulos. La excepción es este sitio, el de Atenea.

Ambas se quedamos mirando la fachada de la casa, pintada de un

alegre amarillo claro que chocaba como un respiro de color que interrumpía el gris dilapidado de las demás edificaciones. La puerta de la entrada estaba abierta de par en par, y varios niños y niñas de edades diversas entraban y salían. Otros jugaban en la acera, y arriba, desde el balcón, dos niñas las saludaron como si las hubieran estado esperando. Paloma se volteó a mirar a Dalia.

—¿Es una escuela?

—No creo. Mariana me lo hubiera dicho—. Dalia se fue acercando lentamente a la entrada, como preparándose para un ataque de algún escuadrón de ninjas infantiles. Su amiga se había tomado muy a pecho su rol de detective. Llegaron a la entrada y una niña de algunos doce años con un bebé colgado de una cadera salió a recibirlas.

—¿En qué les puedo servir?—preguntó, mientras intentaba soltar al niño que cargaba. Al verse descender hacia el piso, el infante recogió sus piernitas como resortes en posición de buda y se negó a ponerse de pie. La niña, resignada, regresó al bebé a su cadera.

—Buenas y santas. Dalia Montero para servirle a usted y a la patria —. Dalia se quitó su casco, del mismo amarillo chillón del cocotaxi, y ejecutó una exagerada genuflexión ante la niña—. Esta es mi socia, la señora Paloma Palomero.

—¿Palomero? ¿Cómo el apellido de mamá Atenea?—La niña abrió los ojos enormes.

—Correcto—intervino Paloma, antes de que Dalia tomara la batuta de la conversación—. Soy familia de Atenea Palomero. Si está en casa, me gustaría saludarla. ¿Cómo te llamas?

—Me llamo Pura, y estos son mis hermanos. Todos somos hermanos aquí. Pasen, pasen, que le aviso a mamá Atenea.

Entraron al salón principal de la casa y se quedaron mudas, lo cual en el caso de Dalia, era un pequeño milagro. El interior era un enorme espacio abierto con camas militarmente ordenadas en hileras, con las pertenencias de cada ocupante meticulosamente dobladas y acomodadas. El otro espacio visible desde la antesala era una cocina abierta al fondo donde se preparaba una cena que, calculó Paloma, debía dar de comer a no menos de una docena de niños, sin contar los del piso superior que no había visto. Pura desapareció por la cocina y

regresó en un par de minutos seguida de una mujer. Al verla, el cerebro de Paloma emitió una sola palabra: luminosa. Atenea era bajita, y tenía el cabello ondulado y blanco como la nieve de Andorra. Lo llevaba corto y los rizos sedosos se encaracolaban formando un suave halo sobre su cabeza. Estaba vestida con una falda de tabletas debajo de la rodilla en guingán azul y una blusa verde militar que nunca debieron encontrarse en aquella combinación de atuendo. También lucía un delantal, con el que se limpiaba las manos. Caminó erguida hasta llegar a la antesala, donde Paloma y Dalia esperaban mudas.

Cuando levantó la vista y sus ojos se encontraron con los de su sobrina, la piel de Paloma se erizó y tuvo que sostenerse de Dalia. Los ojos de Atenea eran del mismo gris puro y diáfano que los suyos.

Capítulo 17

La hija predilecta

La Habana

Diciembre de 2015

Jeremiquiando, Dalia prometió un *pari bien monta'o* para despedirla de Cuba. Paloma le repitió que no tenían que despedirse, que regresaría, y más pronto que tarde, luego de conocer a mamá Atenea. En el patio de la casona de Yaima a pocos días de partir hacia Puerto Rico, Paloma le contó de su extraordinario encuentro con la hermana de su padre.

—Entonces, ¿nunca supiste antes de la existencia de Atenea?

—Lo poco que supe antes de llegar aquí fue a través de mi tía materna, Sara, quien a su vez, se enteró de la existencia de Atenea por mi madre.

—Pero, ¿por qué tanto secreteo para ocultar a la pobre tía?

—Mi padre nunca hablaba de su hermana y mi madre no la conoció, pero encontró su dirección en una caja de papeles de Anselmo y comenzó a cartearse con ella en secreto, porque mi padre no era una presencia agradable cuando bebía y se cabreaba a la vez. Mi madre y mi tía se escribieron por años y fueron grandes amigas a distancia. Tía Sara me hizo llegar por correo la colección de cartas que Atenea le

escribió a mi madre, y ayer Atenea me entregó las cartas que Amparo le escribió. Ahora tengo la historia completa, de la pluma de ambas. El carteo cesó cuando Atenea vendió la casa de mis abuelos y compró el refugio que visité con Dalia. Allí mi madre perdió contacto con ella, porque Atenea no le informó de su cambio de dirección.

—Pero, ¿por qué?—indagó Yaima, fascinada con aquel drama generacional.

—Atenea no podía manejar más dolor que el de su propia tragedia de amor, de cuyo desenlace que mi madre nunca supo. Atenea sabía, por las cartas de Amparo, que yo había heredado su sensibilidad para detectar impulsos sinápticos. Me dijo que luego de la muerte de mamá y luego de papá, de las que se enteró gracias a Sara, intuyó que yo cargaba con suficientes cambios abruptos en mi vida como para irrumpir en ella. Entonces, cuando Sara supo de mi viaje acá, decidió que era el momento de contarme sobre esa tía borrada de mi historia familiar.

Todo aquello lo supo Paloma por la misma Atenea la tarde anterior. Con la cálida brisa del jardín acariciándolas, le siguió narrando a Yaima sobre aquel encuentro improbable que ya estaba bordado para siempre en su herencia y en su identidad.

Σ

El balcón tenía mecedoras de pajilla y campanillas de viento que soltaban un sonido tintineante y alegre. La tía mandó a preparar café y sostuvo una de las manos de Paloma entre las dos suyas.

—Me veo reflejada en tus ojos, querida sobrina. ¡Que alegría inmensa conocerte al fin!—Atenea llevaba un rosario enredado con varias vueltas en su muñeca a modo de pulsera.

—Mi madre siempre dijo que mi color de ojos venía por el lado de su familia.

—En su defensa, mi querida Amparo no me conoció en persona, y nunca le escribí sobre ese detalle.

Ya iba atardeciendo, y algunas de las niñas encendían luces en el comedor adyacente a la cocina. Tres niños colocaban platos y cubiertos a lo largo de una mesa que acomodaba a dieciséis personas.

—¿Qué es este lugar, Atenea?

—Un hogar refugio. Todos estos niños son mis hijos de crianza. Llegan, crecen, se van y llegan otros.

—Pero, ¿cómo llegan hasta aquí?

—Casi siempre los traen sus mismas madres biológicas. Muchas contribuyen con los gastos de la casa, y otras trabajan de voluntarias en la cocina o la limpieza.

—Entonces, ¿las madres los dejan aquí para que duerman, para que estudien…o para qué?

—Para que vivan, Paloma. Sus madres son, en su mayoría, trabajadoras del sexo empleadas en algún matadero del barrio. A veces ocurren accidentes, las chicas quedan embarazadas, y no todos los "perros" están dispuestos a pagar por abortos seguros por debajo del radar. Los abortos en Cuba requieren de una certificación de que la vida de la madre está en peligro, o de que el embarazo fue producto de una violación o incesto, en cuyo caso se puede abrir una caja de Pandora con los médicos autorizados a emitir esos documentos. Aquí siempre hay maneras de conseguir abortos seguros, pero entre tanto trámite, o por miedo, algunas chicas rebasan las doce semanas y no les queda de otra que llevar el embarazo a término. Este es el refugio de muchos de los niños que nacen en esas circunstancias.

Pura reapareció con una infante que no debía tener más de seis o siete meses. La traía con una botella de leche, envuelta en una sábana bordada, y la colocó en los brazos de Atenea. La tía le cantó, la alimentó y la arrulló por unos minutos, antes de devolverla a Pura.

—Qué linda la beba. ¿Cómo se llama?—preguntó Dalia.

—No tengo idea—contestó la tía riendo y retomó su taza, de una delicada porcelana que había tenido sus orígenes en la casa de sus padres—. De esa chiquita solo sé que sufre de cólicos y se tranquiliza cuando la arrullo, pero no recuerdo su nombre.

—¿Cómo, así?—preguntó Dalia, desencantada.

—¿Cómo voy a saber los nombres de cada crío que pasa por aquí, Dalia? ¡Han sido tantos a través de los años!

—Pero, ¿no los quiere como a sus hijos?—Dalia insistió, empeñada en convertir a Atenea en la imagen de una santa madre caribeña.

—Los *cuido* como si fueran mis hijos, y claro que los quiero. Pero no necesito sentir un arrebato maternal para darles lo que necesitan: dignidad, techo, comida, cariño y seguridad.

—Entonces, si no es por inclinación maternal, ¿por qué te has dedicado a esto?—quiso saber Paloma.

Su tía la miró con aquellos ojos idénticos a los suyos, aunque más arrugados y sabios, y Paloma vio su futura vejez reflejada en los de ella.

—Porque alguien tiene que hacerlo, y yo puedo. Con el dinero de la venta de la casa de tus abuelos compré esta, y eché a correr el proyecto.

—Sí, tía Atenea, pero, ¿por qué este proyecto en particular, de entre tantos que pudiste escoger?—Paloma sintió el impulso de llanto de su tía, y se le apretó el pecho. Fue entonces cuando se dio cuenta de que esos dos radares mágicos e idénticos, cazadores de impulsos humanos, se encontraron de frente por primera vez. Atenea tomó un sorbo de café, respiró, y dejó pasar el momento.

—¿Sabes que tu padre me desterró de su vida cuando mamá murió?

—Sí, me lo dijo tía Sara. Pero no sé por qué.

—Nadie nunca lo supo, excepto mamá, Amparo y el mismo Anselmo. Tu padre se carteaba a menudo con nuestra madre y con las amistades que dejó aquí en Cuba. Debe haber sido por conducto de alguno de sus amigos que se enteró de mi relación con Bernarda, una chica de nuestro mismo círculo que correspondía mis sentimientos. Por unos años fuimos tan felices…—Atenea cerró los ojos con el recuerdo de su amada, y se aclaró la garganta para continuar—. En aquellos tiempos eso era tabú, pero a mamá no le importó mientras me viera feliz. Era una santa. Me ayudó a ocultar la relación por años, pero el chisme llegó hasta Andorra a oídos de mi hermano. Formó una garata y le escribió a los padres de Bernarda, quienes usaron la carta como arma para obligarla a casarse con el hijo de un amigo de la familia.

—Pero qué horror, tía. ¿Y qué pasó?

—Éramos jóvenes e ingenuas. Al principio no nos preocupamos demasiado por la boda impuesta. Asumimos que el novio llegaría al altar a regañadientes, igual que ella, y que una vez casados, cada uno

haría su vida por su lado.

—Pero no fue así…

—No. Bernarda le gustaba a su futuro marido desde que eran adolescentes, y cuando vio la oportunidad de casarse con ella, lo hizo esperando un matrimonio con todos sus “privilegios”. El muy animal la violó, noche tras noche. Sus súplicas y gritos desesperados no lo conmovieron. Me contaba que por respuesta, su marido le decía que con el tiempo, ella llegaría a quererlo. Bernarda aguantó la tortura del aquel neandertal por un año, hasta que mi pobre amor no pudo más y se fugó de la casa estando ya embarazada. Ahí perdí contacto con ella. Sus padres no le abrieron la puerta, y Bernarda sabía que me colocaba en una situación peligrosa si me pedía asilo. Yo lo hubiera arriesgado todo por ella, pero no tuve oportunidad de decírselo. Terminó en los mataderos de por aquí, y trabajó hasta que el embarazo se lo permitió. Murió dando a luz en este mismo barrio. El niño tampoco sobrevivió, según me cuentan, aunque a nadie le consta. Cuando supe todo esto, mamá ya había muerto. Sin pensarlo mucho, vendí la casa y abrí este refugio. Bernarda trabajaba en un local a medio bloque. Aquí, rodeada de estos niños que son y no son míos, me siento cerca de ella y del hijo que nunca conocimos. En este lugar encuentro algo parecido a la paz, Paloma, y, ¿quién sabe? Si ese niño no murió, algún día llegará a este hogar.

Cuando Atenea terminó su relato, Paloma sintió la sal de sus propias lágrimas en los labios. Dalia estaba igual, soplándose la nariz con una servilleta. Las motivaciones de Atenea se cristalizaron finalmente. Partía el alma ver tanto amor interrumpido. Desperdiciado.

Pura salió nuevamente al balcón y le preguntó a Atenea si la visita cenaría con ellas. Contestó que sí, pero más tarde, cuando los chicos hubieran terminado de comer.

—Mientras tanto, ve y tráeme la botella de ron añejo que tengo en mi alacena privada, y tres vasos. Trae también una caja de chocolates La Estrella que está allí mismo, Pura.

La niña salió hacia la cocina, y el sonido de los cubiertos sobre los platos y la charla de los niños se mezcló con los sonidos nocturnos. A lo lejos se escuchaba la música de una barra de los mataderos, quizás

la misma donde trabajó Bernarda.

—Aquí he hecho las paces con la vida, Paloma, mientras ayudo al destino a ser más amable con estos críos de lo que fue con sus pobres madres—. Observó a su sobrina, e intuyó que su tristeza ya no era sólo por la desgarradora historia de Bernarda.

—¿Qué pasa Paloma? Sé que has dado rienda suelta a impulsos que llevaban guardados mucho tiempo. ¿Tienen que ver con tus propios hijos?

—Tienen que ver con ellos, conmigo, con quien fue mi pareja, y sobre todo con una mujer que no conozco, pero que ha dictado demasiado en mi vida por muchos años—. Ese resumen de sus circunstancias sonaba patético, aún a sus propios oídos. Pero sabía que si alguien la podía salvar de sí misma era Atenea, y se dio cuenta en ese instante de que conocerla era lo que había venido a hacer Cuba.

Su tía sirvió tres vasos de ron con parsimonia, mientras Paloma la puso al día de su historia compartida con Lea Amaya, el incidente de cuando la escuchó por la radio, y su subsiguiente escape de Andorra. Le narró sobre sus días gélidos, cuando sentía que el valor de su existencia era equivalente a la suma de sus responsabilidades cumplidas. Le contó de la promesa que le hacía todos los días al reloj derretido de Dalí en el pueblo, de la dolorosa indiferencia de Xavi, y de su absurdo resentimiento por sus propias decisiones. Le describió su nueva vida en Massa Lubrense, y cómo allí había comenzado a experimentar una pequeña transformación.

—Paloma querida, lo que has hecho es algo extraordinario, aunque aún no tengas claro el próximo paso. Lo más que resiste el ser humano es el cambio, ¿sabías? Decimos que queremos cambiar muchas cosas, pero saboteamos la acción para quedarnos inertes. Preferimos la repetición de días predecibles, porque lo rutinario asusta menos que salirse del carril asignado. Si lo sabré yo.

—Tengo una teoría parecida. La llamo la muerte de antesala.

—Y de esa antesala me parece que ya escapaste, sobrina.

—¡Eso es! ¡Quizás hasta las gracias le deberías dar a la Lea esa, que te dio una patada por el culete para que llegaras aquí, mi hermanita! —intervino Dalia con mucha convicción.

—Puede que tengas razón, Dalia. En cualquier caso, las acciones de Lea no tienen que ver con las tuyas, Paloma. Ella responderá por las suyas, y tú harás lo propio, pero no te engañes; ella no te obligó a nada, y mucho menos ha determinado algo tu vida, como dijiste hace un rato.

El móvil de Dalia sonó y salió del balcón a atender la llamada. Ya iba anocheciendo; Paloma no había notado el paso de las horas en ese callejón del Reparto Eléctrico. El jolgorio estaba en pleno apogeo, y el inevitable reguetón cubano se escuchaba de las barras aledañas.

—Me avergüenza haber imitado la conducta de Lea.

—A ver, ¿y qué sabes de ella? ¿Además de que dejó a su familia y que es aficionada a los programas radiales nocturnos? Paloma, la maternidad no es automática como muchos creen, y a veces, cuando se asume por imposición o por equivocación, puede llegar a sentirse como una prisión, como una agenda diaria inescapable. Pasamos por los mismos rituales, y nos tragamos los mismos sinsabores tratando de convencer al mundo de nuestra abnegación. Es más, a veces para convencernos a nosotras mismas. La maternidad provee un sentido de identidad muy poderoso, quizás el más poderoso que cargamos las mujeres. Ser madre te define tanto como no serlo; todo gira en torno a esa expectativa.

—Para no tener sentimientos maternales, algo sabes del tema.

—Mi maternidad es muy real; aquí tienes a quince chicos para probarlo, pero también es honesta, directa, remediativa y necesaria. Y créeme, adoro a cada crío que ha pasado por aquí, aunque no recuerde ya sus nombres. En el momento en que cada uno estuvo aquí, me llenó de gozo.

Paloma recordó la foto que traía en el bolso, y la rescató para colocarla en las manos de Atenea. Las yemas de los dedos de su tía se deslizaron sobre el cristal que protegía la imagen y fueron trazando una ruta…Primero acarició el rostro añorado de Amparo, aquella cuñada a quien nunca conoció personalmente pero a quien tanto quiso, luego se movió hacia Sebastián, hacia mí, y finalmente se posó sobre la imagen de su hermano, ese ser que con una simple carta, destruyó la vida que ella había soñado con Bernarda. Cerró los ojos y

sostuvo la foto contra su pecho. Paloma intuyó en ella el impulso simultáneo de llorar y reír. Buscó en su billetera una fotografía de Olivia y también se la entregó. Entonces, el rostro de Atenea irradió puro deleite y por un instante, Paloma la vio joven y feliz, como debió lucir cuando vivió sus años de amor con Bernarda.

—Esta chica te extraña mucho, querida Paloma, pero está encontrando su propia ruta. Confía en ella. Es sabia. Estás aquí gracias a ella, ¿sabes?—comentó, aún acariciando la foto de Olivia.

—Estoy aquí porque no podía soportar estar al lado de Xavi un minuto más.

—No, Paloma. Si Olivia no hubiera bendecido tu escape, como lo llamas, nunca hubieras seguido el impulso de irte. Olivia es tu catalítico, no lo olvides. Eres afortunada de tener una hija así. Mira, aquí tengo las cartas que me escribió tu madre. Son para ti. Yo ya las tengo grabadas en mi memoria de tanto leerlas—. Atenea captó el temor de Paloma de sumergirse en más dolor del que ya cargaba, pero aceptó las cartas, conservadas en una vieja caja de chocolates La Estrella.

—Muy pronto las leeré, mamá Atenea.

En eso, Dalia irrumpió en el balcón con Úrsula y Mariana. Llegaron cargando una botella de ron, otra de vino, y un gran flan de leche. Dalia se las presentó a Atenea, quien las recibió con abrazos. El resto de la noche discurrió entre brindis y buena comida hecha en casa. Más tarde, Dalia, Úrsula y Mariana improvisaron una pista de baile en el balcón, y se sacudieron con la música que ofrecía el bar cercano mientras Atenea, Pura y Paloma las aplaudían. En un momento, Atenea tomó nuevamente la mano de su sobrina y la sostuvo fuerte, sin dejar de mirar la comparsa improvisada de las chicas.

—¿Cuál es tu próximo destino en esta travesía, Paloma?

—En unos días viajo a Puerto Rico, pero regresaré a Cuba pronto, con Olivia y Sara. Estoy deseosa de que las conozcas.

—Ese será un día maravilloso que sé que me queda por vivir. ¿Así que vas para Puerto Rico? Allí nació un escritor que admiro mucho, Juan Antonio Corretjer. Era muy sabio y muy intuitivo a los impulsos del amor, por lo que he leído en su obra.

—¿Y qué diría don Juan Antonio si estuviera aquí con nosotras?

—La flor del destino la llevo en la oreja, y es flor que no deja de torcer el camino…

Σ

Se despidió de Cuba y de Atenea en cuanto sintió el vacío bajo sus pies al despegar el avión con destino a Panamá, para luego tomar un vuelo de conexión a Puerto Rico. Miró a Yaima con la vista periférica; estaba de un humor fatal y concentrada en un vaso que no había entregado al asistente de vuelo, a pesar de este haber intentado retirarlo un par de veces previo al despegue.

Muy pronto, Paloma escuchó la respiración pesada de su amiga, y aprovechó para sacar de su bolso la maltrecha caja que guardaba la historia entre su madre y su tía. Acarició el pigmento raído de la tapa con la yema de un dedo. Sara le había enviado por correo las cartas de Atenea dirigidas a su madre, y ahora se alegraba de haber esperado hasta ese momento para leer cronológicamente la correspondencia entre ambas.

Las voces de Amparo y Atenea se entrelazaron en una conversación preservada en añoranzas. Para Paloma, estas misivas eran una herencia valiente e inexpugnable. Abrió aquella caja mágica, y se preparó para el viaje agridulce de esa relación a larga distancia que las sostuvo a ambas.

6 de mayo de 1985

Estimada Atenea:

Espero que se encuentre en excelente salud al recibir esta carta. De antemano, le ruego disculpas si esta misiva es inoportuna o intrusa. Permítame presentarme. Soy Amparo Ruz Palomero, su cuñada. Vivo en Andorra, y aunque nací en Valencia, esta es mi patria y la de mi hija Paloma, y de mi hijo, Sebastián.

Hace un tiempo estaba organizando el ático de nuestro piso, cuando encontré una caja de fotos y papeles viejos de su hermano Anselmo, de cuya existencia sabía, pero esta vez me dediqué a escudriñar el contenido con detenimiento. Fue así como di con varias cartas cuyo remitente es éste, el de la vieja casa familiar de los Palomero, a juzgar

por el contenido de las misivas de vuestra señora madre.

Aunque parezca extraño, sé poco de la historia familiar de Anselmo, y salvo los escasos datos de que sus padres ya fallecieron, que pasó su niñez y juventud hasta los veintiún años en La Habana, y que su madre lo envió a España, no es mucho lo que sé de sus raíces, que son también las de mis hijos. Si esta carta es bienvenida, me puede responder a su conveniencia al remitente, que corresponde a un apartado postal privado que he rentado para poder cartearnos libremente (Anselmo desconoce este intento de mi parte de hacer contacto con usted).

Ojalá acepte, Atenea. Ojalá aún resida en esta dirección y esta carta llegue a sus añoradas manos. Pero si no desea responder, lo entenderé. Yo misma no sé si respondería en su lugar. Le envío un abrazo de hermana desde Andorra, y le incluyo fotografías de Paloma y Sebastián.

Quedo a la espera,

Amparo Palomero

3 de junio de 1985

¡Queridísima Amparo!

¡No tienes idea de la inmensa felicidad que le das a mi apaleado corazón! Ya había perdido la esperanza de volver a saber de mi familia, y resulta que ahora tengo una hermana y dos sobrinos. ¡Que dicha inmensa!

Tu carta es más que bienvenida: era anhelada. Aunque pensar en mi hermano es algo que siempre viene acompañado de un dolor sesgado y traicionero, también me provoca añoranza. Si leíste las cartas de mi madre que llegaron a Andorra, debes suponer que leí las que Anselmo envió a nuestra madre a Cuba; es decir, entre ambas guardamos las dos mitades de una historia labrada en impulsos crueles que arrastraron a otras vidas colaterales.

Que oportuno que me escribas a esta dirección que es, en efecto, la de la antigua residencia familiar. Estoy considerando venderla y emprender otro rumbo. Cuando mamá murió, mi hermano suspendió la ayuda económica que enviaba, pero al menos me hizo llegar la documentación legal para hacer constar su renuncia a su parte de la

propiedad en la herencia. Ahora puedo disponer de ella. Por un tiempo, planifiqué convertir este lugar en el hogar de Bernarda y mío, pero ese fue un impulso alimentado por un momento en el que no quise ver nuestra realidad.

Tu carta me llena de alegría. ¡Mi sobrina es preciosa! Que ojazos tiene Paloma, ¿eh? Esa niña tiene una mirada muy intuitiva. Por favor, escríbeme más. Escríbeme cada detalle de tu vida.

Quedo ansiosa por saber más noticias,

Tu hermana,

Atenea

5 de agosto de 1985

Querida Atenea,

¡Que bendición recibir tu carta, y que mortificación ver lo que tardó en llegar! Espero que mi respuesta no tarde tanto. ¡Tengo mucho que contarte y preguntarte! Mi regocijo por saber de ti es tal, que Anselmo me pilló sonriendo sola el otro día mientras cocinaba, y me preguntó qué me traía entre manos. Debo tener cuidado con Anselmo. Moverse alrededor de él precisa de mucho malabarismo para evitar la ira del mal genio que se destapa con la botella. Es como una versión morbosa del cuento de Aladino: cuando se destapa este genio de la botella de alcohol, en vez de conceder deseos, reparte porrazos. Así es, querida Atenea; no pienses que tu hermano se libró del peso de la culpa por lo que te hizo. Aunque jamás lo habla (no habla de casi nada), sé que el remordimiento se lo carcome, y que no sabe cómo librarse de esa contradicción en sus sentimientos porque no puede ver más allá de las gríngolas de prejuicios que heredó. Pienso que por eso recurre al alcohol. Me da apuro escribir esto sobre tu hermano, pero sé que eres quién mejor lo puede entender, además de que me sospecho que no te cuento nada que no sepas ya.

Cambiando de tema, ¿por qué dices que convertir la casa en el hogar de Bernarda y tuyo fue un impulso momentáneo? ¿Qué les impide estar juntas? ¿Acaso Bernarda sigue casada? Es después de esa noticia que se detuvo la correspondencia de vuestra madre, y luego mi suegra falleció, Dios la tenga en la gloria. Como quisiera poder sentarme contigo en mi bistró, y conversar mientras tomamos café. Es

aquí donde busco el espacio para escribirte, al final de la jornada, luego de cerrar. Soy dueña de un negocio llamado Palomero Bistró que empezó tambaleándose pero, gracias a Paloma, lo mudé y ahora nos va muy bien. Al principio, lo que más se movía en el negocio eran los postres y desayunos, así que también ayudó mucho el que mi cría insistiera, de la noche a la mañana, en que "me fuera buscando otra repostera". Pues, dicho y hecho. Poco después, Ignasi, el cura de la parroquia donde bauticé a mis hijos, colgó los hábitos y mi repostera desapareció con él. Gracias a Paloma, ya tenía un plan para cubrirla. Curioso que menciones que mi hija tiene una mirada intuitiva. Es mucho más que eso: a veces puede percibir algo en la gente, impulsos, supongo, y captarlos antes de que se manifiesten. Todo esto sonará como una locura, pero te aseguro que es cierto. Yo ya no cuestiono sus pronunciamientos. Los uso como información fidedigna y nunca fallan.

Escribe pronto, hermana querida, y dame noticias de Bernarda y tuyas.

Te abraza,

Amparo

15 de septiembre de 1985

Querida Amparo:

Hoy desperté con tu carta apretada contra mi pecho. En mi imaginación, he sentido y degustado un largo café contigo en ese bistró que lleva el nombre de nuestra familia.

Sé que nuestra correspondencia tarda en llegar a su destino, pero aún así es un milagro, te lo aseguro. No sé si sabes que Castro expulsó de Cuba al embajador español Juan Pablo de Lojendio e Irure allá para el 1960. Recuerdo haber visto cuando el atrevido embajador irrumpió en los estudios de televisión de La Habana, en pleno discurso de Castro, y éste no titubeó en darle una patada por el trasero que lo devolvió directo a la madre patria. Franco, genio y figura, tardó quince años en llenar vacante de embajador de España en Cuba, pero las relaciones diplomáticas se mantuvieron, más o menos, a pesar de los altibajos de la historia. Gracias a ello nos podemos cartear.

Me preguntas sobre Bernarda. Sí, continúa casada, y ya hemos

tenido que aceptar la realidad de que su marido no la dejará ir, como pensamos al principio. Anda muy rara en estos días. En cuanto su marido se va a trabajar en las mañanas, ella sale a hacer las compras y diligencias del día, pero en realidad se la pasa escondida aquí, conmigo. En estas últimas semanas ha estado apesadumbrada. Más de lo usual, quiero decir. Lo que vive Bernarda en la intimidad es un crimen innombrable. Cada vez que ese monstruo la ataca, siento cómo su alma se apaga un poco más. No sé cómo solucionar esto, y es por eso que no dejo de darle vueltas a la idea de vender la casa, e irnos a vivir fuera de La Habana. Aquí estamos rodeadas de gente que no nos quiere bien, la misma que le llevó el cuento de nuestra relación a mi hermano.

Es fascinante lo que me cuentas de Paloma. Hazle caso a esa niña, que su radar y su corazón están en el lugar correcto. Yo también soy algo intuitiva. Pero no hay intuición que me ayude con la situación de Bernarda. ¡Qué agonía! Imagino que tú también cargas con las tuyas; no debe ser fácil vivir con Anselmo. Ese impulso de mi hermano, el de anestesiar con el alcohol los dolores internos que no sabe cómo manejar, no lo va a abandonar nunca, me temo. Ya era sí de adolescente y de joven adulto, antes de irse a España y conocerte. Quizás también pese sobre su corazón lo que sucedió entre nosotros, como dices, ve tú a saber. Pero lo cierto es que nunca dejará esa botella, Amparo. Te digo esto para que te protejas, y protejas a mis sobrinos. Espero con ansias noticias de ustedes.

Te abraza con amor,

Atenea

2 de septiembre de 1986

Querida Atenea:

No puedo creer que llevamos casi un año y medio escribiéndonos. Tus cartas, siempre rebosantes de amor y apoyo, me han ayudado tanto en estos tiempos tan difíciles para ambas. Aunque sé que las circunstancias son lamentables, no puedo menos que alegrarme de la noticia del embarazo de Bernarda. Me apena que te hayas enterado por terceros, pero estoy segura de que antes de que recibas esta carta, ya habrá aparecido por tu casa, y podrán irse juntas de la capital.

¡Cómo añoro un abrazo tuyo en este momento, querida Atenea! Se siente raro extrañar físicamente algo que nunca se ha tenido, pero te siento muy cerca de mí.

Le he contado a mi hermana Sara de nuestra correspondencia y la mantengo al tanto de todo. Te envía muchos cariños. Cuando la voy a visitar a Barcelona, que está a tres horas de aquí, siempre cargo con las cartas tuyas que hayan llegado entre visitas, y las guardo en el viejo escritorio de mi habitación de soltera en la casa de mis padres. De algún modo siento que tus cartas viven felices allí, además de que están más seguras con Sara en La Valenciana. Así se llama nuestra casa familiar.

El otro día, Sara buscó información sobre tu nombre, y me dijo que Atenea era la diosa de la sabiduría, y la hija predilecta de Zeus. Era la más sabia y valiente de los dioses del Olimpo. Creo que tu madre sabía por qué te nombró Atenea. Mantén la fe, hija predilecta, mujer sabia y valiente.

Te abrazo,

Amparo.

1 de diciembre de 1986

Querida Atenea:

Estoy tan preocupada. No sé de ti hace demasiado tiempo. Te he escrito sin respuesta muchas veces en estos meses. No es posible que te hayas mudado sin avisarme de tu nueva dirección. Por favor, responde en cuanto leas esta carta.

Tu hermana angustiada,

Amparo

4 de diciembre 1987

Querida hermana:

Ya a estas alturas, no sé si lees mis cartas, si alguien más las lee, o si te las han hecho llegar durante el año que llevo buscando noticias tuyas. Mi desesperación es tanta que me arriesgué a escribirle a una prima de ustedes, Yocasta, quien a juzgar por el tono de su última carta hace años a Anselmo, sabe bien de la pata que cojea mi marido. Fue muy amable y me puso al día del fallecimiento de Bernarda, pero no sabe de tu paradero. Estoy desolada, Atenea, y aún así, no puedo

comenzar a imaginar tu dolor.

Siempre esperando noticias tuyas,

Amparo

Σ

Paloma dobló las últimas cartas que conservó Atenea de su madre, y que le hicieron llegar a su tía los compradores de la antigua casa familiar. Tal y como hizo Atenea al recibir una de las cartas de su cuñada, Paloma las sostuvo contra su pecho. Los dobleces secos del papel protestaron débilmente por haber sido manoseados tras años de imperturbabilidad.

Antes de la muerte de Amparo, ya la tía Atenea había desaparecido luego de enterarse de dónde pasó Bernarda sus últimos meses de vida, las circunstancias de su muerte y el destino incierto del niño que dio a luz. Así se apagó el hilo de salvación que eran aquellas cartas para ambas.

La noche antes de partir de Cuba, Paloma acompañó a Atenea al malecón de la ciudad. Su sobrina le preguntó si algún día podría perdonar a Anselmo, y Atenea le contestó con dulzura: “A Anselmo lo perdoné hace mucho, sin reservas. Hay personas que no saben cómo sentir si no es con dolor, y por eso, causan dolor a su paso. Mi pobre hermano era así”. Paloma sintió su impulso de lamentarse, pero lo contuvo, y en vez, comenzó a rezar un rosario por el alma de aquel hermano que le arrebató el único amor de su vida, pero para quien en su corazón aún cambia un: “*Concede, Señor, el descanso eterno, y que le alumbre la luz eterna. Señor ten piedad…Cristo ten piedad”.*

Así las sorprendió la noche: tomadas de manos, despidiendo recuerdos crueles, y reprimiendo el impulso mutuo de lanzar al viento salado la pregunta inútil de por qué, a veces, duele tanto vivir.

Capítulo 18

Dame la mano, Paloma

San Juan de Puerto Rico

Diciembre de 2015

En la oscuridad iluminada por una mantilla de luces, San Juan parecía un cielo estrellado invertido. Soledad captó la mirada

emocionada de Paloma desde su asiento del otro lado del pasillo, y de antemano la andorrana se rindió ante el refranero inminente que le caería encima. Pero se equivocó; fue peor. De pronto, Sole irrumpió en un canto a máximo volumen, y Paloma me sonrojó hasta el cráneo.

Dame la mano Palomaaaaaaa,
para subir a tu nido.
Que me han dicho que estas sola,
Que me han dicho que estas sola,
y acompañarte he venido.
Alguien dijo que el amor
era sordo y medio ciego
porque los enamorados
no ven ni escuchan consejos…

Para su estupefacción, los pasajeros se unieron a Sole. Aparentemente era una canción popular, y no un invento de la cubana. En cuestión de segundos, medio mundo estaba cantando *Dame la mano, Paloma* incluidos los asistentes de vuelo, y hasta el capitán cuando dio la bienvenida a San Juan de Puerto Rico.

—¿Entonces, aquí existe una canción con mi nombre?— preguntó a Soledad, disuelta en carcajadas y hablándole a distancia con el cuerpo inmóvil de Yaima interpuesto entre ambas.

—Sí, es muy popular en Navidad. Fíjate en esa estrofa que dice: “era sordo y medio ciego, porque los enamorados no ven ni escuchan consejos”—dijo con poca sutileza, mirando a Yaima, quien por respuesta tornó los ojos y la ignoró. Soledad estaba en plena campaña para que su amiga se sacudiera el despecho por Elena y se concentrara en el importante itinerario de conciertos que tenía por delante, lo cual era un excelente consejo, si bien venía desprovisto de instrucciones de cómo lograrlo. Yaima tenía el corazón roto, y para eso no había pegamentos instantáneos. Paloma recordó cuando conoció a los Parisi en La Valenciana, y Lorenza le preguntó si tenía el *cuore* roto. Decidió concentrarse en disfrutar el presente, y en el cambio de aires que todos necesitaban.

Durante los últimos días en Cuba, manejar a Yaima había requerido de cantidades copiosas de paciencia y de la habilidad quirúrgica de

moverse tratando de no detonar la mina de impulsos dispares que brotaban de su amiga. Su impulso más persistente era el de beber a toda hora, a veces mezclando el alcohol con ansiolíticos en una peligrosa combinación con la que intentaba para anestesiar la angustia que la carcomía. Paloma se había vuelto experta en manejar la situación. Podía detectar cuando Yaima ya no se daba cuenta si le aguaba sus tragos, instrucción que le dio de antemano al asistente de vuelo asignado a atender exclusivamente a su grupo. Lograr que bebiera menos se le había hecho doblemente difícil ya que, según le confirmó Joaquín, el trauma de la conductora se había convertido en un potente combustible para sus conciertos, y en los ensayos previos a la gira había dejado boquiabierto a sus colegas con su dirección, aún más audaz que de costumbre. En consecuencia, Yaima era animada a seguir bebiendo y sufriendo, mientras conducía conciertos que sonaban a exquisitos lamentos melódicos. A Paloma le espantaba ver como la maquinaria de aquella industria no reparaba en su depresión ni le importaba, mientras siguiera funcionando.

A modo de cruel despedida justo antes de partir, los diarios cubanos, el oficialista Granma incluído, publicaron extensas historias repletas de fotos de una elegante recepción que ofreció el Ballet Nacional de Cuba en el Gran Teatro Alicia Alonso en honor a los novios. En las fotos Tadeo Salazar sonreía encantado, en contraste con el rostro de Elena que se acentuaba sólo con una sonrisa mona lisa ensayada. O quizás esa era la impresión de Paloma, por estar prejuiciada a favor de Yaima. Para salir de dudas, antes de partir le mostró la foto del diario a Dalia y le pidió su opinión. Su amiga había estallado con su peculiar risa de resoplido.

—Asere, esa muchacha *tiene cara de ternera camino al matadero*—. A Paloma le pareció estar oyendo a Soledad, quien compartía esta opinión con todo y refrán.

El grupo fue recibido en el aeropuerto por Dulce María, la simpática oficial de prensa y relaciones exteriores de la Sinfónica de Puerto Rico a quien Paloma conocía por los muchos correos electrónicos que habían intercambiado. Llegaron al casco viejo de la ciudad, adornado por una explosión de luces, árboles navideños y gente cantando por

las calles. Subieron por una empinada y estrecha calle de adoquines que los depositó en lo alto del casco amurallado, con un castillo a la derecha y el glorioso mar de frente. Un poco más adelante, se detuvieron frente a lo que parecía un estudio de arte, y resultó que lo era. Jan D'Esopo era una escultora que convirtió su casona-estudio en un hotel. El espacio del siglo XVIII era una convergencia de laberintos, patios interiores, piscinas y fuentes, escaleras, esculturas, estudios de arte, y salas de lectura en cada rincón imaginable. Por la otra calle, la San Sebastián, estaba la entrada al Cannonball, un piano bar estilo veneciano que era parte del hotel y donde Cole Poter hubiese sido feliz. La elegante Jan solía bajar por las noches a deleitar a sus comensales y admiradores en el piano de cola, siempre acompañada de su inseparable cacatúa, Campeche. Al llegar, Yaima enfiló hacia la barra, pero Paloma la interceptó a tiempo.

—Vamos a tu habitación para que te refresques. Mañana tienes que estar temprano en el Centro de Bellas Artes para los ensayos.

Yaima tuvo el impulso de protestar, pero se moría de cansancio. Asintió, aún sabiendo que su amiga la llevaba a dormir. La habitación tenía una cama de pilares y amplios ventanales que abrían hacia el mar Atlántico. Yaima entró al baño y salió en pocos minutos sin maquillaje y en ropa interior. Se acercó a Paloma, le dio un beso en cada mejilla y se retiró a la cama. Paloma se sentó en el borde, y le pasó la mano por el cabello, como había hecho con Olivia cuando era niña. En un par de minutos, escuchó su respiración pesada en aquel sueño sin descanso. Le dejó un vaso con agua y dos aspirinas en la mesita de noche, la arropó y salió de la pieza.

Afuera se encontró con Joaquín, quien la tomó de una mano y la condujo escaleras arriba hasta llegar a una gran terraza en el techo que ofrecía una sensacional vista 360 grados del Viejo San Juan y su bahía. Se llenó los pulmones del aire fresco, henchido de salitre, música y algarabía. Estaba tan lejos de Andorra, de sus montañas heladas, de sus lamentos nocturnos, de su bistró y de su reloj derretido, que ya no recordaba el camino de regreso.

—¡Qué espectáculo! Puerto Rico se toma las Navidades en serio, por lo que veo. Es mágico este lugar.

—Lo es. Yaima siempre se queda aquí cuando venimos a la isla hermana. Además de hotel y estudio de arte, esta es la sede de la Sociedad Steinway de Puerto Rico, de la que nuestra conductora es amiga. En la otra calle, por donde se entra al club, se celebran en enero las Fiestas de la Calle San Sebastián, que son divertidísimas.

—Una pena que no las veré. El mes próximo estaré en Massa Lubrense preparando el lanzamiento de los licores de Gaetano.

—¡Que mucha falta nos vas a hacer, Paloma!—Joaquín le echó un brazo por el hombro y la acercó a sí. Era una dulzura aquel hombre, aunque se dejaba dominar por el impulso inmaduro de escurrir el bulto y salir corriendo ante los problemas.

—Y ustedes a mí. Joaquín, cuando nos separemos en Madrid, tienes que velar por Yaima. Sé que te da apuro ser testigo de su desolación, pero necesito que me ayudes en esto—. Joaquín no dijo nada, pero asintió. Paloma supo que se debatía sobre cuánto deseaba meterse en la espinosa vida privada de su jefa. Decidió decir la verdad desapacible que lo haría reaccionar.

—Joaquín, escúchame. Debes velar por ella como lo hago yo ahora, alejarla de la bebida, asegurarte de que descanse y se alimente de algo más que de pastillas. Si no lo haces, más pronto que tarde te quedarás sin trabajo, amigo, y el mundo perderá el talento de Yaima—. Paloma vio que ahora tenía su atención total. Sabía bien que Joaquín disfrutaba intensamente de su glamurosa vida al lado de la conductora, y que no se arriesgaría a perderla.

—¿Qué quieres decir?

—Yaima es alcohólica. Ambos lo sabemos. Lo sabe todo el que participa en esta conspiración en la que les parece muy normal que ella se vaya a la cama todas las noches con una cena de bebida y pastillas en el estómago. Sé un par de cosas sobre los impulsos y sobre los alcohólicos, mira que de eso murió mi padre. La capacidad de Yaima de controlarse en este momento es muy limitada. En la desesperación que vive por Elena, un mal cálculo en la cantidad de pastillas que se toma puede ocurrir muy fácilmente, ¿comprendes lo que te digo?

—Comprendo. Es solo que no sé cómo hacerlo. Esa confianza que te

tiene Yaima es muy particular. ¿Cómo se aborda algo así?

—Con algo de cojones, diría yo. Yaima es solo humana. Una humana con la capacidad extraordinaria para crear la música más sublime del mundo, pero no deja de ser una mortal. Soledad te puede ayudar mucho. No tiene sutileza alguna, pero tiene las pelotas que te faltan a ti. Entre ambos pueden manejar esto.

—Y dale con mis pelotas. Vale, te lo prometo si dejamos de hablar de ellas.

Al día siguiente, Joaquín, Yaima y Paloma partieron hacia el Centro de Bellas Artes, mientras Sole se quedó en el hotel organizando el vestuario de la directora. En el equipaje de Yaima habían llegado cuatro exquisitos vestidos de gala creados por Artemisio para cada uno de sus conciertos en Puerto Rico, Madrid, Portugal y México. La *maestro* también rompía esquemas con su estilo sartorial. A diferencia de la mayoría de las (escasas) mujeres directoras de sinfónicas, Yaima ignoraba el esperado uniforme masculino, o el casi obligado vestido sobrio. En su lugar, siempre irrumpía en el escenario como un pavo real, enfundada en colores brillantes y diseños novedosos. Una vez, un infortunado periodista tuvo la desacertada idea de preguntarle si no temía que sus llamativos atuendos desviaran la atención de su música.

—Cuando levanto la batuta y comienzo a dirigir, nada compite con mi música. Por cierto, ¿le has preguntado alguna vez a un director varón sobre su atuendo?—le ripostó Yaima al reportero, pronunciando una de sus "citas citables" más reproducidas por la prensa y las redes sociales.

El chofer los dejó frente a unas escaleras en el oscuro estacionamiento soterrado del centro cultural. Cuando ascendieron hacia el exterior, llegaron a la plazoleta Juan Morel Campos adornada con seis esculturas femeninas en bronce. Dulce María le explicó a Paloma que eran musas, cada una representando una manifestación del arte. Mientras los condujo de la sala de festivales, la parlanchina Dulce María comentó que por lo regular, el concierto navideño constaba de una selección de canciones típicas de la época del extenso cancionero puertorriqueño, pero este año giraría en torno a las estaciones de Antonio Vivaldi, que finaliza con el dramatismo de una

tormenta invernal. Para el toque autóctono, Yaima había propuesto cerrar con el *Villancico yaucano* de Amaury Veray, una canción que adoraba y que siempre incorporaba en sus conciertos navideños. No era la única artista de talla mundial que lo hacía: Placido Domingo la había interpretado en Austria con la Orquesta Sinfónica de Viena.

La conductora se entretuvo un rato charlando con el director de la orquesta y saludando a los músicos, a la mayoría de los cuales llamó por su nombre de pila. Todos la observaban con la reverencia que merecía su talento. Sabían que estaban en presencia de una verdadera virtuosa entre las mejores del mundo que no era reconocida como tal por ser mujer y cubana. Era palpable la conexión entre ella y los miembros de aquella orquesta. El único impulso compartido por los músicos en la sala era el de seguir a Yaima por donde los llevara con su batuta, y crear algo nuevo dentro de las notas de conciertos interpretados millones de veces a través de la historia. Aquí no se sentía la resistencia de Ravello. Esta es una orquesta amable, dedicada a la religión del arte y la música. Yaima tomó su posición y sostuvo la batuta, un regalo doloroso de Elena. Pero Paloma no captó en ella ningún impulso que no fuera el de sumergirse en la música. Comenzó a dar instrucciones a los miembros de la orquesta de exagerar su ejecución para lograr un efecto más enfático en una partitura que ya de por sí lo era. Paloma no tenía idea de qué buscaba Yaima… y entonces lo escuchó. Las primeras notas del Invierno en F menor de las Cuatro Estaciones irrumpieron contundentes, *tun… tun… tun… tun… tun… tun* … esa melodía inicial sostenida y persistente que pinta la caída de copos de nieve hasta que un trino rápido de los violines rescata el tempo y despega de la dramática obertura. Ante Paloma se develó, en ese concierto privado, la genialidad de la nieta del maestro Mántici. La había escuchado en incontables ocasiones, en vivo y en grabaciones, pero este momento era sencillamente pulsante y estremecedor. Las manos de Yaima no flotaban, sino que dirigían con gestos fuertes y enfáticos con esa batuta que arrancaba sonidos capaces de conmover el alma. Su cuerpo completo se fundió en la dirección, y se sacudía de pies a cabeza. Era un Vivaldi como Paloma no lo había escuchado jamás y cuando terminó, los miembros de la

orquesta la aplaudieron con sus instrumentos. En ese momento tuvo la certeza de que si Yaima llegaba sobria al festival de Ravello, le ofrecería al mundo el concierto que cambiaría su carrera. Quería permanecer a su lado y protegerla, pero tenía claro que lo único que podía hacer por ella era alentarla a cuidar de sí misma y de su extraordinario talento. Recordó las palabras de Corretjer que le enseñó Atenea: *La flor del destino la llevo en la oreja, y es flor que no deja de torcer el camino…* Con el perdón de Corretjer, Paloma no estaba segura de creer en el destino, a pesar de los eventos recientes en su vida. Sabía bien que el torcer de camino de la gente es dictado más bien por los impulsos que decide seguir o evitar. Pero aceptar esa realidad no agradaba. A ella, menos que nadie.

Σ

El día del concierto, Yaima se mantuvo de buen humor bebiendo agua. Cuando llegaron al Centro de Bellas Artes, parecía que la ciudad entera se había dado cita esa noche allí. Paloma no se sorprendió, dada la extensa cobertura de prensa de la que había sido objeto el concierto. Cuando su amiga subió al escenario, de la mano del director de la orquesta, recibió la primera ovación sin siquiera haber levantado un dedo. El concierto resultó ser uno de los mejores de su carrera; el público, en un solo pulso compartido por personas de todas las edades, se mantuvo hipnotizado y al terminar, esa masa humana se puso de pie para vitorearla. Yaima se volteó hacia el público plantada en el centro del escenario, abrió los brazos hacia el cielo, y dejó caer su cabeza hacia atrás, cubierta de gloria y dolor a la vez. Una ristra alucinante de luces de cámaras y móviles captaron el instante, y en minutos, esa imagen le dio la vuelta al mundo.

Fue entonces que Paloma entendió que la pose para la fotografía tenía una sola destinataria: Elena Morales-Wettig, y que aunque ella no creyera en el destino, el de Yaima siempre sería esclavo de ese amor.

Σ

Esa noche, todos bajaron eufóricos al Cannonball. Al filo de la medianoche, Yaima y la dueña del hotel se unieron en el piano que

era el centro de atracción del establecimiento, e interpretaron una pieza a cuatro manos: la suite *Dolly* de Gabriel Faure. El disparo seco de las botellas de champaña descorchadas se unieron a los aplausos y a los bravos que gritaba la cacatúa Campeche. Eran pasadas las dos de la madrugada cuando Paloma dejó a Yaima dormida en su cuarto, luego de asegurarse de que no había botellas escondidas por algún rincón. En la oscuridad interrumpida por las luces del exterior que se colaban por las ventanas, observó a su amiga desaparecer en una tregua temporera que terminaría en cuanto despertara. Apenas le quedaban cuarenta y ocho horas con Yaima. Tenían este día libre para luego partir hacia Madrid para el próximo concierto. De ahí, Paloma abordaría un vuelo de regreso a Nápoles. Aún no sabía cómo despedirse de Yaima, de todo lo maravilloso que había traído a su vida, y de ese calor del Caribe que corría por su sangre y ahora por su corazón. Por el momento Yaima dormía, y sus impulsos también.

Paloma despertó a las nueve de la mañana y se apresuró a desayunar para tener tiempo de explorar el Viejo San Juan antes del vuelo de esa noche. Tenía varios pedidos de Olivia y Sara, entre ellos una botella de un brebaje al que llamaban "coquito" que aún no había probado. Salió por la calle San Sebastián en dirección a la calle del Cristo, con las instrucciones que le dejó Dulce María a la mano. Probó una piragua de tamarindo, y decidió que no era justo vivir donde no existiera esa delicia. Se fue perdiendo por las calles, sin mucha dirección ni prisa, hasta llegar a una enorme galería de dos niveles. Iba apreciando una obra tras obra, entretenida y feliz, que es cuando se baja la guardia. Vio una enorme fotografía artística de una modelo vestida en un bikini primitivo, reminiscente de una Raquel Welch *circa Un millón de años A.C.*, que colgaba en pose de crucifixión. Se acercó a la imagen, absorbiendo cada detalle. La fotografía no era de su gusto particular, pero había algo en ella que encontraba perturbador, y no era precisamente el género invertido del crucificado. Buscó el nombre del artista pero solo encontró un logo por firma: Arte Clément. Sintió a alguien acercarse; era el dueño de la galería que le había dado la bienvenida hacía un rato.

—Impactante, ¿verdad? Me recuerda a una imagen de Francesca

Woodman, quien se autofotografió así, colgando del marco de una puerta.

—¿Quién es el artista? Aquí solo dice Arte Clément.

—Ese es el nombre comercial que usa la firma de la diseñadora catalana-nórdica Maialí Gormsdóttir para su línea de arte fotográfico. Las piezas nunca llevan el nombre del fotógrafo, solo ese logo: Arte Clément. Pero quién dirige esa división es una fotógrafa, vaya usted a saber si son de ella misma o si solo hace la curaduría. Me parece que su nombre es Lea…¡Sí! Lea Clément se llama.

Capítulo 19

Entelequia

Madrid

Diciembre de 2015—enero de 2016

El resto de su estadía en Puerto Rico fue una memoria desdibujada. Una membrana borrosa danzaba a su alrededor y la protegía de la realidad. No recordaba haber caminado de regreso al hotel, ni cómo llegó a un salón en el aeropuerto donde el grupo esperó para abordar el vuelo a Madrid. Aún le ardían sus heridas nuevamente expuestas, y no se había podido sacudir el aturdimiento que la consumió cuando cayó en cuenta en la galería, sin espacio a dudas, de que estaba ante una obra de Lea Amaya. Miró a su alrededor. El grupo estaba ocupado tomándose fotos y hablando del concierto de la noche anterior. A través de su membrana protectora, los rostros animados le parecían casi circenses.

Caminó hasta uno de los cubículos equipados con computadoras en el área destinada a viajeros de negocios. Deseaba privacidad; no quería tener cerca a Yaima, y mucho menos a Soledad. Se necesitaron no más de tres clics en el navegador… y ahí estaba. Tuvo que mirar la pantalla dos veces; esta Lea no se asemejaba a la imagen en las pocas fotos que conservaban los gemelos de su madre biológica, entre ellas la de su boda que Cecilia guardó en su antigua habitación. Cuando Paloma encontró la fotografía años antes, sintió compasión por su hija de crianza, y a la vez, sorpresa de que fuera capaz de albergar melancolías en su personalidad banal. Al poco tiempo, y sin tratar de

descifrar el impulso, tomó prestada la foto y le sacó una copia que conservaba al día de hoy. Esa imagen de Lea la había acompañado en su escape. Tamaña contradicción, razonó, era cargar con el recuerdo de lo que buscaba escapar. Pero esta Lea que le devolvía la pantalla se apellidaba Clément en lugar de Amaya, y parecía una importante empresaria, a juzgar por la cobertura que recibían tanto su firma, Norendic-Clément, como su relación con un francés alto y muy guapo de nombre Paul Brun. Llegó a la página de una revista llamada Espacio Utópico, que guardaba en sus archivos una amplia cobertura del compromiso de la pareja años antes. Hizo clic en la historia y observó una imagen de ambos posando en su residencia en Madrid que parecía, en efecto, creada para ser fotografiada. Ella lucía el cabello largo, color chocolate, en lugar de corto y rubio como en la imagen que Paloma guardaba. Su piel era casi dorada y resplandecía en los hombros y en la clavícula con la luz de la cámara. Llevaba un collar en forma de serpiente y un vestido largo de gala color azul oscuro con un profundo escote. Lucía espectacular, dato que se añadió a la infinita lista de mortificaciones de Paloma. Nada en esa imagen hablaba de una fotógrafa bohemia, casada con un mecánico, y madre de los gemelos que ella había criado. Lea estuvo perfectamente escondida bajo sus narices todo el tiempo, oculta en la piel bronceada de otra mujer. Paloma agrandó la imagen y la observó en cada detalle…los mismos planos faciales… el rostro en forma de corazón… los ojos cobalto, idénticos al color de su vestido. Era ella, no había duda. Entonces, advirtió de que si había llegado hasta donde la nueva Lea con tres clics, era de esperar que alguno de los Alcina hubiera hecho lo mismo. Entró al perfil de Instagram de Norendic-Clément y rápidamente encontró lo que buscaba. Cecilia Alcina era una de las seguidoras más activas de la cuenta de la firma. Paloma cerró los ojos con fuerza, negándose a llorar. La membrana protectora de su dolor la abrazó nuevamente y no recordó nada mas hasta llegar a España.

El concierto de Yaima en Madrid estaba pautado para la noche del 30 de diciembre en el Auditorio Nacional de Música y resultó otro éxito. Esta vez, Paloma escuchó a Vivaldi a medias, con la mente ocupada más por Lea que por la música. Soledad ya se había dado

cuenta de lo distraída que estaba desde que salieron de Puerto Rico, pero logró aplacarla diciéndole que se sentía alicaída porque pronto debía despedirse de Yaima y de sus días en el Caribe. Pero la verdad era que estaba desesperada por llegar al hotel y hacer los arreglos necesarios para extender por un par de días su estadía en Madrid. Debía cambiar el pasaje, buscar un hotel (mucho) más económico, y avisarle a Lorenza, la hija de Gaetano, que no la recogiera en el aeropuerto de Nápoles al día siguiente.

Esa noche, cuando llegaron al Mandarin Oriental Ritz, Paloma no se pudo zafar de la fiesta post concierto, que también sirvió para recibir por adelantado el 2016. A la medianoche, todo fueron abrazos, besos y hasta luegos que Paloma navegó como una autómata. Se alejó del grupo para merodear por los alrededores; no se sentía capaz de sostener otra conversación anodina. Necesitaba una pausa para manejar sus impulsos y emociones, que se sentían desbocados. Recordó que el hotel tenía una barra en el nivel de la recepción y se dirigió hacia allá. El bar exhibía un mural de retratos de artesanos españoles que evocaba la pared de un museo. Al sentarse en unas de las sillas altas frente al camarero, se le nubló la vista con una explosión de luces y un impulso sináptico le susurró que, en este momento, gravitaba muy cerca de Lea. Pestañeó y volteó la cabeza, casi esperando verla sentada a su lado. Le asaltó la idea de que la mujer había estado allí en el pasado... en esa misma barra... era como si se acabara de ir, dejando atrás una estela de su perfume de fanstasma. Sacudió la cabeza, espantando la entelequia que merodeaba para tragársela. Nada hacía sentido. Paloma desconocía cómo llegar a Lea, como no fuera presentándose en sus oficinas en Norendic-Clément, y una vez allí, no podía elucubrar una sola razón creíble para exigir ver a una de las socias de la firma. Comprendió que en el ejercicio de pensar y descartar esa idea, había llegado a la única acción posible de la que podía echar mano.

A la mañana siguiente se levantó temprano sin haber pegado un ojo. Empacó rápidamente y dejó una nota en recepción para Yaima con las muchas instrucciones y consejos que ya le había repetido cien veces. Hizo lo mismo con Joaquín, y le recordó su promesa de que velaría

por Yaima. Miró su móvil; eran apenas las nueve de la mañana de un miércoles. No tenía apetito, así que caminó hacia la entrada del hotel, y un botones se apresuró a detener un taxi. Paloma lo abordó, sin idea de lo próximo que haría, y sin embargo, escuchó una voz segura decirle al taxista:

—A las oficinas de Norendic-Clément en la calle Serrano, por favor —. La dirección exacta se había alojado en su memoria.

El taxista la depositó, con todo y maleta, en la esquina de la calle Goya con la Serrano, el epicentro del comercio de lujo en la ciudad. Arrastrando su vejada maleta de ruedas, que la seguía como una postdata, caminó unos pasos hacia la Serrano y allí, muy cerca del local de Loewe, vio el nombre que buscaba: Norendic-Clément. El edificio neoclásico estaba pintado de gris claro y blanco, con los balcones de los pisos superiores trabajados en hierro forjado, logrando un efecto refinado y algo frío. No se trataba del tipo de establecimiento al que se entra sin la seguridad de un enorme presupuesto disponible. En cualquier otro momento en su vida, a Paloma le hubiera dado apuro asomarse a un lugar así, pero ese día, hastiada, trasnochada y mortificada, abrió la puerta con la seguridad de una millonaria. No había nadie en el piso de exhibición a esa hora, a excepción de un elegante joven detrás de un igualmente elegante escritorio que recibía instrucciones de otro hombre. Al verla, el joven del escritorio se excusó con su interlocutor, y se puso de pie para recibirla.

—Bienvenida a Norendic-Clément. Soy Antonio. ¿En qué puedo servirle hoy?— dijo el muchacho con una sonrisa de vendedor, mientras le echaba una mirada disimulada a la magullada maleta. Paloma la estacionó allí mismo y miró a Antonio aún sin haber trazado una estrategia, sabiendo que ya había entrado en el territorio de los impulsos que la habían vencido, y que ahora gobernaban sus próximos pasos.

—Buenos días. Deseo ver a la señora Lea Clément, o Amaya, no sé cómo le llamen ustedes aquí—. Antonio la miró con total confusión, pero al nombrar a Lea y sus posibles apellidos, el otro hombre que había estado hablando con el joven se le acercó rápidamente y le

extendió la mano, despachando al dependiente con un gesto.

—Buenos días. Soy Raúl León, socio de la firma. ¿Escuché que busca a la señora Clément?

—O Amaya, que es su apellido verdadero.

—Veo. ¿Con quién tengo el gusto? ¿Tiene una cita con ella?

—No, no tengo una cita con ella. No hará falta. Solo dígale que la madre de crianza de sus gemelos y pareja de Xavi Alcina está aquí.

El tal Raúl León palideció bajo su bronceado, y se llevó una mano a la corbata de seda que lucía. Paloma pudo percibir todos sus impulsos diáfanamente, como si los viera una película. Lo invadieron dos impulsos contradictorios: el de manejarla y salir de ese intercambio sin salpicarse, y la curiosidad malsana típica de las personas chismosas. Paloma sabía que ese tipo de individuo es muy fácil de manipular, porque pocas veces puede (o quiere) vencer el impulso de hablar y saber de los demás. Se relajó e hizo un esfuerzo por suavizar su ademán.

—Raúl, me llamo Paloma Palomero. Comparto con Lea a sus hijos, aunque quizás compartir es una palabra muy generosa. Crié a Cecilia y a Enric desde los siete años, imagínese—dijo con una sonrisa que invitaba a la indagación.

—Paloma, es un placer conocerla—dijo Raúl mientras echaba un vistazo al vendedor, que parecía distraído en su ordenador—. Nuestras oficinas ejecutivas están en el cuarto piso. Acompáñeme, por favor.

Paloma lo siguió hasta el fondo del salón de exhibición y subieron por unas elegantes escaleras de medio espiral hasta el segundo nivel. Cuando Paloma levantó la vista, quedó plantada en el rellano de la escalera. Era la sala Arte Clément. Imágenes nacidas del lente de Lea Amaya la asaltaron por todas direcciones. Aplacó un leve mareo por el impacto de tenerla tan cerca, sumado a su estómago vacío. Sintió el brazo de Raúl apoyándola y la dirigió a un pequeño ascensor privado que los llevó hasta el último piso del edificio. El socio la condujo a su oficina, un espacio precioso que parecía más una agradable sala de estar en medio de un jardín de orquídeas que un lugar de negocios.

—Póngase cómoda, por favor. ¿Le puedo ofrecer algo? ¿Agua? Café?

—Agua para mí, y creo que un ansiolítico para ti—. Paloma lo sintió

vacilar, pero sabía que su comentario lo ayudaría a dejar correr su instinto patológico de averiguar los detalles de ese lío, instinto que se peleaba con el otro de contener la crisis de un modo impersonal y profesional.

—¡Ja! No sé si lo dice en broma, pero es precisamente lo que necesito—. Se acercó a la puerta de la oficina y dio algunas instrucciones—. He mandado por nuestra tercera socia, y por unos cafés y agua.

—Por favor, tutéame. Eres muy amable Raúl, pero no estoy aquí de visita social ni tengo interés en conocer a la tercera socia. Sólo deseo hablar con Lea sobre el marido y los hijos que abandonó hace quince años.

La mirada estupefacta de Raúl no dejó espacio a dudas de que le acababa de dar una noticia inesperada. En efecto, la sonrisa amable desapareció, se tomó de las rodillas y se sentó cerca de ella lentamente, como si le costara el movimiento. Entonces Paloma comprendió. La vida de Lea era un castillo de naipes que ella estaba a punto de derrumbar, un tejido de mentiras y medias verdades cuyas ramificaciones alcanzaban a la gente que se había cruzado en su camino. Se preguntó qué cuento le habría dicho a su pareja actual. Se preguntó, sobre todo, si alguien realmente la conocía.

—¿Su… marido? Lea es divorciada y está comprometida hace mucho.

—Apostaría todo el inventario en este edificio a que esa boda tan pospuesta por años, nunca se va a materializar. Lea puede cambiarse el nombre, pero sigue siendo Lea Amaya, esposa de Xavi Alcina y madre desaparecida de Cecilia y Enric Alcina. Llevo años conviviendo con Xavi. La ausencia de un divorcio luego de la desaparición de Lea es una de las razones por las que nunca nos casamos— le dijo, sin intención de profundizar en las muchas otras razones por las que nunca lo hicieron. Sintió un amago de pena por Raúl. Lucía apopléjico. En eso, hizo su entrada una mujer alta en un caftán blanco y negro, y un enorme collar étnico. Los impulsos de la mujer, quien Paloma asumía era Maialí Gormsdóttir, se percibían más controlados que los de Raúl. El hombre las presentó, y Maialí se sentó al otro lado

de Paloma en el sofá. Se tomó su tiempo en servir el agua y el café de la bandeja que dejó un secretario, mientras Raúl la ponía al día de lo que acababa de saber.

—Paloma, cuánto siento todo esto. Te darás cuenta de que estamos totalmente sorprendidos con esta información—. Maialí la tanteó con diplomacia. Desafortunadamente para ella, Paloma no estaba en ánimos de tanteos ni sutilezas.

—Sí, claro. No creo que Lea vaya por la vida anunciando esto. Gracias por el agua. ¿Podrían avisarle que estoy aquí?

Mailaí y Raúl se miraron, intentando acordar una estrategia imposible de alcanzar delante de la inesperada visita. Pero Paloma sabía que iban a darle la información que necesitaba, sencillamente porque intuían que decía la verdad, y porque era la opción más lógica para distanciarse del desagradable asunto.

—Lea ya no vive en Madrid. Se mudó hace años a París con su pareja —dijo por fin la tercera socia, como si con eso quedara despachado el asunto.

—Y sin embargo, su nombre sigue ahí afuera, en letras enormes en la fachada de este edificio. Ustedes saben dónde puedo encontrarla—. Lo dijo como aseveración, no como pregunta. Con enorme dificultad, Raúl trataba de controlar el impulso de decirle todo, y se mantenía en silencio solo por deferencia a la señora Gormsdóttir, pero no por mucho tiempo. Luego de un larga pausa, la mujer dijo tan solo:

—En efecto, Lea sigue siendo nuestra socia. Trabaja de forma remota desde allá. Va y viene entre Madrid y París, pero no está aquí al momento.

Paloma sacó el móvil de su bolso y abrió la aplicación para programar un nuevo contacto. Se lo pasó a Mailaí, a quien ya había identificado como la persona alfa en esa situación.

—Anota aquí la dirección y el número de contacto de Lea, por favor —. Observó a la mujer vacilar, sin hacer un gesto para recibir el móvil de su mano extendida. Paloma lo colocó en el sofá entre ambas—. Muy bien. Entonces, del mismo modo que llegué hasta aquí, llegaré a París y la encontraré. La decisión un tanto delicada que ustedes deben tomar en este momento, es cuánto están dispuestos a arriesgar la

reputación de esta empresa por una información como ésta, si se hiciera pública. No tengo nada en contra de ustedes, ni de Norendic-Clément. Esto no tiene porqué pasar de una conversación privada entre Lea y yo. Si me lo hacen fácil, les devuelvo el favor.

Apenas había terminado de hablar, cuando Raúl por fin dejó correr su impulso, se abalanzó sobre el móvil, y comenzó a teclear.

Capítulo 20

Ritornare

Italia

Enero de 2016

Lorenza la recogió en el aeropuerto de Nápoles y en el trayecto de una hora hasta Massa Lubrense, Paloma le contó de su visita a Norendic-Clément en busca de Lea. Lorenza era la única de los Parisi que sabía la historia de esa mujer fantasma que la había llevado hasta Italia huyendo. La pobre Lorenza, quien esperaba anécdotas alegres de Cuba y Puerto Rico, absorbió la información haciendo una que otra pregunta que aclarara el relato.

—*Madre di Dio*, Paloma. Me dejas… *sorpreso*. ¿Qué vas a hacer ahora?

—Por lo pronto, retomar el proyecto de los licores de tu padre, que está muy adelantado a juzgar por los mensajes que hemos intercambiado. Además, en el verano Yaima estará de vuelta para el concierto. Tengo pensado invitar a mi hija Olivia y a tía Sara. Así todos se conocen.

—¿Pero qué dices, *cara*? ¡Todo eso puede esperar! Ya tienes la información que necesitas para encontrar a Lea. ¿No vas a ir a París?

—Aún no, Lorenza, aún no.

—¿Y cuándo irás?

—Imagino que cuando reúna fuerzas para ese encuentro. Estoy exhausta. Además, mientras más me acerco a ese momento que yo misma he provocado, más me pregunto qué espero encontrar en Lea.

—¿No lo sabes a estas alturas?

Paloma no respondió, y miró hacia su regazo. Su vista aterrizó sobre sus uñas, y se dio cuenta de que necesitaban de una lima a gritos. Encontraba irritante la habilidad de la mente de distraerse en cosas

inconsecuentes en medio de los momentos cruciales de la vida.

—Paloma, antes de ir a París, asegúrate de saber a qué vas. Si fuera tú, habría volado directamente desde Madrid y me hubiera plantado ya frente a Lea, pero no se trata de mi vida. ¿Qué es lo que vas a ganar? Por suerte nunca te casaste con Xavi. Los chicos son mayores de edad. Ya comenzaste una vida nueva. No tienes por qué seguir invirtiendo energías en esto. Ese es el consejo sabio que me gustaría que me dieras si estuviera en tu lugar.

—Pero no es el consejo que tú misma seguirías de estar en mis zapatos.

—Cierto.

—Cierto.

Hicieron un breve silencio, cada una dirimiendo las ramificaciones de la situación.

—Imagino que has calculado que, a estas horas, ya Lea debe saber de tu visita a sus oficinas—. Lorenza hablaba sin despegar los ojos del anárquico tráfico de Nápoles.

—Ninguno de los dos socios tiene ganas de meterse más en este lío a cuenta de ella. Si te soy sincera, lo que percibí de la tercera socia fue coraje y frustración, no hacia mí, sino hacia Lea…o quizás era decepción. En cualquier caso, tienes razón: debo asumir que Lea sabe que me estoy acercando.

No hablaron durante un rato, y Paloma captó el deseo de Lorenza de seguirla aconsejando, pero no lo hizo.

—Solo tú sabes todo esto, Lorenza. No se lo he contado a mi hija ni a mi tía, y no sé si lo haré—. Lorenza colocó una mano sobre la suya y asintió.

Σ

Paloma abrió los ojos en Villa Rosato. Apenas amanecía, pero no podía dormir más. Después del largo y pesado día anterior, pensó que descansaría hasta tarde, pero apenas eran las cinco de la mañana y no podía permanecer en la cama. Todavía ahora, luego del alegre recibimiento de Gaetano y Elizabeta, la animada cena que siguió y algunas horas de sueño, el episodio en Madrid le parecía una quimera.

Decidió salir de la cama y hacer algo productivo que la distrajera de Lea. En el rocío de la mañana aún en penumbras, dio un largo recorrido por la propiedad, los sembradíos y el alambique, mientras poco a poco se iba revelando el amanecer. Una hora más tarde, se encontró a desayunar con Gaetano, y notó al instante… ¡que Elizabeta estaba ahí! No escuchó su pequeño auto llegar, y la cocina llevaba un rato produciendo los aromas de los platillos de la dama croata. *Elizabeta durmió en la villa.* Gaetano y Elizabeta evitaron mirarse, intuyendo que Paloma se había dado cuenta de la nueva situación entre ellos. Se echó a reír y los abrazó. Ya le podía anunciar a Lorenza que Gaetano tenía por fin a su *fidanzata*.

Luego del desayuno, les presentó dos copias de un documento en el que había estado trabajando en Cuba y que terminó durante sus horas de desvelo. Se trataba de una ampliación del plan de negocios original que incluía las listas al día de los puntos de venta bajo contrato y las cantidades ordenadas, el presupuesto revisado, y la producción en reserva. La descabellada y en ocasiones, contradictoria, madeja de permisos necesaria para operar cualquier tipo de negocio en Italia, se desenredó rápidamente gracias a Cianna, la hija de Gaetano que trabajaba en el gobierno. Todo estaba listo para comenzar. Gaetano miró a Paloma con sus ojos color cacao que derretían a cualquiera.

—Que falta nos hiciste, Paloma. *Grazie mille* por todo.

—Aquí no hay deudas, excepto las que tengo yo contigo y tu familia, Gaetano—le dijo, colocando una mano sobre la de su amigo, con sus uñas irremediablemente teñidas de experimentos con hierbas.

Las próximas semanas se convirtieron en meses que pasaron volando. Con la marcha del tiempo, Lea se iba convirtiendo en algo relegado al fondo de la mente de Paloma, como si el hecho de saber dónde estaba, el saber que la tenía a su alcance, le hubiera quitado ímpetu al impulso de enfrentarla. De algún modo, su corazón y su mente se pusieron de acuerdo en que había cosas más urgentes que atender. Una vez a la semana se comunicaba por videollamada con Yaima o con Joaquín; a veces con ambos hablando a la vez. Mientras, la villa estaba en plena vorágine típica de los negocios cuando están en ciernes.

En marzo, Olivia y Sara llegaron de visita a la Villa Rosato para celebrar el cumpleaños de Paloma, y por fin se materializó la gran mesa de almuerzo dominguero que la andorrana fantaseó para Gaetano y Elizabeta. Pero este almuerzo era real, y la incluía a ella, el punto de convergencia de ese nuevo clan expandido. Sobre la larga mesa cobijada bajo los cipreses y los pinos, la luz se colaba por la tupida vegetación, y proyectaba rayos de luz saltarines sobre el grupo. Paloma observó a Lorenza abrazar a Olivia, a Sara reír a carcajadas con Gaetano, a Elizabeta extender su mano izquierda hacia Cianna mientras le mostraba orgullosa su anillo *di fidanzamento*, y a los siete nietos y nietas de Gaetano que jugaban y comían a la vez. Raffaella y Niccoló llegaron a conocer a Olivia y a Sara, y todos se besaron ruidosamente. Vivir ese momento glorioso, la llevó a alcanzar algo que, si no era felicidad y paz, era algo muy parecido, como le había dicho su tía Atenea. Gaetano levantó su copa.

—*¡Brindisi a Paloma! Brindo a tutte le benedizioni che ci avete dato*—. Paloma intentó responder que las bendiciones las había recibido ella, pero todos se unieron al brindis en el que se confundieron el italiano y el castellano. Al rato, Niccoló se acercó a Paloma y se sentó a su lado, donde hacía un rato había estado Olivia.

—*¡Salute Paloma!* Quería decírtelo sin tantas personas compitiendo por tu atención.

—*¡Cin cin!*

—Debo confesarte que estoy fascinado con lo que has logrado. Ha sido hermoso observarlo evolucionar.

—¿Qué cosa, exactamente?

—Todo el proyecto, unir a esta gente que nunca se hubiera conectado de otra manera. Y tú misma.

—¿Yo?—Despegó su atención de Sara y Olivia que se tomaban fotos con los Parisi, y miró a Niccoló.

—*Veramente.* Desde que te conocí en el local de Letta, y me hiciste probar el licor original de Gaetano…—Ambos se echaron a reír, y siguieron riendo con el recuerdo del viscoso brebaje original. Paloma se tocó las mejillas; había olvidado el placer de ese dolor sabroso en el rostro.

—Sí, lo sé. Mucho ha pasado desde entonces gracias a ti, a tus hierbas, tus recetas, el nuevo alambique, las botellas preciosas de Raffaella, la ayuda de Olivia, la dirección de Elizabeta… Para mí ha sido un proyecto de amor—. Lo miró de reojo, captando sus impulsos, pero Niccoló estaba relajado y feliz, disfrutando del momento al igual que ella. En realidad, ya no le importaban demasiado las reacciones de nadie; ni siquiera las propias. Hacía unos meses había decidido dejar a sus impulsos correr libres como cabras. Podían hacer lo que desearan y evitar lo que se les antojara.

—No necesariamente es solo un proyecto solo de amor, mira que no solo de amor viven el hombre y la mujer—. Niccoló sonrió, y sus arrugas doradas se asomaron.

—*Che cosa?*

—Que ahora este es un buen producto, y creo que será un excelente negocio. Permíteme—. Puso una copa delante de Paloma, sacó una botellita del bolsillo de su pantalón y le sirvió. Probó el licor y el líquido bajó delicadamente por su paladar para luego seguir garganta abajo sin la sensación caramelizada de antes. Dejaba una estela compleja, pero no saturaba el paladar.

—¡Esto es sensacional, Niccoló! ¿De dónde salió? Es mucho mejor que la última muestra que probé hace dos semanas.

—Es algo que vengo trabajando con Gaetano, una línea más refinada que podemos vender en las otras botellas de cristal de Murano que consideraste.

—¿Cómo no me contaste de esto en enero, cuando llegué?

—Porque no existía. Esta es la primera muestra con la que estoy satisfecho. Y tú eres la primera en probarlo. Tú eres la primera, Paloma Palomero.

Las cabras locas de sus impulsos lo besaron en cada mejilla, y luego le regaló un beso final en los labios, tan delicado, tan liviano, que se esfumó en un instante.

—*Grazie mille, Niccoló. Eres meraviglioso*—. Se puso de pie y se unió al maratón fotográfico de su enorme familia.

Σ

El móvil sonaba y sonaba… Aunque estaba dormida, sabía que estaba sonando, pero lo ignoró porque lo había dejado en modo de “no interrumpir” así que estaba soñando. Pero no cesaba de sonar. Abrió los ojos y de inmediato sintió el impulso inexplicable de llorar. Contestó, y no tuvo que decir nada.

—Paloma, Paloma, ¿me escuchas? Es Joaquín. Mira el enlace que te acabo de enviar, y perdona por haberte despertado.

Abrió en enlace… Cerró los ojos en lo que descargaba, preparándose para el impacto. El titular del reportaje rezaba: “Falleció la *prima ballerina* cubana, Elena Morales-Wetting”.

Lea Amaya

Capítulo 21
La Amaya

Barcelona

Abril de 1996

En un impulso de euforia del que luego se arrepentiría, Daniela Solé, editora de la revista Espacio Utópico, invitó a toda la plantilla al cóctel de celebración por la firma del contrato publicitario con una línea francesa de muebles de lujo. La invitación incluía a las dos fotógrafas de la casa, pero quedaba sobreentendido que tanto Lea como Lola trabajarían esa noche captando las incidencias de la fiesta para un despliegue posterior de autopromoción en las páginas sociales de la revista. La figura que ameritaba todo aquel trajín era Paul Brun, el director en España de una firma francesa famosa por sus artísticos muebles contemporáneos.

Un jueves a inicios de abril, Daniela viajó en el AVE de Barcelona a Madrid a finiquitar los detalles del contrato en el salón de recepción del Rosewood Villa Magna, uno de los lugares de encuentro frecuentado por los hombres que decidían todo en el país. Daniela había nacido para conquistar lugares como aquél, y el observar a las pocas mujeres que se colaban en aquel recinto masculino como una ligera guarnición, la hacía sentir más poderosa de un modo insolidario que no la avergonzaba. Daniela no se afanaba en las agendas de las mujeres o de los hombres o cualquier otro grupo. La única agenda que le importaba a Daniela, era la de ella misma.

La vasta recepción del Rosewood estaba diseñada en espacios armonizados que permitían la privacidad de cada grupo de comensales. Daniela se sentó en un sofá y rápidamente apareció un mozo de manos enguantadas casi a la vez que Paul llegó y la saludó con un beso en cada mejilla. Su traje azul marino y su corbata color lavanda combinaban con la paleta de colores del lugar, como si el espacio se hubiera decorado en torno a él. Con un físico contundente más reminiscente de un vikingo que de un galo, Paul hablaba perfecto castellano con un distintivo acento parisino. Al igual que Daniela,

adoraba el arte contemporáneo, particularmente el expresionismo abstracto, los vinos de Burdeos, el piano de Michel Petrucciani, y los canvas monocromáticos de Pierre Soulages. Y al igual que la editora, detestaba la música popular, y los vinos de cualquier otra denominación de origen que no fuera la francesa. Eran perfectos el uno para el otro. La editora se encontró ordenando una botella de champaña con la excusa de celebrar la firma del contrato, pero en realidad quería prolongar su encuentro con Paul. Aprovechó el *momentum* de la conversación para invitarlo a visitar las oficinas de la revista en Barcelona durante el fin de semana, y le dijo que sería un placer organizar un cóctel para que conociera al equipo de trabajo. En las escasas tres horas que le tomó el trayecto en tren de regreso a Barcelona, Daniela movilizó a tres subalternos para rentar la terraza del hotel Rosellón, que ofrecía una vista tan cercana a la basílica de la Sagrada Familia que daba la sensación de poderse tocar la sacristía con la mano. Seleccionó los *hors d'œuvres* del menú del hotel, los vinos y licores que requería en la barra, arreglos florales… "y por favor, no olviden limpiar doblemente los cojines blancos de los muebles del *lounge* que recogen mucho polvo con la construcción de la basílica. También llamen a esa chica portuguesa que canta un fado divino, la que contraté la última vez. De la estación iré a la oficina y espero confirmaciones al llegar". Los subalternos salieron disparados en distintas direcciones en cuanto la secretaria terminó la llamada en altavoz.

Lea Amaya cumplía entonces veinticinco años y aspiraba a despuntar más en la fotografía artística que en la comercial pero, por el momento, la revista pagaba las cuentas y su educación continuada. Luego de entregar las fotos que requirió cada departamento, se marchó un poco más temprano al piso que compartía con otras dos chicas, ambas universitarias y con un catálogo inagotable de excusas para pagar tarde la renta. Cuando llegó no había nadie en el piso y se dirigió al armario en su habitación a evaluar el contenido. Casi toda su ropa consistía de vaqueros de diversos colores, chupas de cuero, blusas negras prácticas, una respetable colección de camisetas *vintage* y un par de chaquetas de fotografía con bolsillos para guardar los

accesorios de las cámaras. Con ese uniforme genérico se desplazaba como fantasma en las actividades que cubría, observando todo sin ser observada. Se sentó en su cama, mirando el deprimente contenido del ropero.

Ese mes de abril marcaba un nuevo cumpleaños en su calendario, sin estar ni remotamente cerca del éxito que imaginó que alcanzaría a esa edad. Su vida era comparable al juego infantil de las sillas musicales; en su caso, cuando inevitablemente la música se detuvo, Lea se sorprendió al encontrarse sola, de pie y sin silla. Sus años de instituto habían discurrido en una ristra de fiestas, conciertos, alcohol y drogas suaves (una clasificación aleatoria que la chica aplicaba a cualquier cosa que no se inyectara). Sus progenitores, separados desde que ella y sus hermanas tenían memoria, se preocupaban muy poco de supervisar las idas y venidas de sus cuatro hijas, y menos las de Lea, esa niña menuda a quien miraban como si olvidaran a ratos que habían traído al mundo aquella nota al calce en sus vidas.

El único interés discernible en la vida de Lea durante sus años formativos fue la fotografía. De niña encontró en el ático de la residencia familiar una cámara clásica Nikon FM2 que perteneció a su difunto abuelo paterno, Clément Amaya Gardot, exitoso empresario de profesión, y (menos exitoso) fotógrafo de vocación. El padre de Lea, un abogado mercantilista sin particular interés en el objeto, se lo regaló a la niña quien comenzó a experimentar con la alquimia de los lentes fotográficos a los diez años. La vieja cámara de su abuelo era totalmente manual, y la obligó a aprender a cómo trabajar con rollos de película de 35 mm. En aquel ático encantado descubrió cajas de fotografías en blanco y negro tomadas por Clément. Casi todas eran de paisajes de París, del sur de Francia o de Barcelona, frecuentemente con la figura de una mujer anónima como punto central de interés. Las mujeres no posaban, ni parecían estar al tanto de haber sido fotografiadas. Las mejores imágenes las firmaba al dorso con su nombre de pila: Clément. La nieta de don Clément Amaya pasó largas horas en la biblioteca del colegio leyendo sobre historia de la fotografía en lugar de las materias académicas que debía atender. Encerrada en el ático, siempre acompañada del sonido agrietado que

escupía el antiguo radio de baterías del abuelo, a Lea se le esfumaban las horas. Cuando dominó el proceso manual, comenzó a estudiar obsesivamente las imágenes de la ‘gente extraña’ de Diane Arbus, y la esencia intimista de Francesca Woodman, tratando de imitar una y otra vez la foto sin título en la que la fotógrafa se capturó colgada del marco de una puerta en pose de crucifixión. Le alentaba saber que Arbus comenzó su carrera en la fotografía comercial antes de saltar a la artística, y que el trabajo de una Annie Leibovitz, que devoraba en las revistas de moda de sus hermanas, podía encapsular bellamente lo artístico y lo comercial.

Distraída como estaba en su mundo de imágenes, y puesto que nadie se encargó de explicarle la urgencia de su situación, el trabajo académico cayó en un distante segundo lugar, como imaginaba Lea que lo estaba también para sus amistades de juergas. Sin embargo, luego de la graduación, sus amigas partieron a universidades formales a estudiar materias serias como derecho, ingeniería, periodismo o literatura mientras que Lea, quien se graduó con un promedio pobre, no pudo ingresar a ninguna universidad de prestigio donde estudiar arte, y se tuvo que conformar con una escuela técnica de fotografía que no le aportó mucho a lo que ya dominaba. Cuando se juntaba con sus amigas y las escuchaba hablar de sus campus y currículos, Lea se encontró inesperadamente incómoda con su escasa preparación académica. Ahora entendía que ella fue la única que le restó importancia al instituto, ya que sus amigas claramente sacaron algún tiempo que dedicarle a la meta de graduarse con notas decentes. Lea, siempre vulnerable al impulso casi universal del ser humano de achacar a otros las culpas propias, resentía su vida entera y a quienes la rodearon por ocultarle *el secreto* de que cuando termina la adolescencia y se asoma la adultez, las reglas de vida cambian drásticamente y no para bien.

Esa adultez llegó de golpe y porrazo justo cuando Lea ingresó a la escuela de fotografía. Como si hubieran esperado con ansias la llegada de esa fecha en sus respectivos calendarios, los Amaya por fin anunciaron su divorcio y la venta de la casa familiar en Eixample. Para aquel entonces, ya ambos vivían hacía años a tiempo parcial con

otras parejas, y las tres hermanas mayores de Lea se habían casado por lo que el divorcio del matrimonio Amaya impactó únicamente la vida de su hija menor. La chica se quedó sola entre los escombros del naufragio del hogar donde nació. No tuvo otra salida más que morderse el orgullo y preguntar, primero a su madre y luego a su padre, si podía vivir con ellos en lo que terminaba sus estudios. Ambos declinaron diplomáticamente; su madre le explicó que se mudaría a Bilbao (de donde era originario Imanol, su pareja de más de una década) y su padre puso como excusa la falta de espacio, ya que las habitaciones de huéspedes en su piso en Sarrià-Sant Gervasi estaban ocupadas por los hijos de Rita, su prometida.

Luego de vender la residencia donde Lea creció, su padre la mudó a su antiguo piso de soltero, que había conservado para sus encuentros extramaritales con Rita antes de comprar el nuevo departamento para su segunda familia. Le entregó a su hija un fajo de billetes y le anunció que le pasaría una modesta mesada hasta que se graduara. Si necesitaba más ingresos, le explicó, podía sentirse en libertad de rentar las otras dos habitaciones, siempre y cuando se comprometiera a mantener el orden. El día que su padre le entregó las llaves del piso y cerró la puerta tras de sí, Lea apenas tenía diecisiete años.

De ese momento en adelante, toda la disciplina y el tesón que nunca aplicó a su vida académica, la desbordó detrás del lente. Descubrió que a través de su cámara podía desaparecer por un pasadizo que la transportaba a un estado puro de felicidad. Pasaba su tiempo libre caminando por el enorme campo de inspiración que era Barcelona. Solo había que andar unas cuadras en cualquier dirección para toparse con una obra maestra de Gaudí que la ciudad exhibía con un aire tan casual, como si aquellos edificios pulsantes de magia existieran en todas partes del mundo. Sin embargo, no era la belleza orgánica, pigmentada y perfecta de Gaudí lo que inspiraba a Lea. La joven estudió el movimiento alternativo y la contracultura del Barcelona de los 70, y empezó a frecuentar festivales musicales y culturales independientes. Allí finalmente encontró a su gente; otros artistas para quienes era perfectamente razonable invertir horas hablando de los significantes ocultos en una lírica, o los alucinantes simbolismos de *8*

1/2 de Federico Fellini que, a los ojos de Lea, era una pintura surrealista hecha película. Fotografiaba en blanco y negro a los miembros de bandas musicales, y a menudo en movimientos exagerados para los que disminuía la velocidad de la apertura del lente para resaltar la vibración extendida del gesto. Cuando se graduó a los diecinueve años, Lea ya era la fotógrafa oficial de varias bandas independientes y de los carteles de promoción de los festivales. Su deleite artístico lo encontraba en las partes escondidas que su ciudad no mostraba fácilmente al mundo. Muchos de sus modelos y musas transitaban por las calles del Raval y se emborrachaban en el bar Marsella, con sus retazos de pintura desgarrándose por las paredes como parte de una decoración de entropía. Cada vez que se asomaba al visor y pulsaba el disparador de su cámara, captaba un filamento de un mundo que lograba congelar, evaluar, destruir, repetir y refinar.

Fueron años felices de exploración artística, pero Lea sabía que era cuestión de tiempo antes de que su padre cesara de enviarle la mesada, y sus muchos trabajos en el *underground* no le aseguraban una entrada segura de dinero. Con mucho pesar, desmontó su cuarto oscuro y su pequeño estudio, y preparó ambas habitaciones para alquilarlas. Organizó su portafolio bajo el seudónimo de La Amaya y comenzó a enviar cartas buscando trabajo. La asistente de Daniela Solé, editora de la revista Espacio Utópico, fue la primera en responder a su mensaje auscultando la posibilidad de empleo, y un par de semanas más tarde la chica fue contratada por la publicación. Sintió un enorme alivio por haber encontrado una solución temporera a sus necesidades económicas, mientras seguía adentrándose en el mundo de fotografía artística que era su devoción. Pero cuatro años más tarde, continuaba trabajando en el mismo lugar y con cada día que pasaba, con cada evento social inconsecuente que cubría, se alejaba más de las raíces de su inspiración. Tenía que regresar a ese otro mundo imperfecto e irreverente que encendía su mente.

Lea cesó sus cavilaciones y decidió que no estaba en ánimos de ir esa noche en plano de invisibilidad. En un impulso que identificó, pero no detuvo, bajó a la calle y entró a la peluquería de una vecina. Allí pidió que le recortara su cabellera rubia en el estilo más corto

posible. Venció las protestas de su vecina, quien luego de persignarse, procedió a cortar la melena dorada. Una hora más tarde, Lea emergió del salón luciendo el cabello cortísimo y el arrojo temporero que suele acompañar a los cambios drásticos de apariencia. La nuca, ahora desnuda, dejaba al descubierto el tatuaje. De vuelta en su piso, encendió el viejo radio de baterías del abuelo que conservaba como un objeto de nostalgia. Entró sin vacilar a las habitaciones de sus compañeras y rebuscó hasta encontrar un pantalón gris oscuro rayado de corte masculino de tiro alto, que le entallaba lo justo, y un chaleco negro que se puso sin una blusa debajo revelando un escote que no dejaba mucho a la imaginación. Admiró su nuevo cabello corto, y optó por unos pendientes largos que casi le rozaban los hombros para acompañar los demás *piercings* que tenía en cada oreja. El contraste del atuendo de aire masculino con el cabello corto en su rostro delicado resultaba interesante. Por maquillaje se aplicó un lápiz labial rojo intenso que encontró en el baño comunal y cuya procedencia o dueña desconocía. Se subió a los tacones más altos que encontró, tomó el bulto de su cámara, y salió hacia el cóctel en honor a *monsieur* Brun.

Σ

Paul Brun reía cortésmente de un chiste insulso de Daniela cuando la divisó por primera vez. Lea había dejado atrás su capa mágica de invisibilidad y todos la podían ver, y de hecho, parecía que los invitados la iban evaluando progresivamente mientras avanzaba por la terraza. La chica dejó su bolso de trabajo y el trípode en una silla y comenzó a fotografiar a quienes la miraban como si les estuviera disparando en un extraño videojuego, clic, mitad real, clic, mitad visible solo por su lente… clic. Mantuvo el ojo en el visor de su Nikon F5 sin dar pista de su próximo objetivo y cuando sentía una mirada impertinente sobre su piel, giraba repentinamente y capturaba la mirada sorprendida del sujeto. Logró fotografiar a varios con diversas muecas. En unos segundos, la cadencia de la fiesta regresó a la normalidad, excepto para Paul. Lea miraba frecuentemente en su dirección, ya que estaba al lado de su jefa, y en cada instancia el hombre la observaba. Le respondió apuntando hacia él por el visor y

disparando. En un momento, cuando Daniela reclamó su atención, Paul se volteó hacia ella, encendió un puro y cuando soltó el humo, su aliento se mezcló con las luces de la basílica en una danza con la arquitectura de Gaudí. Ajustó el anillo del zoom y disparó. Se acercó a la barra y desde allí evaluó al nuevo cliente de la revista, que reía revelando algunas líneas de expresión. El humo de su puro revoloteaba en virutas blancas y azuladas en contraste con la gargantúa estructura de fondo. Devolvió su vista a la barra y pidió un vodka tónica. Una voz suave que entonaba fado surcaba la brisa en el último piso del hotel.

—Espero que tengas buen ojo—escuchó Lea a sus espaldas, y se sintió desnuda, al descubierto, aún en el proceso de acostumbrarse a la ausencia de la protección del cabello largo sobre su nuca y su espalda. Sabía quién le hablaba sin jamás haber escuchado su voz. Se volteó y tuvo que alzar su barbilla para mirarlo a los ojos; era altísimo y ella diminuta.

—Sí, tranquilo, que saldrás fenomenal. Es lo que me toca hacer aquí.

—¿No te gusta?

—Bueno... no es lo que quiero hacer para siempre. Me interesa la fotografía artística. Pero este no es un mal lugar para trabajar, en lo que llego ahí.

—Soy Paul Brun, el nuevo cliente.

—Soy Lea Amaya, la encargada de fotografiar tus muebles cuando los usemos para integraciones editoriales.

—Un gusto, Lea Amaya. ¿Has expuesto alguna vez?

—Solo en colectivos con los que nunca te cruzarías, estoy segura— Para su crédito, Paul asintió en vez de refutar la observación para aparentar discurrir por mundos que no tenía interés en conocer.

—No sigo el *underground,* con la excepción de Banksy, pero me da curiosidad conocer tu ojo verdadero. El que usas cuando no estás fotografiando cócteles.

—Rara vez he obtenido una foto artística memorable cuando he planificado meticulosamente el lugar, la hora, el sujeto, la luz… Esas capturas especiales se presentan como sorpresas de la vida misma. Hay que estar alerta en todo momento. Por ejemplo, aquí estamos en

este cóctel que no luce como fuente de inspiración para nadie, y sin embargo, al llegar…

—¡Ahí estás, Paul! Hola, Lea. No te hubiera reconocido si no es por la cámara. ¡Pareces otra con ese corte de cabello fabuloso! Paul, acompáñame para presentarte a la vicepresidenta de la cadena de hoteles de la que te hablé.

En un instante, como si lo hubiera alucinado, Paul desapareció guiado por Daniela a atender a personas más importantes que Lea. Como esperando la señal, Lola se acercó y repitió las preguntas que siempre le hacía cuando coincidían en un evento.

—¿Cómo ves esto, tía? ¿Ya tenemos suficiente material? ¡Mozo! ¿Me pone una cubata por favor?

—Ni se te ocurra, Lola, que seré yo la que se zafa primero esta noche. Mira que estoy de cumpleaños este mes.

—No me digas. Pues feliz cumple. ¿Por eso te masacraste el cabello?

—Yo qué sé. Qué pesada eres. Hagamos un par de rondas más y averigua si Daniela nos entretendrá con su discurso usual.

Una hora después, con los pies pulsando de dolor por los tacones, Lea le pidió a Lola que cubriera el resto de la noche y se retiró sin despedirse. Llegó en taxi a su piso y subió en el minúsculo elevador pensando nuevamente en su cumpleaños. Para lamentarse del paso de los años y del lento progreso de sus sueños, no tenía que esperar por la fecha de su natalicio. Para eso tenía todos los días, todas las horas, y sin embargo este año parecía pegarle con más fuerza. En el otoño anterior su madre se había casado con Imanol en una ceremonia en San Sebastián. Lea no pudo asistir por tener que fotografiar la nueva barra de un hotel cliente de la revista. Dos de sus hermanas habían dado a luz, y la mayor había sido electa al Consejo Municipal de la ciudad. Su padre había desarrollado una fascinación por todo lo relacionado a la cultura nipona y por aquellos días se encontraba con Rita en Tokio disfrutando de los árboles *sakura* florecidos. La vida parecía seguir entregando nuevos capítulos a todo el mundo, mientras ella continuaba estancada y asfixiada por el deseo desesperado de algo para lo que no tenía nombre.

El piso estaba oscuro a excepción de la tenue luz que se colaba por

la rendija de la puerta de habitación de María Renata, junto al sonido de Ketama. La canción *No estamos lokos*, era la señal entre las ocupantes del piso para dejar saber a las demás cuando estaban acompañadas. Ketama se escuchaba desde la habitación de María Renata con mucha más frecuencia que de las de Lea o Isabel, la tercera compañera de piso en aquel tándem doméstico que intentaba avisar y organizar los revolcones de las chicas.

Lea descartó los tacones, se sirvió un vaso de agua y se encerró en su habitación. Se quedó dormida entre el ritmo de Ketama y los jadeos eróticos de María Renata.

Σ

El 30 de abril de 1996, el día de su cumpleaños número veinticinco, Lea abordó el AVE de las doce hacia Madrid con la asignación de cubrir la exhibición de una diseñadora catalana de padre escandinavo que era la querendona de Espacio Utópico. Maialí Gormsdóttir había diseñado y provisto los muebles de la recepción, de los salones de conferencias y de la oficina de Daniela en lo que fue la mejor inversión de su carrera a juzgar por la infinita promoción que había logrado gracias a ese acuerdo. Maialí tenía un distintivo sello que fusionaba el minimalismo y la funcionalidad elegante del diseño de los países del norte de Europa con un toque étnico que ella había acuñado como "Noréndico". Lea no sabía si el término era de su invención pero, en cualquier caso, la mujer era la exponente más respetada de esa naciente tendencia en España. Como parte de su nueva exhibición en Madrid, Maialí había reproducido diez de las piezas diseñadas exclusivamente para los elegantes espacios de las oficinas de la revista, y Daniela olfateó una excelente oportunidad de promoción. Le propuso a Maialí auspiciar el evento a cambio de que reuniera las piezas reproducidas en una colección dentro de la exhibición que bautizaron *Utopía* en honor a la revista. Daniela nunca se perdía un evento así, y menos orquestado por ella misma, pero sorpresivamente Lea fue despachada sola a la estación de tren con instrucciones de encontrarse en Madrid con Raúl León, corresponsal de la revista. Ello sólo podía significar una de dos cosas: Daniela tenía un nuevo amante

en etapas incipientes u otro asunto de la revista más importante que atender.

Lea se recostó del respaldo del asiento y cerró los ojos, acariciando las posibilidades. Era jueves y el evento de Maialí estaba pautado para esa misma noche. El día siguiente lo tenía libre, acuerdo que había logrado con Daniela a cambio de trabajar en su cumpleaños. No tenía por qué regresar a Barcelona hasta el lunes por la mañana. Tenía varias amigas en la ciudad a quienes había avisado de su visita y como regalo, la revista la estaba alojando por dos noches en el Ritz, donde mismo se hospedaba Maialí (Lea sabía que su habitación no le había costado nada a la revista ya que se había obtenido por intercambio publicitario, pero igual agradecía el gesto). Tenía todo lo que necesitaba para olvidar los lamentos por su cumpleaños y pasarla bien. Para alguien que trabajaba cubriendo fiestas, Lea rara vez se sentía en ánimo celebratorio.

El taxi la dejó frente al palacio Belle-Épôque que albergaba el hotel, y un botones se apresuró a abrirle la puerta y a encargarse de la pequeña maleta y el bulto de cámaras que traía. Aunque Lea lucía una indumentaria informal de vaqueros, botas y una chaqueta de piel, muy distinta a la vestimenta de los huéspedes del refinado hotel, su ademán de pertenencia era algo que los empleados podían olfatear con más precisión que cualquier joya o vestido de diseñador. En efecto, Lea se había hospedado allí varias veces con sus padres. La primera vez que visitó el majestuoso palacio, fue en ocasión del quinceañero de una de sus hermanas. El flemático licenciado Amaya le informó a sus cuatro hijas que el hotel había sido construido por el rey Alfonso XIII a su regreso de una gira por Europa, luego de percatarse de que Madrid carecía de un espacio de alojamiento con los lujos y afeites adecuados para recibir a la Corte, a la realeza europea y a visitantes ilustres. El rey deseaba que la ciudad tuviera un hotel palaciego a la altura de los Ritz de Londres y de París. Astuta y convenientemente, usó su propia boda como pretexto para construir el hotel, el primero de lujo de la capital española.

Al entrar a la recepción, Lea sintió una vaga oleada de nostalgia. Apenas había terminado de registrarse cuando escuchó su nombre en

la voz de Maialí.

—Lea, ¡qué bueno que llegas! No puedes imaginarte el caos que hay en el salón de exhibiciones. Nada se ve como lo imaginé. ¿Me ayudas, cariño? Tu ojo fotográfico es lo que necesito—. La diseñadora siempre tenía un caos mayor o menor previo a cualquier evento. Con el tiempo, había aprendido a confiar en el toque vanguardista que añadía el ojo de Lea, y que contrastaba tan bien con la funcionalidad de sus propios diseños.

—Claro, Maialí. Estoy aquí para ayudarte, y para cubrir tu evento.

—Supe por los canales de cotilleo usuales, entiéndase Raúl, que estás de cumpleaños—. Maialí enlazó un brazo con la fotógrafa y caminaron hacia la barra del hotel. A esa hora temprana de la tarde, eran las únicas allí. El bar exhibía un mural de retratos de artesanos españoles que evocaba la pared de un museo. La diseñadora ordenó dos copas de champaña y brindó con Lea.

—¡Salud y albricias, Lea! Brindo por la juventud, divino tesoro. ¿Cuántos cumples?

—Veinticinco.

—Válgame, Dios. No has empezado a vivir, amiga.

—Pues no se siente así.

—Por supuesto que no. Por algo George Bernard Shaw dijo que la juventud se desperdicia en los jóvenes. No tenéis la capacidad de apreciarla.

—¿No me digas, Maialí? ¿De eso te excluís? ¿Cuando tenías mi edad no desperdiciaste tu juventud?

—Para nada, querida. Ni un instante, ni un amante. No desperdicié nada y ahora, que estoy aún mejor, desperdicio menos—. El brillo en los ojos de la diseñadora daba cuenta de sus muchas andanzas. Lea se echó a reír—. Antes de llevarte a ver el desastre que me han montado en el *ballroom*, cuéntame de la celebración.

—Esta es la celebración.

—¿Qué cosa? ¿Trabajar esta noche?

—Bueno, un poco, sí. Sabes que me encanta colaborar contigo. Me das espacio para poner mis ideas allá afuera, donde se convierten en algo concreto que se puede ver. Es el mejor regalo. Además, Daniela

me está alojando aquí por dos noches, y luego podría quedarme con alguna amiga o mudarme a un hostal—. Maialí la observó con incredulidad, como si le hubiera descrito una orgía como plan de celebración. Seguramente la orgía la hubiera escandalizado menos, pensó Lea.

—¿Trabajar rompiéndote el lomo hasta la madrugada, dos noches de intercambio en un hotel, y otra noche en el sofá cutre de una amiga? ¿Esa es tu idea de una celebración? Lea, hija, no te he enseñado lo suficiente. Vamos a ver. En esa minúscula maleta de ruedas con la que llegaste, ¿hay alguna pieza de ropa decente? ¿Algo que no sean vaqueros?

—¿Tú qué crees?

—Creo que me encantaría ver otra vez a la chica del cóctel en Barcelona a principios de mes—. La mención de esa noche le recordó a Lea su breve encuentro con Paul Brun tres semanas antes. Instintivamente, se pasó la mano por el cuello rozando su tatuaje en la nuca.

—Lo de aquella noche fue por la novedad del recorte de cabello, pero tienes razón. Debí empacar algo más formal para la fiesta luego del evento.

—Hagamos lo siguiente: vamos al salón para que me des tus recomendaciones, y luego vas a la *boutique* del hotel y te regalo lo que escojas, ¿vale?

—No me vas a regalar ropa, Maialí, y menos de este hotel que es obscenamente caro.

—¿Y por qué no? Si te voy a hacer trabajar en el día de tu cumpleaños, lo menos que puedo ofrecerte es un buen regalo. Apura la champaña y vamos al salón.

Lea estuvo una hora con la diseñadora discutiendo el plano y sus ideas, y dos horas adicionales con el equipo de trabajo de montaje e iluminación. Cuando terminó, la diferencia era contundente. De un arreglo original recargado y confuso, ahora el espacio se abría limpio y ordenado para conducir a los invitados a recorrer la instalación circularmente. La misma se podía explorar hacia la izquierda o la derecha llegando por ambas direcciones al centro que lucía una

gloriosa barra de cristal, hierro y madera diseñada por Maialí. Con apenas una hora para prepararse, Lea entró casi corriendo a la tienda del hotel y se dirigió hacia las piezas negras. Escuchó a la dependienta preguntarle cuál era la ocasión, y le contestó que iba a la fiesta en la terraza del hotel.

—Además, es mi cumpleaños—. Lea no supo por qué compartió el dato con una extraña. La dependienta desapareció por la parte trasera de la tienda mientras Lea admiraba unas sandalias que costaban más que su salario mensual. Estaba por seleccionar unos pantalones negros de piel, cuando la vendedora se acercó cargando un atuendo con la reverencia reservada para los vestidos de novia. La pieza era de un *mesh* rosado metálico y estaba inspirada en un *slip* de dormir. La tela fría de metal se ciñó a su piel marcando cada delicada curva, y unos finísimos tirantes espagueti le recorrieron la espalda para detenerse en la parte más baja.

Lea se miró al espejo sin reconocerse. Así debía lucir en sus veinticinco años, no en sus viejos vaqueros rotos. No tenía idea de cómo podría trabajar en aquel atuendo absurdo, pero estaba segura de que se las arreglaría. Firmó por el vestido, le dio las gracias a la dependienta, y salió de prisa a prepararse.

La racha de buena suerte que trajo el natalicio de Lea continuó al encontrarse esa noche con Raúl León, el corresponsal de la revista en Madrid. Raúl era un dandi cordobés encantador con una resistencia sin paralelo para la vida social nocturna. Cuando trabajaban juntos, casi siempre lo seguían de fiesta hasta el amanecer. Raúl conocía los mejores clubes de la ciudad, cuyos rangos de popularidad cambiaban entre cada visita de Lea.

—Joder, dime dónde has *dejao* a Lea y cómo te llamas, que de mirarte me pongo cachondo—exclamó Raúl cuando la fotógrafa hizo su entrada al salón.

—¡Ja! Ya quisiera yo. Venga, dame un beso que estoy de cumpleaños.

—¡Lo sé! Se lo recordé a Maialí. Hoy celebramos en grande luego de cubrir esto. Ese vestido está rogando que lo lleven a follar o a bailar. Lo primero no te lo puedo ofrecer, pero con lo segundo puedes contar.

La noche recibió a los invitados que observaban fascinados la nueva propuesta de la diseñadora. Maialí, sentada cual reina en el medio de la barra que era el eje de la exhibición, recibía halagos y despachaba bromas con su lengua salamera. A la medianoche, la diseñadora se puso de pie para dar las consabidas gracias.

—Por último, es menester reconocer que lograr una exhibición requiere de fe y de amistades. Lo que han disfrutado esta noche no hubiera resultado tan impactante de no ser por el ojo de la talentosa fotógrafa Lea Amaya, quien se encargó del diseño del espacio y además, está de cumpleaños. Acércate, Lea. ¿Dónde estás? Ya te veo, ven—. Lea, pasmada ante reconocimientos públicos a los que no estaba acostumbrada, requirió de un empujón certero de Raúl para llegar hasta donde Maialí. Un mozo se apresuró a ponerle una copa de champaña en la mano y en cuestión de segundos las voces de los invitados se unieron en un animado cumpleaños feliz.

Pasaron quince minutos antes de que Lea terminara de recibir felicitaciones de clientes y amistades. Caminó hasta el fondo del salón y tomó una última foto amplia con Maialí al centro rodeada de admiradores y el despliegue de la instalación bien visible para su portafolio. Algunos invitados ya se movían hacia la terraza del hotel, donde se celebraría la fiesta post evento. Lea echó mano de su bolso para cambiar de lente cuando escuchó la protesta de Raúl.

—Ni se te ocurra colgarte la cámara al cuello de nuevo, Lea. Es una ofensa a ese vestido sensacional. Ahora nos toca disfrutar.

—¿Ah, sí? ¿Y quién va a tomar las fotos de la fiesta para la revista?

—De eso se trata mi regalo de cumpleaños. ¿Ves a aquel chico muy majo que está llegando? Es un amigo fotógrafo independiente que me hará el favor de cubrir la fiesta para liberarte a ti.

—Eres el hombre de mi vida, Raúl.

—Lo sé. Y si me gustaran las mujeres, tú serías mi musa. Ve y guarda los bártulos, que la jornada de trabajo terminó.

Fue en ese instante que la racha de buena suerte llegó a un final abrupto. Cuando entró a la terraza del hotel del brazo de Raúl, se topó de frente con la estampa de Paul Brun, quien se excusaba con Maialí por su tardanza.

De esa noche en adelante, la vida de Lea daría un giro imprevisible que la llevaría a colisionar casi dos décadas más tarde con la de otra mujer en Andorra, de cuya existencia la fotógrafa desconocía.

Capítulo 22

El clic de la sorpresa

Madrid

Abril de 1997

Según lo narraría luego Raúl León en los clubes nocturnos que había frecuentado con Lea en el pasado, la relación entre su colega y Paul Brun emitió alertas de bandera roja desde el principio. A las amistades en común que preguntaban por ella, Raúl les respondía: "Nos la robó el francés ese que casi puede ser su padre. Abandonó Barcelona de la noche a la mañana y se mudó con Paul acá a Madrid. Parece mentira, pero ahora que vivimos en la misma ciudad, la veo menos que antes".

Maialí difería de Raúl en los largos desayunos domingueros que compartían como excusa para beber vinos espumosos antes del mediodía y compartir opiniones sobre vidas ajenas.

—No sé qué tienes en contra de Paul. Me consta que no es un santo, pero desde que llegó a la vida de Lea no ha hecho sino impulsar su carrera y hacerla feliz a su manera. Eres un envidioso, Raulillo.

—¿Pero no ves cómo la controla, Maialí? Lea es otra desde que se encontró con Paul hace un año. Dejó su trabajo, su círculo de amistades, hasta su familia. Dejó la colectiva de fotografía que era su vida y la última vez que la vi, no se parecía a ella. Parecía un diorama de los gustos de Paul.

—Todos somos un diorama de algo, querido. Nos encanta representarnos a la imagen y semejanza de lo que queremos. No estás apreciando todo lo bueno que le ha traído Paul. Empezando porque financió su primera exposición fotográfica que fue un éxito. Las fotos de Lea ya se venden en más de una galería, y eso es un sendo salto en solo un año.

—Eso no te lo discuto. La verdad es que el talento de Lea bien pudo haber quedado oculto de no haber sido por esa exposición que la puso en el mapa. A lo que me refiero es al cambio en lo personal. Lo está

apostando todo a una relación que no va para ningún lado, porque Paul le advirtió desde el principio que no piensa casarse, ni le interesa tener una familia—insistió Raúl mientras le daba un sorbo final a su mimosa. Se habían refugiado en el bistró de un chef amigo del cordobés a donde llegaron a pie desde el Rastro, una tortura que Maialí infligía en el pobre hombre un domingo cada par de meses. Allí conseguía artesanos que le suplían inspiración, materiales y a veces hasta mano de obra en su taller de muebles. Raúl prefería encontrar su inspiración en hoteles, museos o restaurantes de moda, pero a Maialí era muy difícil negarle algo.

—Para ser gay eres bastante conservador. Hay muchas parejas que nunca se casan y son perfectamente felices.

—No generalices. Soy conservador y me muero por casarme en una boda lo más decadente posible con un gran séquito, seguida de media docena de críos.

—¿En serio, querido? No me lo hubiera imaginado. Se te va haciendo tarde, con el trote de vida social nocturna que llevas y los años que pasan factura, ¿eh?—resopló Maialí con su risa reminiscente a tenor.

—Sí, sí, ya sé que debo irme recogiendo, pero cuesta, tía, cuesta retirarse de la buena vida. A lo que iba antes de tu innecesario comentario sobre mi reloj biológico, era que Lea está renunciando a mucho por ese hombre. Roguemos porque no le falle.

—La vida no le ofrece garantías a nadie. Lo dulce y lo amargo lo sirve junto. Lea es adulta y sabe el precio de atarse a un hombre como Paul, que no quiere críos y que es un perro maduro sin deseos ni necesidad de aprender nuevos trucos. Ella sabrá lo que hace, ya verás.

Maialí resultó ser una pésima profeta sobre la sabiduría de Lea para manejar el tsunami de cambios al que abrió la puerta sin muchas cavilaciones, entregándose a ese impulso con abandono y placer. Lo cierto fue que luego de ver a Paul por segunda vez, Lea se aferró a él sin calcular el precio de esa transacción sentimental, en una antesala a lo que años más tarde sentiría Paloma respecto a Xavi: una decisión cuyo costo no anticipó.

Pero, en aquel primer año de relación, todo parecía marchar de

maravilla para Lea. Su cumpleaños número veintiséis la encontraría "en el momento más feliz de mi vida", le aseguró a Maialí y a Raúl. Celebraba un año de relación con Paul y a la vez, su primer año como fotógrafa independiente con dos exposiciones en su currículum. María Renata e Isa quedaron atrás en su piso en Barcelona, así como la música de Ketama que no era del agrado de Paul. Lea les había dejado el piso alquilado luego de renunciar a la revista. Fue la genuina intención de la chica irse de allí dejando las puertas abiertas, pero cuando Daniela Solé se enteró, primero por boca de Lola, luego de su secretaria y luego de medio mundo en la revista, que su fotógrafa renunció para marcharse con Paul Brun, montó una histriónica rabieta que requirió de un ansiolítico apurado con whisky en pleno mediodía. Por la plantilla corrieron rumores de que una valiosa cabeza de cerámica de unos artistas sevillanos terminó hecha añicos al ser lanzada contra una pared.

Paul invitó a Lea a su casa en Chamartín luego de pasar las primeras dos noches con ella en la habitación de la fotógrafa en el hotel. Fueron veladas de sexo recién estrenado, acompañado de comidas en la habitación, botella tras botella de vino y conversaciones interminables de los muchos temas que suelen aflorar cuando se está bajo los efectos eróticos de la oxitocina. Cuando debieron partir del hotel en la mañana del sábado, Paul sugirió que continuaran la celebración del cumpleaños en su casa. En ese momento, tumbada en la cama junto a él, a Lea le pareció la sugerencia más natural del mundo.

La relación comenzó con tanta espontaneidad, que la realidad de la rigidez de Paul fuera de aquella habitación la tomó desprevenida. Al llegar a Chamartín al mediodía de aquel sábado, Paul la condujo a la habitación principal donde le asignó tres gavetas (previamente vacías) y un pequeño espacio en su considerable cuarto de vestidor. Le indicó cuál de los dos lavamanos del baño le correspondía (el de la izquierda). Aún en su trance postcoital, Lea se dio cuenta de que no era la primera mujer que recibía aquellas instrucciones. *Pero bien puedo ser la última*, le susurró la atracción en todo su fulgor.

Aquel lejano primer fin de semana dio paso al lunes, y cuando Lea se dispuso a marcharse, Paul le pidió que se quedara, que llamara a la

revista y se reportara enferma o usara el tiempo de vacaciones que tuviese acumulado. Lea optó por lo primero, sabiendo que Daniela no accedería a extenderle las cortas vacaciones. Al final no importó. A la semana siguiente, Lea renunció a Espacio Utópico y comenzó a buscar dónde ubicarse en aquel nuevo entorno personal y artístico. Una vez instalada en el piso de Chamartín, Lea le avisó a sus hermanas de su mudanza (a sus padres les importaba un bledo su ubicación geográfica) y luego se lanzó a la calle a buscar enclaves bohemios en Madrid; esos lugares sagrados donde se rinde culto a la creatividad y que sobreviven en cualquier gran ciudad del mundo, no importa las idas y venidas de la historia humana. No le tomó mucho llegar a Carabanchel. Lea descubrió el barrio después de merodear por otros que ya iban sucumbiendo a la gentrificación desplazando a artistas y a gente humilde, para dar la bienvenida a las altas rentas. Carabanchel era un hervidero creativo en ciernes, que veinte años más tarde, lo llevaría a ser una sede importante del movimiento artístico madrileño. Lea recorrió a pie el barrio del antihéroe Manolito Gafotas, ese chaval de Carabanchel nacido de la pluma de Elvira Lindo, y absorbió los olores heterogéneos de sus calles atiborradas de gente, sus espacios abandonados, sus parques, y la constelación de rincones unidos por las grietas visibles de la pobreza. Carabanchel se resistía a abrazar el modernismo de otros barrios de Madrid, y a su vez, el resto de Madrid lo olvidó un poco. En cuestión de unas semanas, Lea se unió a una colectiva artística allí llamada El Carajillo, donde comenzó a recomponer su nueva tribu entre artistas en aquel barrio de raíces obreras. En El Carajillo había artistas de diversas disciplinas que trabajaban como un panal; todo el mundo opinaba sobre el trabajo de todos, comían en la mesa comunal (Lea descubrió que en una mesa compartida se destapaban muchas ideas), organizaban ferias artísticas y, a veces, dormían juntos. Varias veces a la semana se juntaban en el patio interior del edificio de la colectiva a fumar hachís y a tomar chupitos del brebaje epónimo del grupo: el carajillo, una mezcla de café expreso y brandy, aunque en la colectiva los preparaban con lo que hubiera a la mano, ya fuera ron, anís, coñac, orujo o whisky. Allí Lea encontró la pista amplia que buscaba para despegar; tenía un

estudio diminuto pero suyo, y el caudal infinito de inspiración que era la colectiva misma. Uno de sus primeros proyectos allí fue fotografiar a los artistas en esos momentos donde se separaban de la realidad para entregarse a la inspiración por completo. Era difícil lograr esos tiros en aquel hormiguero de actividad, pero cuando los lograba, la mirada concentrada de los sujetos transportaba al espectador a su mismo estado. Tomar todas las fotos le consumió casi un año, y posteriormente le llamaría a la serie *El trance del Carajillo*.

Casi sin darse cuenta, Lea creó dos mundos paralelos: el que compartía con Paul en Chamartín, ese hermoso espacio que nunca fue su hogar, y otro en Carabanchel, donde se sentía rebosante trabajando y recorriendo los callejones del barrio con otros artistas. La chica mudó a su espacio en la colectiva la ropa que le hicieron llegar sus compañeras de piso (vaqueros, botas, piezas de piel y sus preciadas camisetas *vintage* que no eran del gusto de Paul), junto al viejo radio del abuelo. Mientras, en una transacción inversa, sus gavetas en el vestidor en Chamartín se fueron poblando gradualmente de piezas clásicas de una calidad exquisita (regalos de Paul) en una paleta de colores que no se desviaba de los negros, grises, blancos, *beige* y azules. Pocos hubieran podido asociar a la Lea de Carabanchel con la elegante joven que comenzó a aparecer del brazo de Paul Brun en las páginas de eventos sociales madrileños.

Seis meses después de su llegada a Madrid, y con el auspicio del mismo Paul y la firma que representaba, Lea inauguró la exposición titulada *El clic de la sorpresa* que consistía de treinta fotografías en blanco y negro recreadas a partir de la serie de los rostros sorprendidos que capturó la noche que conoció a Paul en Barcelona. Utilizando como modelos a sus compañeros de la colectiva, fue recreando el gesto de sorpresa de cada foto original con artistas que le dieron autorización para reproducir sus imágenes. Pidió a sus modelos que exageraran al máximo cada gesto y en el resultado final, las imágenes adquirieron un aire circense, como rostros en proceso de desfigurarse en una casa de espejos. Diez de las fotografías estaban unidas en una sola pieza en una formación de cinco arriba y cinco abajo creando un impactante y psicótico mural de caras sorprendidas.

La primera foto en venderse fue la titulada *La sorpresa de Lucía*, que usó para el cartel promocional de la exposición. En ella, otra fotógrafa barcelonesa de la colectiva, Lucía Alcina, quien también era teatrera y amante del cine *nouvelle vague,* logró un gesto tan caricaturesco y crudo que, al ver la imagen por primera vez, Lea no tuvo dudas sobre cuál sería su foto promocional. La noche de la apertura, vendió casi la mitad de las obras, incluido el mural, que Paul adquirió para sus oficinas. Una breve, pero excelente crítica se publicó en ABC y otras más extensas en publicaciones menores de arte. Además de trabajar en sus próximos proyectos, Lea continuó diseñando y fotografiando los eventos de Maialí.

Pasó un año, y aquel reencuentro con Paul Brun todavía se sentía, a ratos, como una alucinación. En un rincón interior oculto por la novedad y la euforia, había algo que la inquietaba y que no quería identificar, aunque sabía lo que era, por supuesto. Vergüenza. Sentía vergüenza por lo fácilmente que permitió que Paul entrara a su vida y se hiciera cargo. Vergüenza y a veces azoro de cómo lo abandonó todo por irse detrás de un hombre; ella, que se cantaba tan independiente. Acallaba esos pensamientos cuando afloraban y nunca los discutió con nadie. Mientras estaba con Paul no pensaba en nada más y cuando trabajaba, su lente la consumía por completo. Aún así, en sus raros momentos de asueto y soledad, se paseaba por el piso de su pareja como una invitada que lo examina todo por primera vez. El espacio era magnífico con su terraza, un amplio salón, cocina con una isla, y enseres lustrosos de frío acero inoxidable. El baño incluía un *jacuzzi* que no componía más que una pieza decorativa ya que Paul no permitía que se usara. Como era predecible, todos los muebles eran exquisitas piezas de la firma que representaba, y el efecto general era más de un salón de exhibición listo para ser fotografiado que de un hogar donde vivía una pareja. Como una observación paralela que arrastra a la otra, Lea notó con el pasar de los días que Paul tenía una personalidad obsesivo-compulsiva y que nada podía estar fuera de su lugar designado.

Poco después del éxito de *El clic de la sorpresa,* Paul la invitó a un restaurante que había recibido el premio Nacional de Gastronomía ese

año. Para la ocasión, el empresario llegó a la casa con un exquisito vestido en azul oscuro metálico (Paul sabía su talla y medidas exactas) y a Lea se le ocurrió que quizás algo importante ocurriría esa noche. Según transcurrió la velada, sin embargo, Paul pareció mostrar un interés unidireccional en la gastronomía del lugar, en felicitar al chef y en regodearse en la robusta carta de vinos. A las alturas del postre, por fin el tema de la experiencia del restaurante pasó a un segundo plano.

—Estoy tan orgulloso de ti, de todo lo que has logrado aquí. Me siento feliz de haber ayudado a liberarte de aquel trabajo y de la insufrible Daniela Solé.

—Lo sé. Has cambiado mi vida.

—Me siento igual, Lea. Creo que podemos tener una relación gloriosa, llena de arte, viajes y todo lo que tu talento te lleve a alcanzar, que puede ser mucho— le dijo Paul con más gravedad de la que requerían aquellas palabras dulces.

—Eso es todo lo que quiero, una vida contigo y con mis cámaras.

—Eso es lo que te ofrezco, Lea. Con eso te puedo hacer feliz, pero con nada más.

Lea lo observó sin comprender. Le cruzó por la mente que, quizás, Paul tenía otra vida, otra mujer en París. O que resentía lo que había invertido en ella. Sintió su rostro calentarse, y un atisbo de la antigua Lea autosuficiente se asomó.

—Refréscame la memoria, porque no recuerdo haber pedido nada, ni mudarme a tu piso, lo que me rogaste tú mismo, ni el auspicio en el que insististe.

—*Ma chérie*, no me refiero a nada de eso. Mi casa es tuya, y el apoyo a tu talento obviamente fue una buena inversión. Me refiero a que eres una mujer joven, y en algún momento quizás quieras ser madre. Debes saber que no deseo tener hijos y que el matrimonio tampoco está en mis planes. Lo que sí te puedo ofrecer es una relación exclusiva, comprometida, feliz… como la que tenemos ahora.

Instintivamente Lea se alejó de Paul y se reclinó en el respaldo de la silla. Tener hijos era algo que nunca le había cruzado por la mente, hasta ahora. Disfrutaba inmensamente de pasar tiempo con sus

sobrinos, pero también le gustaba saber que al final de los 'domingos con tía Lea', los podía devolver a sus hermanas. No sabía si esa tibieza maternal cambiaría con el tiempo. ¿Cómo podía saberlo? Apenas sabía qué hacía allí en Madrid con Paul. Lo del matrimonio le preocupaba menos; su personalidad bohemia no lo añoraba. Su anhelo inexorable, desde que sostuvo la cámara de su abuelo por primera vez, era habitar en el mundo al que entraba por su visor, una ambición que tenía clara, a diferencia de la maternidad.

Paul interrumpió sus cavilaciones y le tomó una mano.

—¿Nunca te habías planteado tener hijos?

—Pues a la verdad que no. ¿Tú has tenido?

—A los veintidós años Juliette, mi novia de entonces, dio a luz a gemelos prematuros. Uno murió al nacer y el segundo vivió exactamente tres horas. Nunca he deseado otros. A esos tampoco los deseaba, si te soy totalmente honesto. Durante mucho tiempo viví con el peso de la culpa por haber sentido alivio de que no sobrevivieran. No me colocaría a mí mismo ni a otro ser humano en esa posición nuevamente.

—Lo siento, Paul. No tenía idea. ¿Y Juliette? ¿Qué fue de ella?

—Nos conocemos desde adolescentes. Juliette sigue siendo mi mejor amiga, mi familia. Se casó con un empresario de Lyon y tiene tantos críos que ya no recuerdo la cantidad exacta. Soy padrino de un par de ellos. Ese era su anhelo de vida, pero no el mío. Mi punto es que si lo que tienes en mente para el futuro es una boda seguida de hijos y quizás un perro, debes tomar en consideración todo esto antes de complicarnos más.

Lea sonrió con más despreocupación de la que sentía y le apretó la mano. No sabía que le apetecería en diez años, pero creía saber lo que quería en aquel momento.

—¿Yo? ¿Una fotógrafa de Carabanchel? No me veo casada cuidando mocosos. Lo que tengo claro es que te quiero a mi lado.

En esos pocos minutos sobre el postre, Lea tomó la decisión de no tener hijos a cambio de retener a Paul. Quizás él cambiaría de parecer en el futuro, se dijo, o quizás ella nunca desearía tenerlos. El presente era demasiado brillante como para arruinarlo con preocupaciones

sobre un futuro que se sentía muy lejano.

Σ

El miércoles 30 de abril de 1997 Paul organizó una fiesta en su residencia para celebrar el cumpleaños número veintiséis de su novia. La casa había quedado sensacional con arreglos de peonías y rosas, velas por doquier y para amenizar, un grupo de cuerdas. Todo el mundo que importaba en la industria de diseño inmobiliario y de interiores en la ciudad estaba allí. Del lado de la homenajeada, sin embargo, solo estaban Raúl, Maialí (que podía ser reclamada por ambos bandos), su galerista, y un par de artistas del Carajillo entre ellas, Lucía Alcina. Lucía era la fotógrafa-teatrera que había modelado para la imagen del cartel de la exposición de Lea. La invitó a la fiesta para aumentar el tamaño de su pequeño grupo, que desaparecía entre el mar de invitados de Paul. En el salón principal estaba el anfitrión deleitándose en ser el centro de atención mientras narraba la historia sobre cómo logró una colaboración con Paloma Picasso que ya Lea había escuchado media docena de veces. Paul era una presencia contundente que ocupaba espacio con su físico y con su personalidad. Y sin embargo, todo sobre él resultaba refinado, desde su timbre de voz hasta sus impecables modales que a Lea le recordaban a los de sus progenitores. La fotógrafa era pequeña, con un físico que bien hubiera podido dedicar al ballet clásico, y cuando estaban juntos, el contraste era un poco desconcertante para sus amistades, como si los espectadores temieran que Paul la rompiera de sólo abrazarla.

—Qué novio tan majo tienes. Mira el fiestón que se ha tirado para ti —. Lucía Alcina se acercó a Lea y a Maialí con dos copas de champaña.

—Majo, cojones. Esto no es una fiesta de cumpleaños para mí. Es un cóctel de trabajo para el mismo Paul.

—A la verdad que un poco, pues sí. Es que hay gente con un talento especial para mezclar placer con trabajo… como lo hace Paul ahora mismo, fíjate… en aquella dirección—. Maialí señaló con la cabeza.

Lea, Lucía y Maialí se voltearon sincrónicamente a observar a una sensual diseñadora de joyas portuguesa llamada Luna María, quien,

aparentemente, no necesitaba apellido. La mujer se colgó del brazo de Paul y se rió a carcajadas de un chiste que también Lea había escuchado antes. La piel color miel de Luna María resplandecía a la luz de las velas y su sensual vestido de seda violáceo incrustado de pedrería acariciaba cada curva que Paul apreciaba abiertamente. Era una escena humillante que Lea había observado antes entre su pareja y otras mujeres a lo largo de ese año.

—¿Conocen a Luna María?—El trío hablaba sin mirarse entre sí, con la vista concentrada en el centro del salón.

—No, pero conozco a varios fotógrafos comerciales que han trabajado para la diva de las joyas de Lisboa—dijo Lucía.

—Yo la conozco hace años, desafortunadamente—añadió Maialí.

—¿Creen que Paul y ella se están acostando?

—Me extrañaría si ese no fuera el caso—dijo Maialí sin titubear.

—Apuesto por lo mismo—confirmó Lucía tomando otro sorbo de su copa de flauta.

Lea asintió y se volteó a mirar a sus amigas, dándole la espalda al grupo de Paul.

—Tengo la regla retrasada por tres semanas. No he querido hacerme una prueba de embarazo, porque entonces la posibilidad sería real, y no tengo idea de qué hacer.

Lucía la miró con ojos enormes. Maialí le tomó una mano.

—Cuánto lo siento, Lea. Pensé que sabías cómo es Paul. Hasta yo tuve un revolcón con él hace muchos años. Es francés después de todo. Que digo, si se dan cabrones en todas partes.

—Pero fue él quien me propuso una relación exclusiva. No entiendo por qué.

—Para él *esto* es una relación monógama, Lea, sino en el sentido estricto de la palabra, en el sentido general. No te confundas con Paul. Si quieres una pareja fiel con deseos de paternidad, ahí no la vas a encontrar. ¿No estás usando contraceptivos?

—Sí, pero algo falló.

—No nos adelantemos, que tres semanas no son nada. Si quieres te paso el contacto de la clínica libre del barrio. Allí hay una ginecóloga divina que por cierto, me pareció ver la noche de tu exposición. De

seguro no es nada y con ella vas a la segura— ofreció Lucía, la más despreocupada de las tres.

Justo antes de la medianoche, aparecieron dos mozos cargando un pastel de lavanda con veintiséis velas. En medio del aplauso del grupo, Paul besó a Lea y le entregó una caja de terciopelo con el logo de una exclusiva casa de joyería francesa. Adentro había un brazalete en espiral en la forma de la serpiente icónica de la marca. Era flexible y se podía enrollar alrededor de la muñeca o del cuello. Lea se quedó sin aliento, olvidando a Luna María y su propio problema por un instante. Una hora más tarde, cuando Maialí, Raúl y Lucía se marcharon en busca de algún club *after*, Lea se retiró sin despedirse de nadie más. Paul continuaba entretenido con Luna María y otros pocos invitados que aún quedaban en la terraza. Llegó a la habitación principal admirando su brazalete, con un sabor agridulce. Se desvistió, se dio una larga ducha y cayó rendida en la cama con el brazalete en el brazo, y el sonido lejano de Joaquín Sabina en el sistema de sonido que había reemplazado al grupo de cuerdas. Se quedó dormida en un sopor sin sueños. Cuando despertó aún estaba oscuro y al extender el brazo sobre la cama, comprobó que Paul no estaba a su lado. Se incorporó y le atacó una jaqueca violenta. Miró su nuevo teléfono Nokia, también regalo de Paul. Eran casi las cuatro de la madrugada. Salió de la habitación y caminó desnuda hasta la terraza. Se quedó de pie largo rato en el espacio oscuro, inmaculado y vacío, que no daba pista de que unas horas antes alojó una fiesta para cien personas. Cuando sintió frío se volteó y recorrió el piso comprobando que Paul no estaba allí. Regresó a la habitación y buscó un somnífero en el botiquín. Se acostó y cerró los ojos con fuerza. Si no los abría, no tenía que lidiar con aquella pesadilla.

Paul nunca llegó. Cuando Lea despertó, era pasado el mediodía del viernes.

Σ

La borra del café en el fondo de su taza se negaba a darle las respuestas que necesitaba. Paul no había pasado la noche allí, sino con Luna María, sin duda. Sin desayunar y con un dolor que le martillaba

la cabeza, Lea se vistió con los vaqueros y la chupa de cuero con los que había llegado de la colectiva la tarde anterior y que no había tenido oportunidad de esconder de la refinada vista de Paul. En su mesa de noche encontró el papel donde Lucía había apuntado la dirección de la clínica, y lo observó con genuino terror. Lo guardó en su mochila y salió en dirección a Carabanchel, sin molestarse en tomar el metro. En quince minutos llegó en taxi al Carajillo y enfiló hacia el espacio de Lucía. Su amiga estaba tumbada en un catre, hojeando una revista de arte.

—¡Vaya, vaya cumpleañera! ¿Cómo te va? ¿Puedes levantar el brazo con el pedazo de joya que te regaló Paul anoche?—Lucía se incorporó en su catre. Por respuesta, Lea se subió la manga de la chaqueta y le mostró la pieza.

—Aquí está. No me la he quitado.

—Joder. Nunca había visto una prenda así tan de cerca. Solo en escaparates de esos que vacían por las noches.

—Yo sí. Mi madre usa este tipo de alhaja. Hubiera preferido algo más… moderno, más joven.

—Supongo que la pulsera va con el estilo de Paul.

—Sí, un estilo que no cesa de imponerme—. Lea se dejó caer al lado de Lucía, se quitó las gafas y se sobó las sienes con los dedos. Lucía la abrazó y en aquel momento, ese gesto tibio era de lo único de lo que se sujetaba para no derrumbarse ante la evidencia del enorme error que había cometido al seguir a Paul.

—¿Me acompañas a la clínica?

—Pues claro, mujer. Para eso estamos las amigas, para mierdas como esta. Queda a diez minutos a pie. Ya verás que todo estará bien.

La clínica era un pequeño edificio color bilis sin afeites, con sillas plásticas en la sala de espera y una máquina de café que tosía furiosa cuando escupía el líquido ralo. Sin embargo, el despintado espacio guardaba dentro de sí a un tesoro de la medicina y la compasión llamado Jeny Gómez. Jeny era una ginecóloga-obstetra que luego de graduarse con una de las calificaciones más altas de su clase y certificarse en dos subespecialidades, había rechazado las muchas ofertas de trabajo que le llegaron para aceptar dirigir un grupo de

doce clínicas comunitarias regadas por los suburbios más relegados de Madrid. La cadena de clínicas se sostenía de donaciones de fundaciones y alguna ayuda del gobierno cuando se acordaba que las clínicas existían. La doctora supervisaba la compleja operación de la docena de instalaciones y además, tenía sus oficinas y práctica ginecológica en Carabanchel. Jeny era jovial y poseía una voz dulce y serena capaz de calmar cualquier histeria. Era una criatura rara dentro de la medicina: no veía lo que hacía como una profesión o un trabajo, sino como un sacerdocio, y como sacerdotisa que era, sabía que era en los barrios humildes como aquel donde realmente era necesaria.

En la práctica ginecológica y como filosofía de vida, Jeny prefería a los hombres lo más lejos posible de los sistemas reproductivos de las mujeres. Había atendido y consolado a mil mujeres como Lea, quienes pasaban por el vía crucis predecible que suponía haber confiado en una pareja mayor, con más poder, dominante y narcisista. Lea Amaya, sin embargo, la conmovía de una manera particular. Quizás era por su aspecto delicado, que le evocaba a una Campanilla de Peter Pan, o quizás por esa mirada perdida, desubicada. Jeny reconocía el terror cuando lo veía. Nuevamente miró los resultados de la prueba de orina que le había hecho más temprano esa misma tarde.

Quizás Lea esperaba un golpe, pero no dos. La chica no solo estaba embarazada, sino que había arrojado positivo a la clamidia en el panel de exámenes de enfermedades de transmisión sexual que Jeny rutinariamente le hacía a sus pacientes. La entrevista inicial con ella, su lenguaje corporal y su vasta experiencia le decían que seguramente fue él quien la contagió, por lo que la noticia supondría revelarle a Lea que su pareja le era infiel. Esta era la parte de su misión de vida que hubiera querido delegar, y sin embargo, sabía que era de las más importantes. Se puso de pie, se alisó su bata blanca y le pidió a la enfermera que hiciera pasar a Lea sin su acompañante. La chica entró sin hacer ruido, con la mirada azorada.

—Lea, pasa, pasa. Toma asiento.

—Gracias, doctora. ¿Cuál es la sentencia?

—Por favor, llámame por mi nombre, Jeny. Estoy aquí para ayudarte en este proceso. En efecto, estás embarazada. Te hice la prueba de

orina y por la información que me diste antes, calculo que tienes tres semanas y poco más. No sé si estas son buenas o malas noticias para tí.

—Son malas. Malísimas.

—Lo siento. Entonces me ahorro la charla del embarazo y te pongo al tanto de tus opciones en breve. Antes, hay algo más que debes saber.

Jeny observó como Lea, quien estaba segura de haber escuchado lo peor que podía enfrentar ese día, abrió sus ojos despavoridos. Tenía las pupilas del color azul de los mares profundos que casi llegan a ser negros.

—Has dado positivo a una enfermedad de transmisión sexual llamada clamidia. No es nada grave; la tratamos con antibióticos por unos días y listo. Te pregunté inicialmente, pero vuelvo a preguntar: ¿tienes una pareja sexual nueva o varias parejas?

Lea la miró sin pestañear. Jeny se puso de pie detrás de su escritorio y caminó para sentarse a su lado, eliminando la barrera entre ellas.

—No. Solo tengo a mi novio, como te dije.

—Entonces el contagio vino de él. Le debes informar para que a su vez le deje saber a las demás parejas que tenga. Puede venir a la clínica o…

La muchacha se echó a reír bizarramente hasta llorar. La idea de Paul allí, fuera de su mundo cuidadosamente diseñado, era una tragicomedia. Reflexionó que si ella tenía clamidia, sin duda Luna María también, y eso le proveyó un leve consuelo vengativo. Se secó las lágrimas con una servilleta que le dio la doctora.

—No me voy a preocupar por él, Jeny.

—Me indicaste que el embarazo no es una buena noticia. Puedo hacerte el curetaje necesario esta misma tarde o mañana, o te puedo referir a la agencia de adopción con la que trabajamos. Aquí tienes la dosis completa de antibióticos, que debes comenzar a tomar de inmediato y terminar hasta la última tableta. No puedes tener sexo durante el tratamiento, ni beber alcohol, ¿eh?

—Descuida, Jeny. No pienso volver a tener sexo jamás.

—Si tuviera un duro por cada vez que he escuchado a una paciente decir eso, mis doce clínicas tendrían pisos de mármol. Volverás a tener

sexo, solo que quizás con una mejor pareja, que respete el acuerdo mutuo que tengan. Intuyo que en este caso pensabas que se trataba de una relación monógama.

—Sí. La propuso él.

—Eso también lo he escuchado y para algunos hombres eso significa que la fidelidad se la guardes tú a él, pero no necesariamente a la inversa. Eres tan joven y brillante. Te esperan días mejores, te lo aseguro.

—¿Cómo sabes si soy brillante o solo una imbécil, que es como me siento?—preguntó Lea mientras se soplaba la nariz. Jeny sonrió.

—Fui a ver *El clic de la sorpresa.* Me pareció extraordinaria. Compré una de las fotos, la del cartel.

—*La sorpresa de Lucía*… ¿Fuiste tú quien la compró? Que casualidad increíble. Esa noche… el francés alto que auspiciaba la exposición…

—¿Es él?

Lea asintió. Tomó el frasco plástico de antibióticos, lo echó en su mochila y se puso de pie.

—Gracias por todo, Jeny. Sobre todo, gracias por no juzgarme.

—No estoy en el negocio de juzgar a las mujeres, aunque admito que se me da muy bien lo de juzgar a los hombres. ¿Qué vas a hacer sobre el embarazo?

—No sé. Estoy medio paralizada con esta doble mala noticia. Necesito pensar y para eso tengo que alejarme de aquí. De Madrid, me refiero.

—Carabanchel no será igual sin ti. Extrañaré tus fotografías—le dijo Jeny con una sonrisa desbordada de empatía.

En un gesto inusitado en ella, Lea se acercó a la doctora y la besó en cada mejilla. Salió a la recepción y continuó hacia la salida haciéndole señales a Lucía para que la siguiera. Una vez afuera, ambas encendieron cigarrillos.

—Dímelo de una vez, que me estoy muriendo de los nervios.

—El hijo de puta de Paul me contagió con clamidia.

—¿Qué cosa?

—Una enfermedad de transmisión sexual, por estar follando con Luna María, la ex, la próxima y seguramente la vecina.

—¿Es grave? ¿Y el retraso en la regla?

Lea apagó el cigarrillo a medio fumar y lo pateó hacia el agua maloliente que corría por la orilla de la acera. Se llenó los pulmones y en ese momento de encrucijada, irremediablemente alineó su destino con el de Paloma Palomero, quien en aquel instante, a 377 kilómetros de distancia en Andorra, trabajaba el segundo turno en el bistró sin saber que en unos años, la decisión de Lea se convertiría en su herencia.

—No, no es grave. Con antibióticos estaré bien en unos días. Y no estoy embarazada—respondió sin mirar a Lucía. No pudo evitar el impulso de negar su embarazo; a ella misma le costaba creerlo. En su aturdida mente, si no lo apalabraba, no existía. Lucía la abrazó y dio un par de saltos.

—Entonces, no todo está perdido. ¡Qué alivio! Esto me ha pasado un par de veces es un coñazo. No sé tú, pero yo necesito una caña.

Las fotógrafas se refugiaron en un bar cercano llamado Las cinco patas del gato, que estaba decorado con carteles, garabatos y piezas de los miembros del Carajillo y otros artistas del barrio. Mientras Lucía aseguraba dos taburetes en la barra y ordenaba cervezas, Lea intentó estirar los minutos para organizar sus ideas.

—¿Entonces? ¿Le vas a decir a Paul? ¿Qué es lo próximo?—Lucía retomó la conversación.

—No hay nada próximo con Paul. Me acaban de entregar evidencia irrefutable de que me es infiel, y que ni siquiera se molesta en tomar medidas para protegerme. No tengo nada más que hablar con él.

—¿Dónde vas a vivir? Te invitaría a mi piso pero somos cuatro y aquello no hay quien lo aguante. Por eso he tirado un catre en la colectiva, para poder echarme siestas de vez en cuando.

—Me regreso a Barcelona.

Al escuchar la mención del nombre de su ciudad, Lucía miró a Lea con la melancolía que evoca recordar el punto de partida propio.

—¿En serio, Lea? ¡Pero si aquí te va fenomenal!

—Allá también me irá bien. Mi primer trabajo aquí fue una recreación de fotos que tomé en Barcelona, ¿recuerdas? Allí están mis hermanas y sobrinos, y tengo un piso alquilado. Necesito regresar y

dejar atrás a Paul.

—Eso sí que es una mala noticia. No sabes cuánto te voy a echar en falta.

—Lucía, sé que lo que te voy a proponer suena a impulso pero mientras más lo pienso, más sentido me hace. ¿Por qué no te regresas conmigo a Barcelona? Allá también están los tuyos, y puedes vivir en mi piso. Es céntrico y amplio. Ahora mismo solo lo ocupa una chica, Isabel, porque la otra se mudó, así que hay dos habitaciones desocupadas.

Lucía la escuchó sin interrumpir, dejándose seducir por la idea. Por aquel entonces, Lucía Alcina llevaba ya cinco años en Madrid. Llegó a la ciudad a principios de los 90 y había echado mano de cuanta oportunidad que se le cruzó, sin tener mucho que mostrar por sus esfuerzos. Había trabajado como fotógrafa, modelo, actriz, tramoyera y camarera de bar, y participado en varias exposiciones bien recibidas, pero todas en colectivo. Lo más interesante que le había ocurrido desde hacía algún tiempo había sido la llegada de Lea y el proyecto de *El clic de la sorpresa* para el cual ayudó en calidad de asistente, además de modelo.

—¿Y qué voy a hacer allí?—Lucia no se dio cuenta de que en la formulación de la pregunta, ya había accedido.

—Esa es la mejor parte de la idea, Lucía. Podemos organizar la segunda colectiva del Carajillo en Barcelona. Un concepto como el que tenemos aquí sería exitoso, con el mismo nombre, y que facilite intercambios y colaboraciones de artistas entre las dos ciudades—. Lea fue puliendo la idea y cuando terminó, se dio cuenta de que llevaba tiempo dándole vueltas.

Lucía jugaba con la punta de su cola de caballo, una costumbre que Lea le corregía a cada rato, pero que en ese momento dejó pasar.

—No es mala idea… Puede funcionar.

—Es una idea fenomenal.

—¿En serio nos vamos?

Las mujeres se abrazaron alborozadas y chocaron sus vasos de caña. En ese brindis quedó sellado el regreso de Lea Amaya y Lucía Alcina a la ciudad que las vio nacer, cada vez más y más cerca de Paloma

Palomero.

Capítulo 23
Ilusión óptica

Barcelona

Junio de 1997

La mañana de su boda con Xavi Alcina, Lea despertó sola en el piso de soltera del que estaba próxima a despedirse. Aquel lugar había sido su hogar desde los diecisiete años, cuando su padre la dejó allí con una llave, e instrucciones de que se buscara la vida. Sin embargo, en aquel lugar había encontrado la libertad que había dado paso a su independencia y a su trabajo.

Tal y como lo había anticipado por años, a las pocas semanas de su regreso a Barcelona, su padre le anunció que se disponía a vender su antiguo departamento de soltero. Su última compañera de piso y futura cuñada, Lucía Alcina, sollozó cuando Lea le dio la triste noticia. Se abrazaron y desahogaron sus penas: una por despedirse de aquel espacio tan querido, y la otra por quedarse en la calle. Lea tenía el asunto resuelto con el nuevo piso que su prometido, Xavi Alcina, había separado. Para Lucía, regresar a su barrio de origen a vivir con su madre, supuso tragarse un orgullo amargo y sentir que había fracasado en su intento de escapar de allí. Lea lo sabía, pero no podía hacer nada.

Abrió los ojos, y vio su sencillo traje de novia en la percha que colgaba de la puerta. Había pasado la madrugada vomitando, y no por el alcohol, que no consumió durante la fiesta de la noche anterior, sino por los tres meses de embarazo que ya había marcado en su calendario. Se levantó a vomitar nuevamente, se lavó la boca y se miró al espejo. La maquillista que llegaría más tarde tendría que lograr un milagro para ocultar aquellas ojeras. Pasó una mano sobre su abdomen, aún plano. Si allí no se podía atisbar todavía su embarazo, en sus senos sí: estaban sensitivos y apenas se contenían en su vestido de novia. Xavi los disfrutaba enormemente.

Encendió la radio del abuelo y buscó algún programa que espantara el silencio de la habitación y sus propios pensamientos. ¿Qué estaba

haciendo? ¿Se había vuelto loca? O, por el contrario; ¿era esta boda lo más sensato dentro de su situación? Pensó en Paul Brun, donde siempre terminaban aquellas conjeturas espirales que no le daban tregua. Sabía que debió terminar su embarazo aquella misma tarde en la clínica de Jeny. A veces intentaba achacar el impulso de no hacerlo a algún sentimiento maternal subyacente, nunca antes detectado. Pero sabía que esa no era la razón. No había una razón. Había un cúmulo caótico de motivaciones, que entre todas, no sumaban una sola explicación lógica. La primera era que se trataba del vástago de Paul, y esa motivación obliteraba todo lo demás, porque si el accidente hubiese sido el resultado de un ligue con cualquier otro, no habría vacilado en deshacerse del problema. También estaba la idea romantizada que tenía de sí misma, cuando recordaba las muchas tardes con sus sobrinos en el parque de Cervantes o el Laberinto de Horta, y comiendo rosquillas de Santa Clara. Pensó en esas salidas domingueras, en la alegría pura y sin complicaciones que sentía cuando estaba con los hijos de sus hermanas, y de pronto la maternidad le pareció algo normal y llevadero, que ella podría replicar. Imaginó un hogar estable con una madre feliz y presente, y una figura paternal como Xavi, que viviría para su familia, sin duda; un hogar como el que ella misma nunca conoció.

Lea se había impuesto como límite la octava semana de su gestación, justo antes de entrar en los tres meses, para sincerarse con Xavi sobre su situación mientras aún tenía opciones. Pero cuando apenas comenzó a decirle que estaba embarazada, el muy ingenuo brincó a la conclusión que era el padre y le propuso matrimonio al instante. Como una imbécil, Lea se encontró llorando e inexplicablemente, accedió. Aunque su intención inicial había sido decirle la verdad, la reacción impulsiva del hermano de Lucía al asumir que era el padre, le resolvió muchos problemas a Lea. Necesitaba en quién apoyarse, y Xavi estaba más que presto para sostenerla. Eso era lo que más lamentaba, que la compañía siempre segura y hasta servil de su nuevo compañero, se había convertido en una excusa para usarlo para curar sus propias heridas. Se detestaba por ello, pero no lo suficiente como para dar marcha atrás.

La fotógrafa le pidió a su prometido que guardara la noticia del embarazo hasta después de la boda. Le dijo que no tenía interés en una ceremonia elaborada como las que había pasado años fotografiando, y que tampoco hubieran podido costear puesto que Lea no tenía planes de pedirle a sus padres que pagaran por la boda. El licenciado Amaya y su elegante exesposa, con sus respectivas nuevas parejas, apenas habían coincidido con Xavi un par de veces en cumpleaños de nietos y, como era de esperarse, no se mostraron impresionados con él. Así las cosas, la boda se concretó rápidamente con una invitación a una veintena de amigos y familiares que se congregó en el *Saló de Cent* del ayuntamiento de Barcelona una tarde a finales de junio de 1997. De allí, el grupo partió hacia una pequeña recepción en un lugar que había encontrado la misma Lea, y que pudo reservar de milagro gracias a una cancelación de última hora. *Cottage dans le jardin* en una casona llamada La Valenciana era perfecta para la ocasión. Sara Ruz, la encantadora propietaria, ayudó a la novia con el menú, la música, los arreglos florales, el pastel y el arreglo de una pequeña mesa para los novios decorada con ramos amarillos de Ginesta, la flor nacional de Cataluña, mezclados con azucenas y rosas. El toque mágico de Sara convirtió un día que comenzó con náuseas, en una tarde alegre y reconfortante, con sus hermanas, sobrinos y hasta sus progenitores a su alrededor.

Lucía se puso de pie y comenzó el brindis por los novios. La novia la escuchó distraída con el recuerdo de la conversación entre ambas la noche anterior, durante su despedida de soltera. Su nueva cuñada y Raúl León, quien había llegado de Madrid para la ocasión con la inseparable Maialí, se las ingeniaron para organizar una fiesta en un club *drag* que en otro momento, y sin náuseas, Lea hubiera disfrutado mucho más. En un momento de la noche, cuando terminó el número de una de las cantantes y amainó un poco el volumen en el club, Lucía se sentó a su lado.

—Quizás es tarde para preguntarte esto, Lea, y no lo he hecho antes porque nunca he visto a mi hermano tan feliz, pero tengo que saber. ¿Le quieres, o estás sacando un clavo con otro, en este caso, el de Paul?

Lea se obligó a sostener aquella mirada y no parpadear. Pensó en el delicado castillo de naipes que era su vida, y lo fácilmente que podía quedar nuevamente a la deriva. Como sus padres la dejaron a la deriva. Como también lo hizo Paul. Esta vez, necesitaba anclar.

—Claro que quiero a Xavi, Lucía. Muchísimo. Nunca he conocido a un hombre que me haya hecho sentir tan protegida, tan querida—contestó Lea, y esa parte era cierta—. Sé que esta boda sorpresa te ha movido el piso. Pero después de la pesadilla que viví con Paul, no tengo dudas de que esto es lo que quiero: casarme con tu hermano y comenzar una familia cuanto antes.

Lucía sonrió, pero algo le decía a Lea que su amiga no estaba convencida del todo. Si su cuñada dudaba de sus motivaciones ahora, cuando anunciara su embarazo, tan instantáneo como la boda misma, sin duda Lucía llegaría a la conclusión obvia: que Lea le mintió cuando le dijo que no estaba embarazada. Devolvió su atención al brindis y se obligó a mantenerse tranquila: sabía que su amiga sería incapaz de herir a su hermano menor con tamaña conjetura como aquella.

Irónicamente, la única foto de su boda que enmarcó, y luego dejó atrás en el piso de Xavi al desaparecer, la tomó Lucía. En la imagen espontánea, los novios corrían por un laberinto del jardín coronado de un dosel de ramas de árboles en medio de una lluvia de arroz y pétalos de flores lanzados por los invitados. Lea sonreía en su sencillo vestido blanco de satén y una solitaria orquídea detrás de una oreja, mientras Xavi le besaba la mano izquierda.

Σ

Los primeros años del matrimonio Alcina-Amaya fueron consumidos por la adaptación inevitable al aluvión de cambios que le sobrevino a la pareja. Cuando supieron que Lea esperaba gemelos, la fotógrafa quedó paralizada de pánico, mientras que Xavi celebró como si le hubieran duplicado un premio de lotería. Lea recordó entonces cuando Paul le contó que su novia de juventud había dado a luz a gemelos que no habían sobrevivido.

Durante los siete meses “oficiales” que duró el embarazo de Lea,

Xavi trabajó turnos dobles casi todos los días, y con esa entrada adicional de dinero y los ahorros de su esposa, decoraron y prepararon el piso para los gemelos. La llegada de Cecilia y Enric requirió de una cesárea y supuso una fuerte recaída emocional para Lea, quien luego de pasar la etapa inicial de las náuseas, había llevado un embarazo sin complicaciones, y un día hasta se sorprendió sonriendo cuando terminó de montar el coche doble. Pero la dura realidad de la llegada no de uno, sino de dos infantes con el inconfundible color de ojos que le recordaba a diario a Paul, y la ruptura de su preciada amistad con Lucía, la sumieron en una severa depresión luego del parto. Nunca buscó ayuda, y eventualmente aprendió a vivir con una melancolía perenne que se negaba a abandonarla.

Cuando Lea dio a luz supuestamente a los siete meses, Lucía confirmó lo que siempre pensó: que su cuñada había tenido en realidad nueve meses de embarazo y que los gemelos no eran hijos de Xavi sino de Paul Brun. Nunca lo hablaron, pero no era necesario. Lucía continuó estoicamente con su rol de tía de los chicos y hermana de Xavi, pero le retiró la amistad a su cuñada y nunca respondió a los muchos mensajes desesperados de Lea.

Poco a poco se acostumbró a aquella vida, que se sentía como una cicatriz cuyo dolor era imperecedero. La depresión se asentó en una rutina con la que navegaba las horas, los días, los meses…y por fin, los años. Los niños ingresaron a la guardería cuando cumplieron tres años, y Lea se encontró con algún tiempo en las manos, tiempo que no estaba ocupado en preparar meriendas, organizar cumpleaños o coordinar visitas al pediatra. Comenzó a dar largas caminatas por las mañanas, luego de dejar a los gemelos en la guardería. Desempolvó sus cámaras y regresó a sus viejos callejones en busca de inspiración, pero sus amistades y contactos en ese mundo se habían movido a otros proyectos, y la nueva cepa de artistas independientes era desconocida para ella. Recordó su sueño de abrir en Barcelona otra colectiva del Carajillo junto a Lucía. Ahora que podía hacerlo, no se veía emprendiendo ese proyecto sola, y la deprimía recordar que había sido un anhelo compartido con su cuñada, cuya amistad había perdido.

A lo largo de los años, Lea tuvo un par de amantes inconsecuentes que resultaron en escaso desahogo. No buscaba sexo; buscaba estar nuevamente con Paul Brun y borrar su tristeza con su cuerpo. Era en Paul en quien pensaba cuando hacía el amor con su marido, o con alguno de sus amantes incidentales. Se trató de convencer de que había tomado la decisión correcta al casarse, pero no encontraba paz, y con el tiempo aceptó que nunca la encontraría lejos de su mundo creativo y de Paul, dos añoranzas que en su mente estaban entrelazadas. Finalmente asumió esa realidad irremediable sobre sí misma el día en que los gemelos cumplieron siete años. Cecilia estaba vestida de la Sirenita y Enric de pirata, y mientras se inclinaron al unísono sobre el bizcocho para soplar las velas, y la luz dorada iluminó sus caritas, Lea por fin admitió a lo interno que aquella vida se sentía como una impostura, como prestada de otra mujer que disfrutaba de cumpleaños infantiles y de acompañar a su marido a salidas con amistades igualmente casadas a ver partidos de fútbol. Tenía que escapar de aquella existencia errada, pero no tenía idea de cómo. Abandonar a su marido y a sus hijos era una monstruosidad, una de esas historias de cobardía humana que horrorizan cuando se escuchan sobre otras personas.

Una tarde poco después de ese cumpleaños, Lea recogió a los gemelos en la escuela, y Cecilia le mostró un *flip-book* que había tomado prestado de la biblioteca: un librito de ilustraciones tipo "cine de dedo". El pequeño libro creaba un truco de ilusión óptica al recoger una secuencia de imágenes, en este caso de un sapo saltarín, que progresaba gradualmente de una página a otra. Pasando las páginas con velocidad utilizando el pulgar, se creaba una percepción de movimiento… el sapo brincaba y bailaba para terminar con una reverencia. Lea recordó haber visto esos cines de dedo en su niñez, y miró aquel libro que contenía entre sus páginas una efímera película portátil. La chispa creativa de Lea por fin se encendió, luego de años de invernar, y le ofreció una idea que se materializó rápidamente. Al día siguiente, la fotógrafa llamó a una de sus antiguas compañeras de piso. Isabel había estudiado en el Centro de Danza de Cataluña y trabajó por años para ser aceptada en la Compañía Nacional de Danza

de la ciudad. La idea de Lea era sencilla: le propuso a Isabel y a un par de sus amigas en la Compañía Nacional que posaran para ella en vestimenta de ballerina con el trasfondo del Barcelona urbano. Para estas sesiones, las chicas se levantaban los domingos de madrugada para poder esperar el momento exacto para colocarse en medio de La Rambla, o de la gran vía *les Corts Catalanes,* y ser fotografiadas por Lea en un breve movimiento de baile en el escenario desierto de la ciudad al romper el amanecer. Las fotografías que tomó en los suburbios pobres a lo largo del parque fluvial del Besòs donde Xavi y Lucía se criaron, resultaron las mejores. El contraste de los delicados vestidos y poses de las bailarinas con la entropía del entorno periférico de la ciudad eran un asalto seductor a la vista, pero optó por no usarlas porque eran imágenes muy complejas para aquel primer proyecto. Escogió un movimiento sencillo capturado en el gris monocromático de un callejón del barrio gótico, en el que Isabel vestía un atuendo rojo de pies a cabeza, incluyendo las zapatillas de puntas. Capturó un rápido *cabriole* en una sucesión de imágenes, y montó su primer libro de cine de bolsillo en un formato en blanco y negro donde el único elemento de color era el atudendo de Isabel. Registró su publicación y derechos a nombre de Arte Clément, en honor al nombre con el que su abuelo había firmado algunas de sus imágenes más interesantes. Con esa remembranza, quedó engavetado el alias de La Amaya que había usado durante su carrera profesional.

Lea llevó veinticinco copias de su primer ejemplar a un establecimiento de recuerdos finos en la calle de Córcega, que los aceptó a consignación. En una semana, se habían agotado. Produjo ejemplares de otros cinco pequeños libros con bailarinas distintas. A los pocos meses, Isabel la llamó para darle la noticia de que la Compañĩa Nacional de Danza deseaba comisionar una serie de sus libros para obsequiar a mecenas, y vender en las funciones. El proyecto, que había mantenido privado hasta ese momento, tuvo que ser compartido con la familia, aunque en versión editada. Lea le dijo a su marido que había conseguido un trabajo temporero con la Compañía de Danza, sin ofrecer muchos detalles. Convirtió la sala del piso en su área de trabajo y contrató a una vecina para que recogiera

y cuidara a los gemelos en las tardes de modo que dispusiera de tiempo adicional para procesar órdenes, o trabajar en la creación de nuevos ejemplares de aquellos libritos de pura ilusión óptica. Lea reclutó a dos de sus sobrinas adolescentes para que la ayudaran en su taller improvisado; las chicas empacaban, recogían libros de la imprenta, hacían entregas, y depositaban los cheques de pagos de los clientes.

Entonces, una tarde, con una llamada de la Fundación "la Caixa" para adquirir sus libros para la tienda de recuerdos de la sala de exhibiciones CaixaForum en Barcelona, Lea vio una ruta abierta para escapar de aquella vida que había elegido por error.

Σ

—¡Dichosos los oídos que te escuchan, Lea querida! Hace demasiado tiempo que no te dejas ver. Pero por lo que veo, estás ocupada en tu trabajo, ¡por fin!

—Así que viste mi correo electrónico, Raulillo.

—Hice más que verlo. Se lo compartí a Maialí, y quiere verte de inmediato. Este puede ser tu regreso al trabajo artístico, Lea.

—¿Mis libros de cine de bolsillo? Lo dudo.

—No sé que discurre por la mente loca de Maialí, pero me pidió que te llamara luego de ver las fotos de las bailarinas en esos barrios de mala muerte. Por cierto, menudo *nom de plume.* Clément. Me gusta.

—Clément Amaya Gardot era mi abuelo paterno. Nunca lo conocí, y sin embargo, todo lo que sé y lo que amo se lo debo a él.

—¡No puedo esperar a que llegues! ¡Apúrate, guapa!

—Dame unos días para organizar mis asuntos aquí, y os enviaré la información de mi llegada.

—No hagas reservas de hotel, que te quedarás en mi piso, ¿eh?

Lea colgó el teléfono y permaneció por media hora sentada en su escritorio de trabajo, con la mirada perdida en el vacío. Al rato se puso de pie, caminó hasta el baño y se echó agua fría en el rostro. Intentó mirarse en el espejo, pero esquivó su propia vista. Regresó a su escritorio y le escribió un largo correo electrónico a sus dos sobrinas con instrucciones de cómo seguir corriendo la producción y entregas

de los libros, mientras ella se ausentaba por unos días. Al día siguiente, acudió personalmente a la imprenta que producía sus libros y dejó las maquetas de diseños para los próximos tres ejemplares, que estaban destinados exclusivamente a "la Caixa". De regreso a su piso, sacó una maleta pequeña del armario y cuando terminó de llenarla de ropa y objetos personales, la ocultó cuidadosamente debajo de la cama matrimonial. Se ocupó de pagar por adelantado el próximo semestre de la escuela de los gemelos, y de dejar su agenda de cumpleaños de amiguitos adherida a la nevera con un imán de Disneyland Paris. Llamó a su vecina para pedirle que llevara a los niños a la escuela en las mañanas, además de recogerlos en las tardes, y le adelantó el pago de tres meses. Dos días después, hizo una segunda maleta, esta vez un poco más grande. Cuando estuvo llena, la escondió al lado de la primera debajo de la cama. Por las noches, yacía despierta… escuchaba a Xavi roncar y sentía casi físicamente la gravitación de las dos maletas debajo del colchón, jalándola hacia el vacío.

El jueves siguiente era el cumpleaños de Lucía, y lo celebraron con una cena familiar en un restaurante de *chifa* peruana que ella misma escogió. En medio del barullo de los gemelos, la abuela, Xavi, y las amistades de Lucía, los ojos de las dos fotógrafas por fin conectaron, luego de años de esquivarse. Pudo ver el odio destilando de los ojos de su cuñada. Ridículamente, sintió que Lucía podía intuir sus planes. Esta vez, Lea no pudo sostener la mirada y bajó la vista, llena de culpa, pero también de determinación. De regreso al piso, cargando a los gemelos vencidos por el sueño, la pareja terminó el rito nocturno compartido de ponerles pijamas y acomodarlos en sus camas. Lea le ofreció a Xavi un chupito para cerrar la noche, y mientras lo servía le comentó en tono casual que al día siguiente iría a Madrid a la despedida de soltera de una de las bailarinas de la Compañía de Danza, con quien había entablado amistad.

—¿Madrid?—preguntó Xavi, tomándola de la cintura por detrás y besándola en el cuello. Lea se obligó a no desprenderse de aquel abrazo que le repelía.

—Sí, porque la boda es en Madrid y su familia es de allá. No te preocupes por tus turnos; hablé con la vecina para que cuide a chicos

si tienes que trabajar.

Lea permaneció casi inmóvil en la cama esa noche mientras Xavi, sin saberlo, le hizo el amor por última vez. A la mañana siguiente, luego de servir el desayuno a su familia y despedirse, regresó a la habitación matrimonial y se asomó debajo de la cama. Cuatro maletas de diversos tamaños estaban listas, esperando por ella. La acumulación paulatina de maletas en tamaños crecientes durante los pasados días, había alimentando su voluntad de llevar a cabo aquella perfecta locura. Con cada nueva pieza de equipaje que completaba, el paso que estaba próximo a dar se iba sintiendo más posible, más real. Entró por última vez a la habitación de sus hijos, cambió la ropa de cama, dobló y colocó una última tanda de piezas limpias en las gavetas, y dejó todo meticulosamente ordenado. Luego se bañó y rescató del fondo de su armario un elegante vestido color coñac, una de las pocas piezas que había conservado de las adquiridas años antes por Paul. Se lo puso y el material cremoso sobre su piel la transportó a su vida pasada con el francés, al año que vivió con él y que la cambió irremediablemente. El vestido aún le entallaba; su larga batalla con la depresión la había hecho perder peso y estaba más delgada que antes de parir. Calzó unos tacones altos a juego, y sacó de lo profundo de una gaveta el brazalete de serpiente que le había regalado Paul en su cumpleaños veintiséis. Ahora, ya entrada en su tercera década de vida, la pieza le sentaba mucho mejor. Se lo puso como collar, en vez de pulsera, se maquilló y se pasó los dedos por su cabello, que ahora lucía en un paje rubio con partidura al centro que ocultaba el tatuaje en la nuca. El espejo le devolvió a la Lea que años atrás se paseó por Madrid del brazo de Paul Brun.

Se sentó nuevamente en su escritorio a escribir una carta dirigida a Xavi. Comenzó y se detuvo cinco veces. No encontraba cómo explicar lo inexplicable, cómo admitir lo imposible. ¿Qué se hace cuando las reglas que gobiernan una vida no hacen sentido? ¿Cómo se logra una tregua en esa guerra entre la responsabilidad y el oxígeno necesario para seguir viviendo? Lea tiró a la basura varios borradores antes de desistir. Una carta no podía aminorar el golpe que estaba por atestar a su familia. Con un boleto de ida sin regreso en la mano, llamó a Raúl

y le avisó de su hora de llegada a Madrid.

Por último, llamó a un servicio de taxi. A media mañana ya estaba en la estación de Barcelona-Sants en ruta de regreso a Madrid.

No volvería a pisar Barcelona por el resto de su vida.

Capítulo 24
Desaparecida

Madrid

2004

Lea llegó a la estación de La Atocha y quiso besar el suelo, estilo papal. Raúl y Maialí la recibieron con abrazos, y cualquier duda que pudo albergar sobre el paso que acababa de dar, se disipó en la euforia de esa bienvenida. Un chofer con limusina los esperaba a la salida.

—Maialí, no tenías que ponerte con estos lujos, pero ya que lo hiciste, ¡genial!

—El carruaje de reina se lo debemos a Raúl.

—En realidad se lo debemos a Daniela Solé. Lo cargué a la cuenta de la revista. Me pareció justicia poética que pagara por tu transportación, luego de tantos años de sacrificio allí y de lo mal que habló de ti cuando te fuiste.

—Me dijeron que una escultura sevillana pagó las consecuencias de la rabieta. ¡Qué falta me han hecho! ¿A dónde vamos?

—Lo primero, primero. Vamos a comer—dijo Maialí, feliz de tener a su amiga y colaboradora de vuelta. Nunca había encontrado un reemplazo que se acercara a los montajes y la visión de Lea, y esta vez no dejaría escapar el talento de la fotógrafa. Fueron a un restaurante japonés y comenzaron a ponerse al corriente de sus vidas.

—A juzgar por tu equipaje, parece que esta no es una visita de fin de semana—. La fotógrafa esperaba la pregunta, y agradeció que Mailalí aguardara al menos hasta el postre para indagar.

—No, no lo es. Hablé con Xavi y acordamos que me tomaría esta oportunidad para regresar al trabajo artístico. Hice arreglos para el cuido de los gemelos y no tengo fecha fija de regreso. Estoy deseosa de escuchar qué te traes en mente, Maialí.

—¿Hablas en serio?

—Sí, muy en serio. Ya los chicos ya cumplieron siete años, y es tiempo de retomar mi carrera.

—¡Pues qué buena noticia, bonita! En casa eres bienvenida por el tiempo que gustes—dijo Raúl, ordenando otra ronda de sake.

—Pues ahora que Lea nos da estas buenas nuevas, quizás sea mejor que se quede en una de mis habitaciones de huéspedes. Tengo dos vacías en mi *pied-à-terre* y estará más cómoda que en tu departamento. Además, con ella en la casa podemos adelantar más rápidamente los proyectos que les quiero proponer.

—No quiero interrumpir tu rutina, Maialí.

—Al contrario, querida. Juntas vamos a hacer cosas maravillosas, empezando por un libro de gran formato de tus fotografías, que recoja una curaduría de las imágenes de las bailarinas en los barrios pobres de Barcelona, con algunas capturadas en Madrid, en barrios como Carabanchel, por ejemplo, siguiendo la misma idea. Sería editado y publicado bajo tu nombre por mi compañía y tendría distribución inmediata en todos los hoteles y propiedades que he diseñado. Ya estoy pensando en una serie de libros de diversos temas, propios y comisionados. Los mismos hoteles serán los primeros clientes. Deseo que retomes el diseño de todas mis puestas en escenas, desde vitrinas hasta eventos, además de una colaboración para mi nueva línea de accesorios para el hogar. ¿Qué te parece?

Lea se quedó muda y Raúl, quien tampoco sabía la extensión de los planes de la diseñadora, la miró sorprendido.

—Pero… esas son todas encomiendas mayores. ¿Me estás ofreciendo un puesto de trabajo?

—No. Te estoy ofreciendo ser mi socia. Contigo puedo llevar esta empresa al nivel que quiero alcanzar. Me cuesta admitirlo, pero ya estaría ahí, si no te hubiera dejado ir.

—No estaba en tus manos, Maialí. Luego de lo de Paul, tuve que regresar a casa. Me refugié en mi ciudad, conocí a Xavi, quedé embarazada de inmediato y la vida me cambió. Pero ahora puedo terminar lo que empecé hace años.

—Antes prométeme algo, de socia a socia.

—Lo que mandes.

—Esta vez, no permitas que ningún hombre te descarrile.

Σ

Lea se mudó aquella misma tarde al *pied-à-terre* de Maialí, un espacio de tres habitaciones y balcones con vista al verdegal de la calle, en una finca a corta distancia del parque del Retiro. La residencia estaba ubicada en una calle tranquila cerca de los comercios del barrio Salamanca, y su espléndida decoración era la mejor muestra del trabajo de la misma diseñadora.

La fotógrafa se acomodó en la más amplia de las habitaciones de huéspedes, con vista al parque. Pasó el fin de semana con Raúl y su anfitriona hablando de los muchos proyectos sobre la mesa, que ahora incluían el salto del periodista de Espacio Utópico a dirigir el mercadeo y la publicidad de la creciente operación. El domingo terminó con un pícnic en el parque y un brindis que selló el acuerdo entre los tres.

Al día siguiente, el lunes cuando se suponía que regresara a Barcelona, Lea cambió de número de móvil, cerró su vieja dirección de correo electrónico y abrió una nueva. Unos días más tarde y con un sencillo trámite en el Registro Civil, se cambió legalmente el apellido de Amaya a Clément. Le comentó a sus socios que deseaba usar el mismo nombre artístico de su abuelo. A Maialí le tenían sin cuidado los crucigramas que hiciera Lea con su apellido, mientras continuara a su lado. Así, mientras los mensajes desesperados de Xavi rebotaban contra un número desconectado, la fotógrafa se esfumó de la vida de su familia para renacer en una empresaria de nombre Lea Clément.

Σ

La próximos años volaron, y Lea alcanzó sus treinta y ocho años una noche a fines de abril en una fiesta que Maialí había organizado para celebrar, tanto esa efemérides, como el quinto aniversario de la exitosa sociedad entre ella, Lea y Raúl, ahora director de mercadeo de Norendic-Clément. En media década, Maialí había expandido el negocio original de diseño de muebles artísticos hacia la publicación de libros de arte, accesorios étnicos para el hogar, y una línea de ropa

de cama en una mezcla de seda y algodón que fue un éxito. La firma también distribuía el arte de Lea, cuyas fotos ahora se reproducían en masa a base de la técnica *giclée* y se vendían en los establecimientos de Norendic-Clément, galerías y librerías de arte.

Después del primer año de la desaparición de su esposa, Xavi Alcina comenzó a recibir generosos depósitos en su cuenta bancaria cada par de meses, de parte de una sociedad anónima. La fotógrafa convertida ahora en socia de una respetada firma de diseño, suponía que el marido de la desaparecida Lea Amaya sabía que el dinero provenía de ella, pero se había cuidado bien de que no pudiera confirmar la procedencia de los depósitos. Cada vez que pensaba en los gemelos, bloqueaba el pensamiento y, con disciplina, dirigía sus cavilaciones en otra dirección. Al igual que le sucedería a Paloma Palomero años más tarde, cada día al despertar, Lea se quedaba esperando un golpe de espanto que no llegaba y con el tiempo, las demandas de su nueva vida, que era lo mismo que su trabajo, no dejaron espacio para mucho más, excepto esperar. Esperar por el momento inevitable cuando el eje de su vida intersectara nuevamente con Paul Brun. Durante aquellos años, las interacciones con la firma de Paul habían sido pocas, ya que Maialí y su firma habían pasado de ser una competencia amistosa de producción *boutique*, a una fuerza de marca cuyo impacto en el mercado del mueble de lujo era palpable. En lo posible, Lea se mantenía bajo el radar, aunque inevitablemente ya su imagen circulaba en las revistas que reseñaban los eventos sociales y culturales en la ciudad. Consciente de esa inevitabilidad, Lea había cambiado drásticamente su apariencia; se dejó el cabello largo y lo tiñó de marrón oscuro. Había descartado su ropa de antaño (un estilo híbrido y malogrado de madre ocupada con algún acento de artista) y, excepto cuando estaba trabajando en su estudio, vestía exclusivamente de los diseñadores preferidos de Paul. Su piel traslúcida se ocultaba bajo un bronceado de salón, y siempre llevaba al cuello o en la muñeca la prenda de serpiente que le había regalado el francés. Sus socios observaban preocupados aquella transformación en progreso, pero mantuvieron sus comentarios entre ellos; ninguno se iba a arriesgar a perderla.

Con el correr del tiempo, Maialí y Raúl se dieron cuenta de que Lea no tenía planes de regresar a Barcelona. La fotógrafa hubiera podido ir con facilidad a visitar a su familia, y sin embargo, trabajaba doce horas diarias, siete días a la semana, a menos que Raúl o Maialí insistieran en alguna salida o evento social. Un día, Lea les dijo casualmente, como si les informara de las condiciones del tiempo, que se había divorciado y que había dejado a los chicos al cuidado su exmarido. Esa fue la última vez que habló del tema. Con su pasado nítidamente sepultado, Lea se había preparado bien para el evento de esa noche, que marcaba la primera vez que Paul Brun era invitado a una actividad de Norendic-Clément.

—¡Lea, *miarma!* Nos estamos apañando bien sin necesidad de buscarnos problemas—le había dicho Raúl dos meses antes en una reunión entre los tres para repasar la lista de invitados que necesitaban acortar, pero que de algún modo seguía aumentando.

—Raúl tiene razón. No lo necesitas en lo personal, y en lo profesional, no nos conviene otro lío entre ustedes—razonó Maialí.

—No será un problema. Más bien un reencuentro que tenemos pendiente.

Durante semanas, se encontró distraída con conjeturas sobre si Paul acudiría al evento. Conociéndolo, sabía que eran altas las probabilidades de que le picara la curiosidad. La noche de la fiesta, bajo una terraza improvisada con carpas blancas, una hermosa vista iluminada hacia la Puerta de Alcalá, y el sensual sonido del kuduro de la angoleña Pongo, unos doscientos invitados brindaron por Lea y por el aniversario de Norendic-Clément. Entonces, mientras los tres socios posaban para la prensa de sociales en un mar de luces de cámaras, Lea divisó la silueta imponente de Paul y sonrió, por fin triunfante en su nueva piel de desaparecida.

Σ

Por una fracción de segundo, Paul Brun creyó ver a Lea Amaya, pero lo achacó al whisky que ya había consumido, mientras sostenía el segundo. Observó a una mujer menuda y morena, de lustroso cabello largo, caminar hacia él, abriéndose paso en un lento progreso

interrumpido cada vez que alguien la interceptaba para felicitarla. *¿Lea?* No era posible. Se fijó en su exquisito vestido azul metálico… y recordó aquel otro que compró años atrás para ella. En un instante la tuvo de frente, sonriendo con sorna, segura de sí misma, deleitándose sin pudor en la sorpresa que le estaba provocando.

—Bienvenido de vuelta a mi vida, Paul Brun.

—¿Lea?

—La misma. Los años te han tratado bien.

—No puede ser… Pareces otra—. Sus ojos la recorrieron sin disimulo de pies a cabeza.

—Esa es la idea general.

—¿Eres socia en Norendic-Clément? ¿Con Maialí? ¿Por qué te presentaron como Lea Clément?—El hombre seguía atónito.

—En efecto, soy socia de Maialí y de Raúl León, que recordarás de la revista. Entre otros asuntos, dirijo la división de arte fotográfico. Arte Clément es un nombre que adopté para mis fotografías comerciales—replicó Lea, pronunciando cada palabra lentamente, como si le explicara a un niño. Paul parpadeó varias veces.

—No dejas de sorprenderme. ¿Y este cambio radical de apariencia?

—¿No te gusta?—La mujer levantó el mentón para alcanzar su vista, y sonrió nuevamente.

—Te ves sensacional, pero muy distinta a la Lea que conocí.

—¿Te refieres a la chica tonta a la que le fuiste infiel por un año? Esa Lea ya no existe. En su lugar estoy yo. Pero descuida, que nos vamos a llevar de maravilla, ya verás. Por el momento, ve a decirle a Esther que el amor de tu vida regresó y que por lo tanto, no se verán más.

—Estás loca. ¿Cómo sabes de Esther?—Paul probó su segundo whisky sin dejar de observarla.

—La he visto contigo en las páginas sociales, aunque asumo que no es la única. La fidelidad no es lo tuyo.

Paul miró aquellos ojos cobalto que no se dejaban engañar, y se dio cuenta de que la desconocida hablaba en serio. Sabía que era Lea y a la vez… no era posible que la chica complaciente, dulce y dúctil con la que vivió una vez fuera esta criatura irritante y descarada que tenía de frente. De pronto, la mujer que decía ser Lea se le acercó,

rebasando la escasa distancia entre los dos, y se alzó aún más en sus altísimos tacones. Con sus manos lo tomó por las mejillas, y lo inclinó hacia abajo hasta alcanzarlo. Lo besó de lleno en la boca, maniobrando en terreno familiar. Sintió su lengua invadiendo la suya, sus labios suaves, su deseo expuesto… y entonces recordó. Era el mismo beso de aquella primera noche en la fiesta de Maialí, años atrás. Era el mismo beso que precedió un fin de semana tan memorable que, cuando debió despedirse de la chica, en su lugar se la llevó a casa. Era su debilidad. Por eso siempre tenía algunas gavetas vacías, un espacio en su armario y un cepillo de dientes adicional. Nunca planificó permanecer un año con Lea, pero con el pasar de las semanas, se acostumbró a su compañía, que era inesperadamente sofisticada. Un par de conversaciones durante aquel lejano fin de semana le pintaron un cuadro más completo de la chica. Por más bohemia que se quería presentar, su aventajada educación y trasfondo familiar los llevaba a flor de piel, tan visibles como su tatuaje, en lo que resultaba una combinación deliciosa. Y ahora, esta mujer extraña que decía ser ella, lo retaba y excitaba a la vez.

—Bienvenido de vuelta a mi vida, Paul Brun—repitió Lea, y esta vez, Paul asintió sin rechistar.

Σ

La vida de Paul había cambiado mucho en los años que le tomó a Lea casarse, parir gemelos, criarlos hasta los siete años y convertirse en socia de Norendic-Clément. Paul había ascendido a vicepresidente regional de su firma y dirigía los mercados de Portugal e Italia, además de España. Durante tres años vivió entre Lisboa (donde se reencontró con Luna María), Roma y Milán para distanciarse del ministerio de Hacienda español. Cuando sus auditores y abogados llegaron a un acuerdo con el ministerio sobre sus deudas pendientes, regresó a su casa de Chamartín, y se dispuso a echar raíces por un tiempo. El último año había sido duro para Paul, quien prefería lidiar con la vida exponiéndose a la menor cantidad de contratiempos emocionales posibles. Juliette, su primera novia y a quien consideraba su familia, había muerto inesperadamente de un cáncer de mama que

estaba en metástasis cuando se le detectó. Paul viajó de inmediato a Lyon, y junto al marido de Juliette y sus hijos, estuvo día y noche a su lado durante aquellos últimos dos meses devastadores. Estuvo presente cuando el oncólogo habló con la familia, y supo que Juliette no se había hecho una mamografía hacía seis años. El dolor de Paul se mezcló con rabia por el desperdicio de aquella vida tan preciada, por lo innecesario de la pérdida. Cuando se lo recriminó, Juliette se echó a reír.

—A ver, cuéntame, querido. ¿Cuándo fue la última vez que te examinaste la próstata?

—Te pones insoportable, ¿lo sabías?

—Es mi misión de vida, que está próxima a concluir. No me mires así. ¿Demasiado pronto para hacer chistes sobre mi muerte?

Juliette no perdió su sentido del humor ni al final, y cuando la enterraron en Lyon, Paul se sintió solo por primera vez en su vida. Ya estaba bien entrado en sus cincuenta, sus padres habían muerto, no tenía una relación cercana con sus hermanos, y la única vez que fue padre, con Juliette, los gemelos se despidieron al llegar. Siempre pensó que tuvo suerte de no tener que lidiar con la paternidad, pero ahora se preguntaba cómo hubiera sido su vida si tuviera dos hijos, ahora adultos… una familia que fuera testigo de su vida.

Estaba en medio de esa encrucijada existencial cuando decidió ir al evento de Norendic-Clément, no porque estuviera de humor para socializar, sino porque era parte de su trabajo. Además, quería renovar su relación con Maialí; a Paul le gustaba tener a la competencia cerca. Encontrarse con Lea allí, en las nuevas y extraordinarias circunstancias que la rodeaban, le tomó por tal sorpresa que seis meses más tarde, aún despertaba ocasionalmente pensando que la imaginó. Al día siguiente de verla, les envió sendos arreglos de orquídeas a ella y a Maialí a las oficinas de Norendic-Clément. En la tarjeta de Maialí escribió una nota de felicitación, y deseos de colaboraciones futuras. En la de Lea, puso simplemente su número de contacto y una oración: “Esther es historia”. Pero esta Lea morena no brincó a su cama como la anterior. Comenzaron a tener largas conversaciones telefónicas cada vez más íntimas. A menudo, esas

charlas eran conducidas mientras Lea colocaba el móvil en altavoz para poder trabajar en su estudio mientras hablaban de sus vidas, sus proyectos, la muerte de Juliette, la separación de Xavi, y la desaparición de Lea de la propia vida de Paul años antes.

—Igual no lo tomes tan personal. Se me da muy bien eso de desaparecer de la vida de la gente. Además, te lo tenías merecido por hijo de puta. Te estabas acostando con Luna María y cuanta tía se te cruzaba, y eso, después de pedirme una relación monógama—le dijo una noche mientras lanzaba brochazos de pintura sobre una fotografía en blanco y negro con más agresividad de la necesaria, ejecutando una extraña danza arácnida. La voz de Paul se escuchaba con una leve interferencia por el altavoz del móvil.

—No tengo excusa, lo sé. ¿Por eso desapareciste?

Paul no supo que aquella fue la primera vez que quiso decirle que desapareció porque quedó embarazada de sus gemelos, y sabía que él no los quería. Quiso decirle que estos gemelos vivieron, a diferencia de aquellos otros, y que los dejó atrás por regresar con él, pero también para regresar a sí misma. Quería decirle que no era un ser monstruoso, que en su antigua vida, su mente se estaba marchitando poco a poco, que su existencia menguaba en aquella prisión doméstica. Pero dejó pasar esa primera oportunidad de hablar de Cecilia y Enric; sabía que habría muchas otras.

—¿Te parece poca razón para desaparecer? No me merecías.

—No te merezco aún, pero igual deseo verte y seguir hablando en persona. ¿Paso por tu estudio y me sigues contando? Puedo llevar comida del sitio griego que te gustaba.

—¿Georgios todavía existe? Hacen el mejor *tzatziki* que he probado.

—¿Entonces? ¿Me pasas tu dirección?

—Nadie tiene la dirección de mi estudio, excepto mis dos socios y eso, porque manejan la distribución de las obras.

—Pues entonces ven tú a visitarme. Sabes dónde vivo.

—No puedo Paul. Ya es tarde y mañana tengo mi primera reunión a las ocho de la mañana.

—Mañana es sábado.

—¿Y?

Se veían poco, pero cuando lograban salir a cenar o a tomar unas copas, el caudal de temas que podía disfrutar con Lea se convirtió en un placer renovado para Paul. El próximo abril trajo el cumpleaños treinta y nueve de la empresaria, y Paul le propuso a Maialí y a Raúl organizar una fiesta sorpresa en su casa en Chamartín. A Maialí, quien recordaba bien aquella otra fatídica efemérides cuando su socia cumplió veintiséis años, le pareció un *deja vu* fatal y no perdió tiempo en consultar con Lea los planes de Paul. Para su sorpresa, su amiga dijo que le parecía fenomenal. Sus socios eran sus únicas amistades cercanas, y ni ellos podían descifrar aquella relación. Lea insistía en que era algo casual, pero ni Raúl y menos Maialí se lo creían. Nada era casual cuando se trataba de Paul Brun y Lea Amaya, ahora reinventada como Clément. Lea podía cambiarse el nombre cuántas veces quisiera, pero su debilidad por el francés permanecía inalterada. Ya Maialí se había equivocado una vez sobre la capacidad de Lea de manejar a Paul, y no deseaba repetir el error.

No obstante, luego de la fiesta en la casa de Chamartín, tanto la diseñadora como Raúl intuyeron que algo fundamental parecía había cambiado en el tejido de esa relación. Durante la velada, Paul no se separó de Lea ni tuvo ojos para nadie ni nada más. En el centro de la tertulia de aquel círculo de colegas al que Lea no fue invitada a los veintiséis años, ahora era recibida y respetada, mientras Paul la llevaba del brazo con orgullo.

En el 2011, la noche que Lea cumplió cuarenta años, la pareja anunció su compromiso. El mismo coincidió con la noticia de la mudanza de la pareja a París, a donde Paul debía regresar para asumir el nuevo puesto de vicepresidente de desarrollo global de su firma.

Por fin, Madrid le había pagado a Lea lo que le debía. Era libre de seguir su camino.

Capítulo 25
Cecilia

París

Verano de 2016

La publicidad que había lanzado Olivia era más que decente, tuvo

que admitir Cecilia Clément, quien por aquellas fechas estrenaba un mejor apellido y una mejor dirección residencial. Su hermana de crianza publicaba sus proyectos en su página profesional, *Publicité du chat orange* (publicidad La gata anaranjada), y desde ahí Cecilia seguía con curiosidad los anuncios con el trasfondo de la costa Amalfitana. Las fotos y vídeos de las cenas familiares domingueras en una tal Villa Rosato tenían muchísimos seguidores atraídos por lo que había logrado Olivia: contar una historia en vez de solo vender un producto. En esas coloridas imágenes de eventos familiares aparecía con frecuencia Paloma Palomero por alguna esquina, semioculta, y a veces identificada con el nombre de Victoria Frankl, pero ahí estaba. La misma Olivia aparecía en las fotos de algunos de esos almuerzos, con una larga mesa de mantel rojo y platillos que hacían la boca agua. Hasta los niños y niñas que correteaban por la villa eran hermosos, pensó irritada.

Cecilia Clément desconocía si su padre o el imberbe de su hermano siquiera lo habían intentado, pero tanto Paloma como Lea eran fáciles de ubicar en el universo digital. Si bien ninguna de las dos tenía perfiles personales con sus nombres verdaderos, para quien supiera buscar, aparecían sin mayor dificultad en varios proyectos asociados a cada una: Paloma como Victoria Frankl en las redes sociales de los licores y las de la conductora cubana Yaima Mántici, y Lea Amaya como Lea Clement en las de Norendic-Clément, además de páginas sociales y artísticas, siempre del brazo de Paul Brun.

La hija de La Amaya revisitaba a menudo en su mente el día en que su madre y Paul la recogieron en el aeropuerto Charles de Gaulle. Lea vestía un exquisito conjunto Chanel de chaqueta y falda, notó de inmediato Cecilia. Curiosamente, fue ese el primer dato memorable que registró sobre Lea, a quien no veía desde su niñez: la marca de su vestimenta. Luego vino el incómodo abrazo, que Cecilia no podía determinar si era sincero, y la extrañeza de encontrarse con aquella glamurosa mujer de quien no sabía nada. Sintió alivio cuando Paul hizo un chiste, y desde el primer día, sintió más afinidad con el compañero de su madre que con Lea misma. En el auto, la fotógrafa comenzó a hablar de todo y de nada, manteniendo el encuentro lo más

liviano posible dentro de la obvia incomodidad. En el trayecto, le fue señalando el Louvre, el Arco del Triunfo y el Teatro de la Ópera en el tono animado de una guía turística. Y luego… apareció ante ella el palacete de Paul. La noble casa del siglo XVIII estaba situada en el *rive droite* al norte del río Sena. Allí, en el corazón del lado derecho del río parisino, lejos del claustrofóbico piso de su padre, la chica se sumergió con deleite en su nueva existencia, en la que nada era requerido de ella porque el sentimiento de culpabilidad de su madre era lo suficiente como para Cecilia pasarle factura, posiblemente por el resto de su vida. Una vez instalada en la residencia de la pareja, la muchacha se dio a la tarea de contactar a las pocas amistades que tenía en la ciudad, rehacer su vida social, y enfocar su blog en "sus experiencias" en París. El cuarto que contenía la ropa, zapatos, carteras y alhajas de Lea era de ensueño y Cecilia, quien había heredado el mismo tipo de figura de su madre, se sentía en libertad de servirse del ropero a modo bufé para sus historias de moda y estilos de vida.

Aunque había jugado con la idea por años, Cecilia decidió abandonar Andorra cuando se dio cuenta de que la salida de Paloma de sus vidas complicaba el cuadro familiar más de lo que estaba dispuesta a aceptar. Sacrificar su propia conveniencia y comodidad no era opción para ella. A través del tiempo, Cecilia había leído sobre el compromiso de Lea, admirado las residencias de la pareja en Madrid y París, e invertido más horas de las necesarias estudiando en detalle la imagen de Paul Brun, a quien encontraba fascinante.

A sus veintidós años, Cecilia no tenía interés en trabajar y mucho menos en estudiar; quería ser una *Youtuber* famosa como Mérce, la amiga de Paloma. Cuando Olivia los echó de su piso y tuvieron que regresar al de su padre, la chica estimó que el momento había llegado, y dejó un mensaje para Lea en las oficinas de Norendic-Clément en Madrid. Lea respondió en cuestión de media hora, y los planes se concretaron rápidamente de ese momento en adelante. No había pensado incluir a su hermano en la mudanza, pero a petición expresa de Lea (y por algún motivo, también de Paul), le anunció sus planes a Enric y le dijo que estaba invitado a irse con ella, si lo deseaba.

—Pero, ¿hablas en serio, Ceci?—preguntó Enric boquiabierto, un gesto común en él que exasperaba a Cecilia.

—Por supuesto que en serio. No me distingo por mi sentido del humor. ¿Vienes o te quedas?—le dijo desinteresada, limándose una uña.

—Está de puta madre dejar a papá solo, ahora que Paloma no está. ¿Se te olvida que Lea nos abandonó? Para bien o para mal, fue papá quien se sacrificó y nos crió.

—No te hagas el pendejo, Enric. Sabes perfectamente que quien se sacrificó y nos crió fue Paloma Palomero, quien ahora lo está pasándolo fenomenal en Italia, y créeme que no la culpo. Pretendo hacer lo mismo en Francia. Ya es hora. ¿Vienes o te quedas?

Al final, Enric permaneció con su padre, quien a su vez, tardó tres días en darse cuenta de la ausencia de Cecilia y preguntar sobre su paradero. Esa fue la primera de muchas veces que Enric se cuestionaría si había errado al declinar la oferta de su hermana.

—Se fue a pasar una temporada con una amiga en Carcassonne. Mientras tanto, ¡más espacio para nosotros en este piso de solteros!—le dijo Enric a su padre, con más entusiasmo del que sentía.

De pronto, tuvo una visión perturbadora en la que se vio allí con su padre, muchos años después, entre las grúas del negocio familiar, en lo que su madre de crianza hubiera descrito como una perfecta muerte de antesala.

Σ

Lea lanzó un beso de aire a la pantalla de su ordenador y terminó la reunión remota de los lunes con Maialí y Raúl. Semana tras semana, mes tras mes, la reunión terminaba con la misma indagación de Lea. "¿Y Paloma, os ha vuelto a contactar?" Y siempre la respuesta de sus socios era que no. Del mismo modo abrupto con que Paloma había irrumpido en las oficinas de Norendic-Clément a principios de año, así había desaparecido sin ninguna acción de seguimiento a ese episodio.

En cuanto Paloma salió de las oficinas aquella mañana, Maialí y Raúl informaron de inmediato a Lea de lo sucedido. Lea los escuchó con más aplomo de lo que sus socios hubieran esperado; siempre supo

que su pasado podía alcanzarla en cualquier momento. Lo que no había esperado era que ese primer contacto viniera por conducto de una desconocida de nombre Paloma Palomero quien, aparentemente, había terminado de criar a sus gemelos y heredado a Xavi Alcina como pareja. Lea se preparó con cuidado para el encuentro. Calculó posibles reacciones ante distintos escenarios, y sopesó las motivaciones de Paloma, quien parecía estar sola en su deseo de encontrarla, puesto que Xavi no la acompañó el día de la visita a Noredic-Clément. Lo conversó con Paul, quien estaba al tanto de su verdadero estatus marital, y luego con Cecilia para averiguar cómo era Paloma. Así supo que la andorrana había abandonado a Xavi el año pasado, tal y como ella lo había hecho mucho antes. Esa simetría le pareció fascinante y aberrante en igual medida.

Pero las semanas se disolvieron en meses, y el momento del encuentro no se materializaba. La incertidumbre es el motor de muchos impulsos lamentables porque alimenta el miedo, le hubiera dicho Paloma si la hubiera conocido, porque conforme se acumulaba el tiempo, más crecía la curiosidad morbosa de Lea sobre la mujer que asumió su papel en la vida de su antigua familia. Como una transmutación de energía trémula entre ambas, el misterio que una vez fue Lea para Paloma, se había invertido entre las dos mujeres. Lea le pidió a su hija que le mostrara a Paloma en las redes sociales, y comenzó a absorber retazos de aquella vida en la campiña italiana, en Cuba y en Puerto Rico. Parecía llevar una existencia muy interesante…una vida recién estrenada que tenía poco más de un año. Antes de su primera foto en Massa Lubrense, captada para la página de una ceramista de Amalfi, había poco rastro digital de Paloma Palomero o su alias, y lo que había de antes estaba casi todo atado a un bistró en Andorra que llevaba su apellido. Resultaba obvio que en esta nueva vida no estaban incluidos los Alcina. No le extrañaba: no podía imaginar a su expareja degustando licores en Italia o asistiendo a un concierto de Yaima Mántici. No tuvo otra opción que esperar, y siguió esperando hasta descender, sin darse cuenta, en la obsesión.

Σ

El insomnio se mudó a la casa de Lea, casi a la vez que Cecilia. Primero lo atribuyó a la excitación de finalmente tener bajo un mismo techo a su familia verdadera, con su hija y su padre biológico (dato que Paul conocía, mas Cecilia no). Pero conforme transcurrieron las semanas, se fue enraizando en su pecho la sensación de que traer a la chica a su casa y a su vida había sido un impulso errado. Miró el móvil en su mesa de noche, ya sabiendo de antemano la hora que era: las tres y quince de la madrugada, con pocos minutos de variación cada noche. Esta vez, decidió no perder el tiempo en la cama y salió de la habitación matrimonial sin hacer ruido. Caminó en la oscuridad grisácea por el piso de mármol frío hasta llegar a la pieza de Cecilia. Estaba vacía, comprobó. La chica siempre llegaba a la casa de madrugada, para luego dormir hasta pasado el mediodía. Lea se sentó en la cama de su hija y pasó la mano por el suave edredón. Como siempre que pensaba en ella bajo el término de *hija,* se preguntaba si tenía ese derecho, o si en realidad Cecilia era la hija de quien la crió. En cualquier caso, Lea ya se había dado cuenta de que se trataba de un debate muerto: para Cecilia, ninguna de sus dos familias era una prioridad.

Cuando Lea regresó a la vida de Paul de forma definitiva, ya estaba harta de esconderse y mentir como estrategia de sobrevivencia, y decidió no ocultarle nada. Finalmente le contó que los hijos que dejó atrás con Xavi eran suyos, y que esa fue una de las razones por las que desapareció de su vida, casi dos décadas atrás. Para su sorpresa, el Paul enraizado en contra de la paternidad se había suavizado con los años, y tras la muerte de la madre de sus primeros gemelos, comenzó a cuestionar su decisión de nunca ser padre. Llegó a pedirle a Lea que buscara la forma de conectarlo con sus hijos, pero a ella no se le ocurría cómo abordar el asunto. Cecilia Alcina Amaya (o Clément, como se llamaba ahora, aprovechando el *glamour* de su madre) resolvió el dilema de Lea al contactarla un día en su oficina en Madrid. Lea y Paul no perdieron tiempo en extenderle una alfombra roja de recibimiento a la chica, e intentaron de que convenciera a Enric de acompañarla a París. En aquel momento, esperando a Cecilia en el aeropuerto, las fantasías tardías de Paul de gozar de una familia

perfecta, con hijos que no tuvo que criar, pero que ahora estaba listo para recibir, comenzaron a seducir a Lea.

El impacto de lo frívola, vaga y manipulativa que era Cecilia, les puso a ambos los pies en la tierra en cuestión de semanas. La chica no hacía ningún esfuerzo por conocer o compartir con su madre o con Paul, excepto si se trataba de algún evento social al que podía acceder con la pareja. Cuando estaba en la casa, se la pasaba encerrada en su habitación escuchando música o viendo series, o asoleándose en la terraza. Había saqueado el clóset de Lea, y no mostraba interés en las posiciones de trabajo que tanto Paul como su madre le habían ofrecido. Para empeorar la situación, Cecilia, cuya capacidad de análisis de la política europea tenían la profundidad de un crío de escuela primaria, era seguidora de Marie Le Pen, en aquel entonces miembro del Parlamento Europeo y la abanderada del racismo y la xenofobia en la política francesa. Cuando en alguna rara reunión familiar Paul o Lea le preguntaban las razones de su inclinación política, la chica profería frases proselitistas huecas y “datos” descabellados. Enfrentada con cualquier contraargumento lógico e informado, la chica endurecía el rostro ante su incapacidad de debatir coherentemente el postulado a la mano, y a menudo se iba dando un portazo.

Antes de los seis meses, Paul hubiera querido dar vuelta al reloj y jamás haberle pedido a Lea que trajera a esa chica insufrible a sus vidas. Pero no había vuelta atrás; ambos sabían que Cecilia los había atrapado para siempre.

Quisieron una hija… y ahora la tenían.

Capítulo 26
Ravello a due mani

Ravello

Verano de 2016

Los astrónomos definen un agujero negro como un "objeto astronómico de tal fuerza gravitacional que nada, ni siquiera la luz, se le puede escapar". Hace poco, la prensa dio cuenta de una pobre estrella perdida que se acercó a uno de estos huecos cósmicos y el agujero se la devoró entera para luego, tras el banquete, eructar una intensa radiación. Fue exactamente así como Paloma percibió el dolor de Yaima Mántici al verla; como esa estrella perdida en un agujero sin fondo.

A la salida del aeropuerto de Nápoles, Paloma abrazó a su amiga por largo rato. Otros abrazos silenciosos siguieron también para Joaquín, Soledad y su marido. A lo largo de esos intercambios anhelados y dolorosos a la vez, no discurrió una palabra. Ni refranes de Sole, ni instrucciones de logística de Joaquín. Ni siquiera hicieron falta palabras cuando finalmente Paloma besó a Áurea, a quien nunca había conocido en persona, aunque se comunicaron con frecuencia mientras la sustituyó como ayudante de Yaima. El silencio parecía lo único digno en ese momento, mientras el grupo procesaba la brutal realidad que los miraba de frente: Yaima había regresado a la bebida luego de alcanzar tres meses sobria, y en una semana le tocaría dirigir el concierto más importante de su carrera. Nadie sabía manejar aquel complicado estado de situación, y Paloma recibió el impulso insistente del grupo entero de que asumiera las riendas de la pesadilla. Pero nadie, excepto Yaima, podía reparar un dolor tan profundo como aquel agujero.

Como en la ocasión anterior, una limusina llevó a Yaima y a Paloma a solas en el trayecto de Nápoles a Ravello, mientras el resto del grupo compartió un segundo vehículo. Dos autobuses privados transportaron a los miembros de la Orquesta Sinfónica Nacional de Cuba, que se presentaría junto a su conductora principal en la inauguración del festival. Aunque se trataba de su propia orquesta, entre los viajes de

Yaima y su ausencia tras la muerte de Elena, era muy poco lo que habían podido prepararse. En cuanto la puerta de la limusina se cerró con el sonido seco que las sumió en un vacío aislado, Yaima cayó en el regazo de Paloma a llorar en silencio. No era un llanto desesperado, sino agotado, erosionado; un dolor que buscaba fuerzas para continuar rugiendo a pesar de ya casi carecer de lágrimas. Paloma le acarició el cabello, y la dejó desahogarse en paz.

Según la prensa oficial de Cuba, y la misma familia de Elena Morales-Wetting, la *prima ballerina* sucumbió inesperadamente de un aneurisma que se documentó en su autopsia: esa fue la versión oficial que se ofreció a la prensa local e internacional. El gobierno y la familia Morales-Wetting, que eran uno y lo mismo, se hicieron cargo del trámite del cuerpo y de los extravagantes (y prolongados) actos fúnebres. Medios de comunicación de todo el mundo invirtieron ríos de tinta real y digital en reseñar la abrupta muerte de Elena quien, irónicamente, alcanzó en la muerte el reconocimiento global que no logró en vida. La historia era demasiado jugosa como para no ser procesada para consumo masivo, siempre acompañada de especulaciones, y de una foto del apuesto Tadeo Salazar frente al ataúd, colocando una rosa blanca sobre el pecho de aquella prometida que nunca logró hacer su esposa. En la imagen, que se volvió viral, Tadeo se secaba las lágrimas con una mano, mientras colocaba una rosa de color nupcial sobre el ataúd cerrado de Elena. Cuba se vistió de luto por semanas para despedir a una de sus hijas más talentosas, y su féretro se mantuvo por tres días en el mismo teatro donde creció y conmovió a tantas almas, miles de las cuales desfilaron por allí para despedirse del exquisito talento de la bailarina.

Pero en el mundillo de las artes clásicas en Cuba corrió como pólvora otra versión difícil de probar, pero imposible de ignorar. Una noche, una empleada de mantenimiento había encontrado a Elena colgando del cuello pendiendo de una correa atada a la lámpara de techo en su camerino. La mujer pegó un grito despavorido que retumbó en el teatro, y corrió a sostener el cuerpo. Dos guardias de seguridad aparecieron en el camerino y uno de ellos intentó revivir a Elena con respiración asistida, pero los tres sabían que no había nada

que hacer. Se hizo una sola llamada al director del teatro. De ahí en adelante, una eficiente maquinaria oficial se hizo cargo de la escena y de la historia en torno a la muerte. A la empleada se le permitió retirarse con una generosa pensión y un bono, y los guardias fueron promovidos a supervisores en otros ministerios, pero no sin antes de que todo esto llegara a oídos de Soledad. Lo supo, como siempre, por conducto de su marido, quien la hizo jurar (en vano) que no repetiría la delicada información. A Soledad le tomó exactamente un minuto luego estar fuera de la vista de su esposo para llamar a Joaquín y repetirle la historia, con lujo de detalles. Joaquín quedó sobrecogido y sin idea de qué hacer con aquel macabro cuento que hubiera preferido no saber. Fue así como Paloma, en Italia, se enteró de las circunstancias verdaderas de la muerte de Elena antes que Yaima misma en Cuba. Soledad, Joaquín, Áurea y Paloma tuvieron conversaciones frecuentes en los últimos meses, y los cuatro, junto a una psiquiatra discreta que recomendó Artemisio, se unieron para ayudarla como mejor pudieron durante aquel duelo.

Lo que quedaba sin resolver era el dilema moral de callar o divulgar a Yaima la historia verídica de la tragedia. Soledad opinaba que la conductora tenía derecho a saber que Elena murió amándola, y que no vio otra forma de escapar de un matrimonio y una realidad que se le hizo insoportable. Joaquín, predeciblemente, opinaba que no había razón para divulgar esta información, primero porque no traería de vuelta a Elena (buen punto, pensó Paloma), y segundo, porque la realidad terminaría de destruir a Yaima. Paloma pensó en el triste destino similar de la relación de Bernarda y Atenea, y se sobrecogió ante la evidencia en carne y hueso de las consecuencias de la crueldad humana. Aquella era una bifurcación sin buenas salidas, y sin embargo, mientras la pianista se secaba las lágrimas, a Paloma le perforó la certeza de que su amiga ya sabía. De que siempre supo.

—Que pena que tu predictor de impulsos no viera venir la muerte de Elena. Aunque de seguro, ni con la predicción se hubiera podido evitar, Palomita.

—Tienes razón—dijo Paloma, mientras Yaima buscaba un compacto en su bolso.

—¿Sobre qué parte?

—Sobre ambas. La única vez que ví a Elena me sorprendió su habilidad de bloquear mi radar de impulsos. Y concurro con que presentirlo no hubiera evitado su muerte—. Paloma, más fuerte para cargar penas las ajenas que las propias, sostuvo la mirada destrozada de su amiga y tomó aquellas manos fuertes que sabían crear tanta magia—. ¿Qué vas a hacer sobre el concierto? Este momento no se repetirá, Yaima. Lograste que te dieran el tiempo de ensayo que pediste. Tienes un programa cargado, y a toda una orquesta sinfónica esperándote para reaprender a Beethoven, al estilo Mántici. ¿Estás lista?

—Tan lista como puedo estar luego de lo que pasó. Me estoy ahogando, pero esa energía la voy canalizar hacia el concierto.

—Puedes dejar tu huella aquí como la mejor *maestro*, hombre o mujer, que haya pisado el Festival de Ravello. Y luego… ya veremos, querida.

—Ese es el plan. Tengo un favor enorme que pedirte. ¡Otro favor, encima de tantos que me has hecho!

—Para eso estoy aquí. Dime qué necesitas.

—Sé que estás ocupada con tu negocio con Gaetano, pero si pudieras quedarte en el hotel y acompañarme los ratos que puedas... No sabes lo mucho que necesito de tu serenidad, y que me ayudes a controlar mis impulsos—. A Paloma le irrumpió el recuerdo de su invasión a las oficinas de Norendic-Clément en enero pasado; a veces cuestionaba seriamente su mentada serenidad y ni hablar de su menguante habilidad para controlar y predecir los impulsos propios, mucho menos los ajenos, pero no había espacio para flaquezas en ese momento.

—¡Pues claro, Yaima! He separado esta semana para ti. Nuestro negocio de licores va viento en popa y corre solo. Además, ¡te tengo una sorpresa! Olivia y mi tía Sara vendrán para tu concierto. Todos vamos; Gaetano y su familia, Elizabeta, Raffaella y Niccoló, a quienes conociste aquel día en el herbolario. Cuenta con todos nosotros para lo que haga falta.

Yaima intentó sonreír, se puso sus enormes gafas, y giró el rostro

hacia la ventana, buscando en el Mediterráneo un consuelo imposible.

Σ

A finales de junio, a pocos días de la inauguración del Festival de Música de Ravello, Villa Rosato se convirtió en un hormiguero de laboriosidad. Caja tras caja de *Gaetano’s liquore alle erbe* era cargada a una pequeña furgoneta que transportaba la producción necesaria para cubrir el aumento en demanda con el turismo que había llegado para el gran evento cultural. Mientras el chofer y Niccoló cargaban el vehículo, Joaquín estaba al móvil con los organizadores del festival, Elizabeta se mantenía ocupada en la cocina produciendo platillos para una creciente cantidad de personas, las nietas y nietos de Gaetano colocaban pegatinas a los empaques, y Áurea estaba en una videollamada con Artemisio. Pero el eje principal de aquella vorágine de actividad era Olivia Palomero quien había regresado a Massa Lubrense con Sara y con Josep para el concierto de Yaima. Josep, su novio de la adolescencia, era su nuevo socio en *Publicité du chat orange*. Paloma estaba encantada con el joven, a quien conocía desde la niñez, y no entendía la insistencia de Olivia en llamarle socio, puesto que compartían la misma habitación desde que llegaron.

—Mira que esta Olivia *no se anda con paños tibios*. ¡Me gusta la muchacha!—exclamó Soledad, mientras se abanicaba en la terraza de la villa. Esta vez, Paloma no pudo objetar ni superar la precisión del refrán de Soledad para describir la situación a la mano.

De un gran bolso de lona, Olivia y Josep sacaban un aparato tras otro para la preparación de la escenografía en la pérgola del jardín de Villa Rosato. Allí, explicó Olivia, realizaría unas breves entrevistas a Gaetano, Elizabeta, Niccoló y Raffaella para la promoción durante el festival, que comenzaba en cinco días. Todos los presuntos implicados miraron a Paloma, y antes de siquiera escucharlos, negó con la cabeza.

—Conmigo no contáis, y además, Gaetano es la estrella de esto—. Todos protestaron, pero Olivia, que sabía de las razones de su madre para querer mantener su privacidad, los interceptó.

—Se me ocurre una idea brillante—. Olivia miró en dirección a Yaima, quien estaba recostada en un sofá a la sombra con sus

perennes gafas. Paloma captó de inmediato por dónde iba su hija.

—Olivia, ni se te ocurra.

—¿Qué cosa?—preguntó la cubana, subiéndose las gafas a la cabeza. Soledad se acercó y ambas miraron a Olivia, esperando lo próximo.

—*Maestro,* ¿me haría el honor de sentarse allí brevemente, probar el licor de Gaetano y decir unas palabras? Y luego, ¿me daría permiso para usarlo en las redes?—dijo Olivia con una gran sonrisa, que por algún motivo, le recordó a Paloma el día del entierro de Anselmo, cuando su niña le sonrió y la llamó mamá por primera vez. Con un enorme esfuerzo, tragó el nudo que se le hizo en la garganta y retomó el control de la situación.

—Olivia, Yaima no puede hacer eso. ¿Dónde está Joaquín cuando lo necesito? ¡Joaquín! Todo endoso es un enorme proceso burocrático, además ella no está para distracciones, con el concierto a la vuelta de la esquina—dijo Paloma con la voz que había usado en antaño para meter en cintura a sus hijos. Yaima se le quedó mirando por unos instantes antes de dirigirse a Olivia.

—Y eso, que tu madre me dijo ayer que había decidido dejar sus impulsos correr libres como cabras. Es que no me puedo imaginar cómo fue antes—. Ambas rompieron en carcajadas y Paloma no dijo nada, porque el sonido de Yaima riendo era tan raro, hacía tanto que no se escuchaba, que todos se deleitaron en el momento.

—Olivia, preciosa, no puedo hablar en cámara, pero nada impide que me captes tipo *paparazzi* tomando el licor en este jardín espectacular, con la botella bien visible al lado…—ofreció Yaima. Olivia saltó de alegría. Paloma quedó petrificada ante aquel intercambio, y Niccoló le pasó un brazo por los hombros. Olía a petricor, a menta y a tabaco.

—Escoge tus batallas, Palomero—. Paloma asintió, y aspiró nuevamente aquel aroma. Descubrió que lo asociaba con su hogar, y que ese hogar era ahora este lugar costero, tan lejano a sus montañas de *hyhmä.*

Al final, Olivia publicó un vídeo con la música de *La Dolce Vita* de fondo y varias fotografías de Yaima bebiendo el licor, culminando con una de todos, con ella y Gaetano en el centro, con cara de sorpresa. En una esquina de la fotografía aparecía, casi oculto, el rostro sonriente

de Paloma Palomero.

En el instante en que Olivia publicó las imágenes, a mil kilómetros de distancia en su oficina en París, Lea recibió la notificación en la pantalla de su ordenador. Observó detenidamente la imagen en la que Paloma Palomero sonreía con el esplendor de una villa italiana a su alrededor. Aquellos ojos, grises como faroles en las frías noches parisinas, tenían una fuerza ominosa. Agrandó el rostro de Paloma, descargó la foto y la imprimió a color en un papel brilloso tamaño carta. Luego, tomó unas tijeras de su lapicero y recortó los ojos grises en forma de antifaz, descartando el resto de la foto. Caminó hasta el fondo de su oficina y con una tachuela de barniz rojo, clavó en un gran tablón de caucho la nueva foto de los ojos de Paloma, junto a otras veinte que había encontrado de ella en las redes sociales. Se alejó del tablón y miró su creación. Nunca la planificó; un día, luego de llevar unas semanas siguiendo a Paloma, reparó en su inusual color de ojos. Imprimió el primer par de ojos y lo colocó en el tablón luego de cortarlo en forma de antifaz, y de ahí en adelante, la obra tomó voluntad propia. La misma tenía la forma de un busto humano compuesto en su totalidad por pares de ojos grises de diversos tamaños que parecían vivos, pulsantes y acusatorios. Cuando Lea se sentaba en su escritorio a trabajar, los sentía sobre la espalda. Cuando los miraba de frente, ensayaba en su mente las respuestas que daría a sus recriminaciones. Paul le rogaba casi a diario que se deshiciera del perturbador tablón de ojos, que se olvidara de Paloma e intentara disfrutar de aquella vida por la que había sacrificado tanto. El día de la más reciente fotografía, y luego de un ultimátum de Paul, Lea removió la instalación de los ojos de Paloma, y la guardó en el armario de su oficina en la casa.

Esa noche, luego de hacer el amor con Paul y mientras conciliaba un sueño inusualmente tranquilo, pensó que su pareja tenía razón. Podía olvidarse de Paloma, y enfrentar aquel encuentro cuando ocurriera, si es que ocurría. Era lo único sensato. Cualquier otra cosa era jugar con su propia cordura. Con ese pensamiento se sumió en un sueño profundo. No supo a qué hora de la madrugada entró en su conciencia aquel sonido, pero era insistente y seco, como el disparo

lejano de una vieja cámara fotográfica. Con los ojos cerrados, esperó nuevamente por el sonido: *¡ahí estaba!*…el mismo ruido que emitía la vieja cámara de Clément, su abuelo. Abrió los ojos y giró la cabeza hacia Paul, quien seguía durmiendo. Salió de la habitación hacia el corredor de la segunda planta. Fue revisando habitación tras habitación sin detectar el origen del sonido, que parecía alejarse. Tocó la puerta de la habitación de Cecilia, pero no contestó y cuando intentó abrirla, la encontró cerrada desde adentro. No podía postergar más una conversación con ella para llegar a algunas reglas básicas de convivencia. Se preguntó si la muchacha se habría comportado así mientras vivió con Paloma, o si esta era una nueva etapa particularmente antisocial. Bajó las escaleras, sin sentir el frío del piso en sus pies, y caminó hasta su oficina, ubicada en el ala izquierda de la casona. Intuitivamente, en la oscuridad, llegó hasta el armario. Estaba segura de que el sonido provenía de allí, pero cuando abrió la puerta, sólo vio los ojos de Paloma, mirándola de vuelta. Encendió la luz, sacó el tablón y lo regresó a su lugar en la pared. Entonces, buscó la silla de su escritorio y la colocó de frente a la obra. Tomó asiento y se concentró en mantener los ojos abiertos, sin pestañear, por tanto tiempo como pudiera. Estaba segura que cuando cerraba sus ojos, los de Paloma, en la pared, se movían.

Σ

Yaima Mántici despertó en su suite en el Palazzo Avino y durante un par de segundos, solo percibió la suavidad de las sábanas de una cama palaciega. Entonces, como todos los días desde el suicido de Elena, el recuerdo de lo que había pasado descendió sobre ella como una aplanadora que la redujo a la posición fetal. El corazón humano es realmente algo inefable, pensó Yaima: nunca se puede saber su capacidad para soportar las contusiones de la vida, con su estela de hematomas. El suyo, inexplicablemente, seguía latiendo.

Aquella mañana, no se regodeó en aquel dolor con el que, inevitablemente, tendría que aprender a convivir. Antes de que la sacudiera el llanto, se levantó y casi corrió hasta el baño. Se duchó con agua fría, se maquilló y se vistió con un sencillo pantalón negro y

una blusa de manga larga. Cuando Paloma tocó a la puerta de su habitación, se alegró de verla lista. Sin perder tiempo, la llevó a desayunar y luego partieron a pie hacia los jardines de Villa Rufolo donde se ubicaba la imponente tarima que parecía frotar en el mar, y que ya Paloma había visto el verano anterior. Cuando se acercaron a la entrada reservada para músicos y el personal autorizado, Yaima se detuvo en lo alto del anfiteatro y con una sonrisa agridulce, miró de un lado a otro la escenografía. Por ese lugar habían caminado antes Richard Wagner, Giuseppe Verdi, Arturo Toscanini y Zubin Mehta. Y ahora ella, una mujer caribeña de nombre Yaima Mántici. Paloma le susurró: “Será majestuoso*, maestro*”. Y ella asintió.

—Estoy lista, Paloma Palomero.

La conductora bajó las escaleras, caminó con paso seguro hacia los músicos ya congregados, y comenzó a saludarlos, con un apretón de manos a algunos, con besos a otros. El director del Ravello Concert Society se le acercó, y le ofreció una batuta con reverencia. Yaima sonrió con una dignidad y una entereza que no eran de este mundo, aceptó la batuta de conductor, y subió a la peana que la elevó hasta hacerla visible a todos los miembros de su orquesta. Cuando se disponía a hablar, el primer violín comenzó a aplaudir con su instrumento, y a éste se le unieron los demás músicos rápidamente en un reconocimiento sobrecogedor. Todos allí sabían que el hecho de que esta mujer de hierro estuviera allí, lista para crear música luego de su irreparable pérdida, era algo heróico, más allá de lo que ninguno de ellos hubiera podido imitar. Irónicamente, fue la muerte de Elena, de cuya relación con Yaima todos conocían en el mundo de la música clásica, la llave que le abrió la puerta a la sucesora de Enrique González Mántici para lograr reinterpretar el *Emperador* de Beethoven. Ante el estoicismo que mostró en ese momento, la resistencia de los directivos del festival se disolvió, la orquesta se unió como una extensión de ella misma, y su visión pudo alcanzar la imaginación de los músicos. Cuando el aplauso amainó, Yaima comenzó a hablar. Paloma, en la primera fila, junto a Joaquín, Soledad y Áurea, casi dejaron de respirar.

—Gracias al director, anfitriones de este festival… y gracias sobre

todo a mi orquesta. Haberlos dirigido ha sido y será el gran honor de mi vida. Sentir la música como un conjuro que lanzo con mi batuta, y que recibo de vuelta a través de ustedes, es una experiencia de energía y de belleza indescriptible. En unos días, tendremos el privilegio de ofrecer nuestro arte en este prestigioso escenario con el concierto inaugural. Como saben, aunque he dirigido una cantidad respetable de conciertos de Beethoven durante mi carrera, este compositor no es mi especialidad, y nunca he dirigido el *Emperador* con una orquesta sinfónica. Esas son justamente algunas de las razones por las que deseo dirigir este concierto. Pero mientras más me acerco a ese momento con ustedes, más me doy cuenta de que el reto no se trata tanto del concierto, sino de nuestra conexión con el mismo. Se trata de lo que vamos a decir, si es que encontramos algo nuevo que decir, sobre un concierto que se ha interpretado millones de veces desde su nacimiento en 1811—. Yaima se desabrochó los botones de los puños de su blusa, se enrolló las mangas, recogió la batuta que había dejado descansando en el podio y miró la partitura—. Estoy buscando una precisión rítmica muy particular para ir navegando el *concerto*; a veces les llevaré a exagerar aún más un *sforzato*, o estirar la liviandad de un *ligero*… no resistan el *tempo* que les marque, aunque sea un tanto distinto a los significados estrictos de cada anotación en la partitura. Exploremos esto juntos a partir del ensayo de hoy. ¿Listos? Desde el principio…

Los pocos presentes en el anfiteatro vieron fascinados cómo se levantó lentamente la batuta en su mano derecha, lista para marcar el tiempo, y escucharon en rapto cómo logró hacer retumbar con el poder de su genio aquel escenario sagrado sobre el mar.

Σ

El concierto inaugural del festival estaba pautado para un domingo bajo una enorme luna llena, no por una bendición astral, sino gracias al cálculo puntilloso de cada detalle del evento por parte de los organizadores. El evento duraba dos meses maratónicos e incluía a docenas de orquestas sinfónicas y conductores de renombre mundial (aunque con énfasis en los europeos) por lo que críticos, periodistas,

artistas y mecenas de las artes llegaban en diferentes momentos de la jornada. Sin embargo, nadie que fuera alguien en el mundo de la música clásica faltaba al concierto inaugural, particularmente este año, cuando por primera vez una hispana lo dirigía. La cobertura mediática había sido frenética, mientras los tabloides y *feeds* de chismes digitalizados hacían malabares para insertar la mención de Elena en la historia de Yaima en cada oportunidad que aparecía.

Aquella mañana, reportajes de todas partes comenzaban con alguna variante de: «El mundo de la artes clásicas tiene sus ojos puestos esta noche sobre la ciudad de Ravello en Italia. A cinco meses de apagarse inesperadamente la vida de la *prima ballerina* cubana Elena Morales-Wetting, la que fuera su mejor amiga, la afamada conductora también cubana, Yaima Mántici, dirigirá esta noche el concierto inaugural del festival de Música de Ravello junto a la Orquesta Sinfónica Nacional de Cuba. La sobrina nieta del que fuera el primer director titular de la sinfónica cubana, Enrique González Mántici, hace historia al convertirse en la primera persona hispana, de cualquier género, en dirigir el concierto inaugural del festival. Elena Morales-Wetting también hizo historia en esa plaza hace unos años al encabezar la delegación de Cubanía, que reunió a los más destacados artistas del Ballet Nacional de Cuba».

Los últimos conciertos de Yaima en Puerto Rico, Madrid, Lisboa y Ciudad de México habían recibido críticas estelares cuyas adjetivaciones jugaban con la hipérbole típica de cuando los reporteros se enamoran del objeto de su cobertura, y escriben como fanáticos en vez de periodistas. El resultado del circo mediático era una presión adicional enorme, y sin embargo, Yaima amaneció serena el día de su concierto. Los ensayos habían concluido la tarde anterior, y el día lo aprovechó para desayunar con Paloma y el grupo, posar para Olivia, darse un chapuzón en la alberca y retirarse a su habitación a descansar y prepararse. Paloma, quien se estaba hospedando en el hotel en una habitación cercana, no la perdía de vista. Luego de dejarla en su cuarto se encontró en la barra del hotel con Soledad.

—¿Y Joaquín?

—*Como veinte en un zapato* anda ese muchacho. Atendiendo a periodistas y enviando partes de prensa a todas partes. No espero verlo por un buen rato. ¿Y qué? ¿Cómo ves a Yaima para esta noche?

—Se ve tranquila.

—Sí, claro, esa observación la puedo hacer yo. Me refiero a ese don de percepción tan bueno que tienes y que ni Yaima ni tú me han querido explicar, pero llamémosle intuición. ¿Qué dice tu intuición?

—Muy poco. Si te soy honesta, desde que regresé a Italia esa intuición, como la llamas, se ha apagado bastante. Paso semanas enteras sin percibir nada excepto mis propios deseos.

—Pues menudo momento has escogido para perder ese don.

—Yaima está lista y segura de lo va a hacer. Tú misma la escuchaste. Va a hacer historia, y por más de un motivo.

—Tienes razón, Paloma. *Hija de guabina no se ahoga en la laguna;* Yaima dejará boquiabierto a todo el mundo esta noche. Brindemos por eso, amiga.

En eso, el *concierge* del hotel se acercó para indicarle a Paloma que una caja proveniente de Colombia había llegado, y que su contenido ya estaba desempacado en su habitación, según las instrucciones del remitente. Paloma colocó ambas manos cruzadas sobre su pecho.

—¿Y eso, Palomita?

—Pues no sé exactamente, pero solo conozco a dos colombianos, y uno de ellos me preguntó mis medidas hace poco—. Salió corriendo hacia la habitación, con Soledad pisándole los talones. Cuando abrió la puerta, allí estaba: un vestido vaporoso de un hombro, de un exquisito corte griego del color exacto de sus ojos.

También había una tarjeta que leía: “Nunca encontré a una modelo mejor que tú. Te queremos, hermosa Paloma. Los Gabrieles”.

Σ

En la tercera fila del público al centro, detrás de la prensa y los directivos del festival, tomaron asiento Gaetano, Elizabeta, Sara, Lorenza y Cianna con sus respectivos maridos, Raffaella, Áurea, Niccoló, Soledad y su ministro, todos resplandecientes en sus mejores galas. Joaquín estaba sentado con los periodistas, mientras Olivia y

Josep, quienes portaban pases de prensa, se movían por todo el anfiteatro enloquecidos ante tanto material para capturar.

Pero en la tenue luz detrás del escenario, parecían muy lejanas las voces del público mientras se acomodaba, los sonidos de los músicos que afinaban los instrumentos, y los ruidos de personas trabajando tras bambalinas. Paloma se acercó a Yaima, ambas en un mundo privado. Se miraron, cómodas en ese silencio de profunda amistad. Estaban a mitad del túnel improvisado que llevaría a Yaima al escenario, a tomar su posición en la peana frente a la orquesta. La conductora había abandonado su estricto luto, y lucía un hermoso vestido largo color marfil, con su melena recogida en un elaborado moño en la nuca. Parecía la más hermosa de las novias. La nota solitaria de un violín las alcanzó, y en ese instante de anticipación, Paloma exhaló por la boca. En esa ráfaga de aliento, se despidió para siempre de su habilidad de predecir impulsos. Lo último que captó antes de que la abandonara para siempre ese don, fue la voluntad férrea de su amiga, cuyo corazón bravo encontró consuelo en su devoción por la música.

Una ujier se les acercó con actitud reverente y le presentó a Yaima dos batutas; la que le regaló Elena, y otra que había sido su preferida antes. Sonrió, y señaló la que le obsequió su amada. La ujier salió a acomodarla en el podio, lista para recibir a la mano derecha de Yaima Mántici.

—Esta va por Elena.

—Por Elena—. Paloma la tomó de las manos. Aún en el silencio, podía escuchar en su mente la magia poderosa que esas manos eran capaces de engendrar.

Yaima la besó con ternura en una mejilla, y susurró: *“Grazie mille”*. Cerró los ojos, se irguió y cuando los abrió ya estaba en su piel de conductora. Se volteó hacia la salida del túnel y echó a andar hacia el escenario, segura e imponente. Al verla, el público se alzó como una sola masa humana en una ovación frenética que duró largos minutos.

Σ

Al finalizar el concierto, Paloma, luciendo con un vestido del color

de sus ojos, salió casi corriendo por un lado del escenario y llegó hasta las primera filas del público. Se abrazó y vitoreó con tanta gente, que Lea perdió la cuenta. La multitud se apiñaba cada vez más, pero Lea estaba lo suficientemente cerca como para observar a Paloma a través del gentío. Se puso de pie, se acomodó el cabello detrás de una oreja y alisó la larga falda de su vestido. Avanzó lentamente hacia la tercera fila, buscando aquellos malditos ojos. Solo estaba a cinco metros de distancia, a cuatro… a dos. Necesitaba desesperadamente conectar su mirada con los ojos grises, pero Paloma estaba distraída celebrando con su grupo. De pronto, tenía a la mujer de ojos grises de espaldas frente a ella, y la podía escuchar mientras hablaba con un italiano septuagenario de ojos cálidos y risueños. Curioso, pensó Lea. En su delirio la había imaginado imponente, pero era bajita y con voz aniñada. Comenzó a extender una mano hacia el hombro de Paloma. Lea no supo si estuvo segundos o minutos allí, pero cuando estaba a punto de tocarla, dejó caer la mano, se volteó y echó a caminar hacia una de las salidas del anfiteatro.

A poca distancia, Olivia bajó su cámara, incrédula. Miró en la pantalla la serie de fotos que acababa de capturar. ¿No era aquella la madre biológica de sus hermanos de crianza? ¿Qué hacía allí? ¿Cómo supo dónde localizar a su madre? Su ademán, casi desesperado, mirando fijamente a Paloma y extendiendo la mano para tocarla, parecía indicar que aquella no era una coincidencia. Olivia echó a correr hacia la mujer, pero la muchedumbre aminoraba la velocidad de su avance. Por fin, salió jadeando a las afueras de Villa Rufolo, con Josep detrás de ella. Vio a la mujer caminar como una gacela hasta una limusina. Un hombre alto vestido de etiqueta sonrió al verla, y la recibió en sus brazos. Intercambiaron algunas palabras que Olivia no pudo escuchar, pero vio a Lea negar con la cabeza y bajar la vista. El hombre le tomó la barbilla, la besó en los labios, y abrió la puerta del vehículo para luego sentarse junto a ella y partir.

Más tarde, en el cóctel de celebración en los jardines de Villa Cimbrone, Olivia logró hacer un aparte con Paloma.

—¡Mi amor, no hemos hablado en toda la noche! Solo te he visto correr de un lado a otro con Josep.

—La madre de Cecilia y Enric estuvo aquí—le dijo Olivia sin poder contenerse, y detectó genuina sorpresa en los ojos de su madre. ¿Cómo era posible que no hubiera captado los impulsos de Lea?

—¿Cómo dices, hija?

—Sí, Lea Amaya, la esposa de Xavi. Estuvo aquí. Cuando llegaste hasta nuestro grupo luego del concierto, caminó hacia ti con la mano extendida, como si te fuera a hablar, pero se detuvo antes de alcanzarte y se marchó casi corriendo. Se fue en limusina con un hombre.

—¿Estás segura, Olivia?—Paloma, al igual que su hija, se dio cuenta de que no fue capaz de percibir a Lea.

—Sí, segura. Cecilia y yo nos seguimos mutuamente en las redes sociales. Ahora Ceci vive en París con Lea y el hombre que la acompañaba esta noche. No te lo comenté, porque no sabía cómo reaccionarías y no quería abrumarte con más cosas del pasado. Pero esta es ella, Lea, la mujer que estuvo aquí—. Olivia le acercó la pantalla, y en efecto, ahí estaba Lea. Lucía mayor que en su foto de bodas, por supuesto, pero además ahora llevaba el cabello largo y la piel morena, como en las fotos que había visto cuando quiso dar con su paradero. Era ella, indudablemente. La misma cara en forma de corazón de Cecilia y Enric. La misma figura liviana y etérea. Más que una mujer, aquella era la imagen de la alucinación a la que había conferido tanto poder. No había pensado en Lea hacía mucho, y se dio cuenta de que ahora, en su vida presente, ya nada las ataba. Ni posibles conversaciones de cierre, ni resentimientos, ni cuentas pendientes. Por algún motivo, en el camino que emprendió para buscarla, había perdido la necesidad de encontrarla.

—Pues no tengo idea de que haría por aquí, mi amor. De seguro es una coincidencia. Miles de personas pasan por este festival—. Caminaron hacia la balaustrada de la Terrazza dell'Infinito, acentuada a lo largo por una serie de bustos de mármol blanco.

—¿Y cómo no la percibiste cuando se te acercó?—, insistió Olivia, aún con suspicacia.

—No tengo idea. Últimamente no percibo más que mis impulsos de comer. Dime, la mujer, ¿estaba bien?

—Cuando se te acercó parecía asustada, como si deseara abordarte y no se atreviera. De pronto salió corriendo, como te dije. Pero afuera la esperaba un hombre guapísimo con besos y una limusina, así que no debe estar muy mal— dijo Olivia, y Paloma se echó a reír. El sonido de su risa unido al de su hija, era el más hermoso del mundo, compitiendo solo con el *Emperador* dirigido por Yaima Mántici.

—Me alegro mucho por ella. Que vaya en paz y sea feliz— dijo, simplemente. Ambas se voltearon hacia el mirador del jardín. Las acarició el viento suave con aroma al limón del verano amalfitano.

—Es difícil despegarse de este lugar. Ya no te imagino de regreso en Andorra.

—No voy a regresar a Andorra. Mi vida está aquí, por el momento.

Olivia, mucho más alta que Paloma, le echó un brazo por los hombros y la besó en el tope de la cabeza.

—Pues a mi me parece fenomenal, mamá, mientras tenga asegurada mi habitación en la villa.

—Siempre, querida Olivia.

—Espera, ¿a qué te refieres con eso de 'por el momento'?

—Me refiero a lo transitorio de todo. La vida es impermanencia. Mañana mi hogar podría ser Cuba o Puerto Rico. Me gustó mucho el Caribe.

—Que no se te olvide que nos prometiste un viaje a Sara y a mí, ¿eh?

—Sí, y debemos empezar a planificarlo cuanto antes. Estoy ansiosa por presentaros a Atenea, que no nos va a durar para siempre—. Paloma besó la mano de su hija, sin dejar de mirar la noche iluminada desde el mirador de esos jardines de rosas y cipreses.

Entonces, decidió en ese instante que este era el día perfecto que hubiera narrado de haber llamado a aquel programa radial, cuyo nombre ya hacía mucho había olvidado.

Epílogo

Massa Lubrense

Enero de 2017

El nudo de angustia que habitaba en mi cuerpo ya no existe. Hace tanto que no me visita, que su recuerdo me es muy lejano. Me siento

ingrávida, y mi abatimiento de antaño se ha transmutado en esta existencia inimaginable hace apenas dos años. Llevo horas abrigada y sentada en el diminuto estrecho de playa del fiordo de Crapolla, una ensenada bien escondida en la costa de Massa Lubrense a donde casi nadie llega. El sendero que lleva al fiordo tiene setecientos escalones que debo subir pronto. La playa está arropada de guijarros que han aguantado el golpe de siglos de erosión. Esta playa no invita a nadie a llegar hasta ella. Se llega si se quiere, sin la ayuda del fiordo. A diferencia de otros balnearios a lo largo de esta costa, aquí no hay cafés ni bistrós, pero de haberlos, de seguro venderían los ya conocidos licores de hierbas de mi amigo Gaetano Parisi, embajador de la bonhomía napolitana, septuagenario de ojos cálidos y ahora, exitoso propietario de un atareado alambique.

Esta playa tampoco ofrece una vista al horizonte, más bien un túnel tallado en acantilados con salida al mar. Cerca de esta ensenada descansan las ruinas de una villa romana. La milenaria aldea conserva construcciones rocosas que al día de hoy, los pescadores todavía usan para proteger sus barcos y aparejos. Quizás aquello que le dije a Olivia sobre la impermanencia de todo tiene sus excepciones. Calculo el tiempo que me tomará regresar. Esta vez lo haré grabando en mi memoria cada detalle de estos caminos de ruinas gloriosas, remojadas en aroma a mar. Es mi último día aquí, y no sé cuándo regresaré a Villa Rosato, aunque aquí queda mi dirección permanente durante la temporada que pasaré en Cuba y Puerto Rico, junto a Sara, Olivia y Josep. Los ‘socios’ ya se dejaron de bobadas, y viven un romance que retomaron donde lo dejaron en la adolescencia. Estoy feliz por mi Olivia.

Ya casi puedo sentir en la piel el ansiado abrazo de Atenea. También extraño mucho a mi querida Yaima, a Dalia y sus amigas, a Joaquín y hasta el refranero de Soledad. Luego de nuestra estadía en Cuba, Olivia y Josep regresarán a Andorra, a su trabajo y su vida compartida. Sara y yo seguiremos rumbo a Puerto Rico, donde nos espera la encantadora Dulce María. Mi amiga boricua nos ha ofrecido una pequeña casa de playa que anida entre palmeras, propiedad de su familia en una islita del archipiélago llamada Culebra. He visto en

internet imágenes de sus playas de arenas blancas como la harina, tan distintas a las de mi costa de arenas grises como cenizas. Se me hace difícil creer que pronto estaré allí. Por unas semanas, viviré con tía Sara en la tierra fecunda de Antonio Corretjer, quien siempre me recuerda la flor del destino del poema *Dios te salve, lirio* que me enseñó mamá Atenea cuando la conocí.

¿Qué será en el mundo
lo que va a pasar?
¿Qué me hace la mar
si en ella me hundo?

Guardo el móvil, los auriculares… se asoman tres fotos de entre las páginas del libro de Boccaccio, que terminé de leer hace mucho, pero que aún cargo como un amuleto en mi bolso de playa. La primera es la fotografía de grupo que tomó mi hija en Villa Rosato poco antes del concierto de Yaima. La segunda es la imagen de una mujer bajita, de pelo oscuro corto y ojos iridiscentes, que parece una versión a color de la Paloma gris que llegó aquí hace dos años. En la foto sonrío, toda labios rojos, bajo un enorme sombrero en el herbolario de Niccoló, mientras ambos mostramos orgullosos en nuestras manos las siete hierbas que componen los licores de Gaetano. La última es una de las imágenes de Lea Amaya en el concierto de Ravello que captó Olivia el año pasado. Con el dedo índice, guardo las primeras dos fotos entre las páginas del libro, y me quedo con la de Lea en la mano. Cada vez que la observo en cada uno de sus detalles pixelados, pienso en tantos escenarios distintos de cómo pudo haber discurrido aquel encuentro que nunca fue. No fue en Madrid. No fue en París. No fue aquí. Al final, nuestros ojos nunca se encontraron. Pero ya no necesito ese encuentro, y ella…pues no sé. No siento la necesidad o el deseo de especular sobre sus motivaciones, sus luchas, sus pasiones, sus carencias, su vida, o sus decisiones. En esa acción, radica finalmente mi absoluta libertad.

Le sonrío a la imagen y la dejo ahí, entre la arena y los guijarros. Me pongo de pie y comienzo a andar el camino de regreso. Cuando alcanzo la barandilla de los escalones, me volteo hacia el lugar donde dejé la fotografía, pero ya el mar la ha reclamado.

FIN

Agradecimientos

La chispa que dio vida a Paloma Palomero llegó gracias a mi maestra Nilda Soto, a quien dedico este libro, cuando me narró el inverosímil cuento de una conocida entrada en años que perdió su virginidad en las mismas circunstancias que mi protagonista. Pero la idea que creció de ese punto de partida me llevó por rutas mucho más complejas, inesperadas y humanas, como lo son las mujeres y hombres de esta historia. Gracias, querida profesora.

Como siempre, la exquisita portada de este libro es producto de la inspiración de Radamés Rosado, quien también tuvo a su cargo las de las novelas *Absenta dulce* y *Amores innecesarios*. Gracias, amor de mi vida, por regalarme tu inigualable arte y tu apoyo.

Agradezco de manera especial al querido profesor Emilio del Carril por su valiosa guía en la edición, y a la profesora Luz Nereida Lebrón por tanto apoyo, sabiduría y cariño. Gracias Moraima Cintrón; fuiste la primera persona que leyó Paloma Palomero cuando aún era un manuscrito. Fue gracias a tus sugerencias que nació el capítulo de las cartas entre Atenea y Amparo Palomero, que era la pieza que faltaba. Gracias David T. Díaz por tu paciencia y valiosa ayuda para crear el personaje de Lea. A *signora* Letta, quien es tan real como su restaurante en Ravello, le envío un beso a través del Atlántico y que el universo me conceda la dicha de regresar pronto a esta parte de Italia que amo tanto, y entregarle una copia de esta novela.

Al hermoso principado de Andorra y a la ciudad de Barcelona, gracias por recibirme y ser tan gentiles en mis exploraciones para crear el mundo de Paloma Palomero.

Siempre que termino un libro me despido de personajes a los que llego a sentir muy cercanos, pero decirle adiós a Paloma fue particularmente difícil. Paloma me retó una y otra vez por dos años, rebuscó en mi alma, y sé que vivirá siempre conmigo, aunque ahora es de ustedes. Finalmente, gracias a quienes me honran con leerme. Todo lo que hago es por y para ustedes.

Adelanto de

Cuerpos desechables
2024

Introducción

Revista Literaria Índigo

Sección Crónicas literarias

Publican las explosivas memorias de la pintora Emma Güendell:

El milagro póstumo del manuscrito que escapó del plagio.

Por Rubén F. Heredia

Enviado especial

1 de noviembre de 2007, San Juan de Puerto Rico — Luego de dos años de incesantes especulaciones y batallas legales, por fin acaba de ser publicado en América Latina, Estados Unidos y España, la obra inconclusa de la pintora argentina Emma Güendell, Cuerpos desechables. Sin duda, la historia de cómo se materializó este libro resulta tan bizarra como la premisa misma de la controversial obra de Güendell.

Aquí, en San Juan de Puerto Rico, en una librería gargantúa de dos niveles en un concurrido centro comercial, se condujo una conferencia de prensa hace unos días con las ejecutivas de la editorial isleña que gestionó la improbable recuperación del manuscrito original. Editorial Hesíoda dio con su único familiar vivo, un medio hermano que reside en España, y quien otorgó los derechos para publicar póstumamente el manuscrito. Pero la conferencia de prensa aportó escasa información nueva sobre la historia verídica de la pintora marplatense, o siquiera dónde categorizar una obra inconclusa que puede leerse como unas memorias basadas en un período artístico específico, una autobiografía (aunque el manuscrito recoge apenas cuatro años de la vida de la fallecida artista), o simplemente una novela inspirada en hechos reales. Trágicamente, su autora ya no está para aclararnos dónde termina la realidad, y dónde comienza la fantasía de su autodescrito delirio, que varios expertos han descrito como paranopsia. Otros, la mayoría, describen el resultado de su trance creativo como nada menos que una colección genial, provocadora y vanguardista en lo que propone. Todo esto converge para hacer que la lectura del libro resulte una experiencia voyeurística, precisamente porque se trata de un relato tan íntimo, y a la vez, porque no sabemos exactamente qué es lo que estamos leyendo.

Aunque Ainé Carmona y Luisa Castillo, de la Editorial Hesíoda, narraron su rol muy personal en el rescate del manuscrito, pero a estas alturas hay muy poco sobre el mismo que no sea de conocimiento público; según se ha reconstruido este periodo de la vida de Güendell, más improbable resulta de que el manuscrito haya visto la luz bajo el nombre de su verdadera autora. Emma Güendell, quien alcanzó fama internacional como pintora póstumamente, fue una artista que vivió y trabajó en

Palermo viejo en Buenos Aires. Vivía sola en su estudio y nadie en su cerrado círculo de amistades le conocía familia. Sus piezas eran objetos de culto entre coleccionistas, pero la artista nunca se preocupó demasiado por el aspecto económico o promocional de su obra. Le daba lo mismo si vendía una pieza o diez, y entregaba a su galerista poco más de la mitad de toda su creación, mientras que el resto permanecía preservada en su propio almacén. Quienes compraron sus obras previo a su muerte en enero de 2004 han visto su valor triplicarse, y por supuesto, a esto se le suma el inevitable morbo al saberse de la existencia de un manuscrito que daba cuenta de la concepción de su último experimento artístico.

El germen de la creación que daría paso a la publicación de Cuerpos desechables nació en septiembre de 2003, la noche de la confluencia entre los caminos de Emma Güendell y del hotelero Nicolás Baumann. «En retrospectiva, el encuentro sería desafortunado para Emma, pero glorioso para su arte, algo por lo que, irónicamente, la misma artista hubiera ofrecido gustosamente su vida», nos dijo en entrevista hace unas semanas su galerista, Mordecai Mitre, una de las pocas personas cercanas a la reservada artista, y a quien Güendell dejó en herencia buena parte de las obras que nunca quiso vender. Se rumora, aunque Mitre nunca lo ha confirmado, que la pintora formalizó este legado a mano en un pedazo de papel en el mismo bistró a dónde se dirigía cuando murió.

La artista y Baumann se conocieron durante una exposición en la Galería Mordecai en Palermo. Nicolás iba acompañado de su hermana, la escultora Valentina Baumann, quien tenía su estudio (hoy día cerrado) cerca de la galería. Nicolás Baumann desconocía que, en ese momento, a Emma solo le faltaba un sujeto para terminar la muestra de pinturas que compondría la serie titulada Cuerpos desechables. Por el mismo libro se sabe que, previo al montaje de la exposición, el señor Mitre era el único que sabía del genuino experimento humano que conducía la artista como fuente de inspiración para su obra. Ni siquiera los hombres que utilizó Güendell para su experimento, dos de los cuales perdieron la vida, sabían que eran parte de una serie de pinturas que replicaba la historia personal y artística de Pablo Picasso con seis de sus musas. Uno de ellos, Edel Manhood, era el más enterado del proyecto y hasta le sirvió de fotógrafo a la artista al documentar su proceso creativo. Sin embargo, lo que se sabe de Manhood es lo que narra el libro puesto que nunca ha concedido una entrevista.

Si bien la historia detrás del manuscrito de Emma Güendell fue hecha pública por la misma casa editorial de Cuerpos desechables, las otras interioridades de la vida de la pintora que no aparecen en el escrito inconcluso se han confirmado en buena medida gracias a Carolina Pereyra, escritora y periodista argentina. Pereyra obtuvo la única entrevista que ha concedido Samara Alves, la mejor amiga de la pintora y quien la acogió cuando ésta llegó a los diecinueve años a la capital. Fue Alves quien dio parte a las autoridades de la trágica muerte de la artista. Después de entrevistar a Alves, Pereyra habló con allegados, clientes, colegas, amigos y vecinos tanto de la artista como de los Baumann para reconstruir los detalles de la última relación de la

pintora. Posteriormente, la periodista escribió un libro titulado *La minotaura* basado en el escándalo entre los Baumann y Güendell. Aquella noche de septiembre de 2003, Nicolás adquirió una de las mejores piezas de la muestra, pero Emma no le prestó demasiada atención. A pesar de las atenciones del empresario, la pintora no tenía interés particular en el hermano de Valentina Baumann, de quien tampoco guardaba una opinión favorable. En esto, el tiempo le daría la razón a Emma, o acaso sería el rol de Valentina en aquel escándalo lo que empañó su legado artístico. Nunca se supo, pero Valentina Baumann no ha hecho más apariciones públicas luego de la noticia de la exposición (ahora permanente) de Cuerpos desechables.

La insistencia de Nicolás logró penetrar la indiferencia de Emma, que por aquel entonces, a sus cuarenta y dos años, buscaba culminar el ambicioso proyecto que la había obsesionado por tanto tiempo. Después de un par de coincidencias adicionales por Palermo, el hotelero casado y la pintora iniciaron una relación. Baumann posó para ella, y además, le pidió que llevara un diario de la experiencia de vaciar en un lienzo su inspiración con un modelo que era también su amante. Inicialmente Emma hizo lo que Baumann le pidió: llevar un diario erótico, pero pronto, comenzó a escribir otro tipo de manuscrito, una historia basada en aquella experiencia con el empresario y con los otros cinco hombres que le habían precedido. El hotelero no era el primero que le había servido de modelo y amante a la vez, aunque trágicamente, sería el último. Emma no le mostró la historia que comenzó a escribir, y vez, lo satisfacía entregándole apuntes breves en su diario erótico, que nunca fue recuperado. Mientras, trabajaba sin descanso en las últimas tres pinturas, con las que terminaría la totalidad de la muestra de su exposición. Cuando no pintaba, trabajaba en el manuscrito que había titulado igualmente, Cuerpos desechables. Sabía la historia de principio a fin, y escribía como si alguien se la susurrara al oído, le llegó a comentar a su galerista poco antes de morir.

Hacia el final de la relación, la pareja estuvo sin verse por un par de semanas mientras el hotelero viajó a Entre Ríos a pasar las fiestas navideñas del 2003 con su familia. Cuando Baumann regresó, Emma y sus lienzos habían desaparecido del piso rentado donde solían verse. Según admite la misma autora en el relato, el destino de las obras nunca fue discutido entre ellos; para ella, el fin de aquella relación y su resultado no eran otros que finalizar el proyecto en el que irían incluidos los lienzos inspirados en su modelo número seis. No obstante, para Baumann, las pinturas nunca serían disfrutadas por nadie más que por ellos dos.

Dos semanas antes de la apertura, mientras cruzaba la calle al salir de la Galería Mordecai, un auto arrolló a Emma matándola en el acto. El conductor no se detuvo y no se pudieron obtener las placas por estar desgastadas e ilegibles. La poco entusiasta investigación oficial no arrojó información contundente, y el caso se archivó inicialmente. Para la mortificación de las autoridades, el caso se tuvo que reabrir luego de la cobertura mediática sobre la recuperación del manuscrito, y la publicación de *La minotaura* de Carolina Pereyra.

Inmediatamente después del accidente que cobró la vida de Emma, Baumann

entró al estudio de la artista y encontró una tarjeta de memoria con parte del manuscrito. Lo compartió con su hermana y al leerlo, Valentina Baumann opinó que Cuerpos desechables debía ser publicado. Le comentó que tenía una buena amiga de nombre Ainé Carmona quien dirigía una casa editorial en el Caribe, y que gozaba de su entera confianza. Le sugirió enviarle una copia para obtener su reacción, y partir de ahí. Nicolás hubiera preferido enviar el manuscrito a una editorial argentina, pero los hermanos no conocían a nadie en esa industria en quien confiar el delicado documento. El hotelero accedió, pero luego de eliminar el capítulo seis que detallaba su intervención en el proyecto, y los poco halagüeños pensamientos de la pintora sobre él. También advirtió que debían cambiar los nombres de los demás hombres en la historia, una vez comprobó que el suyo no era el único apellido prominente en la lista. Además, no estaba dispuesto a que el manuscrito se publicara bajo el nombre de la verdadera autora, y dar pie a que alguien lo conectara con ella. Los hermanos acordaron que Valentina Baumann se adjudicaría la autoría del manuscrito y entre ambos intentaron escribir un final, queriendo imitar el estilo en primera persona, intimista, y particular de Emma.

Valentina le envió el manuscrito a su amiga Ainé Carmona en el 2005, y después de leerlo, la editora viajó a Buenos Aires en marzo de ese mismo año a reunirse con quien pensaba era la autora. El plan de los hermanos Baumann se vino abajo en cuanto Carmona, quien había detectado de inmediato la diferencia en estilo y lógica entre el final del manuscrito y el resto del texto, cuestionó a los hermanos sobre el asunto. Bajo una línea de interrogatorio que Valentina no pudo rebatir (y en ausencia de Nicolás, quien dejó sola a su hermana con el problema), finalmente la escultora le confesó a Carmona la historia detrás de Cuerpos desechables. Aquel sórdido de intento de plagio indignó a la editora, particularmente porque nunca pensó que Valentina sería capaz de utilizar la amistad entre ambas para cometer una ilegalidad, según ha dicho en entrevistas.

En cuanto abandonó Buenos Aires, Carmona se dedicó a investigar la historia de Emma Güendell y localizar a algún familiar que la hubiera sobrevivido. Con la ayuda de Berta Torrens, una respetada agente literaria basada en Buenos Aires quien estaba al tanto del drama en torno al manuscrito, Ainé Carmona pudo localizar rápidamente a Severino Güendell, un medio hermano de Emma por parte de padre que vive en Mallorca y a quien la pintora nunca conoció, según ella misma escribió, y ha confirmado él mismo. Cuando Mordecai Mitre supo que Carmona detuvo el intento de plagio de los Baumann, la contactó y le hizo llegar el manuscrito completo (aunque inconcluso) que dejó la autora en la caja fuerte de la galería. «Si la historia de Emma iba a ser publicada, entonces debía publicarse en su totalidad, con el capítulo que los Baumann intentaron borrar», dijo Mitre. El manuscrito impreso que dejó Güendell contenía el capítulo seis que Baumann borró, con dos secciones adicionales: “Dormir con el enemigo” y “De regreso al diario”. Así, luego de tantos tropiezos, las memorias pudieron ser publicadas recientemente con mucha expectativa y morbo por el escándalo que le precedió.

El contrato con las casas editoriales involucradas estipula que las regalías que hubiera generado la autora se destinarán a su *alma mater*, para financiar un programa de estudios sobre la historia de la mujer en el arte, y ofrecer becas destinadas a artistas mujeres. El director del nuevo programa, irónicamente, es un hombre: el profesor y decano Joaquín Miguel Travnik.

Carmona dejó los nombres verdaderos que escribió Güendell y publicó el manuscrito inconcluso como una autobiografía, tal y como la autora lo dejó en la caja fuerte de su galerista. Solo hizo algunas correcciones básicas y le añadió un epílogo de su propia autoría. Lo que nos entrega la editorial, como resultado, es la prosa cruda de la pintora, y más allá de eso, el controversial experimento humano con el que nos provoca y nos reta Emma Güendell, quien aún sin haber concluido su obra, logra un replanteamiento radical de la relación entre la musa y el genio artista, con un tono seductor, a veces rozando lo macabro, que perdura en la mente del "lector fantasma".

Σ

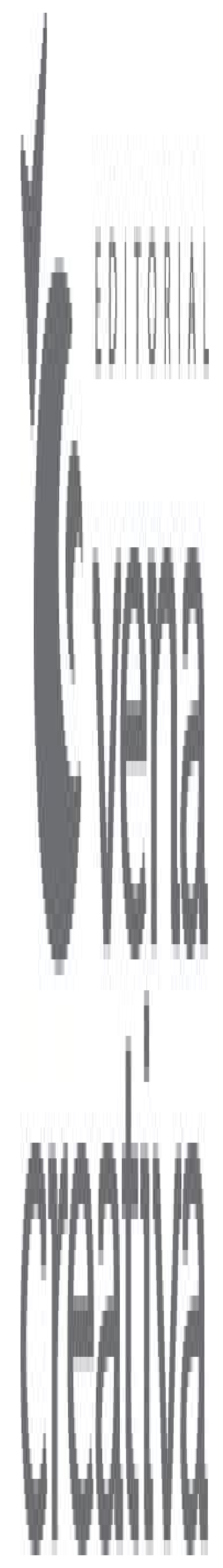
El siguiente es el manuscrito inconcluso dejado por Emma Güendell.

Indice

Parte 1

Parte 2

Esta primera edición de Paloma Palomero, se llevó a cabo en San Juan de Puerto Rico, y se finalizó en octubre de 2023.


EDITORIAL